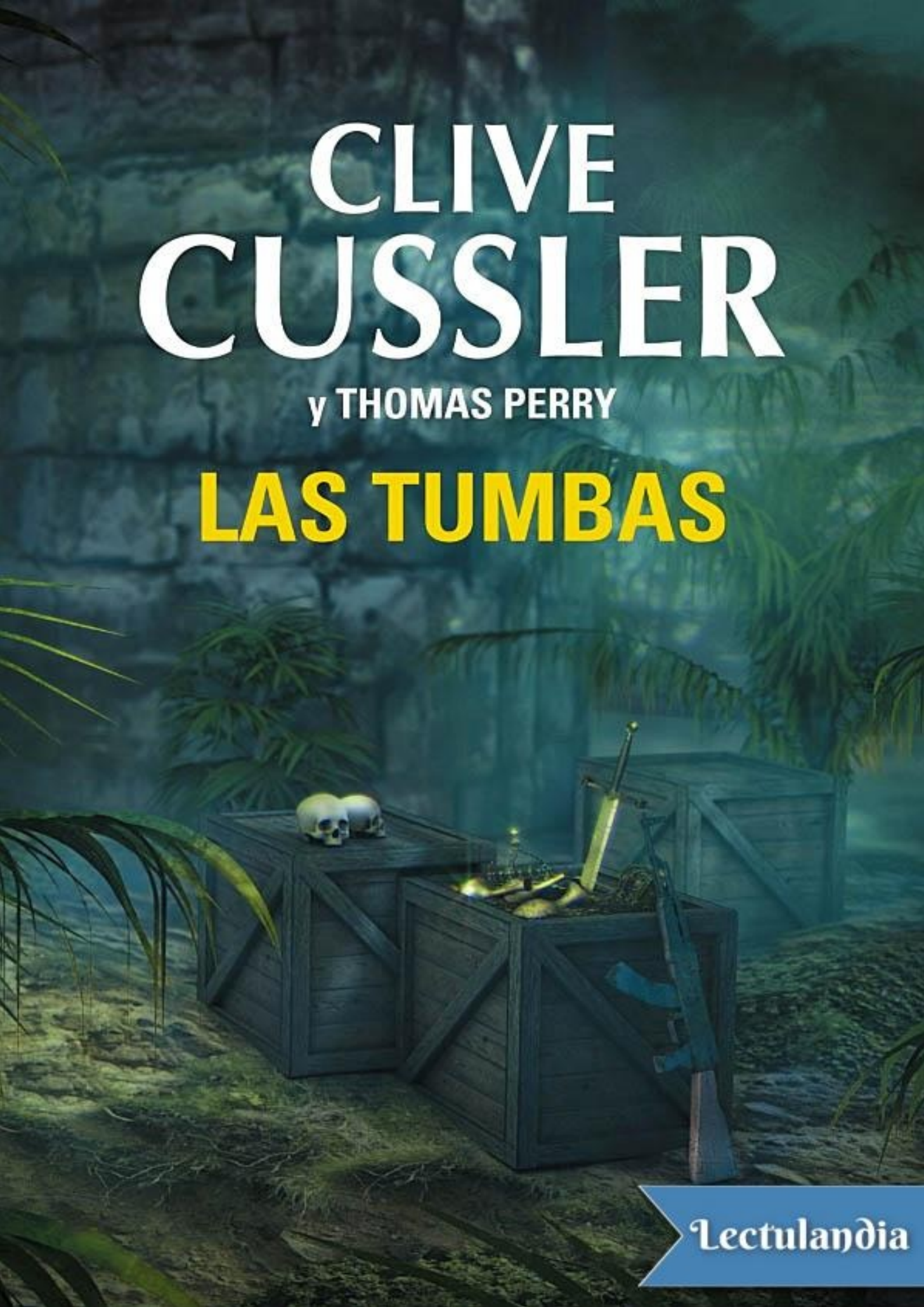


CLIVE CUSSLER

y THOMAS PERRY

LAS TUMBAS



Lectulandia

Sam y Remi Fargo participan en una excavación arqueológica altamente secreta donde realizan un hallazgo que les llevará a perseguir un tesoro de valor inestimable. Las pistas les conducen hasta la tumba escondida de Atila el Huno, quien fue enterrado con una gran fortuna en oro y joyas.

Pero este sitio arqueológico milenario ha sido saqueado y nunca se ha recuperado el botín.

En busca del tesoro perdido, viajarán a Hungría, Italia, Francia, Rusia y Kazajistán, y descubrirán otras cinco tumbas históricas.

El matrimonio Fargo se verá envuelto en una trama criminal en la que aparecen codiciosos cazadores de tesoros, un estafador ruso que se hace pasar por un refinado hombre de negocios y un húngaro despiadado que afirma ser descendiente directo de Atila y que no se frenará ante nada ni nadie para conseguir apropiarse de los tesoros del gran rey de los hunos.

Una estupenda novela de aventuras, trepidante, que te invita a leerla de un tirón; y con un final totalmente inesperado.

Lectulandia

Clive Cussler & Thomas Perry

Las tumbas

Las aventuras de Fargo - 4

ePub r1.1

brusina 09.09.14

Título original: *The Tombs*
Clive Cussler & Thomas Perry, 2012
Traducción: Eduardo García Murillo

Editor digital: brusina

Corrección de erratas: Mozartillo
ePub base r1.1

más libros en lectulandia.com

Panonia, 453

El campamento bárbaro era enorme, una gran ciudad que se desplazaba de un lugar a otro al capricho de su líder incuestionable, el Gran Rey. Pero a la tenue luz previa al amanecer, reinaba el caos. Cientos de miles de guerreros, con sus chillonas mujeres y sus ingobernables vástagos, se arremolinaban por doquier. Cientos de miles de caballos, cabezas de ganado, ovejas y cabras relinchaban y balaban en la algarabía general, y convertían el alba en una molesta confusión de sonidos. El hedor del ganado competía con el humo de diez mil hogueras que avivaban para encenderlas cuanto antes.

El criado de Prisco lo había sacado de la cama, convencido de que estaban a punto de perder la vida al oír el repentino alboroto de la horda bárbara. Prisco corría sobre el terreno irregular, mientras intentaba no torcerse el tobillo en una rodada de carreta y procuraba no meter el pie en un hoyo. Seguía a Ellak, tratando en vano de no quedarse atrás con sus livianas sandalias hechas para caminar sobre las lisas aceras de Constantinopla. Ellak era un luchador, un hombre descendiente de famosos guerreros, que había llegado a la edad adulta gracias a que tenía unos miembros fuertes y veloces.

Cuando Prisco divisó la enorme tienda de piel de animal del Gran Rey, con su poste central tan alto como una villa y el suelo lo bastante amplio para albergar a centenares de personas, oyó lamentos y chillidos, y sospechó lo que habría ocurrido por la noche. Aminoró la velocidad lo suficiente para erguir la espalda y conservar su dignidad de romano. Era un diplomático y, por omisión, el hombre que debía escribir la historia de aquel día trascendental. Ellak, el hijo del Gran Rey, había ido en su busca porque Prisco era el hombre más culto en muchas leguas, y tal vez conocería alguna forma de salvar la vida del líder. Pero los lamentos podían indicar que llegaban demasiado tarde.

Prisco disimuló el miedo. Los bárbaros habían dado rienda suelta a sus emociones, corrían de un lado a otro, se azotaban mutuamente, presas de la furia. Eran capaces de oler el miedo como perros. Eran asesinos avezados y entrenados desde la cuna, que habían conquistado cuantas tierras encontraban a su paso, desde los lugares más remotos de Asia hasta Europa, a base de pura ferocidad. Cuando oían gritos, salían como una exhalación de la tienda, y no aparecían sin espadas y cuchillos como tampoco harían sin manos y pies. Ese día, si alguno de ellos intuía

que tenía miedo, él, un extranjero, lo despedazarían sin previo aviso.

Ellak lo condujo hasta la inmensa tienda del Gran Rey. Prisco les sacaba casi una cabeza a la mayoría de aquellos bárbaros procedentes del lejano Oriente, bajos y robustos, de anchas espaldas, brazos y piernas gruesos, y rostros como piel curtida. Podía ver por encima de algunos de los hombres que estaban bloqueando el acceso a la cámara interior. Allí debía de estar el rey. Los guerreros que se hallaban más cerca de la cámara empezaron a desenfundar sus dagas cortas y a practicarse profundos cortes en los pómulos, para que la sangre resbalara sobre sus mejillas como ríos de lágrimas.

Prisco se hizo a un lado y se deslizó entre los guardias medio enloquecidos. Entonces pudo ver a la joven esposa del Gran Rey, Ildico, acurrucada sobre la pila de ricas alfombras en la esquina más alejada de su marido. Estaba llorando, pero nadie la consolaba. Nadie, excepto Prisco, parecía reparar en ella.

Cuando un guardia se volvió hacia sus amigos para que vieran cómo se cortaba la cara con una espada corta, Prisco se coló detrás de él y entró en la cámara. Contempló el cuerpo del Gran Rey y comprendió por qué a la joven esposa se la veía tan consternada. El gran bárbaro, el *Flagellum Dei*, estaba tendido de espaldas en la cama de suave seda, con la boca abierta como un borracho que roncara. La sangre manaba de ella y de su nariz, y formaba un charco bajo su cabeza.

Prisco se acercó a la esquina y levantó a Ildico. Le apartó de la oreja el largo cabello rubio y le susurró:

—Tranquila. Ha muerto, y aquí ya no tienes nada que hacer. Ven.

Eran palabras destinadas a calmarla, una voz humana que simplemente la consolara. Ildico era la séptima esposa del Gran Rey, y a pesar de su belleza era apenas una niña a la que habían llevado desde una tribu germana para contraer matrimonio con el conquistador. Entendía el latín de Prisco tan bien como su gótico, pero el hombre no estaba seguro de qué idiomas hablaban los guardias, de modo que no dijo gran cosa. La ayudó a salir a la luz del sol naciente y el aire puro. Tenía el aspecto pálido y débil de un fantasma. Confiaba en alejarla de la multitud antes de que algún guerrero sospechara que la culpable de la muerte del rey era ella. Los ignorantes eran con frecuencia suspicaces, e incluso si una persona moría víctima de un rayo, cabía sospechar que alguien lo hubiera conjurado.

Prisco vio a varias mujeres del séquito de Ildico, el grupo de criadas y parientes que la habían acompañado a la boda. Se mantenían a una distancia prudencial y observaban angustiadas lo que estaba sucediendo. La entregó a ellas y se alejó a toda prisa de la muchedumbre, cada vez más numerosa.

Prisco estaba mirando todavía en aquella dirección, para asegurarse de que no la detenían, cuando unas manos lo aferraron con rudeza de los brazos. Torció el cuello para descubrir a sus captores. Apenas reconoció a ninguno de ellos, aunque los había

visto cada vez que había ido a reunirse con el Gran Rey. Ambos exhibían heridas recientes en los pómulos, y la parte inferior de sus caras estaba cubierta de sangre. Su comportamiento había cambiado desde que Prisco había estado sentado con ellos la noche anterior, riendo y bebiendo para celebrar la boda de su señor. Los dos hombres lo arrastraron hacia la tienda del rey, y la multitud de guerreros se apartó para dejarlos entrar en la cámara interior.

Al entrar en ella vio que no habían movido el cuerpo. Parados a su lado se hallaban Ardarico, rey de los gépidos, y Onegesio, el amigo más fiel de Atila. Ardarico se arrodilló y levantó la jarra de vino de la que el Gran Rey había bebido antes de morir.

—Este es el vino que Ildico le sirvió anoche —dijo.

Onegesio levantó el vaso que había al lado del rey.

—Durante semanas —dijo Prisco— padeció una enfermedad que le provocaba hemorragias nasales. Tal vez empeoró mientras dormía y se ahogó en su propia sangre. Eso parece, ¿verdad?

Ardarico resopló, desdeñoso.

—Nadie muere de una hemorragia nasal. Ha pasado toda su vida en el campo de batalla. Lo hirieron muchas veces, y jamás se desangró hasta morir. Fue veneno.

—¿Eso crees? —preguntó Prisco, con los ojos abiertos como platos a causa de la sorpresa.

—Sí —replicó Ardarico—. Y he estado pensando en ti. El emperador Teodosio te envió a nosotros hace cuatro años con el embajador Maximino. Tu intérprete, Vigilas, fue sorprendido en una conspiración para asesinar a Atila. En lugar de mataros a todos, Atila te envió de vuelta al emperador de Constantinopla. Tal vez fue una equivocación. Y tal vez Vigilas no fue el único que vino para asesinar al rey.

Onegesio sirvió vino en el vaso de Atila y se lo tendió a Prisco.

—Demuestra que no lo envenenaste. Bebe.

—No sé si está envenenado o no —repuso Prisco—. Si lo está, eso no demostrará que fue obra mía. Desde luego, no estaba aquí con el Gran Rey y su esposa durante su noche de bodas. El hecho de que beba solo hará que yo pueda morir también.

—Tu miedo te condena.

La mano libre de Onegesio se movió hacia el puño de su espada.

Prisco cogió el vaso.

—Si muero, recuerda que soy un hombre inocente.

Se lo llevó a los labios y lo vació.

Los demás esperaron y observaron con atención a Prisco. Ellak se acercó más.

—¿Y bien, Prisco?

—No siento nada. Sabe a vino.

—¿Amargo? ¿Agrio?

—Como todos los demás vinos: dulce como la fruta, pero con algunas gotas de vinagre.

Ardarico olió el vaso y mojó el dedo en él para luego depositar una gota de vino sobre la lengua. Asintió en dirección a Onegesio, dejó caer el vaso sobre la alfombra, junto al cuerpo del Gran Rey, y salió.

—¡No había veneno! —gritó a los guerreros—. Murió de una enfermedad.

Prisco siguió a Ardarico fuera de la cámara y se abrió paso entre la multitud de guerreros. Con sus rostros angustiados y cubiertos de sangre, componían una visión aterradora. Eran hombres que no habían hecho a lo largo de su vida otra cosa que matar. Combatían, comían y, a veces, incluso dormían a caballo. En tres generaciones, habían conquistado tribus desde las praderas más allá del Volga hasta la Galia. Aquella mañana, su líder más grande les había sido arrebatado. ¿Quién podía decir lo que su dolor y su ira los impulsaría a infligir a un desconocido de un país extranjero?

Prisco caminó a buen paso con la cabeza gacha, sin permitir que sus ojos se posaran sobre ninguno de los guerreros que afluían a la tienda de su Gran Rey. Fue a sus aposentos y preparó un altar con una hilera de velas encendidas con el fin de rezar por el alma de Atila. Después de todo, había escuchado a Prisco y a los demás romanos cuando le hablaron del cristianismo. Y en una ocasión se había reunido con el papa León en Mantua y llegado a un acuerdo. Tal vez algo había hecho germinar una semilla de fe en su mente. En cualquier caso, era mejor llorarlo de la manera más visible posible. Prisco también vomitó, bebió enormes cantidades de agua y volvió a vomitar, y después descubrió que sus nervios se habían calmado.

Ya más avanzado el día salió de su pequeña tienda y se encaminó al centro del campamento. Vio que habían retirado la tienda del Gran Rey. No muy lejos, habían despejado un gran espacio abierto. Lo que habían levantado en aquel punto era una inmensa visión blanca. Caminó hacia ella y la tocó, maravillado.

Habían erigido una inmensa tienda de seda blanca que se movía y ondeaba por obra de la brisa mientras Prisco caminaba hacia el claro. Miró en el interior. En el centro había un féretro que exhibía el cadáver del Gran Rey en su capilla ardiente, con brillantes y costosos ropajes de color púrpura y rojo dignos de un rey guerrero, y con armas de la mejor calidad incrustadas de oro y gemas.

Alrededor del féretro cabalgaban los jinetes salvajes, los mejores guerreros del Gran Rey, muchos de ellos reyes de sus propias tribus y naciones. Describían sin cesar círculos mientras cantaban sus éxitos y victorias, con los rostros tan llenos de cortes que la sangre resbalaba sobre sus mejillas como lágrimas. Cantaban que era el cacique más grande, un hombre merecedor no solo de las pálidas lágrimas de las mujeres sino también de las lágrimas rojas de los guerreros. Mientras describían sus círculos, Prisco observó que la sangre empapaba sus barbas y goteaba de sus

mentones sobre sus vestiduras y la crin de los caballos.

Prisco se arrodilló ante el rey y tocó la tierra con la frente, para que los guerreros vieran que demostraba respeto a su manera, y después regresó a su refugio. Se quedó en él durante los tres días siguientes, escribiendo sobre la vida de Atila como Gran Rey y su muerte la noche de bodas. Algunas personas fueron a ver a Prisco y le relataron las prodigiosas demostraciones de luto que habían presenciado, y algunas hablaron de la rivalidad entre Ellak, el hijo mayor, y Dengizich, el segundo mayor, y el resentimiento de Emakh, el tercer hijo, a quien los otros dos no parecían tener en cuenta. Otras comentaron el disgusto de Ardarico al ver que los tres hijos de Atila eran incapaces de permanecer unidos ni siquiera antes de enterrar a su padre.

Prisco fue a la tienda blanca al día siguiente y vio que estaban preparando al Gran Rey para el entierro bajo la intensa luz de cien lámparas encendidas. Los criados lo dispusieron en una serie de tres ataúdes. El más grande y exterior estaba hecho de hierro. El ataúd depositado dentro estaba hecho de plata maciza. El tercero era de oro puro. Los ataúdes contenían las armas incrustadas de joyas de los numerosos reyes a los que Atila había derrotado. Había conquistado a cien tribus asiáticas, derrotado a los alanos, los ostrogodos, los armenios, los burgundios, había arrasado los Balcanes, Tracia, Escitia y la Galia. Había saqueado Mantua, Milán, Verona y conquistado casi todo el norte de Italia. Había derrotado a las legiones de las capitales occidentales y orientales de Roma y Constantinopla.

Además, los tres ataúdes contenían cantidades ingentes de joyas centelleantes y oro brillante, en los que se reflejaban las llamas de las lámparas, y los ataúdes en sí valían una gran fortuna. Prisco no pudo dejar de pensar en que el interior debía de costar probablemente el tributo anual del Imperio romano de Oriente a Atila, consistente en doscientas mil libras de oro. Pero tampoco pudo hacer caso omiso de los destellos de color que surgían del interior: el verde frío de las esmeraldas, el rojo sangre de los rubíes, el azul profundo de los zafiros. Había granates intensos, lapislázulis índigo, piezas de ámbar amarillo y jades de color verde guisante, a cuál más llamativo.

Al caer la noche, se congregó un grupo de mil jinetes elegido entre la tropa personal de guardaespaldas de Atila. Bajaron la tapa sobre los ataúdes, lo izaron sobre un enorme carromato de ocho ruedas capaz de aguantar el imponente peso y se pusieron en marcha, sin portar antorchas que iluminaran el camino en la oscuridad.

Semanas después, Prisco estaba preparando una reata de mulas para el largo viaje de vuelta, con el fin de informar al emperador Marciano. Tardaría un mes en llegar desde aquellas tierras salvajes hasta los palacios de Constantinopla, y a esas alturas habría accedido a regresar a cuatro patas. Entonces, por la tarde, otro alboroto recorrió el campamento, cuando la gente apuntó con los dedos hacia la lejanía y se puso a chillar en muchos idiomas. Prisco fue a investigar.

Los jinetes de élite del destacamento del entierro estaban regresando al gran campamento de los hunos. Llegaban al galope, y el polvo era visible en la llanura desde mucho antes de que aparecieran.

Ardarico, Onegesio y los tres hijos de Atila (Ellak, Dengizich y Emakh), así como una gran multitud de guerreros, se congregaron en los límites del campamento para recibirlos. Cuando el millar de jinetes llegó, desmontaron e inclinaron la cabeza en homenaje a los jefes reunidos. Como un honor especial, estos también inclinaron la cabeza. Ellak, el primogénito de Atila, se acercó al líder de la partida encargada del entierro, un hombre llamado Mozhu, y apoyó la mano sobre su hombro.

—Cuéntanos —le dijo.

—Condujimos al Gran Rey hasta un lugar situado en el meandro de un río muy alejado, que pocos viajeros conocen. Construimos una cripta de dos hombres de profundidad, con una entrada en pendiente, y transportamos los ataúdes hasta el fondo. A continuación, cubrimos la cripta y el pasaje en pendiente. Obligamos a nuestros mil caballos a recorrer la zona muchas veces, hasta que fue imposible determinar el punto preciso donde estaba sepultada la cripta. Luego, desviamos el curso del río para que cubra por siempre jamás la tumba del Gran Rey.

Ellak abrazó a Mozhu. Después se irguió sobre una carreta tirada por bueyes y pronunció un discurso para dar las gracias a los mil hombres que habían acompañado a su padre en la batalla y protegido su cuerpo en la muerte.

—¡Matadlos! —gritó antes de saltar al suelo.

Los mil hombres fueron rodeados por una inmensa nube de guerreros. Prisco experimentó la sensación de que los mil jinetes desaparecían como nadadores arrastrados bajo el agua durante una inundación: una cabeza se hundía por aquí, otras por allí. Se hundieron bajo el peso de todo el ejército. Vio que ningún miembro de la partida funeraria oponía resistencia o intentaba volver a montar a caballo para escapar. No logró decidir si se debía a que la ejecución los había cogido por sorpresa o porque ya sabían con toda seguridad que nadie enterado del lugar donde estaba enterrado Atila iba a sobrevivir.

Después los cadáveres del grupo fueron cubiertos con tierra allí donde habían caído. Sus líderes hablaron de su lealtad, honor y valentía. Prisco pensó que los hunos consideraban la masacre una parte natural e inevitable de la muerte de un gran líder. Se trataba tan solo de un suceso desafortunado.

Prisco abandonó el inmenso campamento al amanecer del día siguiente con su reata de ciento cincuenta mulas cargadas de provisiones y algunos artículos muy preciados escondidos entre ellas: la narración escrita de su misión entre los hunos, sus libros personales y algunos recuerdos de sus amigos bárbaros. También se llevó con él a la adolescente Ildico, novia y poco después viuda de Atila, a quien había prometido devolverla a sus padres en los territorios germanos en cuanto pudiera

negociar la travesía.

Cuando se hallaban a un día de viaje del campamento bárbaro, se puso a andar junto a la mula de Ildico y habló con ella.

—¿Lo ves, niña? Te dije que todo saldría bien. Los bárbaros se convencieron de que la muerte de Atila no fue causada por ningún veneno, y dejaron de considerarnos a ti o a mí los culpables.

—Me dijeron que te obligaron a beber vino. ¿Por qué estás vivo?

—Hay que administrar el veneno durante mucho tiempo antes de que cause hemorragias e impida la coagulación de la sangre. Hace semanas que se lo iba administrando a Atila. Tenía que acumularse el suficiente en su cuerpo para que tu dosis final lo hiciera desangrarse hasta morir. Pero piensa en cosas más agradables. Pronto serás muy rica.

—Quédate con el oro que me entreguen. Lo hice por mi pueblo, que él asesinó. Llévame a casa, solo te pido eso.

—El emperador querrá enviarte a casa con una recompensa. Lo que tú y yo hemos hecho es probable que haya salvado al imperio de la destrucción.

—Me da igual el imperio.

El hombre continuó caminando, pensativo. Lo había hecho todo a la perfección: había recogido en persona el meliloto amarillo y dejado que envejeciera pacientemente para que criara moho, y después lo había utilizado para preparar un veneno que no podía ser detectado y que causaba la muerte de tal manera que parecía deberse a una enfermedad. Mientras andaba, redactaba fragmentos del relato de su etapa con los hunos. Lo describiría todo: su misión con Maximino, cuatro años antes, cuando las culpas de la conspiración de asesinato recayeron sobre el intérprete Vigilas, las acciones de los bárbaros y la personalidad de su líder supremo.

Omitiría, por supuesto, los detalles de la muerte del Gran Rey. Todo ardid que no se explica puede volver a utilizarse, se dijo. El Imperio romano de Occidente sería aplastado por sus enemigos antes de que pasara mucho tiempo. Sus legiones no podrían repeler oleada tras oleada de bárbaros, cada grupo más numeroso y salvaje que el anterior. Era una mera cuestión numérica. Los métodos más sutiles de Bizancio se burlaban de los números. El emperador había enviado a un solo hombre para terminar con la amenaza de los hunos, ¿verdad? El Imperio romano de Oriente sobreviviría otros mil años.

Ildico era una joven muy hermosa, pensó. La figura esbelta y elegante, la piel lechosa y el cabello dorado eran muy atractivos. En cierto sentido, quedársela completaría su gran triunfo sobre el gran Atila. Pero no, pensó. Eso era exactamente lo que haría un emisario de Roma.

Frente a Grand Isle, Luisiana, 2012

Remi Fargo flotaba en el agua tibia del golfo de México, y apenas movía las aletas mientras trabajaba. Terminó de llenar la bolsa de malla con fragmentos de cerámica que estaban casi enterrados en la arena. Calculó que la vasija original mediría mil años antes unos veinticinco centímetros de anchura y diez de profundidad, y pensó que probablemente ya habría reunido todos sus fragmentos. No quería correr el riesgo de arañar el suave acabado de la vasija poniendo algo más en la bolsa de malla. Alzó la vista hacia el casco del barco, un fantasma oscuro posado, a dieciocho metros por encima de su cabeza, sobre la plateada superficie del agua. Soltó el aire, y las burbujas surgieron de la boquilla de su regulador, y después ascendieron, brillantes glóbulos que se elevaban hacia la luz.

Remi llamó la atención de Sam, su marido, señaló la bolsa de malla y alzó el pulgar. Él levantó lo que a Remi le pareció un asta de ciervo, como si la estuviera saludando, y asintió. Remi hizo un par de aleteos perezosos, y su cuerpo esbelto y bien torneado ascendió hacia un banco de brillantes boquerones que se arremolinaron a su alrededor como una tormenta de hielo. Se alejaron de ella, y Remi subió hasta el barco.

Hendió la superficie y al instante vio el otro barco en la lejanía. Se sumergió de nuevo, nadó hasta el otro costado de la embarcación de buceo y esperó a Sam. Vio que hacia ella ascendían sus burbujas, y después la cabeza y la máscara.

Se quitó el regulador de la boca y respiró aire un segundo.

—Ya están aquí otra vez.

Sam se hundió bajo la superficie y apareció en la popa, apretado contra el motor fueraborda para confundirse con la silueta del barco.

—Son ellos, en efecto: el mismo barco de buceo, casco negro y gris. —Volvió a mirar—. Las mismas cinco..., no, seis personas.

—Es el tercer día consecutivo.

—A lo mejor creen que hemos encontrado la Atlántida.

—Tú te lo tomas a broma, pero podría ser cierto. No lo de la Atlántida, pero no saben qué estamos haciendo aquí. Es la costa de Luisiana. Podríamos estar explorando un antiguo barco español cargado de tesoros que fue empujado hasta aquí por un huracán... o un barco de la guerra de Secesión hundido durante el bloqueo.

—O un Chevrolet de 2003 que alguien lanzó desde un puente río arriba. La

profundidad es de dieciocho metros. Estarán bebiendo cerveza y aplicándose crema solar mutuamente.

Remi dejó que el oleaje la acercara hasta Sam y se apoyó en su hombro para poder ver el otro barco.

—Gracias por tu falta de curiosidad, señor Bromista. Nos están siguiendo y vigilan lo que hacemos. ¿Has visto? El reflejo del sol sobre una lente.

—Deben de ser *paparazzi* que me están tomando fotos.

—Tú sigue así, pero recuerda que si unos desconocidos piensan que hemos descubierto algo valioso, podría ser tan peligroso como descubrirlo de verdad. Los ladrones te atacan antes de que acabes de contar el dinero.

—De acuerdo. Han mantenido las distancias durante tres días. Si se acercan más, hablaremos con ellos. Entretanto, hemos de trazar el mapa de esa ciudad hundida. Las últimas semanas han sido interesantes, pero no me apetece dedicar lo que me queda de vida a recuperar restos arqueológicos.

Sam y Remi Fargo siempre afirmaban que su reputación de cazadores de tesoros procedía de haber llamado la atención de algunos reporteros imaginativos en un día parco en noticias. Compartían un gran interés por la historia y la perentoria necesidad de ir a verla con sus propios ojos. Aquella primavera se habían presentado voluntarios para bucear al servicio del estado de Luisiana. Un arqueólogo llamado Ray Holbert se hallaba en la costa explorando en busca de daños producidos por escapes de petróleo después de que una plataforma petrolífera ardiera, cuando había descubierto algunos fragmentos de cerámica que el oleaje del golfo había arrastrado hasta la playa. No cabía duda de que eran de origen nativo y muy antiguos. Había solicitado autorización a la compañía petrolífera para rescatar lo que parecía ser un pueblo hundido. Cuando Sam y Remi se habían enterado del proyecto, se habían ofrecido a sufragarlo y a colaborar.

—Baja conmigo —dijo Remi—. He encontrado otra chimenea. Trae la cámara.

Sam se apoyó en la borda para coger la cámara submarina, y volvieron a sumergirse. Daba la impresión de que Remi se abstraía en su trabajo. Lo guio hasta la chimenea de piedra y dejó que la examinara mientras fotografiaba el yacimiento desde todos los ángulos, con el fin de documentar la posición de los fragmentos de cerámica que lo rodeaban. Sam reparó en los gráciles movimientos del cuerpo de su esposa (con el traje de neopreno parecía su propia sombra) y descubrió un delgado mechón de cabello castaño rojizo sobre la frente que había escapado de la capucha del traje. Sus brillantes ojos verdes lo observaban a través del cristal de la máscara, de manera que se obligó a apartar la vista de su esposa y a mirar el anillo de piedras carbonizadas que ella había descubierto oculto bajo la arena. Después llenaron sus bolsas de malla con cuidado para subir más restos de cerámica, catalogarlos y trazar el mapa del yacimiento donde los habían encontrado.

De repente, tanto Sam como Remi oyeron el zumbido de una hélice. Aumentó de intensidad, y cuando alzaron la vista vieron la parte inferior de un casco negro que navegaba hacia el barco de buceo anclado, levantando olas a ambos lados. Vieron el motor fueraborda, la hélice y la larga estela en espiral de burbujas agitadas detrás.

Observaron que el casco del barco de buceo se mecía, y que la cadena del ancla se tensaba al tiempo que tiraba de esta, hundida en la arena. Después la cadena se aflojó cuando la otra embarcación aminoró la velocidad y se detuvo a un metro escaso de la de ellos. Al cabo de uno o dos minutos, el casco negro aceleró de nuevo y se alejó a toda velocidad, brincando cuando coronaba cada ola.

Sam señaló hacia arriba, y los dos ascendieron hasta la superficie. Remi subió por la escalerilla y Sam la siguió.

—¿Y bien? —dijo Remi mientras ambos se quitaban el equipo—. Eso ha estado un poco más cerca, ¿verdad? Me alegro de que no ascendiéramos cuando han llegado a toda velocidad.

Remi vio que la mandíbula de Sam se movía.

—Creo que se han acercado a toda velocidad para averiguar qué estamos sacando del fondo.

—Espero que hayan echado un buen vistazo. No quiero que una hélice me haga papilla por culpa de unos fragmentos de cerámica y un puñado de conchas milenarias.

—Vamos a ver quiénes son —dijo Sam.

Puso en marcha el motor y se acercó a la proa. Remi se encargó del timón y avanzó lentamente en la dirección del ancla, con el fin de empujar hacia delante sus dos ganchos para liberarlos de la arena. Sam izó el ancla y la guardó bajo la cubierta de proa. Remi hizo dar media vuelta al barco para que Sam pudiera recoger el pequeño salvavidas que sujetaba la bandera de buceo, roja con una franja blanca en diagonal, y subir su ancla ligera, para luego guardar ambas en la popa.

Aceleró en dirección al puerto de Grand Isle.

Sam se puso al lado de Remi y apoyó los codos sobre el tejado de la cabina al tiempo que sostenía los prismáticos y oteaba el horizonte. Mientras bordeaban a toda velocidad la costa, el cabello castaño rojizo de Remi se agitaba al viento detrás de ella.

—No veo el barco —dijo Sam—. Habrán entrado en el puerto. Podríamos ir nosotros también.

Remi se dirigió hacia el puerto rápidamente, pero aminoró la velocidad en cuanto llegaron a la bocana. Cuando rodearon el rompeolas, un barco de la Guardia Costera pasó a lo lejos ante su proa.

—Justo a tiempo —comentó Sam—. Tendrías que haberles hecho ojitos para impedir que te pusieran una multa por exceso de velocidad.

—No me ponen multas por exceso de velocidad porque no infrinjo las leyes —

replicó ella, al tiempo que le hacía ojitos—. Puedes coger el timón.

Se apartó a un lado y Sam la obedeció, y redujo la velocidad todavía más, como si fueran a pie. Remi se agachó y se pasó los dedos entre el pelo para alisarlo, se incorporó y miró a Sam.

—Aún los andas buscando, ¿verdad?

—Solo siento curiosidad. Me pregunto cuánto tiempo tendremos que soportar a esos cazadores de tesoros aficionados, saqueadores y ladrones de tumbas que nos siguen a todas partes.

—Creo que concediste demasiadas entrevistas. Debió de ser aquella con la presentadora de Boston de larga melena negra. —Le sonrió—. Entiendo por qué estabas pendiente de cada una de sus palabras. Tenía una dicción tan culta que sus preguntas sonaban inteligentes.

Sam devolvió la sonrisa a Remi, pero no mordió el anzuelo.

Ambos continuaron observando los embarcaderos ante los que pasaban en busca del barco negro y gris, pero no lo localizaron. Cuando llegaron al embarcadero del barco de buceo alquilado, atracaron, lo amarraron a las grandes cornamusas y colgaron las defensas a los costados. Mientras se quitaban los trajes de neopreno y dejaban las botellas de aire comprimido sobre el muelle para llevarlas a la tienda de buceo de Dave Carmody y cargarlas, todavía continuaban buscando el barco negro y gris.

—¡Hola, queridos Fargo!

Ray Holbert los saludó con la mano mientras bajaba al muelle, que se meció un poco sobre sus pontones. Era alto y de rostro rubicundo, y todos sus movimientos poseían un vigor especial. Sus pasos eran largos y sus gestos ampulosos.

—Hola, Ray —dijo Remi.

—¿Habéis encontrado algo?

Sam levantó la tapa de un armario cercano a la popa en cuyo interior había varias bolsas de malla llenas.

—Unos cuantos fragmentos de vasija más que encontramos cerca de una chimenea de piedra, algunas herramientas de sílex, un asta de ciervo con algunas esquirlas desprendidas, probablemente para hacer puntas de proyectiles. Hemos trazado el mapa de casi todo el lugar.

Remi levantó la cámara.

—Todo está aquí. Puedes descargarlo en tu ordenador y alinearlo con la gráfica del yacimiento.

—Estupendo. Nos estamos poniendo al día un poco. Creo que conseguiremos identificar, trazar el mapa y echar un vistazo a los tres pueblos hundidos de esta parte de la costa antes de que se agote el dinero que nos dieron.

—Echaremos una manita cuando eso suceda —dijo Sam—. Podemos prolongar el

trabajo un poco más.

—Ya veremos.

—Síguenos en tu camioneta hasta nuestra casa —dijo Remi—. Te entregaremos los últimos hallazgos. Las gráficas y las fotografías están preparadas, los objetos y los huesos etiquetados e identificados en la cuadrícula. Me sentiré mejor si te lo llevas todo.

—De acuerdo —dijo Holbert—. Estamos aprendiendo mucho sobre ese pueblo. Antes no sabíamos casi nada. Esos asentamientos se encontraban justo en la playa. La prueba del carbono 14 demuestra que debieron de quedar sumergidos a causa de la subida del nivel del mar alrededor del año 700. Todos parecen ser del mismo tamaño que el tuyo y estar constituidos por cinco o seis familias que habitaban pequeñas viviendas con chimeneas de piedra. Se alimentaban de pescado, pero también cazaban ciervos tierra adentro. Este primer grupo de yacimientos ha resultado espléndido.

—Nos estás diciendo que es hora de ir a por otro grupo, ¿no? —dijo Remi.

—Pasado mañana quiero desplazar a todo el mundo unos cuantos kilómetros al oeste. Hay una docena de posibles yacimientos, y cada equipo de buceo se ha ocupado únicamente de uno de ellos. Quiero que cada equipo lleve a cabo pasado mañana una exploración inicial de un nuevo punto a lo largo de la costa de Caminada Headland. De esa forma, nos haremos una idea mejor de cómo debemos proceder antes de empezar a perder a nuestros voluntarios de verano. Es probable que desechemos la mayoría de los yacimientos una vez echemos un vistazo bajo el agua.

Al cabo de diez minutos llegaban a la casita que Sam y Remi habían alquilado a pocos metros de la playa, en el lado sur de Grand Isle. Era una vivienda de una sola planta construida sobre pilotes, con revestimiento de tablillas pintadas de blanco y un gran porche delantero donde podían sentarse al acabar el día y disfrutar de la brisa que llegaba del golfo de Nuevo México. A Sam y a Remi les gustaba pasar desapercibidos cuando viajaban, y la casa no impulsaría a nadie a pensar que la pareja residente era multimillonaria. Tenía un porche cubierto con un tejado bajo, así como un par de ventanales con una panorámica del mar casi carente de obstáculos, dos dormitorios y un pequeño cuarto de baño. Los Fargo habían transformado un dormitorio en una zona de almacén y trabajo para los objetos que habían recuperado de la aldea paleoindia hundida.

Ray Holbert entró con ellos, y Sam le enseñó los artefactos mientras Remi se duchaba primero. Sam le entregó la cuadrícula con los objetos, dibujados con meticulosidad, encontrados en diversos sitios. También había tarjetas de memoria llenas de fotografías que Remi había tomado para asegurarse de que existiera documentación de cada pieza en relación con las demás. Todos estaban guardados en cajas de plástico.

Holbert miró la cuadrícula del pueblo y los objetos.

—Con este número de astas y huesos de ciervos, da la impresión de que la subida de las aguas cambió mucho el paisaje. Debían de existir cordilleras boscosas en aquel entonces. Ahora hay sobre todo pantanos y marismas al nivel del mar.

—Casi me da pena marchar a otro sitio —dijo Remi. Se había duchado y puesto el atuendo nocturno de Grand Isle: pantalones cortos, un polo holgado de manga corta y chancletas—. Aunque no echaré de menos a nuestras sombras.

—¿A qué te refieres? —preguntó Holbert.

—Debió de ser culpa nuestra —dijo Sam—. Hay otro barco de buceo que nos está siguiendo. Vigilan adónde vamos y después nos observan con prismáticos. Hoy se acercaron a un metro de nuestra embarcación, como si quisieran descubrir qué habíamos encontrado.

—Eso es muy raro —dijo Holbert—. Es la primera vez que oigo hablar de ellos.

—Bien, como ya he dicho, es probable que fuera culpa nuestra. Es el precio de que tu nombre salga en los papeles —dijo Sam, mirando a su esposa—. O mejor dicho, la foto de Remi. Bien, te ayudaré a cargar esto en tu camioneta antes de ducharme.

Al cabo de veinte minutos habían cargado la camioneta blanca de Holbert, y no tardaron en estar sentados en el restaurante, donde dieron buena cuenta de ostras, gambas a la parrilla con salsa *remoulade*, pargo rojo recién pescado y una botella de Chardonnay helado de las bodegas Kistler de California.

—¿Qué opináis? —preguntó Sam después de cenar—. ¿Pedimos otra botella de vino?

—No, gracias —dijo Ray.

—A mí tampoco me apetece —dijo Remi—. Si solo vamos a quedarnos un día más en este pueblo, quiero levantarme temprano. A partir de pasado mañana, podríamos pasar los días siguientes nadando sin llegar a descubrir nada.

—Exacto, podríamos —dijo Sam.

Dieron las buenas noches a Ray, volvieron a pie a la casa, cerraron la puerta con llave y apagaron las luces. Dejaron el ventilador del techo girando perezosamente sobre su cama y se acostaron con el rumor de las olas que rompían en la playa.

Sam despertó cuando el primer rayo de sol se coló a través de una abertura en la cortina. Pensó en salir de puntillas del dormitorio para no despertar a Remi, pero descubrió que ya estaba sentada en el porche con una taza de café, vestida y esperándolo, mientras contemplaba el golfo de México.

Sam y Remi se detuvieron en una cafetería para comprar cruasanes y café, y tras llegar al puerto deportivo, siguieron el muelle hasta el embarcadero donde habían amarrado el barco de buceo alquilado.

—¿Ves eso? —susurró ella.

Sam asintió. Entornó los ojos, se quitó los zapatos con sigilo y subió a la cubierta de proa de la embarcación. La cabina estaba cerrada, pero habían roto de un fuerte golpe la hembrilla del candado. Abrió la puerta corredera y echó un vistazo al interior de la cabina.

—Nos han fastidiado todo el equipo.

—¿Lo han manipulado?

—Eso no lo explica todo. «Fastidiado» es la expresión técnica. —Sam sacó el móvil y tecleó un número—. Hola, Dave. Soy Sam Fargo. Por lo visto, tenemos un problema esta mañana. Estamos en el puerto deportivo, y han entrado por la fuerza en el barco de buceo que te alquilamos. Da la impresión de que han roto nuestros reguladores y rajado nuestras máscaras y aletas. No puedo decirte qué han hecho con las botellas de aire comprimido, pero me cuidaría muy mucho de ponérmelas para bucear. Aún no he examinado el motor ni el depósito de gasolina. Si te fuera posible reaprovisionarnos cuanto antes, todavía podríamos salir. Entretanto, llamaré a la policía.

—Espera, Sam —dijo Dave Carmody—. Estaré ahí dentro de una media hora con todo lo que necesitáis. Y será mejor que sea yo quien llame a la policía. Grand Isle es un lugar pequeño, y me conocen. Saben que me han de aguantar otros veinte años.

—Gracias, Dave. Aquí estaremos.

Sam guardó el teléfono y fue a sentarse en la cubierta de proa. Durante algún tiempo no se movió y se limitó a contemplar el agua.

Remi lo observó fijamente.

—¿Sam?

—¿Qué?

—Prométeme que no estás planeando nada desproporcionado.

—No es desproporcionado.

—¿Tendré que pagarte la fianza?

—No necesariamente.

—Hummm —dijo ella mientras lo estudiaba. Sacó el teléfono y tecleó otro número—. ¿Delia? Soy Remi Fargo. ¿Cómo estás? Bien, me alegro mucho. ¿Está Henry en el tribunal o algo por el estilo? ¿Crees que podría hablar con él? Maravilloso. Gracias.

Mientras esperaba, Remi caminó hacia la popa del barco.

—¿Henry? Solo quería pedirte un pequeño favor. —Dio la espalda a su marido y bajó la voz mientras decía algo que no quería que él oyera. Dio media vuelta y caminó hacia Sam—. Gracias, Henry. Si le das un toque de atención, te lo agradeceré. Adiós.

—¿Qué Henry era? —preguntó Sam.

—Henry Clay Barlow, nuestro abogado.

—Ese Henry.

—Me aclaró que no necesitaremos fianza. Va a llamar a un amigo de Nueva Orleans, que estará preparado para venir corriendo con un maletín lleno de dinero y una solicitud de *habeas corpus* si es preciso. Henry dice que es escurridizo como una anguila.

—Henry debe de considerar eso una gran alabanza. ¿Cuánto nos costará?

—Dependerá de lo que hagamos.

—Muy hábil. —Sam oyó un ruido y miró hacia el muelle—. Ahí viene Dave.

La camioneta de Dave se detuvo al final del embarcadero. Se acercó por el muelle flotante con un policía uniformado a su lado, cargado con una caja de herramientas. El policía era corpulento y rubio, de espalda ancha y barrigudo, y la camisa del uniforme parecía a punto de reventar.

—Hola, Sam —dijo Dave, y después inclinó la cabeza—. Remi.

Sam se levantó.

—Has sido rápido, Dave.

—Este es el sargento Ron le Favre. Supuso que debería echar un vistazo a la embarcación antes de sustituir tu equipo. —Dave recorrió el barco con la mirada, se olvidó de todo lo demás—. Fíjate en la puerta de la cabina. —La señaló—. Es de madera noble importada, barnizada y pulida hasta el punto de que podrías afeitarte mirándote en ella.

El sargento Le Favre subió al barco.

—Encantado de conocerlos a los dos. —Sacó una cámara de su maletín y empezó a tomar fotografías de los daños—. Señor Fargo, ¿qué cree que pasó? ¿Han robado algo?

—No que yo haya visto. Solo estropearon el equipo.

—¿Hay alguien por aquí enfadado con ustedes?

—No que yo sepa. Todo el mundo se ha mostrado cordial hasta ahora.

—¿Alguna teoría?

Sam se encogió de hombros.

Remi lo fulminó con la mirada, perpleja y frustrada.

—De acuerdo. Redactaré un informe —dijo el sargento Le Favre—. De esa forma, Dave podrá entregarlo a su compañía de seguros. En primer lugar, investigaré si alguna persona durmió anoche en su barco. Tal vez alguien vio alguna cosa.

—Muchísimas gracias, sargento —dijo Sam.

Estuvo ayudando a Dave a transportar el equipo dañado a su camioneta y a llevar el nuevo equipo al barco. A continuación puso en marcha el motor, y Dave y él lo escucharon; luego abrieron la escotilla y echaron un vistazo a las correas y los manguitos.

—Dave —dijo Sam antes de que su amigo se marchara—, probablemente se trata

de alguien interesado en averiguar el motivo de nuestras exploraciones submarinas. Hemos tenido cierta notoriedad en los últimos tiempos, y ese debe de ser el precio que pagamos por ello. Carga los gastos a nuestra factura. No quiero que te lo pague el seguro porque entonces te subirán la tarifa.

Dave sacudió la cabeza.

—Gracias, Sam. Muy considerado por tu parte.

—Así que no tienes ninguna teoría, ¿eh? —dijo Remi a su esposo en cuanto estuvieron a solas—. ¿En serio? ¿Qué me dices de la gente del barco negro y gris que nos ha estado acosando desde hace días?

—Yo no he dicho que no la tenga, solo me he encogido de hombros.

—Si ocurre algo más, ¿no querrás que el sargento se entere de su existencia?

—Bien, si algo sucediera que molestara a esa gente, consideraría poco conveniente que la policía supiera que sospechaba de ellos.

—Entiendo. Hoy puede ser un gran día.

Sam recorrió el barco, hizo inventario del equipo y después soltó amarras. Remi puso en marcha el motor y salió poco a poco del puerto deportivo en dirección al golfo. El mundo que se extendía ante ellos consistía en el cielo y el mar de un azul intenso que se encontraban en el horizonte y parecían prolongarse indefinidamente.

Sam se puso al lado de su esposa cuando rodeó el rompeolas y aceleró.

—Confío en terminar hoy con ese yacimiento, para que antes de ir al siguiente estemos convencidos de que ya hemos encontrado todo lo que había que encontrar.

—Estupendo. Parece un propósito tranquilo.

Navegaron hacia el oeste siguiendo la costa llana y verde de Luisiana en dirección al lugar donde habían estado buceando.

—Tal vez te apetezca mirar al frente —dijo Remi cuando estuvieron más cerca.

Sam miró a lo lejos por encima del tejado de la cabina y vio el barco negro y gris anclado delante. Tenía izada la bandera roja y blanca, y había gente en el agua.

—Interesante coincidencia —dijo Sam—. Sabotean nuestro equipo de buceo y al poco los descubrimos buceando justamente en nuestro emplazamiento. —Sam sacó los prismáticos y miró en dirección al barco negro y gris durante unos segundos—. Parece que están emergiendo. Ahora están subiendo las boyas de buceo y arriando la bandera.

—Pues muy bien. Resulta que los Fargo, los famosos cazadores de tesoros, han estado buceando en pos de restos deteriorados de cerámica y de astas de ciervo. Ya han averiguado. —Aminoró la velocidad—. Aguardemos a que se larguen de aquí. No voy a sumergirme a dieciocho metros y dejarlos aquí con nuestro barco.

—Tal vez no se van por eso. Si nosotros podemos verlos, ellos también a nosotros. Partamos de esa teoría. —Entró en la cabina y regresó con una carta de navegación. La sostuvo en alto para que Remi pudiera verla—. Dirígete hacia

Vermilion Lake. Cuando llegues, me gustaría que navegaras a favor del viento hacia los pantanos.

—Eso es un poco impreciso.

—No quiero coartar tu creatividad. Veamos si eres capaz de perderlos.

Remi empezó a avanzar hacia delante, adoptó el rumbo magnético apropiado y aceleró poco a poco, hasta que el motor Chevrolet 427 atronó. Adelantó desde lejos al barco negro y gris y continuó a la misma velocidad. Al cabo de unos minutos Sam le dio una palmada en el hombro, y ella se volvió para mirar. Cuando vio que el barco negro y gris se dirigía hacia ellos a toda velocidad, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada.

—No son muy sutiles, ¿verdad? Supongo que vamos a disputar una carrera.

Empujó hacia delante el acelerador, y después le dio un golpe con el canto de la mano para extraerle toda la velocidad posible. Mientras corría a lo largo de Caminada Headland, parecía muy complacida.

De vez en cuando, una ola alcanzaba la embarcación y esta brincaba. Remi flexionaba las rodillas para acompañar el salto como una esquiadora, se aferraba al timón, y después se agachaba para esquivar el agua que les arrojaba el viento. Sam se mantenía cerca de ella.

—Ya puedes aminorar un poco la velocidad —dijo—. Si los perdemos de vista tan pronto, quizá se rindan. Los queremos comprometidos al máximo.

—Sí, sí.

Remi continuó a la misma velocidad, con los perseguidores apenas visibles en la lejanía, hasta que Sam dijo:

—Vale ya. Ahora, vamos a Vermilion Lake.

Remi viró a la derecha, surcó las aguas y se dirigió hacia los pantanos. Cuando se internó en el primer canal estrecho y serpenteante, fue desacelerando poco a poco.

—Oye, haz algo de provecho —dijo—. Ve a proa y vigila que no golpee nada vivo o que haga agujeros en los barcos.

—Será un placer —dijo Sam.

Subió a la cubierta de proa y señaló en la dirección más despejada. Escudriñó el agua en busca de tocones y zonas poco profundas, para ayudarla a sortearlos. El agua era oscura, casi opaca, y el canal se hallaba sembrado de cañas y árboles cargados de musgo negro y enredaderas. A medida que se iban adentrando, la vegetación era más espesa, y los árboles estaban tan juntos que formaban arcos sobre el agua.

—Para el motor —dijo Sam.

Dejó el motor en punto muerto y el barco avanzó unos cuantos metros sin emitir apenas sonidos, y después se detuvo y fue a la deriva hasta un bosquecillo sombreado. Oyeron detrás de ellos en la lejanía el rugido del motor del barco negro y gris. Sam y Remi afirmaron con la cabeza, y acto seguido Remi aceleró de nuevo.

Continuaron así durante unos veinte minutos, hasta que Sam le hizo una señal. Ella disminuyó la velocidad al mínimo, mientras su marido iba a popa y estudiaba la carta de navegación.

—Prepárate para echar el ancla.

—¿Estás seguro?

—¿No te gusta este lugar?

—Es un pantano infestado de mosquitos, donde hace un calor sofocante y los caimanes, además de los raros y celebrados cocodrilos americanos, apenas pueden repeler a las serpientes mocasines de agua. Y acabo de ver a una garceta caer de su árbol debido a un golpe de calor.

—Perfecto. Vamos a ponernos los trajes de neopreno; nos protegerán de los mosquitos. Cálzate las botas porque vamos a caminar. Y también deberíamos coger las aletas, por si hemos de salir a toda prisa.

Sam estudió la carta de navegación y después marcó con una gran X roja un punto situado a un kilómetro de donde se hallaban.

—¿No es un poco chapucero?

—Se habrán esforzado tanto en verlo que tendrán que creerlo.

Cuando estuvieron preparados, Sam utilizó la punta roma del bichero para acercarse a la orilla, y a continuación el extremo del gancho para inmovilizar el barco mientras bajaban y se internaban unos pasos en el lodo. Sam empujó la embarcación para que la corriente la llevara hacia el centro del canal.

—Y ahora ¿qué? —preguntó Remi.

—Ahora vamos a dar un gran paseo.

—Maravilloso. Tú primero.

Remi caminó detrás de Sam a través de las cañas y el lodo.

De vez en cuando, él se volvía para mirarla. Su esposa caminaba con paso firme, y tenía una sonrisa fija en la cara. Al cabo de unos veinte minutos, Sam se detuvo.

—Te lo has imaginado, ¿no?

—Quizá.

—¿Por qué solo «quizá»?

—¿Estás dando por sentado que pusieron un GPS en nuestro barco?

Él sonrió.

—Lo descubrí. Me estaba preguntando por qué no habían saboteado el motor, y entonces comprendí que era para que no dedicáramos mucho tiempo a mirar en el compartimiento del motor.

—En ese caso, sí. Lo había imaginado. Vamos a terminar la excursión y a ver si están siguiendo nuestra ruta del tesoro.

—A veces me asombra.

—¿De veras? ¿Todavía?

Guió a Remi hacia el interior del pantano, y después describieron un amplio giro a la derecha hasta completar un gran círculo. Cuando regresaron al barco, ella siguió cien metros más hasta el siguiente recodo y señaló. El barco negro y gris estaba anclado allí para ocultarse de su vista.

Sam se sentó sobre el tronco caído de un viejo árbol, se puso las aletas y se ciñó la máscara sobre la cara.

Remi apoyó una mano en su brazo.

—Los caimanes de los que hablaba son reales, ¿sabes?

—No les digas que estoy aquí.

Sam se hundió en las turbias aguas y desapareció. Volvió a aparecer en la popa del barco negro y gris. Fue a la proa, izó el ancla y dejó que el barco se deslizara a la deriva corriente abajo.

Remi corrió por los bajíos hasta el lugar donde habían dejado la embarcación de buceo, cerca de la orilla entre los árboles muertos. Utilizó el bichero para empujarla, izó el ancla y miró a Sam, quien se acercaba poco a poco hacia ella en el barco negro y gris llevado por la corriente. Vio que estaba trabajando con una serie de cables que había cortado y destripado con el cuchillo de buceo.

Mientras Remi miraba, Sam unió los dos cables y el motor se puso en marcha. Corrigió la deriva del barco y se dirigió por el pantano hacia ella. Remi también puso en marcha el motor de su barco y navegó por delante de él a un cuarto de potencia, confiando en recordar dónde se encontraban los troncos hundidos y los bancos de arena. Al cabo de unos minutos llegó a Mud Lake, después a Vermilion Lake y luego entró en el golfo. Sam apareció detrás un poco más tarde con el barco negro y gris.

Cuando salieron a mar abierto desde Caminada Headland, juntaron las dos embarcaciones y las ataron. Remi subió a bordo del barco negro y gris.

—Qué pulcritud.

—Gracias —dijo Sam.

Empezaron a registrar el barco negro y gris, concentrándose en la cabina. Al cabo de unos minutos Remi alzó una carpeta azul con un centenar de páginas.

—Es una empresa. ¿Has oído hablar de Consolidated Enterprises?

—No. Qué nombre tan impreciso. No me suena a nada concreto.

—Imagino que no quieren dar pistas.

—De momento, son cazadores de tesoros.

Señaló un detector de metales marinos en la cubierta, listo para ser utilizado.

—¿Para qué usar ese trasto cuando puedes seguir a gente que encuentra tesoros, averiar su equipo y apoderarte del yacimiento?

Sam repasó la cabina con la mirada una vez más.

—Son seis.

—Dos mujeres. —Remi asintió y abrió de nuevo la carpeta—. Mira lo que hay

aquí. Forman un «equipo de campo», y aparecen con fotos y nombres y todo.

—Cógelo.

—¿No crees que nos excedemos?

—¿Acaso no lo estamos haciendo ya al abandonar a seis personas en un pantano, a sesenta kilómetros de la civilización?

—Supongo que tienes razón. —Cerró la carpeta y salió a la cubierta—. ¿Qué deberíamos hacer con su barco?

—¿Dónde está la sede central de la empresa?

—En Nueva York.

—En ese caso, será mejor que dejemos la embarcación amarrada en el puerto deportivo. La habrán alquilado a alguien que no puede permitirse perderla.

Remi pasó las piernas por encima de la borda para subir al barco alquilado. Sam le dio la máscara y las aletas, y acto seguido se quitó el traje de neopreno y lo lanzó al barco. Remi soltó la amarra que unía ambas embarcaciones.

—¿Hacemos una carrera hasta Grand Isle? —dijo—. El ganador se ducha primero.

Sam volvió a poner en marcha el barco negro y gris y salió lanzado. A toda velocidad en dirección al puerto deportivo, la quilla de las dos embarcaciones coronaba las olas para luego caer en los senos, y llegaron casi una hora después muy igualados. Sam amarró el barco negro y gris al muelle, y desembarcó con una sudadera robada con la capucha alzada sobre una gorra de béisbol. Se dirigió al siguiente desembarcadero, donde Remi estaba intentando amarrar su barco. Ella alzó la vista.

—Se te ve muy ufano con tu elegante indumentaria robada.

Sam negó con la cabeza.

—Me limito a sonreír, y lo hago para demostrar que soy inocente y cordial.

Remi terminó con las amarras, se dirigió a la cabina y dio un tirón al nuevo candado.

—¿Inocente? Ser transparente no es lo mismo que ser inocente. Llévame a tomar una ducha larga y caliente, y luego a un buen restaurante, y después puede que hablemos de tu parte cordial.

La Jolla, California

Selma Wondrash estaba sentada a su escritorio en la oficina de la planta baja de la casa de los Fargo en Goldfish Point, en La Jolla. Empezaba a anochecer en California, y alzó la vista del libro que estaba leyendo para ver el inicio de la puesta de sol sobre la lisa extensión del océano. Le encantaba el momento en que el sol daba la impresión de aposentarse sobre el horizonte como la yema de un huevo frito. Las largas olas del Pacífico se estrellaban bajo la casa al pie de los acantilados, y Selma pensó en que llegaban hacia ella desde el otro extremo del mundo. Apenas tenía tiempo para leer libros por puro placer, pero los Fargo llevaban en Luisiana casi un mes, y lo que estaban haciendo no le exigía grandes esfuerzos de investigación.

Se pasó los dedos por el corto cabello, cerró los ojos un momento y pensó en el libro que estaba leyendo: *The Greater Journey*, el libro de David McCullough sobre los norteamericanos del siglo XIX que fueron a París. Eran como ella, gente enamorada del conocimiento. Para ellos y para Selma, aprender era vivir.

Había logrado encontrar el lugar idóneo para ella, reflexionó.

De niña, Selma había imaginado en ocasiones un retrato pintado de ella, un ser tímido y carente de interés: *La chica de la primera fila con la mano levantada*. Había sido una niña prodigio que ya leía a los dos años, y siguió leyendo, aprendiendo, estudiando y calculando, y se había convertido en una experta en todo tipo de investigaciones.

Vio su reflejo en la gran superficie reluciente de la ventana que daba al mar: era una mujer menuda, tal vez robusta, madura (de su edad no cabía duda), vestida con una camiseta desteñida y pantalones caqui. Bien, eran pantalones de jardinería japoneses, y elegantes.

Llevaba trabajando para Sam y Remi Fargo desde hacía bastante tiempo. La habían contratado justo después de que vendieran su empresa, pero antes de construir aquella casa.

—Necesitamos a alguien que pueda ayudarnos a investigar —había dicho Sam.

—¿Sobre qué? —preguntó Selma.

—Sobre preguntas —replicó Remi—. Sobre cualquier cosa y sobre todo. Historia, arqueología, idiomas, oceanografía, meteorología, informática, biología, medicina, física, juegos... Queremos a alguien que en cuanto oiga una pregunta imagine formas de contestarla.

—Yo me dedico a eso. He estudiado muchos de esos campos, y dado clase sobre algunos. Cuando trabajaba como bibliotecaria de referencia, escogí algunas fuentes y conozco a muchos expertos en otras. Acepto el trabajo.

—Ni siquiera sabe el sueldo todavía —dijo Sam.

—Usted tampoco —dijo ella—. Aceptaré un salario mínimo durante tres meses de prueba, y después ya propondrá usted la cantidad. Le aseguro que será mucho más alta de lo que imagina. Se sentirá mucho más admirado que ahora.

Haber tomado la decisión de trabajar para los Fargo la complacía. Era como si nunca hubiera buscado empleo y le pagaran simplemente por ser una buena Selma. Hasta colaboró con Sam y Remi en alzar los planos de la casa. Había investigado acerca de arquitectura y arquitectos, materiales y diseño sostenible, y como ya conocía bien a Sam y a Remi, era capaz de recordarles cosas que les gustaban y para las que necesitarían espacio donde acomodarlas. También les explicó lo que se precisaba para contar con un centro de investigación de primera fila.

El teléfono sonó y Selma sopesó la posibilidad de dejar que Pete o Wendy, sus ayudantes, lo descolgaran. Contempló la idea durante medio segundo, antes de caer, como siempre, víctima de su intensa curiosidad.

—Hola. Residencia Fargo. Selma Wondrash al habla.

—¡Selma! —dijo una voz—. *Meine Liebe, wo sind Ihr Chef und seine schöne Frau?*

—*Herr Doktor Fischer. Sie sind tauchen im Golf von Mexiko.*

—Tu alemán mejora a cada día que pasa. He llevado a cabo un descubrimiento fascinante, y quiero comentarlo con Remi y Sam. ¿Hay alguna forma de localizarlos ahora mismo?

—Sí, si me das un número al que puedan llamarte. Les diré que lo hagan lo antes posible, en cuanto salgan a la superficie.

—Estoy en Berlín. El número de aquí es el...

Mientras lo anotaba, Selma ya estaba pensando en abandonar el libro de McCullough. Albrecht Fischer era profesor de arqueología clásica en Heidelberg. No le perjudicaría dedicar parte de la noche a revisar algunas de sus publicaciones académicas recientes, solo para estar preparada, se dijo Selma.

—Gracias, Albrecht. Me pondré en contacto con Sam y Remi lo antes posible.

Más avanzada la noche, después de su cena romántica a base de *étouffée* de gambas, cangrejo blando y torta de pan en el Grand Jatte, y un paseo por la orilla del golfo bajo la luz de la luna hasta la casa, los Fargo acababan de acostarse cuando sonó el móvil de Sam.

Mientras ponía los pies en el suelo para coger su teléfono, que estaba encima del tocador, Remi levantó la cabeza y se apoyó en un codo.

—El mío tiene un botón de desconexión.

—Lo siento —dijo Sam—. Olvidé que estaba encendido. —Pasó el pulgar sobre la pantalla—. ¿Hola?

—¿Sam?

—Selma.

Miró a Remi. Ella se dio la vuelta y se subió la sábana hasta la barbilla.

—Espero no llamar demasiado tarde.

—Claro que no. —Sonrió a Remi—. ¿Qué pasa?

—Ha llamado Albrecht Fischer. Ha hecho un descubrimiento que quiere comentar contigo y con Remi.

—¿Está en su despacho de la Universidad de Heidelberg?

—No, está en Berlín. Me ha dado su número.

—Sí.

Ella le leyó el número, y Sam utilizó el bolígrafo que había dejado sobre el tocador para anotarlo en una hoja de papel de su cartera.

—Gracias, Selma. ¿Cómo van las cosas en casa?

—Todo discurre plácidamente en la mansión, tanto si el señor y la señora residen en ella como si no.

—No llamarías a un hombre en plena noche solo para burlarte de él, ¿eh?

—Jamás. Que durmáis bien.

Selma colgó.

Sam fue a la cocina y se dispuso a ajustar la puerta, pero Remi, que ya había saltado de la cama, apoyó la mano en ella para impedir que se cerrara.

—Ya estoy despierta. Será mejor que los dos estemos cansados mañana.

—¿Qué hora es en Berlín?

—Siete horas más que en Luisiana.

—Así pues, son las ocho.

Sam tecleó el número y esperó a que se estableciera la comunicación, y después conectó el altavoz del teléfono. Ambos oyeron la señal de llamada.

—*Allo, Sam. Wie geht es Ihnen?*

—Bien, Albrecht. Selma me ha dicho que querías comunicarnos algo, de modo que los dos estamos a la escucha.

—En efecto. Es un descubrimiento que hice hace tan solo una semana. Traje conmigo algunas cosas para analizarlas, y ya tengo los resultados.

—¿De qué se trata?

—Amigos míos, creo que he descubierto algo increíble, y ha de mantenerse en secreto absoluto de momento. Es tan grande que no puedo excavarlo solo. Ni siquiera puedo llevar a cabo una inspección preliminar sin ayuda. El verano empezará dentro de un mes, e insisto, es imprescindible mantener el más absoluto secreto.

—Lo entendemos, pero ¿ni siquiera puedes decirnos de qué se trata? —preguntó

Remi.

—Es posible que... Creo que he encontrado un antiguo campo de batalla. Parece intacto, impoluto.

Sam escribió en su hoja de papel: «¿Qué opinas?». Remi cogió el bolígrafo y escribió a su vez: «Sí».

—Iremos a verte —dijo Sam.

—Gracias, Sam. Ahora estoy en Berlín, comprando unas cosas y pidiendo otras prestadas. Envíame la información de vuestro vuelo para que pueda ir a buscaros al aeropuerto.

—Remi y yo cogeremos un avión por la mañana, pero es probable que el vuelo dure todo el día. Hasta pronto.

Sam colgó y miró a su esposa.

—Tendríamos que haber preguntado qué clase de campo de batalla —dijo ella.

—Solo ha dicho que era antiguo. Por tanto, creo que no hemos de preocuparnos por explosivos sin detonar.

—Si está en Europa, tal vez sí.

—Cuando Albrecht ha dicho que se encuentra en Berlín, creo que se refería al lugar en el que está llevando a cabo los análisis, no al yacimiento.

—Será mejor que hagamos las maletas.

Por la mañana, durante el trayecto de ochenta kilómetros hasta Nueva Orleans, Sam llamó a Ray Holbert.

—Lo siento, pero anoche llamó un amigo y necesita un poco de ayuda de emergencia para un proyecto, así que hemos de irnos. Te pido disculpas por marcharnos con tantas prisas.

—Tranquilo. Nos habéis proporcionado un estupendo mes de trabajo, y os echaremos de menos. No tenemos muchos voluntarios que paguen sus gastos y encima parte de los nuestros. Pero nos mantendremos en contacto y os informaremos de lo que vayamos descubriendo.

—Gracias, Ray.

—Ah, Sam: si alguien quisiera ir a buscar a esa gente que alquiló el barco negro y gris, ¿por dónde sugerirías que empezara?

—No puedo indicarlo con certeza. En algún lugar de los pantanos de Lake Vermilion y Mud Lake, diría yo.

En el aeropuerto les comunicaron el itinerario que Selma había preparado. Sam y Remi volaron con Royal Dutch Airlines desde el aeropuerto Louis Armstrong de Nueva Orleans hasta Atlanta, y después a Amsterdam. Durmieron durante el vuelo transatlántico y despertaron cuando tomaban tierra en la capital holandesa. El vuelo final a Berlín fue mucho más breve, y cuando llegaron al aeropuerto Tegel a las 11.20 de la mañana siguiente, los esperaba Albrecht Fischer.

Fischer era alto y delgado, de pelo rubio que poco a poco devenía canoso y piel clara tostada por el sol tantas veces que se había quedado así, y que resaltaba sus ojos azules. Llevaba una chaqueta gris de estilo deportivo que parecía desgastada, con un pañuelo azul oscuro alrededor del cuello. Estrechó la mano de Sam y besó a Remi en ambas mejillas.

No fue hasta que se encaminaron hacia la salida de la terminal cuando Albrecht Fischer habló de su hallazgo.

—Lamento haberos contado tan poco por teléfono. Creo que lo comprenderéis cuando veáis lo que he traído a Alemania.

—¿No lo encontraste aquí?

—No. En el yacimiento tenía la sensación de que me estaban vigilando. Necesitaba hacer trabajo de laboratorio y análisis, pero no me atreví a hacerlo allí. De modo que volví a Berlín. Tengo colegas en la Universidad de Humboldt y en la Universidad Libre que me dejan utilizar sus laboratorios. He estado durmiendo en el despacho de un colega que está de permiso y he utilizado la ducha de su laboratorio de química.

—¿Por qué no has regresado a tu laboratorio de Heidelberg?

—Es una treta para despistar a quienquiera que esté interesado en lo que estoy haciendo. Experimentaba una sensación extraña cuando estaba trabajando, y he descubierto que, cuando presientes que alguien te está espionando, suele ser cierto.

Fischer los condujo hasta la calle, donde paró a un taxi que los llevó al hotel Adlon Kempinski. Mientras Sam se registraba, Remi tomó nota de la belleza del hotel (las alfombras ornamentadas, los muebles de excelente factura, los techos abovedados), pero también observó que los ojos de Albrecht Fischer se movían sin cesar y examinaban el torrente de personas que, de manera ininterrumpida, atravesaban el vestíbulo de un extremo a otro. Estaba nervioso e impaciente, y, al mismo tiempo, había algo más. Daba la impresión de que tenía miedo. Sam envió al botones a su habitación con el equipaje, y después se reunió con Remi y Fischer.

—¿Subimos?

Remi negó con la cabeza.

—Creo que será mejor ir a ver eso en lo que está trabajando el buen profesor.

Albrecht sonrió.

—Sí, por favor. Sé que debéis de estar cansados del viaje, pero tanto guardar silencio sobre este asunto me está volviendo loco. Y el laboratorio no está lejos.

Sam y Remi intercambiaron una mirada.

—Por supuesto. Vamos —dijo Sam.

Salieron a la calle, el portero hizo una señal a un taxi y les abrió la puerta del mismo cuando llegó. Albrecht esperó a que la puerta se cerrara y dijo: «A la Universidad de Humboldt, por favor». El taxi efectuó un trayecto de pocas manzanas

y paró ante la estatua de Federico el Grande, delante del edificio principal de la universidad, en Unter den Linden.

Entraron a toda prisa en él. Parecía estar destinado sobre todo a laboratorios científicos, pues había puertas con ventanas de cristal ahumado con números en ellas. Las que estaban abiertas mostraban a gente joven en el interior, vestida con batas de laboratorio y deambulando entre cajas negras con pantallas, vitrinas que albergaban instrumental de química, y encimeras con centrifugadoras y espectrómetros. Mientras caminaban, Sam iba echando un vistazo a cada laboratorio. Remi tomó a su esposo del brazo.

—Sé que estás reviviendo los grandes momentos de tus años universitarios.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Albrecht—. Pensaba que los estudiantes estadounidenses únicamente se dedicaban a beber cerveza y a acudir a fiestas.

—Sam fue a Caltech. Trabajaban en laboratorios, y después bebían cerveza y acudían a fiestas.

—Solo estaba pensando en algunas personas que estudiaron en esta universidad. Había un estudiante prometedor, un chaval llamado Albert Einstein.

—Y antes de él —añadió Remi—, Hegel, Schopenhauer, los hermanos Grimm...

—Hoy vamos a centrarnos tan sólo en las especialidades de Remi —dijo Albrecht—. Un poco de historia, un poco de antropología física.

Se detuvo en un laboratorio a oscuras, sacó una llave y abrió la puerta. Entraron, y encendió las luces fluorescentes.

—Hemos llegado.

La habitación tenía encimeras negras a lo largo de las paredes laterales, una pizarra en la parte delantera y media docena de grandes mesas de acero inoxidable. Sobre una de ellas descansaba un ataúd de madera pulida.

—¿Quién ha muerto? —preguntó Remi.

—Lo llamaré Friedrich. —Albrecht caminó hacia el ataúd—. En concreto, he certificado que es mi tío abuelo Friedrich von Schlechter. Cuando lo encontré no quería suscitar curiosidad, de modo que compré un ataúd y contraté al director de una funeraria de la ciudad más cercana para meterlo en él, conseguir los documentos de repatriación precisos y enviarlo a Berlín para ser enterrado.

Abrió la tapa. Dentro había un esqueleto que el tiempo había tornado oscuro, con algunos restos de material que parecían cuero podrido y un fragmento de metal oxidado similar a la hoja de una espada.

Sam y Remi examinaron el interior.

—Da la impresión de que se le ha soltado la cabeza durante el viaje —comentó Sam.

Remi miró con más detenimiento.

—No sucedió en tránsito. ¿Ves esta marca en la vértebra, aquí? —Señaló la parte

posterior de la última vértebra, donde faltaba un fragmento—. Eso es obra de un hacha o una espada.

—Muy bien —dijo Fischer—. Si le dedicas un poco de tiempo, empezarás a averiguar más cosas sobre quién es. A juzgar por el desgaste en los molares y el buen estado de los huesos, yo calculo que tenía al menos treinta años, pero sin llegar todavía a los cuarenta. Si observas el radio y el cúbito izquierdos, verás más marcas. Esas son heridas que se curaron mucho antes de su muerte. La decapitación fue la herida definitiva, por supuesto. Pero esas marcas revelan mucho más sobre él. Era un guerrero. Es probable que empuñara un arma con las dos manos cuando un contrincante lo alcanzó en el antebrazo con una espada. O si utilizaba escudo, el golpe le llegó por detrás. Sobrevivió y la herida cicatrizó.

—Las espadas y los escudos me recuerdan algo —dijo Remi—. ¿Lo has sometido a la prueba del carbono 14?

—Sí. La practicamos en un fragmento del fémur y en una tira de cuero que hallamos con el cuerpo, tal vez un fragmento del calzado o de la vaina de un arma. La lectura dio como resultado que todavía quedaba un 82,813 por ciento de carbono 14. También tomé muestras de otro individuo que estaba cerca de este y las analicé allí. El resultado fue el mismo, lo cual nos da una fecha alrededor de 450 d. C.

—450 —repitió Sam—. ¿Y dónde está el yacimiento?

—A unos tres kilómetros al este de Szeged, en Hungría.

—Caramba —exclamó Remi—. ¿Y crees que nuestro Friedrich estaba acompañado de muchos más?

—Sí. Cuántos, aún no lo sé. Un campo de batalla es, en esencia, una fosa común de grandes dimensiones. El lugar adonde los cuerpos van a parar está más bajo que la zona circundante, ya hayan sido enterrados de la forma habitual o cubiertos por el tiempo. He detectado restos esparcidos hasta a cien metros de distancia. Mirad esto. —Fischer fue a otra mesa y desenrolló un gran mapa trazado a mano con una cuadrícula encima—. Es el río Tisza, y aquí está el lugar donde el Mures confluye. Esta cuadrícula muestra dónde encontré a Friedrich, y aquí es donde encontré a otro individuo a la misma profundidad.

—¿Quiénes podrían ser?

—Me siento tentado de suponer que son hunos. La zona de Szeged fue el baluarte de los hunos en esa época. Pero cuando iban a la guerra, desmontaban el campamento y partían todos hacia el territorio del enemigo para combatir. Lucharon contra los ostrogodos, los visigodos, los romanos (tanto de Roma como de Constantinopla), los ávaros, los galos, los alanos, los escitas, los tracios, los armenios y contra muchos otros pueblos, más pequeños, a los que asimilaron después de la conquista. En un momento dado, también se aliaron con cada uno de esos grupos contra uno o más de los otros. Descubrir quién combatió en aquella batalla nos costará tiempo y

exámenes.

—Por supuesto —dijo Sam—. No resulta fácil averiguar algo sobre una batalla con solo mirar dos esqueletos.

—Exacto —corroboró Albrecht—. Estoy ansioso por volver a empezar una excavación. Pero hay problemas.

—¿Qué clase de problemas? —preguntó Remi.

—Es un yacimiento muy grande, un ancho campo abierto que en otro tiempo fue un prado, parte de una granja colectivizada bajo el gobierno comunista, pero ha estado sin explotar durante más de diez años. Se encuentra cerca de una carretera. Szeged es una ciudad moderna y floreciente, a escasos kilómetros de distancia. Si corriera la voz, no habría forma de impedir que gente de la ciudad fuera a excavar en busca de recuerdos. Y las numerosas historias acerca de tesoros encontrados en yacimientos del período clásico bastarían para atraer a miles de personas. En un día, todo podría perderse.

—Pero, hasta el momento, todo sigue siendo un secreto —dijo Sam—. ¿Verdad?

—Solo espero que sean jugarretas de mi imaginación, pero en diversas ocasiones he tenido la impresión de que me espiaban mientras exploraba los alrededores de Szeged.

—Suele pasar —dijo Remi.

—¿Qué quieres decir?

—Mientras estábamos en Luisiana —explicó Sam—, nos seguían a dondequiera que fuéramos a bucear. Resultó ser un equipo de exploración de una empresa llamada Consolidated Enterprises.

—No parece algo relacionado con la arqueología, sino más bien una empresa comercial.

—Yo diría que eso es muy preciso. Por lo visto, su plan comercial consiste en esperar a que alguien encuentre un yacimiento prometedor, para entonces expulsarlo y explorarlo ellos.

—Sam los obligó a seguirnos a pie hasta un pantano y después tomó prestado su barco.

Albrecht soltó una risita.

—Bien, os habéis hecho famosos por descubrir oro y joyas. Yo solo soy un pobre profesor que estudia pueblos que vivieron hace mucho tiempo y cuya idea de un tesoro era una buena cosecha de cebada. Este campo de batalla es lo más increíble que he descubierto en mi vida. He estado estudiando los alrededores, en busca de señales de un poblado romano. En un momento dado, la zona formó parte de una provincia romana. La principal razón de que el campo despertara mi interés fue que no estaba cubierto de edificaciones.

—¿Tienes alguna idea de quién te estaba espiando en Szeged? —preguntó Sam.

—Un día, alguien entró por la fuerza en la habitación de mi hotel. Yo llevaba encima mi ordenador portátil y mis notas, y aunque registraron mi equipaje, no robaron nada. Pero durante varios días vi un coche negro grande, con cuatro enormes individuos del este de Europa vestidos con trajes oscuros. Los veía tres o cuatro veces al día vigilándome, y en ocasiones llevaban prismáticos o cámaras.

—Tiene pinta de que fueran policías —dijo Sam—. Tal vez sospechaban que estabas haciendo algo ilegal, como enviar a Friedrich fuera del país. Si sabían que eres arqueólogo, querrían averiguar qué objetos habías encontrado.

Albrecht contempló sus pies.

—Soy culpable de sacar a Friedrich de contrabando, pero si me hubiera quedado en Hungría a hacer el trabajo de laboratorio, la noticia de mi descubrimiento se habría conocido en menos de un día. Mantener en secreto un descubrimiento es el procedimiento habitual. Todo el mundo que lo ha dado a conocer de manera prematura ha regresado a un yacimiento saqueado, pisoteado, y en el que todo el material de valor científico e histórico había sido destruido. Y este yacimiento es más vulnerable que la mayoría. Los cadáveres que descubrí todavía conservaban las armas y armaduras con las que murieron. Hay fragmentos de tela, restos de cuero y piel. Todo eso se habría perdido.

—Respetaremos tu secreto, por supuesto —dijo Sam—. Y hemos venido para ayudarte en lo que podamos.

—Somos especialistas en secretos —añadió Remi—, pero ¿no sería una buena idea pedir a Selma que se pusiera a pensar al respecto? Es posible que su ayuda nos sea útil, y casi siempre intuye lo que nos gustaría averiguar.

—¿Nos das permiso? —preguntó Sam—. Significaría poner sobre aviso al resto de los miembros de nuestro equipo, pero eso sería todo.

—Por supuesto —dijo Fischer—. Cuantas más mentes brillantes trabajen a nuestro lado, mejor. De momento, voy a guardar a Friedrich.

—Después de que hayamos tenido la oportunidad de deshacer las maletas y recuperarnos un poco, esperamos que vengas a nuestro hotel a cenar con nosotros —dijo Remi.

—¿Seguro que no preferís estar solos?

—Nos encantaría tener la oportunidad de hablar un poco más sobre tu descubrimiento esta noche —insistió ella.

—Será un placer —dijo Albrecht—. ¿A qué hora?

—A las ocho.

—Bien. Me quedaré encerrado aquí, y luego iré a prepararme. Estaré en vuestro hotel un poco antes de las ocho.

Después de estrecharse las manos, Sam y Remi salieron del edificio, pasaron ante la enorme estatua ecuestre de Federico el Grande y a continuación giraron a la

derecha por Unter den Linden. En el lejano extremo oeste vieron la Puerta de Brandenburgo y el hotel Adlon Kempinski casi al lado. Mientras caminaban por el paseo peatonal bajo los tilos, alejándose de la universidad, fueron cruzando calles famosas: Friedrichstrasse, Charlottenstrasse... Pasaron ante la embajada rusa y también frente a la embajada húngara, cercana a su hotel.

Era un hermoso atardecer, y Remi caminaba con la cabeza erguida mientras iba mirando los lugares emblemáticos.

—¿En qué estás pensando? —preguntó Sam.

—Me estaba preguntando por qué nos están siguiendo.

Berlín

—¿Dónde están? —preguntó Sam.

—Espera unos segundos. Después mira hacia atrás en la dirección de las siete. Hay una joven rubia, acompañada de un hombre alto con la cabeza rapada.

Remi se tocó el cabello castaño rojizo mientras caminaban.

—Una joven rubia en Berlín, ¿eh? Sorprendente. —Por su lenguaje corporal se deducía que no se había quedado satisfecha tras atusarse la melena. Sacó un pequeño estuche del bolso, simuló mirarse en él y devolvió un mechón a su sitio con la mano—. Es una de las mujeres del equipo de Luisiana. Y el hombre... Sí, él también. Sus fotos estaban en la carpeta que robamos de su barco. ¿Cómo es posible que hayan podido llegar a Berlín con tanta rapidez? Hace tan solo unas horas que hemos aterrizado, y únicamente nosotros sabíamos adónde íbamos.

Sam se encogió de hombros.

—Supongo que tendrán a su disposición un avión de la empresa.

—Tal vez deberíamos pedir un empleo en Consolidated Enterprises. Me pregunto qué otras ventajas ofrecerán.

—Han aparecido en un momento muy inoportuno.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

—Supongo que podríamos preguntar a un abogado alemán si es ilegal que nos sigan a todas partes.

—Hagámoslo —dijo Remi—. Albrecht se ha tomado muchas molestias para mantener en secreto su descubrimiento. Me sabría muy mal que esos idiotas que nos hemos traído levantaran la liebre. Tal vez podríamos conseguir que los deportaran.

—Prefiero tenerlos en Alemania que en Hungría.

—Bien dicho. Hablaremos con Albrecht durante la cena.

—Me gustaría hacer algo antes.

—¿Qué?

—Solo veo a dos. Separémonos.

—Después de tanto bucear y volar, me iría bien una hora de cuidados en la peluquería del hotel.

Sam y Remi recorrieron juntos el paseo. Después, cuando llegaron a la entrada del hotel Adlon Kempinski, Remi dio un beso en la mejilla a Sam y entró en el vestíbulo. Sam caminó solo unos pasos y después miró atrás para comprobar que la

rubia seguía a Remi. También vio que el hombre alto de la cabeza afeitada se detenía de súbito y fingía mirar a alguien en dirección contraria. Sam continuó andando.

Dejó atrás la Puerta de Brandenburgo y entró en el Tiergarten, el gran parque urbano. Siguió el sendero bajo los árboles hasta el Hauptbahnhof, el gran edificio metálico brillante que era la estación de tren de dos niveles más grande de Europa. Entró con el hombre alto de la cabeza afeitada a cierta distancia, se mezcló con la multitud de viajeros y compró un billete para un tren S-Bahn que atravesaba la ciudad. Corrió hacia el andén correspondiente y llegó justo cuando las puertas se abrían, entró, se volvió para ver si su perseguidor entraba en otro vagón, esperó a que las puertas estuvieran a punto de cerrarse y descendió. Se fue a toda prisa del andén y bajó una escalera mecánica hasta los trenes de larga distancia que circulaban de este a oeste. Se detuvo bajo la parte inferior de la escalera mecánica unos minutos, mientras vigilaba la aparición del hombre alto de la cabeza afeitada.

Cuando estuvo seguro de que el hombre no lo había seguido, Sam subió por la escalera mecánica hasta el nivel de la calle, salió de la Hauptbahnhof, localizó un banco cómodo a la sombra y clavó la vista en la salida de la estación.

Su perseguidor tardó unos veinte minutos en salir, con aspecto malhumorado. Había dejado de buscar a Sam y tenía la vista fija en el suelo, a unos pasos de distancia, con las manos en los bolsillos del fino impermeable. Después de concederle una buena ventaja, Sam se levantó y lo siguió.

El hombre caminó hacia el norte por Alt-Moabit hasta llegar al hotel Tiergarten, donde entró. Sam eligió un pequeño bar situado al otro lado de la calle, se sentó a una mesa detrás de los ventanales y vigiló el hotel. Era un edificio de cuatro plantas que no tendría más de sesenta habitaciones. Una camarera se acercó a Sam, él sonrió y señaló la jarra de cerveza del hombre de la mesa de al lado, y ella le llevó una.

Vio que la joven del cabello rubio regresaba al hotel unos diez minutos después. Continuó su vigilancia. Observó que la mujer aparecía en una ventana del cuarto piso, la abría y recorría las cortinas. Cuando Sam terminó la cerveza, la puerta principal del hotel se abrió de nuevo y, de uno en uno, los otros cuatro miembros del equipo de Luisiana fueron saliendo. Había tres hombres y una mujer de cabello oscuro corto. Formaron dos parejas y se pusieron a caminar.

Mientras Sam los seguía a través del Tiergarten, decidió que parecían un grupo de jóvenes contables que acababan de salir del trabajo e iban a tomar una copa juntos. No le sorprendió ver que habían tomado la dirección del hotel Adlon. Cuando llegaron, dos de los hombres se separaron y entraron en un restaurante cercano. Los otros dos, como si fueran una pareja, se metieron en el vestíbulo del hotel.

Se detuvieron en mitad del vestíbulo, algo vacilantes. Dieron media vuelta mientras sus ojos exploraban el techo curvo con las vigas que se entrecruzaban. Sam se deslizó por detrás de ellos, entró en el ascensor sin mirar atrás y subió a la planta

de encima de la que los Fargo ocupaban, para luego bajar por la escalera hasta su habitación.

Llamó con los nudillos y Remi abrió la puerta, ataviada con un vestido verde esmeralda de Donna Karan que él había admirado cuando lo vio colgado de una percha. En Remi era hipnótico, conseguía que su piel resplandeciera y sus ojos parecieran de un verde más brillante de lo habitual.

—Caramba —exclamó—. He tenido hace poco un sueño en el que estaba casado con una mujer exacta a ti. Espero no despertarme.

—Las lisonjas te abrirán todas las puertas. Y tal vez recuerdes que he dedicado casi dos horas a ponerme guapa. Bien, ¿cuál es el resultado de tus pesquisas, en plan espía de la Guerra Fría?

—Terminé la misión, pero las noticias no son buenas. Toda la partida está aquí, los seis. Dos están vigilando el vestíbulo ahora mismo y otros dos han ido a cenar enfrente. Es probable que se ocupen del último turno. Creo que no volveremos a ver a la rubiales y al calvorota hasta mañana por la mañana.

—Vale. Dedicaré un rato a preocuparme mientras tú te duchas y te vistes. Tu traje y la camisa blanca están colgados en el armario. Albrecht llegará dentro de media hora.

—Perfecto. Mientras tú te preocupas, tal vez deberías llamar a Henry otra vez para ver si conoce a algún buen abogado en Alemania o en Hungría.

—Ya lo he hecho, y no conoce a ninguno. Preguntará al respecto a algún amigo suyo y, mientras cenamos, me enviará un correo electrónico. Eso me recuerda algo. Me muero de hambre, ¿sabes? Estoy soñando con pato ahumado, champán y tarta de mazapán desde que he oído a alguien hablar de ello en la peluquería.

—Basta. Me está entrando todavía más hambre.

Sam se duchó y se vistió. Pasaban de las ocho. Como Albrecht llevaba un retraso de quince minutos, Sam llamó a su móvil, pero estaba desconectado y se activó el buzón de voz. Llamó a recepción para preguntar si su amigo había llegado. Después se puso en contacto con el restaurante para descubrir si su amigo los estaba aguardando allí.

—Esperemos que se haya distraído con su amigo Friedrich y olvidado de la hora. Si sus colegas aquí se encargan de las pruebas del carbono 14, puede que se haya puesto a efectuar otros análisis y que se haya despistado —dijo Sam preocupado.

—Probemos en casa.

Remi sacó el teléfono y marcó.

—Hola, Remi.

—Hola, Selma. Parece que hemos perdido la pista de Albrecht.

—¿Qué quiere decir «perder la pista»?

—Tenía que reunirse con nosotros en el hotel hace media hora, pero no ha

aparecido, no ha llamado y no contesta al móvil. Pensaba que tal vez te había dejado un mensaje, pero ya veo que no. ¿Tenemos otros números donde localizarlo? Se alojaba en el despacho de un profesor en la Universidad de Humboldt.

—Solo tenemos el número de su casa y el del despacho de Heidelberg.

—Eso no nos llevará a ningún sitio.

—¿Puedo hacer algo más?

—Pues sí. A ver qué consigues averiguar sobre una empresa llamada Consolidated Enterprises.

—¿Estadounidense?

—He leído que tiene la sede en Nueva York, pero acabamos de ver a seis de sus miembros aquí.

—Pondré manos a la obra.

—Gracias, Selma. Da la impresión de que nos siguen. Y si ya han localizado a Albrecht, tal vez tengamos un problema. Está tan paranoico que quizá haya decidido ir a Francia a pie para quitárselos de encima.

—Te informaré de quiénes y qué son.

—Buenas noches, Selma. —Remi guardó el teléfono en el bolso y se volvió hacia Sam—. Nada. ¿Alguna otra idea?

—Bien, puedes quedarte aquí manteniendo incólume tu belleza, o pensar en algo práctico y acompañarme a ver si lo encontramos.

Ella se encogió de hombros.

—Creo que ya me he exhibido ante el único tío al que quería impresionar. Echa un último vistazo antes de que me ponga unos tejanos y unas sandalias.

—Lo siento.

Remi se quitó de una patada los zapatos de tacón alto y abrió la pequeña nevera, eligió una barra de chocolate y le dio un mordisco.

—Toma. Cena algo mientras me cambio.

Entregó la barra a Sam y se volvió para que le bajara la cremallera del vestido.

Unos minutos después, los Fargo caminaban a buen paso por Unter den Linden en dirección a la Universidad de Humboldt. Las calles estaban llenas de gente, ciudadanos y turistas, que disfrutaban del hermoso paseo bajo la doble hilera de tilos en aquella noche de principios de verano. La cuarta vez que Sam miró hacia atrás dijo:

—No veo que nos sigan.

—Sin duda saben que teníamos una reserva en un restaurante con estrellas Michelin, y han supuesto que estaríamos ocupados durante las tres horas siguientes.

—¿Estás preocupada?

—Cada vez más. Albrecht Fischer no es un profesor distraído. Está acostumbrado a dirigir un departamento académico, a dar clases, a escribir y a diseñar modelos

mentales de edificios tremendamente complejos con muy poca información. No pide a los amigos que recorran medio mundo para después olvidarse de que están aquí.

—No adelantemos acontecimientos. Casi hemos llegado.

Llegaron al edificio del laboratorio al que Albrecht los había llevado unas horas antes. La puerta exterior seguía sin estar cerrada con llave. Vieron luces en algunos laboratorios de los pisos superiores, pero cuando llegaron al de Albrecht estaba a oscuras.

—¿Es posible que nos hayamos cruzado con él? —preguntó Remi.

—No creo, aunque me he dedicado todo el rato a comprobar que nadie nos estaba vigilando. Pero tal vez haya ido a cambiarse para la cena, así que no sabemos de qué dirección vendría.

Sam extendió la mano hacia el pomo del laboratorio de Albrecht y descubrió que giraba. Abrió la puerta y encendió las luces. El ataúd con los restos de Friedrich había desaparecido. Las mesas de laboratorio que habían estado alineadas en dos pulcras hileras parecían haber sido empujadas a un lado, dispuestas en ángulos extraños, y dos habían sido derribadas. Daba la impresión de que habían arrojado dos sillas al otro extremo de la habitación. Cuando Remi y Sam se adentraron más en el laboratorio, descubrieron varias manchas de sangre grandes en un reguero que conducía hacia la puerta. El pañuelo que llevaba Albrecht estaba en el suelo. Sam lo recogió y se lo guardó en el bolsillo de la chaqueta.

Remi sacó el móvil, marcó a toda prisa y se pegó el teléfono al oído.

—¿Policía? —preguntó Sam.

—Ajá. En Alemania es el 110. —Oyó algo en alemán—. Hola. ¿Puedo hablar con usted en inglés? Bien. Creo que han secuestrado a un amigo nuestro. Raptado. Mi marido y yo nos habíamos citado con él en nuestro hotel a las ocho. No ha venido, y estamos en su laboratorio de la Universidad de Humboldt. Hay sangre en el suelo, han derribado los muebles y echamos cosas en falta. —Escuchó—. Me llamo Remi Fargo. Gracias. Les esperaremos en la puerta principal de este edificio.

Remi y Sam apagaron las luces, dejaron el laboratorio y recorrieron el pasillo hasta la entrada. El aullido discontinuo de las sirenas europeas aumentó de intensidad. Cuando abrieron la puerta, vieron salir un coche de policía de la Friedrichstrasse y dirigirse hacia ellos. El vehículo se detuvo delante del edificio y dos policías bajaron.

—Hola, agentes —dijo Sam—. ¿Hablan inglés?

—Yo hablo un poco de inglés —dijo uno de los policías—. ¿Es usted *herr* Fargo?

—Sí, y esta es mi esposa, Remi. Hagan el favor de venir a ver lo que hemos descubierto.

Remi y Sam guiaron a los dos policías hasta el laboratorio y encendieron las luces. En cuanto vieron el estado de la habitación, los policías parecieron

tranquilizarse. Pisaban de nuevo terreno firme: se había producido un delito y ellos se iban a encargar del asunto. Mientras estudiaban las diversas señales físicas de violencia, hacían preguntas y tomaban notas: «¿Cómo se llama su amigo? ¿Da clases en la Humboldt? Si da clases en Heidelberg, ¿por qué tiene un laboratorio aquí? ¿Cuál es la naturaleza de su trabajo? ¿Tiene algún rival capaz de hacer algo así?».

Sam suspiró.

—El profesor Fischer pensaba que lo habían vigilado cuando estuvo en Hungría. Cuatro hombres lo seguían en un coche. No tenía ni idea de quiénes eran.

—¿Alguien más?

—Hoy hemos llegado de una exploración submarina arqueológica en el golfo de México, frente al estado de Luisiana, en Estados Unidos. Había seis personas allí que trabajaban para una empresa llamada Consolidated Enterprises. Siguieron nuestro barco hasta diversos yacimientos submarinos y después sabotearon nuestro equipo. Esta tarde, cuando nos fuimos de aquí en dirección a nuestro hotel, vimos a dos de esas personas en Berlín. Nos estaban siguiendo.

—¿Cómo los encontraremos?

—Se alojan en el hotel Tiergarten —dijo Sam—. Cuarta planta.

Los dos policías hablaron entre ellos durante unos segundos, y después el que hablaba inglés se comunicó un momento por radio.

—Nos gustaría que nos acompañaran —dijo a continuación.

—¿Adónde vamos?

—Al hotel Tiergarten.

Cuando llegaron, ya había seis coches de policía aparcados delante del edificio, y un oficial de alto rango estaba esperándolos. Los dos agentes que acompañaban a Remi y a Sam lo llamaron *hauptmann*. Se volvió hacia ellos.

—¿Los señores Fargo? Soy el capitán Klein. Tengo a mis hombres arriba hablando con esos estadounidenses que tal vez hayan raptado a su amigo.

—Me incomoda la idea de que esas personas puedan ser los secuestradores —dijo Sam—. Carecen de ética, pero no me parecen violentos.

El capitán Klein se encogió de hombros.

—Usted dijo que sabotearon su equipo de buceo, y tal vez los pusieron en peligro. Los han seguido de un continente a otro. Algunos criminales prosperan porque no lo aparentan. Pronto lo sabremos.

La radio de Klein emitió un chasquido a causa de la estática.

—*Ja?* —dijo. Una voz masculina relató algo al otro lado, y Klein respondió con brevedad—. Su amigo no está en ninguna de sus habitaciones —explicó a Sam y a Remi—. Tenemos más hombres registrando otras zonas: el sótano, las despensas, los armarios de la ropa blanca, las oficinas, etcétera.

—¿Y las muestras? —preguntó Remi—. Carecerían de razones legítimas para

estar en posesión de objetos antiguos o restos. Llevan en Europa solo unas horas.

—¿Podría identificar dichos objetos si los viera?

—Algunos. El profesor Fischer nos enseñó el esqueleto de un guerrero antiguo. Había una espada o parte de un cuchillo oxidado, y restos de una vaina de la misma o de una tira de cuero. Y tenía un mapa con una cuadrícula donde había marcado el lugar donde los encontró.

—¿Y dónde los encontró?

—En algún lugar de Hungría —dijo Sam—. Capitán, le agradecería que la descripción del hallazgo y el emplazamiento quedaran al margen de cualquier informe público. El profesor Fischer ha mantenido todo esto en secreto. Si corriera la voz, la excavación del yacimiento se vería amenazada. Yo le aseguro que se informará de todos los hallazgos al gobierno de aquel país y se obtendrán todos los permisos.

—Gracias a los dos por su sinceridad. Haré lo que pueda por mantener en secreto esta información. —Se oyó otro chasquido a través de la radio, y el capitán prestó atención—. *Danke*. Los tienen preparados arriba —dijo a Sam y a Remi.

Sam, Remi y el *hauptmann* Klein subieron en el estrecho ascensor hasta la cuarta planta y caminaron hacia una entrada abierta, donde los esperaba un agente de policía que se apartó para dejarlos pasar. Los seis estadounidenses a los que Sam y Remi habían visto por primera vez en el barco ante la costa de Luisiana estaban sentados en la sala, tres en el sofá y tres alrededor de una mesita auxiliar al lado de la ventana. Ahora que los tenía cerca y en una habitación bien iluminada, Sam vio que presentaban picaduras de mosquitos, graves quemaduras del sol y numerosos rasguños, consecuencia de abrirse paso a través del espeso follaje.

—¿Reconocen a estas personas? —preguntó Klein.

—En efecto —respondió Remi.

—Yo también —corroboró Sam.

—Sí —dijo el capitán Klein—. Tal como pronosticaron, llevan identificaciones de Consolidated Enterprises de Nueva York, y lamento decir que los seis se encuentran aquí. Confiaba en que uno o dos estuvieran con su amigo desaparecido.

La joven rubia de la mesa se levantó encolerizada.

—¿Qué hace esta gente aquí?

—Los señores Fargo han denunciado la desaparición de un profesor. ¿Los conocen?

—Sí —dijo la rubia—. Robaron nuestro barco y nos dejaron tirados en un pantano de Luisiana. Podríamos haber muerto.

—Y ahora han conseguido que los detengan en un país extranjero por un delito muy grave. Yo que ustedes me mantendría alejados de ellos.

—¡Detenidos sin motivo! —exclamó el hombre alto de la cabeza afeitada—.

Exijo la presencia de nuestro abogado.

—Con motivo o sin él, todavía están detenidos —dijo Klein—. Solo estamos intentando eliminar un grupo de posibles sospechosos. Háganme caso, si los descartamos ahora tendrán buenas razones para darnos las gracias. El secuestro de un erudito alemán de fama mundial no es algo por lo que les gustaría ser juzgados en Berlín.

Klein se alejó de ellos y llamó por señas a los Fargo. Salieron al pasillo y cerraron la puerta.

—Mis hombres han registrado a fondo sus habitaciones —explicó—. No han encontrado huesos, objetos oxidados, notas ni mapas.

—Yo no creo que esta gente secuestrara a Albrecht Fischer —dijo Sam—. Vimos a dos siguiéndonos por Unter den Linden hasta nuestro hotel. Después vimos a los otros cuatro llegar a nuestro hotel y dividirse. No daban la impresión de actuar contra Albrecht, pero podrían haberlo raptado en cuanto nosotros abandonamos el laboratorio.

—Podrían ser un equipo de vigilancia de una conspiración mucho mayor —conjeturó Klein—. Todavía no han dado una buena explicación de por qué los siguieron y espionaron. No cabe duda de que son rivales en busca de un descubrimiento que robar, y Albrecht Fischer hizo un descubrimiento. Voy a llevarlos a comisaría, y dedicaré tiempo a desvelar qué están tramando.

—No nos oponemos, por supuesto —dijo Remi.

—También tenemos agentes vigilando las fronteras en busca del profesor. Si sus secuestradores lo raptaron hace más de dos horas, es posible que ya hayan salido. —Klein les dirigió una mirada suspicaz—. Pero ustedes ya lo habrán deducido. Se van de Berlín también, ¿verdad?

—Alguien secuestró a Albrecht Fischer y robó sus notas, objetos y fotografías —dijo Sam—. No sé si fueron amigos de esta gente o alguien que no tiene nada que ver con ellos. Pero sí sé adónde lo van a llevar.

—En ese caso, le deseo toda la suerte del mundo. Si se tratara de un amigo mío, yo también haría lo mismo. Buenas noches.

Szeged, Hungría

Sam y Remi pagaron la cuenta del hotel Adlon Kempinski aquella misma noche y tomaron un taxi hasta la Hauptbahnhof, donde Sam había burlado a su perseguidor aquella tarde. Subieron al Stadbahn en dirección sur, pero se quedaron en el aeropuerto de Schönefeld, donde tomaron un avión para Budapest. Tardaron una hora y media en llegar a Ferihegy. Cogieron un tren desde el aeropuerto hasta la estación de Nyugati, en Budapest, y después subieron al siguiente tren que los conduciría hasta la ciudad de Szeged, a unos ciento setenta kilómetros de distancia y cercana a la frontera sur.

Salieron de la estación por la mañana y vieron una fila de taxis que esperaban a los pasajeros. Sam dejó las maletas a Remi y recorrió la fila preguntando a cada conductor: «¿Habla inglés?». Cuando veía que el taxista negaba con la cabeza o componía una expresión perpleja, pasaba al siguiente. En el cuarto taxi había un hombre moreno y delgado, de edad madura, ojos castaños de mirada triste y un bigote parecido a un cepillo. Estaba apoyado en su vehículo, y había otros tres conductores con él, escuchando algo que estaba contando y riendo. Cuando oyó la pregunta de Sam, levantó la mano.

—¿Es solo curiosidad o habla inglés?

—Hablo inglés —respondió Sam.

—Bien. En ese caso, podrá corregirme si me equivoco.

El inglés del hombre era perfecto. Su leve acento mostraba que había aprendido el idioma con un profesor nativo.

—Hasta el momento, sería usted quien podría corregirme —dijo Sam.

—¿Adónde puedo llevarlo?

—Primero a nuestro hotel. Después nos gustaría echar un vistazo a la ciudad.

—Bien. City Hotel, pues.

—¿Cómo lo sabe?

—Es un hotel bueno y respetable, y ustedes parecen personas inteligentes. — Cogió las maletas y las colocó en el maletero del coche, y después se puso a conducir —. Se alegrarán de haber dedicado tiempo a Szeged. Es el lugar de procedencia de las mejores salchichas y la mejor páprika.

—Me gusta la arquitectura —dijo Remi—. Los edificios tienen unos colores muy interesantes, sobre todo pastel, y el estilo barroco con todos los elaborados detalles

que los dotan de distinción.

—Eso es bueno, y malo también —dijo el taxista—. Lo malo sucedió primero. En marzo de 1879, el río, el Tisza, a ese lado, se desbordó y destruyó toda la ciudad. Lo bueno es que, después, la gente se puso a pensar en lo que iba a construir.

—Salió bien. Para ser una ciudad de ciento setenta y cinco mil habitantes, es preciosa.

—Ha estado leyendo guías turísticas.

Remi se encogió de hombros.

—Es una forma de matar el tiempo en el tren.

El taxista detuvo el vehículo delante del City Hotel, sacó del maletero las dos maletas de los Fargo, las dejó en la entrada, y después entregó a Sam una tarjeta.

—Tome. Me llamo Tibor Lazar. Puede preguntar por mí en recepción, y le dirán que soy honrado y de confianza. Lo sé porque ambos recepcionistas son primos míos.

—Gracias —dijo Remi—. ¿Lo llamamos cuando estemos preparados o nos esperará?

—Esperaré aquí.

Un botones ya estaba transportando sus maletas a recepción. Se registraron y subieron a su habitación.

Sam se sentó en la cama y empezó a mirar mapas de Google en su iPad.

—¿Qué estás buscando? —susurró Remi.

—El campo. Sabemos que, tarde o temprano, los secuestradores llevarán a Albrecht hasta su hallazgo para que pueda enseñarles dónde excavó.

—¿Puedes ver dónde está en el mapa?

—Lo estoy intentando. Estaba en el lado este del río Tisza y al norte del río Mures. Lo recuerdo con relación al lugar donde los dos confluyen. Utilizó ese dato para orientar su plano.

—Tengo algo que te gustará. Cuando estábamos en el laboratorio y pregunté a Albrecht si podía contarle los detalles a Selma, tomé una foto del plano con mi teléfono para que ella viera el sitio al que nos estábamos refiriendo.

Remi sacó el teléfono y enseñó la foto del plano a Sam.

Él le dio un beso en la mejilla.

—Perfecto.

Utilizó su teléfono para llamar a Selma y conectó el altavoz.

—Aquí Selma. Dispara.

—Hola, Selma. ¿Recibiste anoche el croquis de un yacimiento que te envió Remi?

—Sí. Supongo que es el yacimiento en el que está trabajando Albrecht.

—Exacto —dijo Sam—. Dio su autorización para incluirte en esto, de modo que Remi te lo envió enseguida. El problema es que el motivo de que Albrecht no viniera

a cenar con nosotros anoche fue que lo secuestraron en su laboratorio de Berlín. La policía ha estado vigilando estaciones de tren y aeropuertos, pero temo que esa gente sacó a Albrecht de Alemania antes de que denunciáramos su desaparición.

—¿Eran de Consolidated Enterprises?

—No estoy seguro. No creo a esos tipos capaces de hacer algo que los metiera de por vida en una prisión extranjera. Pero la policía va a retenerlos unos días para estar seguros, lo cual ya nos conviene.

—¿Estáis en Szeged ahora?

—Sí.

—Utilicé el ordenador para comparar el trazado del plano con las formas de los ríos del mundo, con el fin de averiguar dónde había estado excavando Albrecht. Sabía que iríais a ver el hallazgo.

—Ahora sí que hemos de hacerlo —dijo Remi—. Nadie secuestraría a Albrecht para pedir rescate. No es rico, solo inteligente. Deben de pretender que los conduzca hasta su descubrimiento y se lo cuente todo.

—¿Qué puedo hacer para ayudar?

—En primer lugar —dijo Sam—, envíame por correo electrónico un mapa de carreteras convencional, con el yacimiento de Albrecht señalado.

—Lo tendré dentro de un minuto.

—Y secuestrar a profesores no es algo que haga cualquier criminal. Hemos de saber quién está interesado en la arqueología de esta zona, ya sea legal o no.

—Intentaré que Interpol nos diga quién ha estado traficando con objetos sacados de contrabando de Hungría, y del resto de Europa Central, en los últimos tiempos. También preguntaré a conservadores de museos y a anticuarios. ¿La fecha era 450?

—Exacto. Y una cosa más. —Sam sacó la tarjeta que le había dado el taxista—. Me gustaría que investigaras a un taxista de Szeged llamado Tibor Lazar. Estaba esperando clientes delante de la estación de tren cuando llegamos y habla el inglés propio del londinense medio. A ver si es lo que aparenta.

—Me ocuparé de ello. Otra pregunta para Interpol.

—Gracias —dijo Remi—. Entretanto, intentaremos llamar la atención.

—¿Es una buena idea?

—De momento, no tenemos otra mejor —dijo Remi—. Si hacemos lo que hizo Albrecht, tal vez obligaremos a reaccionar a la misma gente que se fijó en él.

—Esperemos que no sea la misma reacción —dijo Selma—. Os enviaré esta información lo antes posible. El mapa ya está en vuestro iPad con el yacimiento marcado. Adiós.

Sam apagó su iPad.

—¿Preparado para la visita turística? —preguntó Remi.

—Me muero de ganas.

Salieron y vieron a Tibor sentado en el taxi. El hombre salió de él y les abrió la puerta de atrás.

—¿Querían ver la ciudad? —preguntó, cuando todos estuvieron dentro.

—Sí —dijo Sam—. ¿Podemos empezar por el río?

—Por supuesto. Este es un buen año para el Tisza. No hay inundaciones, ni sequía, ni vertidos químicos río arriba, nada. El año pasado tuvimos un poco de todo.

Sam estaba mirando en la pantalla de su teléfono el mapa de Selma.

—Parece un río grande.

—Corre desde el norte de Hungría, en Ucrania, hasta aquí, unos mil kilómetros, y desemboca en el Danubio, en la frontera con Serbia. Ha sido importante desde la Antigüedad. Aquí, en la parte sur de la llanura, no llueve mucho, pero el agua llega desde el altiplano de Ucrania, y el río Mures lo hace desde el este, de Rumanía, y trae el deshielo y la lluvia de las montañas de Transilvania.

—Supongo que el curso del río habrá cambiado desde la Antigüedad —dijo Remi.

—Muchas veces. Era un río lento y sinuoso, con grandes meandros que atravesaban la llanura una y otra vez. Pero la gente nunca deja las cosas en paz. En 1846 el conde István Széchenyi empezó a enderezar su curso. Lo redujo a unos mil kilómetros a base de atajar a través de los meandros. Ahora hay unos seiscientos kilómetros de canales muertos. Entre 1880 y 1900 se llevaron a cabo más mejoras. Tal vez exista incluso alguna que no recuerde o de la que no haya oído hablar. Pero en 1937 se dieron cuenta de que era mejor empezar a recuperar los tramos que habían inutilizado. En la actualidad, el río es muy recto, pero todavía provoca inundaciones, tal vez peores que nunca. Los canales se llenan de limo. No obstante, seguirán interviniendo en él mientras continúen naciendo políticos.

—Ahí delante —dijo Sam—, ¿podría cruzar el puente y enseñarnos el otro lado del río?

—Por supuesto. Llamamos a ese lado Új-Szeged. Significa «Nueva Szeged». Toda la ciudad antigua se hallaba en el lado oeste.

—¿La parte este es muy nueva?

—Siempre estuvo aquí, por supuesto, pero la ciudad ha crecido sobre todo en las zonas desocupadas.

El taxista cruzó el bajo puente de hierro, recién pintado, y miraron el río.

—¿Puede seguir por este lado unos cuantos kilómetros?

—Claro. Es un bonito día soleado. Esta es la ciudad más soleada de Hungría.

Siguió conduciendo hasta que Sam vio que se encontraban cerca del enclave del que Albrecht había trazado el plano. Era un campo abierto de grandes dimensiones, cubierto de alfalfa y sin sembrar.

—¿Qué es esta tierra de la derecha? —preguntó Remi.

—¿Eso? Ah, es una vieja granja. El ganado solía pastar en ella. Durante la época comunista, cuando yo era pequeño, formaba parte de una enorme granja colectivizada. Desde entonces, el gobierno se ha implicado en un esfuerzo llevado a cabo por todos los países de la cuenca del Danubio para limpiar los ríos. No han reabierto la finca ganadera. Está demasiado sucia para encontrarse tan cerca del río.

—¿Podemos detenernos para echar un vistazo?

—Por supuesto.

Tibor paró el taxi en la cuneta. Sam y Remi caminaron solos hacia el campo.

—Bien, ya hemos llegado y no veo a nadie —dijo Remi.

—Tampoco hay señales de excavaciones recientes —añadió Sam—. Albrecht debió de volver a poner en su sitio la hierba cuando se marchó, y no la han alterado.

—¿Crees que Albrecht logró persuadir a sus secuestradores de que su hallazgo se encontraba en otra parte?

—Lo dudo. Todo cuanto Selma necesitó fue el contorno del río para localizarlo, y Albrecht sabía que alguien lo vigilaba mientras estaba aquí. Tengo la sensación de que está retenido en algún lugar cercano. Con el fin de que les sea útil, deberán traerlo aquí para decirles dónde excavar y qué buscar, o retenerlo en un sitio donde puedan llevarle las cosas que encuentren.

—Tal vez. Pero ¿cómo vamos a encontrarlo?

Sam miró a la lejanía.

—Creo que los vigilantes nos han localizado.

Remi volvió la cabeza y vio que un coche oscuro se había detenido en la carretera recta de dos carriles que corría paralela al río. Una persona de vista aguzada podría distinguir cabezas a través de las ventanillas. Sacó el teléfono y tomó unas cuantas fotos del campo, el río y la carretera, donde el vehículo se había parado.

—Albrecht habló de un gran coche negro con cuatro hombres dentro —dijo Sam—. ¿Crees que tu teléfono captará la matrícula desde esta distancia?

—Tal vez, pero tengo la sensación de que lo veremos de más cerca —contestó Remi.

Volvieron hacia el taxi.

—¿Conocen a esos hombres del coche negro? —preguntó Tibor.

—No —replicó Sam—. ¿Y usted?

—No creo. He visto un reflejo hace un minuto. He tenido la impresión de que uno de ellos nos estaba observando con prismáticos. Esa es la palabra correcta, ¿verdad?

Tibor se llevó las dos manos a los ojos con los dedos formando un círculo.

—Esa es la palabra —confirmó Remi—. Se estarán preguntando qué estamos haciendo en un prado donde antes pastaban vacas.

—Muy bien. —Puso el motor del taxi en marcha, efectuó un giro espectacular y se dirigió hacia el puente que habían cruzado, para volver a la orilla oeste del río.

Seguía mirando por el retrovisor—. ¿Están seguros de que no los conocen?

—Afirmativo —dijo Remi—. Nunca habíamos estado en Hungría.

Fueron hasta la plaza de los Mártires de Arad y vieron el monumento a los hombres asesinados en la revuelta de 1848, el Reloj Musical con figuras esculpidas de una universidad medieval, la plaza Klauzál y la plaza Schéchenyi, todo ello situado en el centro de la ciudad. El barrio estaba lleno de flores y árboles, además de edificios barrocos de colores pastel que no parecían reales.

Mientras Tibor los conducía de un sitio a otro, Sam y Remi no dejaban de observar el coche negro. Cuando se detuvieron con brusquedad cerca del centro de la ciudad, el automóvil casi los alcanzó. Remi tomó otra fotografía a través de la ventanilla trasera.

Tibor reparó en ello.

—Esos hombres me recuerdan la era comunista. Había gente que parecía no tener otro trabajo que seguir a la gente para informar sobre ella.

—Me gustaría saber a quién van a informar sobre nosotros —dijo Remi.

—Me pregunto si podríamos averiguarlo —añadió Sam—. ¿La policía nos dirá quién es el propietario de un vehículo si le damos el número de su matrícula?

—Creo que es posible —respondió Tibor.

Remi aumentó la foto que había tomado del coche negro. Sacó una hoja de papel del bolso y copió el número de la matrícula, y después se lo dio a Sam.

—Le doblaré la tarifa si lo averigua —dijo Sam—. Tenga el número.

Entregó el papel a Tibor por encima del asiento.

El hombre aparcó cerca de la comisaría de policía y desapareció en el interior.

Sam marcó el número de teléfono de la residencia de los Fargo.

—Hola, Selma —dijo.

—Hola, Sam. Estaba a punto de llamarte para proporcionarte parte de la información que me pediste.

—Dejaremos para más tarde casi toda. Creo que ha llegado el momento en que hemos de saber si Tibor Lazar es de los buenos o de los malos.

—Tengo una respuesta provisional para ti. No ha hecho nada que haya dejado antecedentes delictivos ni llamado la atención de Interpol. Es propietario de una casa pequeña y de una compañía de taxis pequeña, y no hay sospechas de que sea alguna tapadera. Tiene tres taxis y debe dinero por todos ellos. Es demasiado pobre para ser otra cosa que honrado.

—Perfecto. Gracias, Selma.

Al cabo de veinte minutos, Tibor salió. Se acomodó en el asiento del conductor y puso en marcha el motor.

—Bako —dijo, mientras daba marcha atrás para luego avanzar.

—¿Bako?

—Arpad Bako.

—¿Sabe quién es? —preguntó Remi.

—Les hablaré de mi visita a la policía mientras conduzco. —Volvió hasta el río y se desvió hacia el sur. Cuando aceleró, miró por el retrovisor como si esperara que lo siguieran—. Hemos de empezar con ustedes. Ustedes son Samuel y Remi Fargo, de La Jolla, California.

—Eso ya lo sabíamos —dijo Remi.

—¿Y sabían que la policía local estaba enterada? Siguen una directiva del gobierno de la nación. Les han pedido que los mantengan bajo vigilancia relajada: cuándo salen del hotel, cuándo vuelven, etcétera. Creen que han venido en busca de tesoros antiguos. ¿Es eso cierto? ¿Son ustedes cazadores de tesoros?

—Somos unos aficionados interesados en la historia —dijo Sam—. Hemos llevado a cabo algunos hallazgos valiosos, tanto bajo el mar como en tierra. Pero algunos de los más importantes estaban hechos de madera, bronce o acero, y son tesoros porque revelan cosas sobre el pasado. Es cierto que algunos de los objetos que hemos encontrado incluían oro y joyas, pero catalogarnos como cazadores de tesoros es simplista.

—Nunca descubrimos un yacimiento y lo saqueamos —añadió Remi—, como harían los cazadores de tesoros vulgares. Damos aviso al gobierno del país donde lo hemos encontrado. Recibimos permiso de las autoridades para excavar e informar de lo que descubrimos. En casi todas partes el gobierno es propietario de lo que encontramos.

—Dicen que se han hecho muy ricos. ¿Es mentira?

Remi sonrió.

—No es mentira. Un malentendido. Sam es ingeniero. Hace algunos años inventó una máquina. Es un escáner de láser argón que se utiliza para identificar a distancia metales mezclados y aleaciones. Pedimos prestado todo el dinero que nos concedió el banco y fundamos una empresa para construir y vender los escáneres. De haber fracasado, habríamos estado endeudados para siempre. Pero la empresa dio sus frutos, y nos convertimos en la única fuente de suministro de esos escáneres. Empresas más grandes empezaron a preguntarnos si queríamos vender la nuestra. Cuando recibimos la oferta adecuada, vendimos. Todo eso sucedió antes de que empezáramos a buscar secretos antiguos.

—De modo que solo han tenido mucha suerte.

—Sí, hasta el momento —dijo Sam, y asintió—. Y me gustaría continuar así. Tal vez deberíamos hablar con la policía, si sospecha de nosotros.

—Será mejor que no lo hagan. Todavía no está interesada en ustedes, de manera que déjenlo así.

—Entonces ¿los cuatro hombres que nos seguían eran agentes de policía?

—No. Son esbirros de Arpad Bako.

—¿Quién es?

—Describirlo pone a prueba mi pobre dominio de su idioma. Puedo decir que es un hombre codicioso y malvado. Pero eso no es suficiente. Es un ladrón. ¡Es un cerdo, un perro, una rata, una serpiente, una vil cucaracha!

Tibor cambió al húngaro durante dos o tres frases más, y después se calmó.

—Eso no suena bien —dijo Remi—. Parece un zoo.

—Lo siento —se disculpó Tibor—. Lo odio. Lo odiaba ya antes de nacer, y desde entonces he aprendido a odiarlo más.

—¿Puede decirnos algo sobre él que nos aclare quién es? —preguntó Remi—. ¿Cómo se gana la vida?

—Heredó el negocio familiar. El más grande es una fábrica de medicamentos. Farmacología, ¿entienden? Hacen píldoras, vacunas y esas cosas.

—Comprendido.

—Es una empresa muy grande. Hay personas que, como yo, están convencidas de que se hizo tan grande a base de vender fármacos a gente cuya única enfermedad es su necesidad de fármacos.

—Ha dicho que lo odiaba ya antes de nacer —dijo Sam—. ¿Qué significa eso?

—Su familia y la mía estuvieron en bandos diferentes durante cientos de años. La de él se opuso a la revuelta de 1848 y consiguió que detuvieran a miembros de la mía por traición. Durante la Segunda Guerra Mundial, su familia se hizo nazi con el fin de poder confiscar tierras y negocios. Denunciaron al hermano de mi abuelo, que fue torturado y fusilado por ser el propietario de una pequeña granja que los Bako codiciaban. La siguiente generación fue comunista para conseguir privilegios, que después utilizaron para dirigir el mercado negro. Cuando el gobierno cayó, los Bako sobornaron a gente del poder para que les dejaran hacerse con el control de la fábrica de medicamentos. Cada vez que el caos se apodera del mundo, un Bako acaba arriba y pisotea a los demás. Arpad es lo peor de lo peor. Iba en su coche cuando su chófer atropelló a mi segundo hijo, a más de cien kilómetros por hora. Bako inventó la historia de que mi hijo era un carterista que había robado algo a un hombre y que cruzó la calle sin mirar. Cinco de sus esbirros lo juraron ante un tribunal.

—¿Lo odia lo suficiente para correr el riesgo de negarle algo que desea? ¿Tal vez para castigarlo? —preguntó Sam.

—¿Yo? ¿Tibor? Aprovecharía la oportunidad al vuelo.

—Un buen amigo nuestro, un arqueólogo alemán, fue secuestrado ayer en Berlín. Había hecho un descubrimiento cerca de aquí, y se marchó a estudiarlo a Berlín porque tenía miedo. Se había percatado de que cuatro hombres lo seguían en un coche negro.

—Comprendo. Bako es una de esas personas que se jactan de ser descendientes

directos de Atila el Huno. Hace unos cuantos años, un puñado de ellas solicitó al gobierno que se las declarara grupo minoritario especial. Es simple codicia.

—¿Codicia? No le sigo —dijo Remi.

—Es por la tumba. Bako Quiere encontrar la tumba y afirma que es de él.

—¿La tumba de Atila? No tendrá mucha suerte. Es una de las grandes tumbas conocidas que jamás se han encontrado. ¿También afirma que es pariente de Gengis Kan?

—Todavía no.

Remi se volvió hacia Sam.

—¿Qué crees que deberíamos hacer?

—¿Qué se puede hacer? —dijo Tibor—. Bako no solo tiene dinero. Posee su propio pequeño ejército de gente de seguridad que lo protege a él, sus casas y sus fábricas. No cabe duda de que matará a cualquiera que pretenda impedirle descubrir la tumba de Atila, o lo secuestrará si cree que sabe algo que puede serle útil.

—No vamos a quedarnos sentados cruzados de brazos —dijo Remi en voz baja.

—¿Qué quieres hacer?

—Encontrar a nuestro amigo y rescatarlo.

Tibor guardó silencio un momento.

—¿En serio?

—Sí —contestó Sam—. Nos llamó porque pensaba que podía necesitar ayuda. Tenía razón.

—Sam, tal vez no deberías...

—No, me parece que Tibor es nuestro hombre, Remi. Tibor, creo que podemos hacerlo, pero necesitamos a un hombre que sea húngaro, que sea valiente y que odie a Arpad Bako. Te pagaremos bien por tus molestias y tu tiempo. Si te detienen, te conseguiremos el mejor abogado. No supondrá ningún contratiempo adicional porque tendrá que defendernos a nosotros también.

—Será mejor que os demuestre quién es ese tipo, antes de que alguien haga algo. Vamos a mi garaje para coger un coche diferente.

—Espera. Me gustaría despistar a los hombres que nos siguen. Déjame conducir a mí. Si te estropeo el taxi, te pagaré las reparaciones y el tiempo que estés sin utilizarlo.

Tibor miró a Sam con escepticismo, pero frenó y dejó que se sentara al volante mientras él ocupaba el asiento del copiloto. Sam efectuó una rápida media vuelta y después giró a la izquierda para pasar por detrás del gran coche negro. Tibor se agarró al salpicadero y pisó el freno inexistente.

—Te gustará ir de copiloto de Sam —dijo Remi—. Tiene prohibido conducir en cuatro países.

Sam aceleró. Cuando el automóvil negro los siguió y empezó a acercarse a ellos,

dejó que los neumáticos abandonaran la calzada y corrieran por encima de la cuneta polvorienta, de modo que lanzaron al aire una gran nube de polvo y fragmentos de grava. El conductor del coche negro intentó sortearla sin éxito, estuvo a punto de perder el control y el automóvil dio bandazos de un lado a otro por culpa de rectificar en exceso.

—No es demasiado bueno —comentó Sam—. ¿Existe algún lugar cercano con calles muy estrechas?

—Hay un antiguo pueblo a unos tres kilómetros de distancia. Está lejos del río, así que no ha sido arrasado por las inundaciones.

Sam aceleró aún más por el tramo largo y recto que atravesaba la llanura, pero las carreteras como aquella estaban hechas para el gran coche negro. Empezó a acortar distancias sin cesar. Sam maniobró de un lado a otro de la vía, y después ocupó el centro de la misma para que no pudiera colocarse a su lado. Cuando vio el pueblo, ocupó el carril de la izquierda con brusquedad. El coche negro se desplazó al derecho. Sam pisó el freno, y el otro vehículo los sobrepasó como un relámpago.

Sam efectuó un lento y seguro giro en la calle principal del pueblo, pasó ante varios edificios de piedra, y a continuación viró a la derecha por un callejón tan estrecho que el taxi apenas cabía entre los edificios.

—Cuidado, cuidado —murmuraba Tibor.

Sam se detuvo al final de la callejuela.

Los tres miraron por la ventanilla de atrás y vieron que el coche negro pasaba a gran velocidad ante la entrada del callejón.

—Ahora vamos a ver si está lo bastante enfadado o si hemos de mosquearlo un poco más —dijo Sam.

El coche negro frenó con un rechinar de neumáticos, dio marcha atrás con rapidez hasta aparecer ante su vista, giró y se adentró en la callejuela en pos del taxi. Sam salió del callejón a una pequeña plaza cuadrada y bajó del automóvil.

—Coge el volante —dijo a Tibor.

Acto seguido regresó hasta el extremo del callejón y empujó una carretilla cargada de piedras hasta la entrada.

Antes de completar la maniobra, se oyó un estrépito, y después un ruido estridente que se convirtió en un chirrido y luego enmudeció. Sam recuperó la carretilla, corrió hacia el taxi y se sentó en el asiento trasero con Remi. Tibor dio marcha atrás para echar un vistazo al callejón. Los Fargo y él vieron que el coche negro se hallaba encajado entre el primer par de edificios. Los espejos laterales habían desaparecido, y estaba atascado contra los ladrillos de ambos lados. El motor rugía, y se oyó un penoso chirrido metálico, pero los progresos eran escasos. Tibor rodeó el extremo de la hilera de edificios hasta llegar a la calle principal, y entonces volvieron sobre sus pasos.

Llegaron a un edificio que parecía un pequeño almacén. Había cinco hombres con monos y ropa de trabajo.

—Esos dos —dijo Tibor—, los guapos, son mis hermanos. Los demás son primos.

Tibor bajó y fue a hablar con un par de ellos, que lo acompañaron hasta el coche. Un tercer hombre sacó una camioneta del garaje y la dejó en marcha. Todo el mundo sonreía, se estrechaba las manos y parecía encantado de verse. Tibor se sentó al volante de la camioneta, y Sam y Remi se acomodaron detrás. Se quedaron sorprendidos al ver que un hombre los acompañaba.

—Soy János —dijo—. Yo tomaré las fotos.

—Gracias —dijo Remi—. ¿Qué fotos? —susurró a Sam.

János le hizo una fotografía.

—De nada —dijo el hombre.

Tibor los condujo al este de la ciudad y a continuación hacia las llanuras cubiertas de hierba. Ocho kilómetros después llegaron a un gran complejo de cinco hileras de edificios blancos. La mayoría de ellos eran rectángulos largos y bajos carentes de ventanas. János apuntó la cámara y empezó a tomar fotos. Tomó más mientras continuaban en paralelo a las altas vallas de tela metálica coronadas de alambre de púa. Pasaron ante un puesto de vigilancia que parecía la entrada a una base militar, con guardias armados provistos de uniformes de combate grises.

—¿Para qué tantos guardias? —preguntó Remi.

—La razón que aducen es que fabrican y almacenan narcóticos e investigan nuevos medicamentos, de manera que la competencia podría robar sus secretos. La verdadera razón es que Bako puede hacer lo que le dé la gana sin que nadie haga preguntas.

Durante la totalidad del viaje Sam guardó silencio. Lo miraba todo con detenimiento, pero sin decir nada.

Cuando regresaron al garaje, Sam pidió una hoja de papel.

—Voy a hacer una lista de cosas que necesitaré y te daré dinero para comprarlas —dijo a Tibor—. Si no puedes conseguir algo, dímelo y pediré que me lo envíen por avión. —Se puso a escribir mientras hablaba—. Cuatro uniformes grises como los que llevan los hombres de Bako. Cuatro pistolas con dos cargadores extra cada una en fundas para cinturón de cincha negra. Las que ellos llevan me parecieron CZ-75 checas. Si hay un modelo húngaro similar, me servirá. Botas negras de media caña, cuatro pares. Las botas tendrán que estar bien brillantadas y los uniformes planchados. Y recuerda, un conjunto es para Remi, de modo que consigue uno de talla pequeña. Además necesito una correa corta de cuero negro para perros y un collar.

—¿Algo más? ¿Algo que haga juego con el collar?

—Un perro.

—¿Un perro?

—Me gustaría un pastor alemán. En caso necesario, puede ser un rottweiler o un doberman. Ha de tener buen olfato, estar bien adiestrado y ser obediente.

—Hay un hombre en Szeged que adiestra perros.

—Y es primo tuyo, ¿verdad?

—No todo el mundo es primo mío. Ese es primo de mi mujer. Le preguntaré si tiene un buen perro en este momento.

—¿Puedes llevarte a Remi para que los vea y elija uno?

—Podría, pero se trata de perros húngaros. Remi no habla húngaro.

—Soy capaz de aprender tantas palabras como un pastor alemán —dijo Remi.

—Y todos los perros se comunican con Remi —añadió Sam. Miró a Tibor—. ¿János y tú estáis dispuestos a hacer esto? ¿Habéis tomado una decisión?

—Preferiría ir a secuestrar a Bako para cambiarlo por tu amigo. Pero sí.

—Si esto no funciona, intentaremos lo que has dicho.

Szeged, Hungría

Remi Fargo se hallaba ante la puerta de la valla que rodeaba el patio de ejercicios, donde había varios pastores alemanes.

—¿Cómo se llama ese? —preguntó al primo de la mujer de Tibor.

—Gyilkas. Significa «Asesino».

—¿Y este?

—Hasfel. Es el diminutivo de *hasfelmetszo*. Significa «Destripador».

Remi sacó la correa, dispuesta a entrar.

—Señorita, no creo que deba entrar ahí.

—Pues claro que sí. ¿Cómo van a confiar en mí si yo no confío en ellos?

Entró y cerró la puerta. Caminó con aire seguro hasta cada perro y dejó que olfatearan su mano, les palmeó el espeso pelaje del cuello y continuó adelante. Vio al perro más grande del recinto, un macho marrón claro con la cabeza y la cola negras. Había estado sentado a cierta distancia, observando. Se acercó a Remi y, en cuanto lo hizo, todos los demás parecieron esfumarse.

—¿Y quién eres tú? —preguntó Remi al perro.

El animal la miró a los ojos, se sentó delante de ella, y lamió la mano que le ofrecía. Remi se arrodilló y le dio palmaditas, y el perro se tumbó para que pudiera acariciarle el vientre.

—Se llama Zoltán —dijo el primo—. Significa «Sultán».

—Es el mandamás, ¿verdad? El jefe.

—Sí, señorita. No suele hacer eso con los desconocidos. —Se corrigió—. Con nadie.

—Me entiende. Sabe que me gustan los de su raza. —Se inclinó hacia delante y habló al perro en voz baja—. ¿Qué opina usted, señor Zoltán? ¿Quiere trabajar conmigo esta noche?

Por lo visto, Remi obtuvo la respuesta que deseaba. Se puso en pie y el perro la imitó, caminó a su lado hasta la puerta. Remi lo sacó del recinto.

—Es este —dijo al primo de la mujer de Tibor—. ¿Querría hacer el favor de enseñarme algunas órdenes apropiadas en húngaro, para no confundir a Zoltán?

El Bako Gyogyszereszeti Terszag había terminado su turno diurno horas antes de

que llegara la nueva furgoneta de seguridad a la puerta principal del complejo. Estaba oscuro, y las luces situadas sobre el punto de control eran lo más brillante que se veía. Dos guardias armados se acercaron a la furgoneta parada ante la alta valla. El más joven de ellos se detuvo al lado de János, el conductor, y echó un vistazo al interior del vehículo, y el otro se quedó al lado del pasajero, donde iba sentado Tibor. Sam había decidido adjudicarle el mayor rango a este, para que fuera el portavoz. Tibor llevaba galones dorados en la manga derecha y una estrella de oro en la gorra de béisbol, mientras los demás no exhibían ninguna insignia de rango.

El guardia hizo una pregunta, y Tibor al parecer dijo lo que habían acordado con anterioridad: habían llevado a un perro de búsqueda y rescate porque uno de los laboratorios había denunciado la presencia de un intruso. Cuando el hombre le formuló una segunda pregunta, dio la impresión de que Tibor hacía hablar al oficial de alto rango que había en él. Dedicó una mirada desdeñosa al guardia y contestó en tono fatigado. El hombre empezó a decir otra cosa, pero Tibor lo interrumpió con gélida furia. Señaló la puerta y gritó algo en húngaro que solo podía ser: «¡Abra de una vez! ¡Me está haciendo perder el tiempo!».

El guardia que se encontraba al lado de János estaba mirando la parte posterior de la furgoneta, y sonreía a Remi. El grito de Tibor lo sobresaltó, después oyó un gruñido sordo y vio que el gran pastor alemán empezaba a enseñarle los dientes, inclinado hacia la ventanilla bajada. El hombre retrocedió de un salto, volvió a su puesto y activó un circuito que abrió la puerta hacia dentro.

János atravesó el acceso y continuó por la carretera de asfalto, y a continuación efectuó un giro al otro lado de la primera hilera de edificios, de modo que los dos guardias ya no pudieron ver la furgoneta. Paró y todo el mundo bajó de ella. Remi y el perro fueron los primeros, János y Sam los siguieron, mientras Tibor se mantenía un poco alejado, como un sargento de instrucción al lado de su pelotón. Como grupo, tenían un aspecto formidable y muy profesional. La insistencia de Sam en que todos llevaran uniformes planchados, armas, botas, cinturones multiusos y gorras idénticas estaba dando sus frutos. Remi también llevaba una bolsa negra a juego. Dio una galleta a Zoltán, le propinó una enérgica palmada, le murmuró unas palabras en húngaro y después introdujo la mano en la bolsa de cuero. Sacó el pañuelo que Albrecht había perdido en su laboratorio y dejó que el perro lo olfateara. Después dijo: «*Vadászat!*». (¡Busca!).

Zoltán empezó a olfatear, moviéndose de un lado a otro de la zona pavimentada que separaba las hileras de edificios. Al principio dio la impresión de que estaba desorientado, pero después avanzó y tiró de Remi. Ella le habló en inglés mientras caminaban su voz era apenas un susurro.

—Vamos, muchachote. Vas a utilizar esa hermosa narizota para encontrar a Albrecht.

El resto del grupo los seguía a una distancia de un par de metros, lo cual concedía a Remi y al perro espacio para moverse o volver sobre sus pasos, pero Zoltán iba despacio y cómodo, con la cabeza alta mientras se volvía a uno y otro lado, no más interesado en uno que en otro.

—¿Lo ha perdido? —preguntó Sam.

—Se ha grabado el olor en la memoria y ahora está buscando. Hemos de dejar que busque hasta que perciba de nuevo el olor.

—Miren allí —dijo János.

Había un edificio bajo rectangular en el borde del recinto más alejado de la carretera. Lo rodeaba su propia alambrada de tela metálica coronada de alambre de púa. Dentro de esta había otra que tenía cuatro filamentos de alambre más fino tensados al máximo.

—Es una verja electrificada —dijo Sam. Indicó un letrero en húngaro—. ¿Qué pone?

—«Peligro. Laboratorio de Investigación de Enfermedades Infecciosas. Solo personal autorizado. Trajes protectores exigidos en todo momento. Puerta dispara alarma».

—¿Crees que es cierto? —preguntó János—. Si yo secuestrara a alguien, lo metería en un sitio así.

—Trae a Zoltán —dijo Sam, y Remi acercó el perro a la puerta, el cual la olisqueó y continuó adelante.

Doblaron una esquina y se toparon cara a cara con un par de guardias de seguridad vestidos exactamente como ellos. Los dos hombres portaban rifles de asalto AK-47 colgados al hombro. El más cercano a Sam levantó una linterna para iluminar sus rostros.

El entrenamiento de judo de Sam lo impulsó a reaccionar con celeridad. Su brazo salió disparado como una serpiente para arrebatar la linterna de la mano del hombre, al tiempo que cargaba contra su cuerpo y lo derribaba. Dirigió la luz al rostro del guardia.

Tibor estaba tan sorprendido como los dos guardias, pero se recuperó con más rapidez. Habló en voz alta y áspera en húngaro, y lo que dijo no era un cumplido. Sam y Remi dedujeron que se refería a la indumentaria y la conducta de los guardias. Tibor cogió la linterna y los iluminó, mientras criticaba su afeitado, y después dio unos golpecitos en la camisa de un hombre porque los botones no estaban alineados con su cinturón. Tampoco le gustó el lustre del calzado. Por fin, les indicó con un ademán que continuaran, a lo que añadió un gruñido final amenazador.

—Muy bien hecho —dijo Sam.

—Gracias, pero ¿te has dado cuenta de que llevamos solo diez minutos aquí y ya nos han parado dos veces hombres con armas automáticas?

—Es una señal alentadora. El lugar está demasiado bien custodiado para ser una empresa farmacéutica honrada. Esperemos que una de las cosas que ocultan sea Albrecht Fischer.

De repente, el gran perro saltó hacia delante. La correa se tensó y tiró con insistencia del brazo de Remi.

—Hemos captado un olor —dijo ella.

Zoltán tiró de Remi por la calzada que corría entre los edificios sin ventanas, y los demás los siguieron de cerca. Sam y János se desplegaron a ambos lados de ella, en previsión de cualquier obstáculo que pudiera surgir delante o detrás, con las manos apoyadas sobre las pistolas.

Llegaron a un edificio cercano a la esquina más alejada del complejo, una especie de almacén o taller de herramientas. Había una puerta hecha de acero, y a su alrededor un armazón también de acero con su propia puerta y un lector de tarjetas electrónicas en el cerrojo. Zoltán se acercó al armazón y olfateó a su alrededor, mientras buscaba una forma de entrar, cada vez más nervioso. Olió debajo del enrejado, y después dio un salto y apoyó las patas delanteras sobre él.

—*Ül*, Zoltán —dijo Remi—. *Jo fiu*. —Palmeó al perro cuando se sentó—. Es aquí —explicó a los demás.

—Podemos llamar, o esperar a alguien provisto de llave electrónica —dijo Sam.

—Llamaré —dijo Remi—. Llévate a Zoltán contigo para que no lo vean.

Los tres hombres y el perro se ocultaron a ambos lados al amparo de las sombras, mientras Remi se acercaba al armazón y apretaba un botón contiguo al lector de tarjetas. Se oyó un fuerte zumbido en el interior.

Se abrió una ventanilla en la puerta de acero a la altura de los ojos, y después se cerró. La puerta se abrió. Un hombre con el acostumbrado uniforme gris apareció e hizo una pregunta en húngaro a Remi. Ella rio como si hubiera dicho algo agradable. El hombre estaba claramente intrigado por la repentina aparición de una mujer tan atractiva. Remi le sonrió, y él apretó un botón de la pared interior del edificio y abrió la puerta del armazón con un zumbido.

Cuando Remi entró, el hombre vio materializarse a Zoltán de la oscuridad al lado de ella. Empezó a cerrar la puerta de acero, pero Zoltán fue mucho más rápido y se puso delante de Remi de un brinco.

Se oyó un gruñido grave cuando las mandíbulas del perro hicieron presa en el antebrazo del hombre, quien lanzó un chillido involuntario. Cuando la puerta se estaba cerrando, Sam la golpeó con el hombro, y Tibor, János y él entraron con las pistolas desenfundadas. János cerró la puerta.

—¡*Ül*! —gritó Remi al perro—. ¡Siéntate!

El hombre apresado por Zoltán se sentó. Cuando lo hizo, Zoltán lo soltó y también se sentó.

—*Jo fiu* —dijo Remi—. Buen chico.

El hombre continuó sentado en el suelo de hormigón, mientras János le quitaba el arma y la apuntaba en su dirección.

—¡Sam!

Todos se volvieron y vieron, al otro lado del suelo vacío del edificio, un recinto que parecía un armario para herramientas, con un enrejado de acero que iba desde el suelo hasta el techo y una puerta cerrada con candado. Detrás se hallaba Albrecht Fischer.

—¡Albrecht! —llamó Sam—. ¿Es el único guardia?

—Hay otros dos de servicio ahora. Ambos llevan rifles. Han salido hace unos minutos para ir a buscar café.

—Deben de ser tus amigos de la linterna y los zapatos mal lustrados —dijo Sam a Tibor, mientras corrían hacia la jaula.

En el recinto donde se hallaba Albrecht había una cama con bastidor de acero y un delgado colchón sobre malla metálica como en un catre militar, y un retrete portátil. Llevaba la misma ropa con la que iba vestido en Berlín; estaba deslucida debido al uso, y vieron manchas de sangre seca en la pechera de la camisa.

—Trae al guardia —ordenó Sam.

János habló al hombre y caminó hacia la jaula. Zoltán le pisaba los talones y, de vez en cuando, emitía un gruñido grave.

—Saca la llave —dijo Sam.

Tibor dio la orden en húngaro al guardia, pero este se encogió de hombros y contestó algo. János le dio una palmadita.

—No la tiene.

Corrió hacia el escritorio que había cerca de la puerta y registró los cajones. Encontró un segundo candado con una llave introducida, volvió a toda prisa con ella y Sam la probó en el primer candado. No encajaba.

—Dile que se quite el uniforme y las botas —ordenó Sam—. Tú desnúdate también, Albrecht.

Los dos hombres obedecieron.

—Albrecht —continuó Sam—, retrocede y ponte detrás de algo sólido. Los demás, haced lo mismo. Cuando dispare contra el candado, el reloj empieza a funcionar. Hemos de proceder con rapidez. Vestiremos a Albrecht como nosotros y encerraremos a este tipo en su lugar. Después correremos a la furgoneta y nos largaremos de aquí. Si nos cruzamos con alguien que nos apunte con un arma, disparad primero.

Los demás se protegieron detrás de unas cajas de madera. Remi se llevó al perro y le cubrió las orejas con las manos.

Se oyó un fuerte estrépito cuando Sam disparó contra el candado de la celda.

Todo el mundo se movió con celeridad. János empujó al guardia al interior de la celda y lo sentó en la cama. Albrecht salió y se puso el uniforme. Mientras se ataba los zapatos, Tibor se colocó el cinturón del guardia y se ciñó la hebilla. Sam utilizó el segundo candado para cerrar la jaula.

Todo el mundo corrió hacia la puerta. Remi estaba a punto de abrirla, y dio un brinco cuando el intercomunicador sonó ruidosamente. Zoltán empezó a gruñir, pero Remi le susurró algo y el animal enmudeció.

—Nuestros dos amigos habrán vuelto —dijo Sam—. Hemos de dejarlos entrar.

Tibor se acercó al lado de la puerta donde el guardia había apretado el botón que abría el armazón. Leyó la etiqueta y asintió. Los demás se apartaron a los lados, con la espalda pegada a la pared y las pistolas desfundadas. Tibor pulsó el botón mientras Remi abría la puerta.

Los dos hombres entraron, cada uno cargado con dos vasos de papel con café y los rifles colgados a la espalda. En cuanto estuvieron dentro, Sam y János se colocaron detrás de ellos y apuntaron las armas a su cabeza.

Tibor dio algunas órdenes, y los hombres bajaron los vasos de café, dejaron los rifles en el suelo, se alejaron y se tendieron boca abajo. János sacó las esposas de los estuches de piel de sus cinturones y los esposó a las dos vigas de acero que sustentaban el techo.

Remi y el perro salieron, con Sam detrás. Albrecht los siguió, y después Tibor y János, cargados con los dos AK-47. Cuando Sam lo miró con expresión interrogante, Tibor susurró:

—¿Prefieres que los tengamos nosotros o ellos?

Procedieron con rapidez, más o menos en formación, por el sendero que corría entre las hileras de edificios hacia el lugar donde habían dejado su furgoneta.

Se oyó el sonido de un camión que avanzaba por el camino al otro lado de los edificios, a su izquierda, y después el de un segundo camión que llegaba por la superficie pavimentada de delante de la alambrada. Se detuvieron un momento frente al edificio, y aprovecharon su envergadura para ocultarse del camión que se desplazaba a lo largo de la alambrada. Sam y Remi avanzaron hasta la esquina del edificio para ver qué pasaba. El vehículo era un camión de carga con unos quince hombres en el interior, sentados en dos bancos a cada lado, todos con los uniformes grises y provistos de rifles AK-47 con el cañón apuntando hacia arriba entre sus piernas.

Cuando el camión se hubo alejado por el perímetro exterior, Sam se acercó a los demás.

—No podremos saltar la valla.

De repente se oyó el sonido de pies que corrían a su izquierda, al otro lado de la siguiente hilera de edificios. Sam, Remi y Zoltán se dirigieron a toda prisa hacia la

puerta, y los demás los imitaron.

—Hemos de impedir que nos acorralen —dijo Sam—. Adelantémonos a ellos.

El grupo aceleró aún más los pasos hasta llegar al edificio protegido por una doble valla con un cartel que advertía: INVESTIGACIÓN DE ENFERMEDADES INFECCIOSAS.

—Ve al final de una fila y procura impedir que esos tipos nos flanqueen —dijo Sam a Tibor—. Les daré algo en que pensar.

Esperó a que los demás rodearan la siguiente hilera de edificios y se perdieran de vista. Después corrió hasta el edificio de enfermedades infecciosas y se pegó a la puerta de la valla. Se oyó un timbre de alarma y a continuación una sirena electrónica más ruidosa aún. Las luces rojas que había sobre la puerta destellaron, y un grupo de focos se encendieron, iluminando el exterior del edificio. Sam corrió por el camino que habían tomado al entrar.

Delante de él, un grupo de seis hombres de seguridad del edificio contiguo salieron corriendo al sendero largo. Uno de ellos levantó el rifle a la altura del hombro, y Sam se refugió detrás de la esquina del edificio más cercano, para luego desenfundar su pistola. Asomó tan solo el brazo del arma y un ojo, disparó cinco veces contra el grupo, y vio que caían dos hombres y que los otros tres empezaban a arrastrarlos hasta un lugar a cubierto. El último guardia se tiró al suelo y comenzó a disparar ráfagas con el AK-47 hacia la zona donde había estado Sam, pero él ya corría alrededor del edificio en dirección al siguiente sendero pavimentado.

Escuadrones de hombres avanzaban en paralelo a las construcciones para llegar al edificio de enfermedades infecciosas. El camión que había llevado a los guardias esperaba a cincuenta metros delante de Sam. Este corrió detrás del vehículo, se situó en el lado izquierdo y abrió la puerta, apuntando con la pistola a la cara del conductor. Tiró del hombre al tiempo que le arrebatava el arma de la funda. Lo arrojó al suelo, utilizó las esposas de su cinturón para inmovilizarlo, y acto seguido ocupó su lugar al volante.

Sam puso la primera, giró a la izquierda y después a la derecha, y vio que Zoltán, Remi, János, Tibor y Albrecht corrían por la calzada. Pasó a segunda y aceleró un poco. Observó que Tibor se había fijado en él. Tibor se volvió hacia el camión y empezó a mover su rifle en círculos. Sam encendió y apagó los faros, y agitó el brazo izquierdo a través de la ventanilla abierta.

—¡Soy yo! —gritó—. ¡Subid!

Remi se puso en un segundo al lado de Tibor y este bajó el rifle. Los cuatro corrieron al límite de sus posibilidades para alcanzar el camión, mientras Sam lo acercaba a ellos. Frenó para que los fugitivos subieran a la plataforma y aceleró en seguida.

Zoltán corría de un lado a otro detrás del vehículo, y gemía para llamar la

atención de Remi. El camión era demasiado alto para que subiera de un salto. Remi golpeó el techo del camión.

—¡Para, Sam!

Sam obedeció. Remi se apeó del vehículo de un salto, lo rodeó a toda prisa, abrió la puerta del pasajero y se subió al peldaño.

—¡Arriba, Zoltán! —gritó. El gran perro corrió y saltó sobre el asiento. Remi se volvió en redondo y se sentó, y después cerró la puerta de golpe—. ¡Pisa a fondo! —gritó. Sacó la pistola y bajó la ventanilla, mientras el camión aceleraba.

Sam siguió la pista pavimentada entre los edificios. Estaban avanzando hacia el centro del complejo, con hileras de ellos a cada lado. Un pelotón de hombres entró corriendo en la carretera delante del camión, se arrodilló y se preparó para disparar, pero Sam encendió los faros, y Tibor y János, de pie en la plataforma detrás de la cabina, abrieron fuego. Alcanzaron a uno de los hombres, y los demás corrieron a protegerse.

—Hemos de echar abajo la puerta —dijo Sam—. Diles que estén preparados.

Remi se alzó en el asiento, sacó el torso por la ventana y gritó:

—¡Hemos de derribar la puerta!

Tibor y János se pusieron en pie, apoyados sobre la cabina, sustituyeron los cargadores de sus rifles y clavaron la vista en el frente. Remi sujetó la pistola con ambas manos y también miró hacia delante.

Sam sacó la pistola del cinturón con la mano izquierda.

—Voy a atravesarla a la mayor velocidad posible. Lo mejor sería que los guardias mantuvieran la cabeza gacha hasta que nos hayamos alejado de su alcance efectivo.

—Buen plan... en comparación con otros planes —dijo Remi.

—Sé que eres el único campeón de tiro con pistola que tenemos, pero prefiero que no te vean lo bastante para alcanzarte. Eres la única esposa que tengo...

—Eres adorable.

—... de momento.

Zoltán los miraba sin saber qué pensar.

Sam llegó al último recodo, disminuyó la velocidad para efectuar el giro y dejó atrás la furgoneta en la que habían llegado. Cuando la rebasaron, dos hombres escondidos en la parte posterior de la furgoneta abrieron la puerta trasera. Sam, Remi y los demás ya estaban demasiado lejos para ser alcanzados cuando los hombres saltaron al suelo, desenfundaron sus pistolas y abrieron fuego en su dirección.

—Si alguno de nosotros hubiera abierto esa puerta, estaría muerto —dijo Remi.

Sam pasó de tercera a cuarta mientras corría hacia la puerta. Los dos hombres de guardia habían cerrado la barrera de tela metálica, y en ese momento había cinco o seis más plantados frente a ella para custodiar la salida. Sam pensó que parecían confiados en exceso, convencidos de que nadie intentaría echar abajo la puerta, de

modo que, en realidad, no estaban preparados. Llevaban el rifle colgado a la espalda, y no habían hecho nada para reforzar la barrera, aunque tenían otro camión aparcado junto a la puerta.

—Pequeño cambio de plan —dijo Sam. Encendió las largas—. Di a los chicos que se tiren al suelo.

—¡Cuerpo a tierra! —gritó Remi.

Los tres hombres se tumbaron en el suelo del camión, los hermanos de cara a los lados con los rifles dispuestos; Albrecht, en medio, mirando hacia atrás.

Sam continuó acelerando a medida que se acercaba. Cuando Remi y él se hallaron a veinticinco metros de distancia, Remi se sujetó el codo derecho con la mano izquierda y disparó, abatiendo al hombre del puesto de guardia, y después apretó el gatillo varias veces contra los hombres de los rifles, que se estaban descolgando las armas. Sam disparó ocho balas en su dirección, pero no era tan diestro con la pistola como Remi, y de lo único que estaba seguro era que había animado a los hombres a ponerse a cubierto.

Sam corrigió el rumbo levemente, mantuvo sujeto el volante y pasó a solo un metro a la derecha del camión aparcado, erró la puerta y embistió la valla de tela metálica. Esta era tan alta que, cuando la cabina impactó en la malla, pasó por debajo del travesaño donde estaba enrollado el alambre de púa. El camión se llevó por delante una sección de doce metros de malla metálica, hasta que los últimos tramos se enredaron en el suelo, la malla quedó tirada y el camión pasó sobre ella.

Los guardias vaciaron sus cargadores, pero solo impactaron en el puesto de guardia, en el camión aparcado cuando Sam pasó por detrás y en casi todos los edificios cercanos. Cuando Sam vio que estaban al otro lado de la valla y bastante lejos, se desvió por el terreno sembrado de baches para llegar a la carretera de nuevo. Albrecht y los hermanos Lazar abrieron fuego contra los guardias de la puerta, y lanzaron tal andanada de balas en su dirección que ninguno de ellos osó levantar la cabeza de su escondite.

Sam salió del sendero. Disminuyó la velocidad solo para girar hacia la carretera y después aceleró de nuevo. Al cabo de unos minutos, Tibor golpeó con los nudillos el techo de la cabina y se acercó para gritar a Sam.

—¡Déjame conducir a mí! No podemos entrar con este camión en la ciudad. Yo sé adónde hemos de ir.

Sam paró el camión, subió a la plataforma y dejó que Tibor lo sustituyera. No condujo más despacio que Sam, pero antes de llegar a las afueras de Szeged tomó una carretera secundaria estrecha, dio varios giros que Sam ni siquiera pudo ver, y llegó al enorme garaje adonde los había conducido con anterioridad.

En cuanto entró, los demás bajaron. Zoltán saltó de la cabina al suelo y se sentó con calma.

—Os doy las gracias de todo corazón —dijo Albrecht—. De no haber arriesgado vuestras vidas, yo habría perdido la mía. Os debo la vida.

—Será mejor que hagamos lo necesario para que no nos capturen —dijo Remi—. He visto caer a cinco hombres esta noche. Alguno podría estar muerto.

—¿Y la furgoneta? —preguntó Sam—. ¿Podrán seguir el rastro?

—Nos la prestaron.

—¿Quién?

—Un aparcamiento —dijo Tibor.

—Que todo el mundo se ponga ropa de calle en el taller —ordenó Sam.

Se turnaron para eliminar de la cara, las manos y los brazos residuos de pólvora y polvo, y después salieron a la calle vestidos como personas corrientes. Albrecht llevaba la ropa que Tibor le había dejado.

—¿Podemos lanzar el camión al río? —preguntó Sam—. Sé que es malo para los peces, pero borrará todas las huellas.

—János lo llevará —dijo Tibor—. Lo recogeremos y os acompañaremos al hotel.

Remi, Sam y Albrecht se sentaron en el asiento trasero del taxi de Tibor, y Zoltán se tumbó sobre sus regazos. Siguieron al camión robado hasta que János se desvió por la carretera que subía a una colina boscosa alzada sobre el río. Puso el camión en marcha, soltó el embrague y saltó al suelo. Vio que la velocidad impulsaba el vehículo un par de metros, y que, tras coronar el pico de la colina, se precipitaba hasta el río, donde volcó de costado. El agua penetró por las ventanillas de la cabina y el camión desapareció.

János corrió hacia el taxi, abrió la puerta del pasajero y se sentó al lado de su hermano. El coche se puso en marcha. La siguiente parada fue la casa del primo que adiestraba perros. Remi bajó con Zoltán y abrió la puerta para entrar en el recinto. Se oyeron algunos ladridos vacilantes cuando los animales despertaron al captar la visión y el olor desconocidos de gente nueva, pero después reconocieron a Zoltán y se tranquilizaron. Remi se arrodilló, alzó la cara del gran perro hacia ella y le susurró algo.

—¿Qué le has dicho? —preguntó Sam cuando ella volvió al coche.

—Que es probable que nunca volvamos a vernos, pero que siempre lo recordaría por su valentía, y que lo quiero.

—¿Qué ha dicho él?

—«¿Quieres que muerda a ese hombre tan tonto antes de que te vayas?». Él también me quiere.

—Sospecho que tanto él como yo estamos celosos.

El taxi se alejó, y Tibor los condujo al hotel City Center.

—Toma, Tibor —dijo Sam cuando bajaron—. Cumplimenté esto antes de irnos. —Le tendió un cheque—. Llévalo al Crédit Suisse dentro de uno o dos días.

Llamarán a nuestro banquero de Estados Unidos para verificarlo, pero lo ingresarán en tu cuenta ipso facto.

—¿Os vais de Hungría?

—Todavía no, pero he pensado que, en el caso de que nos sucediera algo, será mejor que lo tengas ya en tu poder.

Tibor se encogió de hombros.

—Gracias. —Lo guardó en la chaqueta sin mirarlo—. Una cosa más. Quéjate de la habitación del hotel. Trasladaos a una diferente.

—Estaba a punto de hacerlo. Te llamaré dentro de uno o dos días.

Vio alejarse el taxi.

Mientras conducía, Tibor sacó el cheque de Sam y lo entregó a János.

—No puedo mirarlo y conducir al mismo tiempo. ¿Qué pone?

—Pagar la cantidad de cien mil dólares a Tibor Lazar. Creo que eso equivale a un montón de forintos.

—Pues sí —dijo Tibor, con los ojos desorbitados.

Sam, Remi y Albrecht Fischer llegaron a la puerta principal del hotel, pero Albrecht impidió a Sam que la abriera, con el fin de que no les oyeran.

—El hombre que me secuestró, ese chiflado de Arpad Bako, cree que estamos buscando la tumba de Atila.

—Ya me lo imaginaba. Es uno de los grandes tesoros que jamás han aparecido —dijo Remi.

—Y probablemente nunca lo hará —concluyó Albrecht.

Sam se encogió de hombros.

—Al menos, no nos secuestrarán y matarán por calderilla.

Abrió la puerta y dejó entrar a los demás. Pero se volvió para lanzar un último vistazo a la calle, poniendo especial atención en los lugares oscuros y recónditos donde un hombre podía ocultarse.

Szeged, Hungría

Sam, Remi y Albrecht estaban sentados en la sala de estar de su nueva suite en la última planta del hotel, todos duchados, vestidos con ropa limpia y terminando la cena que les había subido el servicio de habitaciones, consistente en pan recién horneado, queso *körözött* y salchichas *kolbász*. Compartían una botella de merlot húngaro Balaton Barrique de 1991.

—Mentí, por supuesto —dijo Albrecht—. No pensaba hablar a un gánster pretencioso sobre uno de los descubrimientos más importantes en décadas. —Negó con la cabeza—. Para ser sincero, ni siquiera sé todavía lo que he encontrado. No tuve tiempo de efectuar muchos análisis o consultar con mis colegas antes de que los matones de Bako me secuestraran.

—¿Qué le dijiste?

—Que estaba buscando rastros de la ocupación romana en esta zona. Lo dije con convicción, porque siempre que vengo a Europa estoy atento a cualquier vestigio de guarniciones romanas. Dondequiera que acamparan, siempre excavaban, y la estructura del lugar es virtualmente la misma desde Inglaterra hasta Siria. Esto era Panonia, una posición romana hasta que llegaron los hunos.

—¿Y Bako se quedó satisfecho? —preguntó Remi.

—Es un loco, y nada satisface a la locura. Quiere los objetos con los que Atila fue enterrado. Ese tipo cree que es descendiente suyo. Si no lo es de una forma literal, sí de forma espiritual, y está buscando algo muy grande. En Hungría, la gente todavía pone a sus hijos el nombre del caudillo huno. Y estamos en la llanura del sur, donde Atila se hizo fuerte.

—Tal vez no lo recuerde bien, pero ¿no se supone que el tesoro son los ataúdes en sí?

—Sí, en parte —dijo Albrecht—. En teoría, existe un ataúd de hierro que contiene otro de plata, en el que hay otro de oro macizo. Pero se suponía que depositaron en ellos las coronas, las armas y los ornamentos con incrustaciones de joyas que habían pertenecido a todos los reyes, nobles y obispos que Atila derrotó. Eso significaría una fortuna.

—La historia así lo sugiere —dijo Sam—. Un montón de...

—¡Sam! —exclamó Remi.

—Es probable que Sam esté en lo cierto —dijo Albrecht—. La única descripción

contemporánea que tenemos de la muerte de Atila es de Prisco, el embajador ante los hunos del Imperio romano de Oriente. Describe el luto y el funeral del Gran Rey huno, pero no habla de ningún tesoro. Quien lo refiere por primera vez es Jordanes, ochenta años después. Era de algún grupo bárbaro, posiblemente los ostrogodos. Hace mil quinientos años que la gente busca ese tesoro, sin encontrar nada.

Albrecht guardó silencio un momento.

—Pero ni las probabilidades ni la razón lograrán disuadir o desalentar a Arpad Bako. Está convencido de que su destino es encontrar la tumba de Atila. Y está obsesionado con impedir que alguien más la localice.

—Retrocedamos y estudiemos el asunto desde su perspectiva —dijo Remi—. ¿Existe alguna probabilidad de que lo que has hallado esté relacionado de alguna manera con la tumba?

—Acabo de empezar, pero lo dudo. Es cierto que la prueba del carbono 14 data los restos alrededor de 450, y que Atila falleció en 453. Y es posible que una batalla librada aquí, en el corazón del territorio huno, esté relacionada con su muerte. Lo que sucedió tras su desaparición fue el caos. Sus tres hijos tenían sus propias facciones, y los generales de Atila contaban con sus propios reinos y ejércitos. Puede que librarán batallas entre sí que no fueran documentadas. —Albrecht se encogió de hombros—. Lo único que puedo decir con certeza es que estas bajas no fueron romanas. Carecían de la soberbia armadura de los romanos, y no portaban el *gladius*, la espada corta de hoja ancha, ni el *scutum*, el gran escudo que los soldados romanos juntaban para formar una muralla cuando cargaba el enemigo.

—De manera que los cadáveres del yacimiento podrían ser de hunos, y la batalla podría estar relacionada con la tumba.

—Es demasiado pronto para descartar algo, incluso eso. Y si alguien encuentra la tumba alguna vez, es probable que suceda así, que alguien en busca de una cosa muy distinta tope con ella.

—Nos ocuparemos del descubrimiento que ya has hecho —dijo Sam—. Hemos de concederte la oportunidad de completar tu excavación sin que nadie te moleste.

—No sé cómo vamos a hacerlo. Algunos hombres de Bako resultaron abatidos. Sam sonrió.

—¿Habría preocupado eso a Atila?

—Es probable que no.

—Pues tampoco preocupará a Bako. Hasta es posible que intente silenciar el incidente. No puede contar a la policía que alguien le robó al hombre que había secuestrado. Y de momento, tu excavación es la mejor oportunidad de averiguar algo nuevo. Querrá que reanudes tu trabajo.

—Es demasiado peligroso. No podemos empezar a excavar mientras Bako continúe aquí.

—Tal vez sí. ¿Conoces a arqueólogos húngaros importantes?

—Algunos. La doctora Enikő Harsányi da clases aquí, en la Universidad de Szeged. Y también el doctor Imre Polgár. Había pensado en consultarles antes del secuestro. Conocen la historia de esta zona mejor que yo.

—Llámalos ya. No debemos ocultar la excavación. Hemos de darle tanta propaganda como sea posible. Tenemos que implicar a muchas personas para que vayan al yacimiento y colaboren en el proyecto. Tres extranjeros excavando en una zona alejada corren peligro. Cincuenta o cien eruditos locales excavando forman una expedición.

—Alumnos y estudiantes de graduado —dijo Albrecht—. Por supuesto. —Miró el teléfono—. Los llamaré ahora... Lo había olvidado. No tengo mi agenda con sus números. También podrían colaborar en la vigilancia del yacimiento.

—Llama a Selma y enumérale lo que necesitas —dijo Remi. Bostezó y consultó su reloj—. En California todavía es de día, así que estará levantada. Voy a ocupar ese dormitorio de allí para Sam y para mí. Tú puedes quedarte el otro, Albrecht. Buena suerte con las llamadas.

A la tarde siguiente, Albrecht, Remi, Sam, la profesora Enikő Harsányi y el profesor Imre Polgár esperaban al lado de un autobús turístico, junto con Tibor Lazar. Estaban contemplando a un grupo de seis graduados, cada uno de los cuales supervisaba a diez estudiantes voluntarios, que estaban trazando una cuadrícula sobre el campo con estacas unidas mediante bramante. Un poco más lejos, tres profesores más del Instituto de Arqueología de la Academia de Ciencias de Hungría examinaban muestras de tierra.

—En el podzol europeo, el promedio de aumento del terreno es de dos centímetros y medio cada cincuenta y tres años —decía uno de ellos—. En el caso que nos ocupa cabría esperar unos setenta y cinco centímetros de suelo añadido. Pero la tierra es llana, y hay un río cerca que suele desbordarse.

—Lo cual añadiría sedimentaciones aluviales a los setenta y cinco centímetros —dijo otro.

—¿Cuántas veces se ha desbordado el Tisza a esta altura desde 450?

—Yo diría que una cada cien o ciento cincuenta años. Digamos diez veces. Y parece que las últimas inundaciones han sido peores que las primeras. La que destruyó la ciudad de Szeged en 1879 fue sin duda la peor. Para asegurarnos, hemos de esperar que aparezcan restos a una profundidad máxima de dos metros y una mínima de setenta y cinco centímetros.

Sam vio que Tibor subía al autobús, así que dejó a los demás y lo siguió. Tibor se sentó en uno de los asientos delanteros y levantó un periódico.

—Buenos días, Tibor —dijo Sam—. ¿Cómo va?

—Hay dos primos míos en la carretera, en ese extremo, y dos más abajo en el otro

extremo. Todos van armados hasta los dientes y tienen teléfonos para advertirnos. Tengo una furgoneta con seis hombres a un kilómetro y medio de distancia, capaz de respaldar a uno u otro grupo; son los hermanos de mi mujer.

—Fantástico. Hemos de velar por la seguridad de los que excaven. Gracias.

—Gracias a ti.

—¿Por qué?

—Por dejarme colaborar en arrebatarle algo a Bako, por una vez. Y porque tu cheque no era falso.

—Vuestra ayuda no fue falsa. Salvasteis la vida de Albrecht.

—Tú salvaste a Albrecht. Yo me limité a decir: «Haz lo que digo o este chiflado te matará».

—Puede que hubieras tenido razón.

Tibor lo miró fijamente.

—Estás planeando algo más. ¿Qué es?

Sam sonrió.

—No me necesitan para excavar en ese campo. Pero creo que puedo hacer algo que engañe a Bako y mantenga ocupados a sus hombres para que esa gente pueda ocuparse de su trabajo.

—Arpad Bako es un hombre muy importante. Has visto solo uno de sus negocios. Tiene dinero y poder, también amigos ricos e influyentes, aquí y en otras partes. Debes ir con cuidado.

—Va tras la tumba de Atila, tal como tú pensabas.

Tibor rio.

—¿No era la fuente de la eterna juventud? ¿Ni la escalera que sube al cielo?

—Estoy seguro de que conoces las historias. Se supone que enterraron en secreto a Atila con su tesoro y que después desviaron el río Tisza para que cubriera la tumba.

—Ah, por supuesto. Nos lo contaban cuando éramos niños. Arpad Bako debió de ser el único niño que se lo creyó. Además, el Tisza tiene mil kilómetros de longitud, y antes era mucho más largo. Se ha desviado una gran parte de su curso, y otras zonas se aislaron y secaron. Todas las partes pantanosas se drenaron.

—Esa es la belleza de la cuestión, Tibor. Remi y yo no vamos a buscar la tumba. Solo haremos que Bako nos vigile mientras la buscamos, en teoría.

—Quiero unirme a vosotros.

—Bienvenido a bordo. Hablando de barcos, ¿algún pariente tuyo tiene uno?

—Un pariente no, pero sí un amigo. Lo alquilaría por, digamos..., nada.

—¿Estás seguro de que quieres hacerlo?

—Bien, tú arriesgaste la vida por rescatar a un amigo de un recinto lleno de hombres armados, y me pagaste una fortuna por dedicar un día y una noche a ayudarte. Ser amigo tuyo es un buen negocio.

A la mañana siguiente, un barco pesquero de nueve metros de eslora, el *Margit*, navegaba aguas arriba por el río Tisza a una velocidad de entre cinco y nueve nudos. A veces se paraba, casi incapaz de cortar la perezosa corriente del río, y después empezaba a efectuar recorridos en diagonal. El *Margit* arrastraba algo, pero era imposible distinguirlo desde la orilla porque nunca se elevaba por encima de la superficie.

Un observador con buena vista tal vez habría distinguido que iban cinco personas a bordo: un timonel, dos tipos que vigilaban, un hombre que se ocupaba de lo que arrastraban y una esbelta mujer de cabello castaño rojizo atenta a la pantalla del ordenador portátil que había sobre una estantería montada dentro de la cabina.

Al cabo de menos de una hora, un camión con un espacio de carga cerrado avanzaba con parsimonia por la carretera elevada sobre el río.

En el compartimiento de carga iban cuatro hombres, sentados en un banco lateral. Utilizaban una cámara con teleobjetivo, dos miras telescópicas de francotirador y una cámara de vídeo con un zoom potente, todo montado a través de agujeros practicados en el costado del camión. El líder del grupo era un hombre llamado Gábor Székely. Estaba situado detrás del conductor para poder dar instrucciones a los demás.

Su móvil zumbó, lo levantó y habló en húngaro.

—¿Sí? —Escuchó un momento—. Gracias. —Guardó el teléfono y anunció a los demás—: El hombre de la popa que sujeta un cable es Samuel Fargo. Le han enviado aparatos por avión: un detector de metales, varios pares de gafas de visión nocturna y un magnetómetro marino Geometrics G-882, que detecta pequeñas desviaciones en el campo magnético de la tierra, en especial las causadas por piezas de hierro.

—El ataúd de hierro —dijo el hombre que tenía detrás.

Gábor no vio motivos para confirmarlo.

—La mujer ha de ser su esposa, Remi Fargo. Se han alojado en el hotel City Center.

—Tenemos rifles con teleobjetivo —dijo el tercer hombre—. Podríamos matar con facilidad a cualquiera que haya en cubierta desde este camión.

—No vamos a hacerlo todavía —advirtió Gábor Székely—. Los Fargo son cazadores de tesoros avezados. Han descubierto importantes tesoros en Asia, los Alpes suizos y otros lugares. Cuentan con el barco y con equipo para la búsqueda.

—¿Vamos a esperar a que lo encuentren?

—Sí, eso haremos. Cuando hallen el ataúd exterior de hierro, actuaremos antes de que puedan sacarlo a la superficie. Sufrirán un terrible accidente y nosotros descubriremos la tumba. El señor Bako se convertirá en un héroe por encontrar un tesoro nacional.

En el barco del río, Remi Fargo observaba la imagen del magnetómetro en la pantalla de su ordenador portátil.

—Esto es de locos.

—¿Qué pasa? —preguntó Sam—. ¿No captas nada?

—Todo lo contrario. Captó de todo. El lecho del río está lleno de metal. Tengo imágenes de lo que parecen barcos hundidos, cadenas de anclas, cañones, lastre, chatarra, montones de acero corrugado recubierto de cemento... Creo que, durante los últimos cinco minutos, he captado un par de bicicletas, un ancla y lo que parece una cocina vieja.

Sam se echó a reír.

—Supongo que hay lo bastante para mantener vivo el interés. Si captas algo que esté enterrado a tres metros de profundidad y parezca un ataúd de hierro, habrá que echarle un vistazo de cerca.

—Imagino que vamos a bucear en el río, veamos lo que veamos.

—Cuantas más cosas hagamos que puedan hacer pensar a Bako y a su gente que nos estamos acercando a la tumba sumergida, menos atención prestarán a Albrecht y a los demás.

—Es posible que Bako se sienta confuso y frustrado de momento —dijo Tibor—, pero no te confíes demasiado. Tiene hombres suficientes para cometer muchas fechorías a la vez.

Pasaron varios días explorando el río con el magnetómetro. Cada noche iban a ver a Albrecht y a su equipo en el edificio del centro de la ciudad que habían alquilado para instalar el laboratorio.

—Ya no cabe la menor duda: es un campo de batalla —dijo Albrecht.

—¿Cómo podía ser otra cosa? —preguntó Enikö Harsányi—. Hasta el momento, hemos descubierto seiscientos cincuenta y seis cuerpos de varones adultos, todos armados, y al parecer todos murieron juntos y fueron enterrados donde cayeron.

—Muchos de ellos —dijo Imre Polgár—, quizá la mayoría, muestran señales de haber recibido heridas graves que cicatrizaron. Encontramos fracturas con impacto, así como heridas profundas que alcanzaron el hueso causadas por espadas o cuchillos. Eran soldados profesionales; mejor dicho, «guerreros».

—¿Y quiénes son? —preguntó Remi.

—Son hunos —dijo Albrecht.

—Sin la menor duda —corroboró Enikö Harsányi—. Hasta el momento, todos.

—¿Cómo lo saben? —preguntó Sam—. ¿Por el ADN?

Albrecht los condujo hasta una larga hilera de mesas metálicas, donde habían esqueletos dispuestos en doble fila.

—No hay un perfil de ADN de los hunos. El núcleo central en los siglos primero y segundo procedía de Asia Central. Cuando se trasladaron al oeste, forjaron alianzas, lucharon, derrotaron y asimilaban a cada tribu o reino que encontraban a su paso. De modo que cuando llegaron a las llanuras de Hungría, aún había muchos individuos

que compartían genes con los mongoles, pero otros parecían escitas, tracios o germánicos. Lo que compartían no era una etnia común, sino un propósito común. Es como pedir el perfil de ADN de un pirata del siglo diecisiete.

—¿Cómo han logrado identificarlos?

—Eran jinetes. Viajaban, luchaban, comían y, a veces, dormían a caballo. Podemos afirmar, gracias a ciertas alteraciones en el esqueleto, que todos estos hombres pasaron su vida a lomos de un caballo. Pero existen muchas más pruebas concluyentes.

—¿Por ejemplo? —preguntó Sam.

—Los hunos no formaban una caballería regular, eran arqueros montados. Desarrollaron esta táctica en Asia con la ayuda de ciertos avances en la fabricación de arcos y flechas.

La profesora Harsányi levantó con cuidado un pedazo de madera ennegrecida de curvas irregulares.

—Aquí está. Es un arco compuesto, y el estilo es muy característico. ¿Veis los extremos donde se tensa la cuerda? Los llamaban *siyahs*. Son rígidos, no flexibles. La madera no es un simple pedazo sino que está compuesta por láminas de diferentes materiales encoladas entre sí. Siempre hay siete *siyahs*, hechos de asta, y el alma es de hueso. Eran arcos muy cortos que los hunos podían utilizar a caballo y que dotaban de mucha más velocidad a la flecha. Debe de tratarse del mejor ejemplo existente de arco huno en la actualidad. Hasta el momento, hemos encontrado más de cuatrocientos.

—¿Hunos contra quiénes? —preguntó Sam.

—Me temo que eso es una pregunta más difícil de responder. Las víctimas estaban esparcidas por todo el campo, sin ninguna separación que pudiera indicar a qué bando pertenecían, y las cubrieron con tierra allí donde cayeron. Todas llevaban el tipo de armamento que utilizaría un huno, sobre todo el arco compuesto. También portaban una espada larga y recta de doble filo en una vaina que colgaba del cinto y, encajada horizontalmente en él, una espada corta o daga. Llevaban pantalones de piel de cabra y una túnica de tela o de piel. Algunos utilizaban chalecos de cuero.

—Todavía quedan enigmas y misterios —dijo el doctor Polgár.

—Yo veo uno aquí mismo —dijo Remi—. Nadie saqueó el campo de batalla.

—Eso para empezar —dijo la doctora Harsányi—. Una espada bien hecha era una posesión preciada. Un arco compuesto de madera, hueso y asta exigía a un artesano experto mucha preparación, una semana de trabajo y meses de secado y curado. No es el tipo de objeto que abandonas en el campo.

Remi señaló el esqueleto más cercano.

—Y las heridas son peculiares, ¿verdad? No son aleatorias, como suele suceder en un combate a espada.

—No —dijo Albrecht—. Los hunos eran arqueros, y sin embargo no hemos encontrado heridas de flecha, ni ninguna punta alojada en un hueso o que atravesara un cráneo. Y no hemos visto el tipo de heridas habituales en las batallas de ese período. No hay brazos cercenados, ni cortes en las piernas que hayan sangrado. Cada herida en sí es un traumatismo fatal. Hay casi cuatrocientas decapitaciones y un número muy elevado de lo que considero gargantas con un corte tan profundo que la hoja alcanzó el lado anterior de las vértebras.

—A mí me parece una ejecución en masa —dijo Sam—. No aparece un segundo bando porque los asesinos enterraron a sus víctimas y se fueron.

—Tiene toda la pinta —corroboró Remi—. Pero si esos hombres murieron armados hasta los dientes, ¿por qué se dejaron matar?

—No lo sabemos —dijo Albrecht—. Acabamos de empezar nuestro trabajo, pero nos formularemos estas preguntas cuando recuperemos los demás restos.

Al día siguiente, Sam y Remi llegaron por la mañana al muelle donde el *Margit* estaba esperando para remolcar el magnetómetro. Tibor estaba sentado y leía con expresión seria un periódico.

—Sam, Remi —dijo cuando los vio—, tenéis que leer este artículo.

—¿Qué pasa? —preguntó Remi.

Tibor desplegó el periódico sobre el muelle para que todos pudieran mirarlo a la vez. En primera plana había fotos de seis personas. Las fotografías parecían de archivo policial, con los sujetos mirando a la cámara. Remi se arrodilló en el muelle.

—¡Sam! Son ellos, los tíos de Consolidated Enterprises. —Se volvió hacia Tibor—. ¿Qué pone?

—Seis personas, todas con pasaporte estadounidense, han sido detenidas por la policía de Szeged bajo sospecha de haber cometido un ataque armado contra la fábrica farmacéutica Bako hace una semana. En el ataque, ocho miembros del personal de seguridad de la empresa Bako resultaron muertos.

—¿Ocho? —dijo János—. Deben de ser los cinco que abatimos más los tres que dejamos atados en el edificio. Por lo visto Bako ordenó que los mataran a todos.

—Eso parece —dijo Sam—. Estaba convencido de que esos cinco sólo estaban heridos, y no hicimos el menor daño a los otros tres.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Remi—. No podemos permitir que carguen la culpa a esos idiotas.

Sam sacó el teléfono y marcó el número de su casa de La Jolla.

—Hola, Sam. ¿Qué pasa?

—Hola, Selma. Parece que enviaron a las seis personas de Consolidated Enterprises a Szeged para espiarnos. Las han detenido por el ataque a la fábrica de Bako. Pero creo que, en el momento en que eso sucedió, estaban todavía retenidas por el capitán Klein en Berlín.

—¿Quieres que los saque del apuro?

—Vamos a decirlo así: si los retuvieran en la cárcel unos, pongamos, treinta días, no me sentiría desdichado. Si los condenaran por ocho asesinatos, me sentiría fatal, y Remi se encargaría de que me sintiera todavía peor.

—No te quepa la menor duda —dijo ella.

—¿Has oído eso? —preguntó Sam.

—Sí —contestó Selma—. Por lo que he averiguado sobre Consolidated Enterprises, aunque son mala gente, todavía no merecen la pena capital. Llamaré a Berlín al capitán Klein y haré lo posible para que los suelten, pero no lo comunicaré a la sede en Nueva York de Consolidated a menos que las cosas se pongan muy feas. ¿Qué te parece?

—Estupendo. Gracias, Selma. —Colgó y miró a Remi—. Espero no habernos convertido en los únicos sospechosos.

—¿Nosotros? Creo que no tenemos de qué preocuparnos. ¿Ya no te acuerdas? La policía local recibió orden de mantenernos bajo vigilancia. Si nos detuvieran, tendrían que dar muchas explicaciones.

—Tiene razón —dijo Tibor.

—Estoy acostumbrado —repuso Sam.

La excavación del campo se amplió en gran medida gracias al trabajo de los estudiantes y los profesores. A la semana siguiente llegaron los abogados. Los vigías de Tibor fueron los primeros en verlos, y lo llamaron al barco.

Iban media docena en dos grandes coches negros. Aparcaron en la cuneta al lado de la excavación y bajaron. Todos vestían immaculadas camisas blancas, trajes oscuros y corbatas a rayas. Tuvieron la precaución de pisar el pavimento mientras caminaban hacia ellos para que el polvo no arruinara el lustre de sus zapatos italianos.

Uno de ellos, el hombre de mayor edad, más bajo y grueso que los demás, se adelantó. Se acercó a una estudiante rubia que utilizaba un cedazo con marco de madera para hacer pasar tierra por él y recuperar objetos pequeños.

—Ve a buscar a tus jefes.

—¿Los profesores?

—¿Son profesores? Pues diles que ha empezado la clase y que no se retrasen.

La estudiante corrió por uno de los estrechos senderos que habían practicado entre las cuadrículas y se detuvo en el lugar donde Albrecht Fischer, Enikő Harsányi e Imre Polgár estaban intercambiando opiniones con otros colegas vestidos de caqui. La chica comunicó el mensaje, y todos volvieron por el sendero.

Enikő Harsányi fue la primera en llegar.

—Hola —dijo—. Soy la doctora Harsányi. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Me llamo Donat Toth —dijo el hombre mayor—, y soy abogado. Traigo una orden que les prohíbe excavar en esta zona.

Extendió el documento.

Una segunda mujer se separó del grupo, cogió el papel y le echó un vistazo.

—Soy la doctora Monika Voss. Soy la directora regional de la Oficina Nacional del Patrimonio Cultural. Mi oficina ha concedido permiso a este grupo para llevar a cabo la excavación.

Albrecht Fischer mostró otro documento de aspecto oficial. Donat Toth lo cogió, le echó un vistazo y lo pasó a otro de los hombres trajeados, quien lo examinó y lo pasó a su vez.

—Está caducado —dijo el abogado de mayor edad cuando regresó a sus manos—. Mi cliente es el actual propietario de la tierra, y tomará posesión hoy.

—Esta tierra es propiedad de la ciudad de Szeged —replicó la doctora Voss.

—Mi cliente, el señor Arpad Bako, ha presentado una oferta generosa a la ciudad de Szeged, la cual ha sido aceptada.

Les mostró más documentos.

La doctora Voss miró los papeles, y después sacó un bolígrafo y escribió algo en uno de ellos.

—La Oficina Nacional del Patrimonio Cultural veta esta venta —dijo.

—No puede hacer eso.

—Acabo de hacerlo.

—¡No, no puede! ¡Hemos invertido dinero en esto!

—Recupérela. Cualquier tierra que albergue tesoros culturales se halla bajo el control de la Oficina del Patrimonio Cultural. Así lo decreta la ley número sesenta y cuatro sobre protección del patrimonio cultural.

—¿Quién dice que en esta tierra hay tesoros culturales?

—La definición de tesoro cultural también consta en esa ley: todos los objetos con más de cincuenta años de antigüedad, incluidos hallazgos arqueológicos de excavaciones. Aquí he identificado unos cuantos, y ningún funcionario del gobierno local puede desautorizar mi decisión.

—Acudiré a los tribunales.

—Otros lo han hecho. Perdieron, y usted correrá la misma suerte.

Dos de los abogados más jóvenes se acercaron a Donat Toth y le susurraron algo con aire de extrema preocupación. Él los rechazó con un ademán.

—¿Qué me impide hacer trizas esta autorización?

—Tres años de prisión, señor —dijo uno de los asesores legales como disculpándose.

Toth arrojó la autorización en dirección a los profesores, pero cayó flotando al suelo. Uno de los estudiantes la recogió, sopló para limpiarla de polvo y la entregó a Albrecht Fischer. Los hombres de los trajes oscuros volvieron a sus coches, dieron media vuelta en ellos y se alejaron. En ese preciso momento, Sam, Remi, János y

Tibor llegaron en el taxi de este último.

Cuando la tripulación del barco oyó el relato de lo sucedido, Tibor dijo a Sam y a Remi:

—Derrotar a los abogados de Arpad Bako no es lo mismo que derrotarlo a él.

—Hemos de conceder más tiempo a los arqueólogos —dijo Sam.

—¿Cuánto?

—Albrecht cree que podrían terminar dentro de otra semana —dijo Remi—. Han trazado el plano del lugar donde yacen los cuerpos, y fotografiado y trasladado casi todos. Dentro de una semana, cree que lo habrán trasladado todo.

Sam contempló el yacimiento un momento.

—Vamos a hacer lo siguiente —explicó—. Mañana elegiremos un lugar. Dejaremos de recorrer el río de un lado a otro, anclaremos y empezaremos a bucear. Al día siguiente iremos al mismo sitio. Dejaremos que nos vean sumergirnos con boyas.

—Y después ¿qué? —preguntó Remi.

—Después redoblabamos nuestros esfuerzos. Haremos todo lo que haríamos si fuéramos a subir algo grande y valioso. Alquilarémos una draga montada en una barcaza. Traeremos excavadoras y autovolquetes para construir nuestra propia carretera hasta la orilla del río, justo donde estamos buceando.

—¿Estás seguro de querer que Bako crea que has encontrado el tesoro? —preguntó Tibor.

—Quiero que crea que sabemos dónde está, pero que nos va a costar mucho trabajo recuperarlo.

—De acuerdo —dijo Tibor—. Empezaré con mi tío Géza. Es el propietario de una empresa de construcción, y siempre hay operarios que necesitan trabajo.

Al día siguiente, Sam y Remi se encontraban en la cubierta del *Margit* con sus trajes de neopreno, las botellas de aire comprimido y el resto de material de buceo que descansaba sobre un estante cercano a la popa. Dispusieron boyas e izaron una bandera roja con una franja blanca para informar a los demás barcos de que había buceadores en el agua, y después de equiparse por completo se sumergieron.

Exploraron juntos el fondo del río y descubrieron una serie de objetos metálicos. Había tuberías rotas, cadenas de ancla y algunos bidones de cuatrocientos litros de algún líquido que se había derramado hacía mucho tiempo a través de agujeros oxidados. Entremezclado con lo conocido había lo inidentificable: objetos de hierro muy oxidados que solo podían describirse como redondos o largos y delgados o huecos. Tanto su nombre como su utilidad se habían perdido mucho tiempo atrás, pero esos objetos resultaron del mayor interés para Sam y Remi. Cualquier cosa de aspecto muy antiguo y misterioso constituía un hallazgo. Reunieron un montón de dichos objetos bajo el barco de Tibor, y acto seguido emergieron a la superficie.

Al otro lado del río, dentro del compartimiento de carga del camión aparcado que era su sombra cada día, Arpad Bako se había sumado a los cinco hombres. Todos ellos tenían la espalda muy recta y guardaban silencio mientras Bako observaba por un telescopio a los buceadores. Bako era un hombre alto y musculoso con el cabello largo y rizado, de modo que caía sobre su frente y colgaba sobre el cuello de su camisa blanca. Su traje era una excelente creación de un sastre personal procedente de Italia. Sus ojos oscuros eran acerados y vivaces.

—¿Lo ve, señor Bako? —dijo Gábor Székely, el líder del grupo—. Ahora toda la operación ha cambiado. Nos estábamos preguntando si tanto excavar río arriba no sería una maniobra de distracción de la verdadera operación, que está teniendo lugar aquí.

—Descubrieron que la tumba estaba cerca, creo —dijo Bako—. Atila fue enterrado en las proximidades del Tisza, y después el río fue desviado hasta cubrir la tumba. Usted ya lo sabe.

—Cuando usted nos dé la orden, podemos acabar con ellos. Con cuatro rifles, los abatiríamos a todos en un par de segundos y nos largaríamos.

—No sea estúpido. El ataúd podría hallarse bajo seis metros de sedimentos en la actualidad. El exterior es de hierro, y los dos interiores de metales más pesados. Por eso están llevando a cabo esos preparativos tan complicados: excavar, sujetar cables y cadenas, y subirlo a la barcaza. Después lo trasladarán desde la embarcación hasta un camión de plataforma que esperará en aquella carretera. Ese momento dista varias semanas, y les costará millones de dólares. Dejémoslos trabajar.

Mientras Bako y Székely miraban, la gente del barco extendió el brazo de un cabrestante eléctrico por encima del agua y bajó el cable. Este sufrió una serie de bruscos tirones, y a continuación el cabrestante empezó a izar algo del fondo. Al cabo de poco, emergió una gran red de nailon de la que chorreaba agua y en la que había una serie de objetos oxidados, todos ellos inidentificables.

Arpad Bako trasladaba su peso de un pie al otro sin cesar, muy agitado.

—¡Mirad! —gritó—. ¡Mirad! ¡Están subiendo algo!

—Parece un montón de chatarra oxidada.

—¡Lleva mil quinientos años bajo el agua! —chilló, y propinó un puñetazo a Székely en el brazo—. Cualquier cosa perteneciente a los hunos era lo que estábamos esperando. Esos idiotas nos están haciendo el trabajo. —Sus manos se convirtieron en puños—. ¡Vigiladlos! Fijaos en todo. —Se volvió hacia el hombre de la cámara—. Toma fotos nítidas de cuanto suban. Mientras la barcaza con el cabrestante flote sobre la tumba, estarán trabajando para nosotros. Cuando terminen, podréis poner fin a sus esfuerzos.

Szeged, Hungría

—Hemos terminado —anunció Albrecht—. Hemos excavado toda la cuadrícula. Los objetos y los restos han sido sacados del yacimiento, y la mayoría de ellos están empaquetados y catalogados. Dentro de unos días los trasladaremos a una instalación temporal en Budapest para que estén a buen recaudo, mientras el museo les acondiciona un espacio.

—Es un gran logro, en tan pocas semanas —comentó Remi.

—Sabíamos que no disponíamos de años para hacerlo, y gracias a mis colegas húngaros y a sus alumnos fuimos capaces de contar cada día con cincuenta ayudantes experimentados, y algunos días hasta con cien.

—Eso fue lo que garantizó vuestra seguridad —dijo Sam—. Es difícil cometer un crimen delante de tanta gente.

—¿Cuántos guerreros encontrasteis? —preguntó Remi.

—Un millar.

Albrecht dio media vuelta y avanzó uno o dos pasos, interesado de repente en estudiar con detenimiento el esqueleto colocado sobre la mesa que tenían al lado.

—¿Quieres decir que solo contáis con un resultado aproximado? —preguntó Remi—. ¿No habéis llevado a cabo un recuento definitivo?

—Son mil exactamente.

Sam y Remi intercambiaron una mirada.

—Eso no puede ser casual —dijo Sam.

—No —dijo Albrecht casi en un susurro, sin dejar de mirar el esqueleto. Alzó la vista a regañadientes—. De hecho, antes de resignarnos a aceptar ese número, Imre, Enikö y yo juntos volvimos a contarlos. Nuestra teoría actual es que esos hombres formaban una especie de unidad. Los hunos no se dividían en unidades de cien o mil hombres, como hacían los romanos. Pero no existen motivos para descartar que formaran unidades temporales para tareas concretas. Tal vez un comandante dijo: «Necesito mil hombres para esta partida de exploración y otros mil para llevar a cabo un ataque».

—Espero no parecer presuntuosa —dijo Remi—, pero Sam y yo hemos leído mucho acerca de los hunos desde que nos llamaste. No puedo evitar preguntarme si tú y los demás no estáis pasando por alto una posible explicación, solo porque es demasiado buena para esperar que sea cierta.

Albrecht suspiró.

—No queremos aferrarnos a la idea a la que estás aludiendo debido a sus implicaciones. No solo daría alas a Arpad Bako, sino que podría desencadenar una especie de fiebre del oro entre el populacho. Piensa en las repercusiones.

—Piensa en las pruebas —replicó ella—. Aquí hay mil hombres exactamente, todos ellos hunos que, al parecer, murieron el mismo día, alrededor del año 450, pero no en combate. Se hallan en el centro del poder huno, donde había cientos de miles de aliados, pero no enemigos. Murieron sin luchar.

—Y fueron enterrados con sus pertenencias —añadió Sam—. Incluidas sus armas. No fueron deshonrados o mutilados después de la muerte. Creo que Remi está en lo cierto. Eran guardaespaldas personales de Atila. Fueron enviados a enterrarlo con sus tesoros en un lugar secreto, y después desviaron el río sobre la tumba para que no fuera encontrada. Cuando regresaron, los mataron para impedir que revelaran el emplazamiento de la sepultura.

—Debieron de necesitar al menos mil hombres para desviar el río —dijo Remi—. Tuvieron que excavar en uno de los meandros para abrir un canal.

—Todos iban armados hasta los dientes —añadió Sam—, todos eran guerreros veteranos cubiertos de heridas cicatrizadas. ¿Por qué se dejaron matar sin desenvainar la espada, a menos que...?

—A menos que fueran leales a Atila de una manera fanática, como guardaespaldas personales —dijo Remi—. Sin duda estaban convencidos de que morían con su líder, como siempre habían esperado hacer.

—Sí, tiene lógica. Sí, encaja —dijo Albrecht—. Pero aceptar esta historia sería una terrible equivocación. La tumba de Atila debe de poseer un valor de miles de millones. Los hunos eran como una escoba gigantesca que barrió Asia y Europa, desde más allá del Volga hasta el Sena, y se apoderaban de todo cuanto era valioso. Si anunciamos que hemos encontrado a los hombres que dieron sepultura a Atila, toda esta región estará excavada antes de un año. Otros objetos de valor incalculable serán destruidos, y nadie se hallará más cerca de encontrar la tumba ahora que antes. Si aceptáis las antiguas crónicas, la misión de los guardias fue trasladar el cuerpo y el tesoro lejos de aquí.

—Sois eruditos —dijo Sam—. Sé que no podéis falsificar vuestra descripción del campo cuando lo publicéis. Y en cuanto salga a la luz, otros verán de inmediato lo que Remi y yo vemos.

Albrecht clavó los ojos en el suelo y negó con la cabeza.

—Arpad Bako pensaba que yo estaba a punto de confirmar el mito del tesoro de Atila. ¿Debería convertirlo en un genio?

—Pero tú nunca has buscado el tesoro —dijo Remi—. Tú quieres desvelar el pasado. Como ya has dicho, esto no hace que nadie se encuentre más cerca del tesoro.

Solo confirma una parte de la historia: que los guardias fueron asesinados.

—Lo sé. Es que no quiero ayudar al criminal que me secuestró a apoderarse de uno de los mayores tesoros de la Antigüedad.

—De acuerdo —dijo Sam—. Ahora que tu hallazgo está a salvo, Remi y yo empezaremos a hacer las maletas para volver a casa. Tú y los demás podéis hacer pública la información que queráis, cuando os parezca adecuado. Pero creo que debería recordarte que los grandes secretos tienen la costumbre de encontrar alguna forma de filtrarse al exterior. Tú y los demás arqueólogos no fuisteis los únicos en ver eso. Os acompañaban cientos de estudiantes. La mayoría de ellos están lo bastante avanzados en sus estudios para interpretar lo que vieron. Pero dentro de un par de años, a muchos les picará la curiosidad y empezarán a investigar.

Albrecht alzó las manos al aire, desesperado.

—¿Qué quieres que haga?

—Lo que científicos y eruditos siempre terminan haciendo —dijo Remi—. Seguir investigando y pensando, con mentalidad abierta, y aportar la mejor interpretación posible del resultado de tus investigaciones.

—Tienes razón —dijo Albrecht—. Lo sé, y me siento avergonzado de mis vacilaciones. No nos abandonéis todavía, por favor. Si consiguierais mantener ocupados a Bako y a sus hombres unos días más, podríamos llevar los hallazgos a los Archivos Nacionales.

A la mañana siguiente, continuaron los trabajos en el río. Sam y Remi se zambulleron en las aguas turbias, mientras los amigos y parientes de Tibor seguían nivelando y allanando una calzada recta desde la carretera hasta el Tisza. Durante todo el día, los Fargo peinaron el lecho del río en busca de objetos oxidados de diversos tamaños y formas, que luego izaron al barco. Al finalizar la jornada, como de costumbre, descargaron la embarcación y trasladaron los hallazgos a un almacén de la Universidad de Szeged, siempre cubiertos con lonas para que los vigías de Arpad Bako sintieran curiosidad pero no pudieran satisfacerla.

Por la noche, Sam y Remi se reunieron con Albrecht y sus colegas para estudiar los objetos encontrados en la excavación del campo. Los restos de los guerreros que ya habían sido sometidos a exámenes preliminares, fotografiados con sus posesiones y catalogados, fueron colocados en cajas de madera, para ser archivados en el museo Aquineum, parte del Museo de Historia de Budapest, ubicado en el enorme palacio Károlyi.

Los Fargo pasearon entre los esqueletos dispuestos sobre mesas y lonas para ser estudiados y fotografiados, pero que ningún profesional había examinado desde que los exhumaran. En un momento dado, Sam se detuvo, se arrodilló al lado de un esqueleto y torció el cuello para mirarle el cráneo desde otro ángulo.

—¿Qué pasa? —preguntó Remi.

—¿Alguna vez has intentado obligar a alguien a guardar un secreto?

—Claro. Eso es lo que hacen las chicas durante casi todo sexto.

—¿Lo lograste?

—No. Cuando le dices a alguien que le vas a contar un secreto, eso lo convierte en un bien valioso, con el que se puede comerciar. Cuando alguien dice que sabe un secreto, significa que quiere revelarlo. Es una invitación a que les des la matraca hasta que se vaya de la lengua.

—Aquí hay mil personas que guardaban un secreto. ¿Ninguna habló?

—Hay que reconocer el mérito a los hunos. Sabían que es difícil hablar cuando te falta la cabeza. No abrigábamos esa opinión en sexto.

—Por supuesto. Pero aunque todos estos hombres supieran que estaban condenados a morir, tendrían parientes a los que querrían ayudar. Puedo creer que todos eran fanáticamente leales a Atila, pero para entonces él ya había muerto. Sin Atila, los hunos eran una federación rota. ¿Ninguno de estos tipos se cubrió las espaldas?

—Por lo visto no, de lo contrario tendríamos un curso de historia sobre otro tipo que apareció en escena con un barco cargado de tesoros.

—Supongo que tienes razón.

Siguieron paseando entre las filas de esqueletos, de los que había docenas y docenas, un centenar.

—Espera —dijo Remi—. Echa un vistazo a este.

Sam se reunió con ella al lado del esqueleto. Tenía una anilla de oro alrededor del cuello, como un collar celta. A su lado había una espada con una vaina provista de engarces de plata. Llevaba un chaleco de piel de oveja. Quedaban algunas fibras de la peluda lana en la parte exterior, y toda la superficie de cuero del interior era ya de un marrón intenso.

A través de la caja torácica, detrás de la columna vertebral, vieron algo similar a hileras de dibujos, y debajo, una forma grande y trabajada.

—¿No parece eso un grabado? Sin duda es la imagen de algo —dijo Remi.

—Es curioso. Con el chaleco puesto, no se verían los dibujos.

—Prisco escribió que llevaban la ropa de cuero hasta que se les caía a pedazos. Solo has podido ver esto después de que este individuo se transformara en esqueleto.

Sam levantó la mano en el aire.

—¡Albrecht! —llamó—. ¿Tienes un minuto?

El profesor Fischer se acercó desde el otro extremo de la sala y se reunió con ellos. Bajó la vista. Después se arrodilló al lado del esqueleto y movió la cabeza para poder ver el chaleco a través de las costillas.

—Oh, no —susurró.

—¿No parece escritura? —preguntó Remi.

—Es escritura —contestó Albrecht—. Hemos de quitarle el chaleco para verlo todo.

Levantaron con cuidado la parte superior del esqueleto y dejaron la cabeza cercenada sobre la lona. Mientras Sam sujetaba el torso, Remi y Albrecht le bajaron el chaleco sobre los hombros y los brazos. Lo extendieron encima de la lona. Albrecht examinó con detenimiento las formas.

—Es gótico. Es un primitivo idioma germano del este. Es probable que lo hablara la mitad de la soldadesca de Atila.

—¿Puedes descifrarlo?

—Bastante, en realidad. Había un noble llamado Ulfilas que encargó la traducción de la Biblia más o menos cuando Atila murió, de modo que conocemos gran parte del vocabulario y la estructura. Y presenta muchas similitudes con otras lenguas germánicas. En inglés se dice *have*. En germano es *haben*. En gótico es *haban*. Por lo general, el gótico conserva una «z» que el germano perdió. Cosas por el estilo.

Leyó.

—«Dos días y medio al norte, medio día al oeste. Está donde la luna de cuarta noche es más ancha». La luna de cuarta noche. No tengo ni idea de qué significa.

—Yo sí —dijo Sam—. La luna tiene un ciclo de veintiocho días. Si empiezas un ciclo en luna nueva o luna llena, la cuarta noche siempre es medialuna.

—Mira la imagen —dijo Albrecht.

—Es el cuarto creciente. El borde izquierdo está iluminado.

—¿Crees que es un calendario?

—No —intervino Remi—. Este tipo fue el delator. No habló, pero dibujó un mapa. La medialuna es la forma del meandro del río que bloquearon cuando lo desviaron. Nos está diciendo dónde está enterrado Atila.

Szeged, Hungría

Sam y Remi estaban en la suite de su hotel, y Selma Wondrash aparecía en la pantalla del ordenador de Remi.

—Wendy, Pete y yo hemos efectuado las comparaciones, las mediciones de ángulos y los cálculos muchas veces, y estamos seguros de haber encontrado el lugar indicado en el chaleco. Los soldados romanos de aquella época eran capaces de caminar cuarenta kilómetros al día. Los hunos eran jinetes. Cuando les daba la gana, es probable que pudieran recorrer el doble de esa distancia. Pero esa vez tenían que transportar una carga pesada, de manera que hemos reducido el cálculo a unos cuarenta kilómetros. Eso significa que tenemos una distancia hacia el norte siguiendo el río de noventa kilómetros y una distancia hacia el oeste de treinta kilómetros. Utilizando fotografías aéreas e imágenes de satélite, hemos descubierto un canal seco con una acumulación de material de aluvión en forma de medialuna en su lado oeste, o exterior. Y el posterior acortamiento y enderezamiento del Tisza dejó el lugar no solo seco sino alejado del curso actual del río.

—Estáis utilizando el mismo razonamiento que nosotros —repuso Sam—. El cargamento debía de pesar varias toneladas, de modo que lo transportarían en una carreta enorme, probablemente tirada por una reata de bueyes. Cruzarían las llanuras situadas al este del río, donde no les era necesaria una carretera, y debieron de mantenerse alejados de la vista desde el río hasta el final. De hecho, cabe suponer que enviaron grupos de batidores en todas direcciones para asegurarse de que nadie se acercaba.

—Estoy de acuerdo —dijo Selma—. Cuando comparamos el mapa con el chaleco mediante fotografías aéreas, nos dio un lugar situado a 46° 25' 55" al norte y 19° 29' 19" al este. Eso está a unos doscientos kilómetros al sur de Budapest.

—¿Dónde exactamente?

—Podría ser peor. No es una catedral ni una central nuclear. Es el Instituto de Investigación Grape, en Kiskunhalas. *Halas* significa «pez». En la Edad Media, la ciudad estaba rodeada de lagos, presumiblemente alimentados por el río. Desaparecieron hace mucho tiempo, pero el recuerdo permanece, al igual que el suelo arenoso, que es ideal para plantar viñedos.

—¿Cómo llega allí una persona de nuestros tiempos?

—Desde Szeged, se toma la carretera 55 hasta llegar a la carretera 53, y entonces

se sigue el desvío.

—Te informaremos cuando hayamos decidido cómo lo vamos a hacer. Hemos emprendido una actividad frenética en el río Tisza para hacer creer a los hombres de Bako que ya hemos encontrado la tumba bajo las aguas.

—Yo que tú continuaría así. Arpad Bako ha sido investigado por tres asesinatos, además del hijo de Tibor Lazar. Os deseo buena caza. Si se os ocurre algo que pueda hacer, llámame.

—Lo haremos.

A la mañana siguiente, Sam y Remi bajaron al río Tisza como de costumbre y dedicaron casi todo el día a bucear para mantener la farsa de que habían hecho algunos hallazgos. No fue hasta después de oscurecer que Sam, Remi y Albrecht vieron llegar a Tibor en un sedán Mercedes de ocho años.

—¿Este es tu coche? —preguntó Sam.

—¿Mi coche particular? No. Es mío, pero lo utilizamos como taxi. Tenemos cierto número de clientes habituales que no quieren un taxi con letrero indicador. Los llevamos a restaurantes y fiestas. En Hungría, la cantidad legal de alcohol que puedes beber cuando conduces es cero, de modo que necesitan chófer. Yo voy a pie. No preciso coche.

Sam cargó en el maletero el detector de metales, tres palas de mango corto y gafas de visión nocturna, y subió al sedán con los demás. Tibor los condujo hacia el norte siguiendo el río y clavando la mirada de vez en cuando en el retrovisor.

—¿Nos siguen? —preguntó Remi.

—Creo que no. No obstante, es difícil saberlo en estas carreteras rurales. Si alguien va detrás de ti cuando sales de una ciudad, te seguirá hasta la siguiente. Y está oscuro, de modo que lo único que podríamos ver son sus faros.

—Pero ¿crees que alguien nos está siguiendo?

—No. El que va detrás de nosotros todo este rato conduce como mi abuela. Solo debemos preocuparnos de alguien que se muestre audaz y temerario.

Sam y Remi se dieron cuenta de que ambos estaban mirando por la ventanilla trasera, y se pusieron a reír.

—En la siguiente ciudad demos media vuelta, a ver qué hace.

—Buena idea —dijo Tibor.

Frenó ante un restaurante de la ciudad siguiente, dio la vuelta por una calle estrecha y sinuosa por la que solo podía transitar un coche a la vez, y salió de nuevo cerca del restaurante. Después regresó a la autopista. No vieron ningún coche delante, pero tampoco vieron ninguno detrás, de modo que se sintieron más tranquilos.

Sam utilizó el GPS de su teléfono y dirigió a Tibor durante el resto del viaje. Cuando vio que se estaban acercando al límite de un enorme viñedo situado en las afueras de la ciudad de Kiskunhalas, dijo:

—Apaga los faros.

La carretera estaba a oscuras, y el coche se detuvo. A la luz de la luna era posible ver que a la izquierda había una suave pendiente similar a un anfiteatro. Había largas hileras de vides sobre viejas estacas unidas entre sí por alambre. Sam, Albrecht y Remi bajaron del coche, sacaron del maletero el detector de metales, las gafas de visión nocturna y las palas de mango corto y hoja afilada para cavar en el suelo arenoso, y lo cerraron. Sam se inclinó hacia la ventanilla de Tibor.

—Espéranos en algún lugar situado fuera de la vista y mantén el teléfono conectado. Si ves venir a alguien, o el sol está a punto de salir, llama.

—Hay un bosque un poco más adelante. Aguardaré allí.

Tibor se alejó sin prisas, giró y desapareció en la noche.

Los tres saltaron una valla baja y avanzaron lo que juzgaron la mitad del camino siguiendo el montículo en forma de medialuna. Entonces Sam conectó el detector de metales y empezó su búsqueda. Se agachó para pasar desapercibido y recorrió arriba y abajo las filas de vides; se detenía al final de cada una y avanzaba hacia la siguiente.

Albrecht y Remi se arrodillaban al final de cada hilera, y vigilaban con las gafas de visión nocturna que nadie se aproximara. De vez en cuando cambiaban a infrarrojos por si detectaban el calor de un ser humano en alguna dirección, y después volvían a la visión nocturna normal. Ninguno de los tres encendió la menor luz, y no se oía nada, salvo la constante y tenue brisa veraniega que soplaba entre las hojas de las vides, así como el crujido de los zapatos de Sam al pisar la tierra blanda de los surcos.

Sam se movía metódicamente desde el extremo superior de la medialuna en dirección a la parte llana. La medialuna enmarcaba un recodo practicado en el río, donde el canal se curvaba y el agua llegaba más despacio. El suelo aluvial se había depositado en aquel punto antes de que desviarán el río, con la mayor altitud en el punto medio de la curva y estrechándose en ambos extremos.

De repente, todas las lecturas del detector de metales cambiaron. Sam vio que la aguja se pegaba al extremo superior. Avanzó unos pasos y la aguja volvió a caer. Se acercó por el lado y obtuvo una lectura similar. Se irguió e hizo señas a los demás, y después se arrodilló. Remi y Albrecht llegaron desde sus puestos y también se arrodillaron junto a él.

—¿Es eso? —susurró Albrecht.

—Podría ser montones de cosas —dijo Sam—. Solo sé que es de metal y grande.

Remi se levantó y se alejó hasta el extremo de la hilera. Volvió con las palas y empezaron a cavar en el suelo arenoso, alejados entre sí. Trabajaron con ahínco y pronto se encontraron a un metro y medio de profundidad, de modo que lanzaban la tierra con la pala por encima del hombro. La de Sam provocó un sonido metálico. Un

segundo después, la de Remi rozó una superficie lisa y dura.

Dejaron a un lado las herramientas y utilizaron las manos para apartar la tierra de una placa metálica. Era un rectángulo liso, de un metro ochenta de longitud y noventa centímetros de anchura.

—Está oxidado —susurró Albrecht—. Es hierro impuro. Podría ser la tapa del sarcófago.

—Vamos a apartar la tierra de alrededor para verlo mejor —dijo Remi.

Sam y Remi se pusieron a cavar alrededor de la parte exterior, uno por cada extremo, y Albrecht empezó por el lado alargado. Trabajaron en silencio, cada vez con mayor ahínco y rapidez, impelidos por la incertidumbre. Pero a medida que iban cavando, cada uno golpeó una segunda superficie, justo debajo de la placa de hierro, que parecía una losa de piedra.

—Vamos a ver si podemos desplazarla —dijo Sam.

Los tres se colocaron a un lado de la placa de hierro y utilizaron las palas para intentar moverla. Trataron de introducir las puntas de sus herramientas por debajo del borde para empujar hacia arriba. La placa se movió apenas unos milímetros.

—Cavemos un hueco al lado y empujemos la tapa hacia él —propuso Sam.

Agrandaron el hueco hasta que fue de un metro con el fin de crear un espacio vacío para la tapa. Empujaron de nuevo, pero no hicieron muchos progresos.

—Vamos a probar otra cosa.

Sam subió y se acercó a la hilera más próxima de vides, donde había estacas de madera con clavos de cinco centímetros de longitud parcialmente hundidos para sujetar los alambres de las vides. Tras retirar los clavos, Sam los examinó con detenimiento dándoles vueltas entre los dedos. Guardó algunos en los bolsillos y desechó otros, que volvió a introducir en los agujeros de las estacas.

—¿Cuántos quieres? —preguntó Remi.

—Treinta o cuarenta, que no estén torcidos.

Albrecht y Remi fueron recogiendo clavos.

—Ya hay suficientes para poner a prueba la teoría —dijo Sam.

Todos volvieron al agujero.

—Ahora utilizaremos las estacas para intentar levantar un extremo. Un centímetro será suficiente.

Alzaron un extremo, y Sam sujetó hacia abajo la pala con una mano y se inclinó para insertar un clavo de costado entre la placa de hierro y su base de piedra. Una vez insertado el primero, pudo introducir otros veinte sin gran esfuerzo. Repitieron el proceso en el otro extremo de la placa.

—Tu teoría es acertada. Confiemos en que tus rodillos sean lo bastante grandes.

Sam se arrodilló a un lado de la placa de hierro y la desplazó con facilidad a un lado, rodando sobre los clavos. Los tres inspeccionaron la abertura con sus gafas de

visión nocturna.

—Esto no es lo que yo esperaba —dijo Albrecht—. Parece una sala de piedra.

—Confiemos en que no sea un refugio antiaéreo —dijo Remi— o una fosa séptica.

—Veo parte del suelo —dijo Sam. Se quitó el cinturón y lo pasó sobre el mango de la pala y a través de la hebilla—. Que cada uno de vosotros agarre un extremo de la pala. Yo bajaré un tramo y saltaré.

Remi apoyó una mano en su hombro.

—Sam, yo peso treinta kilos menos que tú.

Asió el extremo del cinturón y se sentó en el borde de la abertura. Tomó impulso, descendió un poco, y después extendió los brazos y colgó del cinturón. Acto seguido, se adentró en la oscuridad.

Oyeron el golpe sordo de sus pies al tocar fondo. Se hizo el silencio mientras ella se internaba en la parte de la cámara de piedra donde no podían verla.

—Habla, Remi —dijo Sam, solo para asegurarse de que no estaba llena de monóxido de carbono o de gas nervioso de cincuenta años de antigüedad.

—Está llena de... nada.

—¿Quieres decir que la han saqueado ladrones de tumbas?

—No creo. Los ladrones de tumbas no van con cuidado. Espera. Hay otra pieza grande de hierro. Está un poco deslustrada, apenas oxidada. Tiene algo grabado en ella. Parece latín.

—El Imperio romano es mi especialidad —dijo Albrecht—. He de verla.

—Aguarda... Un momento —dijo Sam—. Tal como lo ha hecho Remi.

Albrecht sujetó el cinturón y pasó sobre el borde, después descendió unos pasos y se dejó caer cuando estaba a medio metro de distancia del fondo.

Sam juntó las tres palas a modo de cucharas, las rodeó con el cinturón y abrochó este con la hebilla; luego las dejó apoyadas en una esquina de la abertura y descendió.

La cámara estaba hecha de piedra arenisca fluvial tallada toscamente en bloques rectangulares. Los habían unido con argamasa, de modo que la cámara era impermeable.

Sam encontró a Albrecht absorto, quieto al lado de Remi, contemplando con sus gafas de visión nocturna la gran pieza de hierro que había sido bruñida, con una inscripción en latín grabada en ella.

—¿Nos lo puedes traducir, Albrecht? —preguntó Sam.

—«Habéis descubierto mi secreto, pero todavía no habéis empezado a descifrarlo. Sabed que los tesoros se entierran con tristeza, nunca con alegría. No he enterrado un tesoro una vez, sino cinco veces. Para hallar el último, tendréis que llegar al primero. El quinto es el lugar donde el mundo se perdió».

—Remi, tu teléfono tiene flash —dijo Sam—. Será mejor que le hagas una foto.

—Pero alguien podría ver el destello.

—A menos que seas capaz de cargar con ese pedazo de hierro hasta Szeged, no nos queda otra alternativa.

Remi se quitó las gafas de visión nocturna, levantó el móvil y tomó la foto.

—La enviaré a Selma en cuanto subamos y tenga cobertura.

Todos oyeron un sonido de pasos que se acercaban desde arriba y se quedaron petrificados, conteniendo la respiración, así como una voz masculina que hablaba en voz baja mientras andaba. Después alguien soltó una carcajada, como una tos.

Sam saltó hacia arriba, atrapó el extremo del cinturón y tiró de él. Las palas cayeron en sus brazos. Emitieron un tenue ruido metálico, pero confió en que la gente de arriba no lo hubiera oído. Albrecht, Remi y él se acuclillaron en el extremo más alejado de la entrada de la cámara, a la espera de que los intrusos pasaran de largo del agujero que habían cavado o se acercaran a examinarlo.

Mientras los tres miraban, empujaron la placa de hierro sobre la abertura, y el estrecho rectángulo de luz de luna se fue estrechando hasta convertirse en una rendija y desaparecer.

Kiskunhalas, Hungría

Alguien estaba echando tierra sobre la placa de hierro que sellaba la cripta de piedra. El trabajo prosiguió. Las primeras paletadas de tierra se oyeron con más fuerza y las siguientes menos, pero los Fargo y el profesor Albrecht tuvieron claro que la tierra que habían apartado para llegar hasta la cripta ahora estaba siendo usada para cubrir el hueco.

—Permaneced en silencio —susurró Sam—, y no consumáis más oxígeno del necesario.

Los tres se sentaron en el suelo de la cripta, apoyados en las paredes de piedra, a la espera. Transcurrió media hora, y después una.

—¿Oís algo? —susurró Remi.

—No —dijo Sam—. Me parece que se han ido. —Se puso en pie y se situó justo debajo de la placa de hierro—. Creo que podemos salir.

—¿Cómo? —preguntó Albrecht.

—Hemos cavado unos dos metros y medio. El hueco medía dos metros y medio de anchura por tres de longitud: ciento noventa y cinco metros cúbicos. Esta cámara mide tres metros de anchura, tres de longitud y tres de profundidad. Eso son trescientos metros cúbicos. Podemos dejar que la tierra caiga aquí. La esparciremos sobre el suelo de piedra, y a medida que vaya cayendo nos irá elevando.

—Qué sencillo —dijo Albrecht—. Piensas como un romano.

—Solo espero que no hayan dejado guardias en la superficie para vigilar el yacimiento —susurró Remi.

—Yo digo que hemos de correr ese riesgo —afirmó Albrecht—. Respiramos unas dieciséis veces por minuto y consumimos unos veinticuatro litros de aire. Será mejor que empecemos.

—De acuerdo —convino Remi—. Vamos a subir a Sam para que llegue a la placa de hierro.

—No —dijo Sam—. Tendrías que alzarme entre los dos, pero yo puedo levantaros ambos. Si me apoyo en la pared, podéis subir cada uno en una de mis rodillas, y después sobre el hombro. Apoyad la hoja de la pala entre la pared y la placa de hierro, y tratad de abrirla dos o tres centímetros. Eso debería bastar.

—Tiene razón —dijo Albrecht—. Los dos podemos ejercer más fuerza que Sam solo.

Sam eligió un lugar, se apoyó en la pared y dobló las rodillas. Albrecht y Remi se quitaron las botas. El profesor cogió una pala y después pasó desde la rodilla de Sam hasta su hombro. Remi lo imitó. Introdujeron la hoja de sus palas en la grieta abierta entre la placa de hierro y la entrada de piedra. Asieron con las dos manos el mango de las herramientas para hacer palanca.

—A la de tres —dijo Remi—. Uno... dos... tres.

Sam no tuvo que esperar mucho para saber que su plan había dado resultado. La fina tierra arenosa que había convertido aquel lugar en un terreno ideal para la viticultura empezó a caer de inmediato desde la estrecha abertura que habían practicado. Pronto se precipitó una cortina ininterrumpida y constante delante de sus ojos.

Remi bajó del hombro de Sam y ayudó a Albrecht a descender. Sam se incorporó y se apartó de la lluvia de tierra. Siempre que el montículo alcanzaba treinta centímetros, los tres la echaban con la pala al extremo vacío de la cámara de piedra, delante del mensaje de Atila. A medida que transcurrían los minutos, el nivel se fue elevando y aprovecharon la circunstancia para ir ascendiendo más y más cerca del techo.

El hecho de que la tierra fuera llenando la cámara de piedra dejaba cada vez menos espacio al aire. Cuando el nivel del suelo se hubo elevado un metro veinte, Sam levantó la pala y la introdujo en el estrecho espacio situado entre la piedra y la placa de hierro con el fin de ensanchar la abertura, y después arañó el borde de la pared para que cayera más tierra a la cripta.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Remi.

—Intentaremos acelerar el proceso antes de que el aire escasee. He despejado unos cuantos centímetros para poder deslizar en ese espacio la placa y practicar una abertura más grande por el otro lado.

Los tres se hallaban distanciados entre sí unos treinta centímetros, y empujaron con las palas la placa de hierro en la otra dirección. Esta se movió sobre los rodillos, cerró primero la estrecha abertura que habían practicado y después se desplazó unos cuantos centímetros más. Una abertura mucho más amplia apareció al otro lado de la placa, y la tierra cayó mucho más deprisa que antes.

—Descansemos un momento —dijo Sam.

Remi y Albrecht se sentaron, mientras él esparcía la tierra a su alrededor. Esta caía con mayor rapidez por momentos, y cuando se hallaban a un metro y medio del techo, la cascada de tierra se interrumpió. Sam clavó la pala en la abertura y atravesó la última capa de tierra. Un rayo de sol se abrió paso e iluminó las partículas de polvo que flotaban en la cámara.

Todos se pusieron sus gafas infrarrojas y parpadearon debido a la luz. Prestaron oídos, pero no oyeron el menor sonido de los hombres de arriba. Se oían gorjeos de

pájaros, que revoloteaban de una hilera de vides a la siguiente. Penetró un chorro de aire puro.

Se congregaron bajo la abertura y trabajaron para despejar más espacio por encima de aquel lado, con el fin de poder empujar la placa de hierro hacia el espacio recién abierto. Cuando la hicieron rodar, la abertura resultó suficiente para que Remi pudiera salir.

—¡Aún es temprano! —gritó—. ¡No veo a nadie! ¡Pasadme una pala!

Sam introdujo la herramienta a través de la abertura y Remi trabajó unos minutos.

—Vale, empujad la placa unos cuantos centímetros más.

Sam y Albrecht volvieron a mover la gruesa lámina de acero, y se abrió un espacio suficiente para que ellos también pudieran izarse al exterior.

—Apenas puedo creerlo —dijo Albrecht—. Hemos salido.

Utilizaron las palas para cubrir la placa de hierro, pero les faltó tierra para nivelar la zona con el terreno circundante. Sam miró a su alrededor.

—¿Habéis oído eso?

—Un coche —dijo Remi, y todos se agacharon en el hoyo. Ella levantó la cabeza y miró a su vez—. Esperad. Es el de Tibor.

El automóvil aceleró, frenó, y Tibor bajó de él.

—¿Por qué no habéis llamado? —preguntó—. ¿No la encontrasteis?

—Ya te lo explicaremos más tarde. Larguémonos de aquí —dijo Sam—. Pero no en dirección a Szeged.

Todos subieron al coche y Tibor lo puso en marcha.

—Iré en dirección contraria, hacia Budapest.

—Perfecto —dijo Sam—. Hemos de descifrar el significado del mensaje. Llevamos una buena ventaja. Cuando esos hombres entren en la cámara, esperarán encontrar una tumba, como nosotros.

—¿No era una tumba? —preguntó Tibor.

—Más que eso —dijo Albrecht—. Muchísimo más. ¿Cuánto falta para Budapest?

—Unos setenta y cinco kilómetros. Tal vez una hora, si piso a fondo.

—Pues hazlo —dijo Sam—. Procuraremos aclarártelo todo durante el camino.

Camino de Budapest, Hungría

Tibor conducía muy por encima del límite de velocidad, pero era temprano y no había muchos coches en la carretera. Albrecht iba sentado en el asiento del copiloto, y los Fargo detrás.

—Remi y yo tenemos la intención de ir en busca de los cinco tesoros. ¿Os apetece acompañarnos? —preguntó Sam.

—Esta es la obra de mi vida —dijo Albrecht—. Por supuesto.

—¿Cinco? —preguntó Tibor—. ¿Cinco tesoros? Me apunto cinco veces.

—Pero ¿cómo vamos a hacerlo? —preguntó Albrecht.

—Lo he estado pensando —dijo Sam—. En primer lugar, hemos de descifrar el mensaje que Atila nos dejó y verificar que lo hemos comprendido bien.

—Por suerte, solo es latín. —Albrecht cogió el periódico que Tibor había dejado en el asiento, y después utilizó su pluma para escribir su traducción—. «Habéis descubierto mi secreto, pero todavía no habéis empezado a descifrarlo. Sabed que los tesoros se entierran con tristeza, nunca con alegría. No he enterrado un tesoro una vez, sino cinco veces. Para hallar el último, tendréis que llegar al primero. El quinto es el lugar donde el mundo se perdió». En este fragmento, nos dice dónde se encuentra el tesoro más reciente.

—¿Dónde puede ser eso? —preguntó Remi—. ¿Dónde se perdió el mundo?

—Hay un par de buenas ubicaciones posibles para esa descripción —dijo Albrecht—. Recordad que, para Atila, el mundo significaba la tierra situada entre los Urales y el Atlántico.

—Vamos a llamar a Selma —dijo Remi—. Tal vez entre ella, Pete y Wendy puedan ayudarnos a descifrar esto.

Pulsó una tecla del móvil. Se oyó un timbrazo y después la voz de Selma a través del altavoz.

—Hola, Remi.

—Hola, Selma. Te hemos incluido en una disquisición muy importante. ¿Recibiste la inscripción en latín que te envié?

—Sí. Es como una adivinanza, o quizá tan solo el principio de una. ¿Vais a ir a por ello?

—Sí —dijo Sam—. En primer lugar, hemos de averiguar dónde «se perdió el mundo». Albrecht acaba de decir que hay un par de ubicaciones posibles. Adelante,

Albrecht.

—Bien, si Albrecht...

El profesor la interrumpió.

—Te hemos llamado porque queríamos que verificaras los hechos y, en definitiva, también queremos tu opinión. Nuestro dominio de la historia y sus principios nos concederá ventaja. Pero el señor Bako ha llevado a cabo un obsesivo estudio de la vida de Atila durante décadas, así que es probable que posea un vasto conocimiento de los detalles. Aficionados y fanáticos pueden convertirse en poderosos competidores en un concurso de conocimientos generales.

—Has dicho que pueden existir dos posibles respuestas a la incógnita de cuándo «el mundo se perdió» —dijo Remi—. ¿Cuáles son?

—Uno sería la batalla que Atila libró en Châlons-en-Champagne, en Francia, en el año 451. Los hunos habían avanzado hacia el oeste a través de Alemania y casi toda Francia, dedicándose al pillaje y la destrucción de ciudades. Los romanos, bajo el mando de Flavio Aecio, junto con un numeroso contingente de aliados, se apresuraron a cortar el paso a los hunos. Se encontraron en la llanura de Châlons. Ambos bandos perdieron muchos hombres, pero no hubo un claro ganador. Fue el punto situado más al oeste al que Atila llegó. De haber conseguido una victoria incuestionable, habría continuado adelante hasta conquistar París, y después, posiblemente, el resto de Francia. Habría gobernado casi toda la zona situada entre los Urales y el océano.

—¿Cuál es el otro emplazamiento posible? —preguntó Selma.

—La historia en este caso es un poco más complicada. Empezó un año antes, en 450. Honoria, la hermana del emperador romano Valentiniano III, estaba en el exilio y vivía en Constantinopla, la capital del Imperio romano de Oriente, porque a la edad de dieciséis años había quedado embarazada de un criado. Estaba a punto de casarse con un senador romano que no le gustaba. Su solución fue escribir una carta a Atila, pidiéndole que la rescatara. Atila interpretó la carta como una propuesta de matrimonio. Pensó que la dote de la joven sería la mitad del Imperio romano.

—¿Eran esas las intenciones de la chica? —preguntó Remi.

—Daba igual, porque su hermano Valentiniano no iba a permitir que eso sucediera. Envió a Honoria de vuelta al Imperio romano de Occidente, a Rávena, en Italia, donde estaba su corte.

—A Atila no debió de gustarle —dijo Tibor.

—Pues no. En 452, después de la decepción de Francia, Atila y sus hombres fueron hacia el sur y el este, hasta penetrar en el norte de Italia. Conquistaron Padua, Milán y muchas otras ciudades. Atila, al frente de su enorme ejército, avanzó hacia el sur en dirección a Rávena, y obligó a Valentiniano y a su corte a huir a Roma.

—¿Y lo siguió?

—Sí. Hasta que una delegación salió a su encuentro en el lago de Garda, cerca de Mantua. La delegación incluía a nobles romanos, al frente de la cual iba el papa León I. Suplicaron clemencia, le pidieron que perdonara a Roma. La historia dice que Atila dio media vuelta y partió hacia Hungría.

—¿Eso es todo?

—Ya he dicho que esta era una explicación complicada. Atila había conquistado casi todo el norte de Italia sin encontrar resistencia. No era cristiano, y no debió de afectarle la súplica de León I. Italia estaba a sus pies, no tenía un ejército comparable al de él. Creo que fue la magnitud de sus tropas lo que impidió la conquista de Roma. Una terrible hambruna asolaba el país. También padecía una epidemia que, por las descripciones, pudo tratarse de malaria. Si Atila avanzaba hacia Roma, no tendría comida para alimentar a su enorme ejército, y muchos de sus hombres morirían a causa de aquella enfermedad. De modo que lo dejó correr, con la idea de regresar en otro momento.

—¿Crees que se refiere a eso cuando dice «donde el mundo se perdió»?

—Sí —contestó Albrecht—. Ya estaba recibiendo tributos anuales del Imperio romano de Oriente. Controlaba casi toda Europa, desde los Urales hasta el centro de Francia. Si le hubieran entregado el Imperio romano de Occidente, legitimado por la mano de la hermana del emperador, Atila habría considerado que ese era «el mundo».

—Albrecht es el experto, pero si mi opinión sirve de algo, estoy plenamente de acuerdo —dijo Selma.

—Ocurrió un año después de la batalla en Francia —dijo Sam—. Al final de su vida, no creo que dijera que la batalla era la pérdida más reciente, olvidando que había perdido Roma cuando la tenía al alcance de las manos.

—Exacto —dijo Albrecht—. No acabar la conquista de Francia debió de molestarle, pero poseer Roma suponía poseer el mundo.

—Según el mensaje, Atila enterró un tesoro. De modo que fue en Italia.

—«El lugar donde el mundo se perdió» es el lugar donde detuvo a su ejército para volver a casa —dijo Albrecht—. Lo investigaremos a fondo, pero debería estar al sur del lago de Garda, cerca de Mantua.

—De acuerdo —dijo Sam—. A partir de este momento, ha empezado la carrera. Arpad Bako excavará la cripta, con la esperanza de encontrarnos muertos. Descubrirá el mensaje, ordenará que lo traduzcan y se dirigirá a donde nosotros nos hemos dirigido.

—Si interpreta de esa forma el mensaje —dijo Remi.

—Exacto. ¿Cuál es el plan? —preguntó Tibor.

—Creo que Bako tiene más motivos que nunca para querer a Albrecht a su lado —dijo Sam—. Interpretar estos mensajes antiguos será crucial. De modo que subiremos a Albrecht al primer vuelo con destino a California para que pueda trabajar

con Selma en el centro de investigaciones de nuestra casa, en La Jolla. También es sumamente importante que sepamos qué están haciendo Arpad Bako y sus hombres, y dónde están en cada momento. El único capaz de ocuparse de ello es Tibor; así pues, volverá a Szeged y reclutará a gente de su confianza para que lo ayude. Remi y yo cogeremos el siguiente vuelo desde Budapest hasta la zona situada al sur del lago de Garda e iniciaremos la investigación. ¿Alguna sugerencia?

—No —respondió el profesor Fischer—. Estoy totalmente de acuerdo.

—Será un honor trabajar contigo, Albrecht —dijo Selma—. Muy bien, todos. Vuestros billetes de avión os esperarán en el aeropuerto Ferihegy de Budapest. Excepto a ti, Tibor. Si me permites una sugerencia, toma una ruta de vuelta a casa diferente.

—Gracias, Selma. Lo haré.

—Selma...

—¿Sí, Sam?

—A ver si puedes conseguir un teléfono vía satélite encriptado para Tibor, programado con nuestros números y el tuyo.

—Ahora mismo. —Oyeron que las teclas de su ordenador sonaban a un ritmo furioso—. Mientras estoy en ello, os conseguiré unos nuevos.

—Buena idea —dijo Sam.

—Que nadie lo olvide —advirtió Remi—. Hace unas horas los hombres de Bako intentaron enterrarnos vivos. Que nadie baje la guardia ni un solo momento.

Szeged, Hungría

Arpad Bako estaba sentado en su despacho, desde el cual se veía el río Tisza y el puente. Veía las luces de Új-Szeged en la otra orilla. Tenía la impresión de que aumentaban de brillo y extensión cada vez que las miraba. Estaba tan animado que empezó a experimentar una creciente tristeza. Tendría que haber preparado algún tipo de celebración. Un momento como ese no debía desperdiciarse. Gábor Székely y dos de sus hombres le habían comunicado buenas noticias desde un viñedo situado en la carretera 53 a Kiskunhalas.

De alguna manera, los dos estadounidenses y Albrecht Fischer habían descubierto los tramos del Tisza que habían desaparecido desde los tiempos de Atila y habían encontrado la tumba. Székely había recibido el informe de su equipo de vigilancia a las tres de la madrugada, pero tuvo la consideración de esperar en casa de Bako hasta que este despertó a las siete.

El equipo de vigilancia había seguido el sedán de Tibor Lazar hasta el viñedo experimental, utilizando un transpondedor adosado al vehículo. Cuando lo localizaron, descubrieron a Fischer y a los Fargo dentro de la tumba de Atila. Los dos vigilantes habían comprendido la situación y rápidamente habían tomado la decisión de no intentar sacarlos. Se habían limitado a poner de nuevo la placa de hierro sobre la abertura, cubriéndola con la tierra extraída, y se habían alejado mientras esperaban a que murieran por asfixia.

Bako apenas daba crédito a su suerte. Tenía la tumba de Atila, que contenía uno de los mayores tesoros de la Antigüedad. Y, atrapados en el interior de ella, se hallaban las únicas personas capaces de impedir que lo recuperara. La noche anterior, Arpad Bako había ganado el premio de su vida. Pero en ese momento era de noche otra vez. ¿Por qué tardaba tanto Székely?

Sonó su teléfono. Se le antojó terriblemente estridente en la oscuridad y la soledad de su despacho. Lo sacó del bolsillo de la chaqueta.

—Sí.

—Soy Gábor Székely, señor.

—Bien. Estaba esperando.

—Las noticias son... inesperadas. Hemos excavado hasta la tumba, pero estaba llena de tierra. Descendimos con precaución, trajimos más hombres y la vaciamos. No había tesoro, ni cadáver de Atila, y nunca habían estado allí. Los hombres de

Atila se habían limitado a enterrar una placa de hierro con inscripciones. Las hemos fotografiado, y se las acabo de enviar por correo electrónico.

Bako hizo rodar la silla hacia su escritorio y encendió el ordenador.

—¿Qué hay de los Fargo y del profesor Fischer?

—No están aquí, señor. Habrán escapado, lo cual explicaría por qué la cámara subterránea estaba llena de tierra. Cuando la cámara se llenó, ellos...

—Si estás seguro de haberlo encontrado todo, cierra esa cámara y sepúltala otra vez, no sea que algún forastero la descubra. No quiero que un tercer bando se sume a la búsqueda de la tumba.

—Sí, señor.

—Y después, vuelve a mi despacho. He de darte órdenes.

—Sí, señor.

Bako vio el correo electrónico, titulado «Sin asunto», de Székely. Lo abrió, descargó el archivo adjunto y vio la foto. La amplió hasta llenar la pantalla. Los grabados de la superficie tosca y deslustrada eran profundos, y distinguió las letras con facilidad. Se había educado a los mejores colegios. Si bien su latín no estaba a la altura de Livio o Suetonio, el de la inscripción era el latín vulgar y sencillo de los soldados. Lo tradujo mientras leía.

—«Habéis descubierto mi secreto, pero todavía no habéis empezado a descifrarlo [...] El quinto es el lugar donde el mundo se perdió».

Bako soltó una carcajada y agitó un puño en el aire.

—¡Cinco tesoros!

Iba a ser uno de los hombres más ricos de Europa. Su mente bullía de ideas. Sabía dónde se había perdido el mundo, por supuesto. Cualquiera lo sabía. ¡Era el lugar de la derrota de Atila, el campo de batalla donde Aecio y los visigodos unieron sus fuerzas para detener su avance hacia París!

Entonces Bako recordó algo desagradable. Sus enemigos habían quedado atrapados en aquella cámara de piedra con el mensaje grabado en la placa de hierro. No obstante, habían salido con vida y en ese momento se dirigirían ya hacia Châlons. No había tiempo que perder.

Bako sacó el móvil y marcó el 33, el código de Francia, y después un número particular. Era el móvil de Étienne le Clerc.

—Allo?

—¡Étienne!

—Hola, Arpad —dijo en tono cansado el hombre—. Me has pillado cenando. ¿Algún problema?

—Solo una ocasión que aprovechar. He descubierto el emplazamiento de uno de los tesoros ocultos de Atila. Está en un lugar donde puedes ayudarme a conseguirlo con toda facilidad. Pero hay gente que quiere llegar antes que yo.

—¿Estás pensando en ganar la carrera sustituyendo a una persona que nació en la línea de meta? ¿Cuánto me llevaré yo?

—Obtendrás una tercera parte de este tesoro, pero he de verlo todo, la totalidad de lo que se encuentre, antes de repartirlo.

Bako casi pudo ver a Étienne le Clerc encogerse de hombros.

—*Oui, bien sûr*. Pero necesitaré información concreta sobre dónde se halla. No voy a excavar media Francia en su busca. ¿Quiénes, y cuántos, son los competidores?

—Una pareja estadounidense, Sam y Remi Fargo. Son buscadores de tesoros aficionados. Se han confabulado con un profesor de arqueología alemán llamado Albrecht Fischer. Te enviaré sus fotos por correo electrónico. También hay un taxista húngaro llamado Tibor Lazar. No creo que los acompañe nadie más. Su intención será entrar sin llamar la atención en Francia, encontrar el tesoro y largarse.

—¿Y dónde está el tesoro?

—Antes de decírtelo, ¿estás seguro de que quieres y puedes hacer esto ateniéndote a mis condiciones?

—Los dos hemos de examinarlo todo y quedarnos cada uno la mitad.

—¡He dicho una tercera parte!

—Has dicho «repartir». Para mí, eso significa «quedarse cada uno la mitad». Yo voy a correr todos los riesgos y llevar a cabo todo el trabajo. Y en mi propio país.

—Oh, de acuerdo. No tenemos tiempo para discutir, y habrá más riquezas de las que podamos gastar mientras vivamos. Quédate la mitad. Pero tendrás que guardar en secreto todo cuanto averigües.

—*Oui*.

—El tesoro ha de estar enterrado en el lugar donde se libró la batalla de los Campos Cataláunicos, en Châlons-sur-Champagne. Busca una cámara subterránea en el lado este del afloramiento rocoso situado en el centro del campo, cerca del río Marne. Deberías localizarlo con detectores de metales.

—Así lo haré, amigo mío. Cuando hayamos desenterrado el tesoro, te llamaré.

—Bien. Y cuando los Fargo y su grupo lleguen, haz lo que puedas para solucionar ese problema.

—Si ocurriera un accidente fatal, sería una pena, pero son cosas que pasan a veces. En tal caso, esperaré una compensación económica adicional. Los hombres capaces de hacer este tipo de cosas no salen baratos.

—Estaré a la espera. Gracias, Étienne.

Bako finalizó la llamada y guardó el móvil en el bolsillo interior de la chaqueta. Se sentía como un gran general que acabara de enviar a una unidad de tropas extranjeras al flanco más alejado de la batalla para de esa forma ganar la partida al enemigo y atraparlo. Había actuado con decisión, incluso sin escrúpulos, un poco como Atila.

Pensó en Étienne le Clerc. Era un gángster carente de escrúpulos, no un hombre de negocios legales que ahorrara dinero y esfuerzos. Vivía muy bien gracias a una combinación de argucias que Bako conocía a la perfección: blanquear dinero, fundir joyas robadas en lingotes y vender las piedras por separado, falsificar diversas divisas y cambiarlas por euros fuera de sus mercados nacionales, entrar de contrabando en Francia los medicamentos de Bako que solo se vendían con receta, y probablemente otras tretas que este último desconocía. Le Clerc contaba con docenas de agentes, traficantes, contrabandistas y asesinos a sueldo en su organización, y ya se encontraban en Francia, no lejos del lugar donde el mundo se perdió.

Las grandes conquistas no se llevaban a cabo solo luchando y ganando batallas, sino a menudo gracias a forjar astutas alianzas. Atila lo habría comprendido y habría reconocido en él al alma gemela digna de ser su heredero.

Verona-Brescia, Italia

Sam y Remi volaron a Roma y desde allí a Verona. Recogieron el coche de alquiler que Selma Wondrash les había reservado y salieron de la ciudad en dirección oeste hacia la localidad turística de Peschiera del Garda, a unos treinta kilómetros, situada en la orilla sur del lago de Garda. Cuando llegaron, Remi dejó la guía que había estado leyendo.

—Aparquemos cerca del puerto deportivo y demos un paseo —dijo.

Colinas onduladas rodeaban el extremo sur del lago. El puerto deportivo era grande, con elegantes veleros que se mecían suavemente, de modo que sus mástiles se movían como metrónomos. Sam y Remi oyeron el suave sonido de las poleas y las fijaciones que golpeaban contra los mástiles de aluminio por efecto de la brisa veraniega. La atmósfera de la pequeña ciudad era marcadamente vacacional, y daba la impresión de que solo había barcos y hoteles.

—¿Qué has averiguado en la guía? —preguntó Sam a Remi.

—El lago es el más grande de Italia: cincuenta y un kilómetros de largo. El extremo superior está rodeado de montañas, pero aquí hay montones de playas. El agua entra por el norte y desemboca en el río Mincio aquí, en Peschiera del Garda, y un poco más adelante desemboca en el río Po.

—Estamos acercándonos —dijo Sam—. Según la información que Albrecht nos envió por correo electrónico, el papa León I fue con su delegación al encuentro de Atila al sur del lago de Garda, donde el río Mincio confluye con el Po.

Caminaron por la playa de guijarros y pasaron ante varios muelles y un café. Casi todos los edificios que veían eran de entre dos y cuatro plantas, y antiguos. Estaban pintados de blanco, rosa y amarillo. Había una muralla de ladrillo del siglo XVI que rodeaba los antiguos límites de la ciudad, con pasarelas peatonales arriba. Encontraron un aparcamiento fuera de la muralla, con un jardín en cuya puerta principal estaba escrito con flores el nombre de la localidad, y después un centro comercial con cafeterías y tiendas.

—¿Cómo vamos a localizar el lugar? —preguntó Remi.

—De la manera acostumbrada, supongo. Empezaremos con las cosas que ya existían en 452.

—La ciudad fue fundada en el siglo I, de modo que ya contaba trescientos años de antigüedad cuando Atila llegó.

—Era un pueblecito junto a la orilla. Sin previo aviso, Atila llega del norte, nada más y nada menos, al frente de un enorme ejército de jinetes. Había devastado casi todo el norte de Italia antes de llegar aquí.

—La gente debía de estar muy atareada huyendo para fijarse demasiado en lo que hacía. Sé que a mí me habría pasado.

—Y a mí también. Así fue fundada Venecia. La gente que huía de Atila cuando llegó del norte se refugió en las islas. Cuando se fue, ellos se quedaron.

—Vale, tío listo. Las ciudades de por aquí han cambiado, pero el lugar donde el río sale del lago ha de estar igual.

—Eso es lógico.

—De modo que Atila y unos cincuenta o cien mil guerreros con sus caballos y carrozcos llegaron hasta aquí, cargados con el botín del norte de Italia. Acamparon al sur de este lugar, donde el Mincio desembocaba en el Po. Entonces, llegó la delegación romana, compuesta por el papa León, el cónsul Avieno y el prefecto Trigetius. Nunca se supo nada de lo que habían hablado ambos bandos. Todo lo que refiere la historia son solo conjeturas. Lo que sabemos es que, como Italia padecía una hambruna feroz, no había demasiada comida que los hunos pudieran robar. También había una epidemia, y muchos hunos ya habían enfermado. Marciano, el nuevo emperador del Imperio romano de Oriente, se estaba acercando al Danubio, lo cual constituía una amenaza para los baluartes hunos. Fuera por lo que fuese, Atila y sus hombres liaron los bártulos y regresaron al norte, renunciando a la oportunidad de rescatar a Honoria de su hermano y de conseguir el control del Imperio romano.

—Reflexionemos un momento. Atila vuelve a casa. Pero confía en regresar al cabo de uno o dos años para conquistar Roma. Va cargado con el botín del norte de Italia. De modo que abandona un tesoro para reaprovisionar a sus tropas en el siguiente intento. ¿Dónde lo abandonaría?

—En el lugar donde se detuvo para acampar. Es lo más al sur que llegó. Es el lugar donde podía enterrar en secreto y sin peligro lo que le diera la gana. Y si iba a utilizarlo para reaprovisionar a su ejército, el camino a Roma es el lugar ideal.

—Exacto.

—Estamos de acuerdo. ¿Es donde el Mincio confluye con el Po?

—Eso creo. El lugar donde dio media vuelta ha de ser «el lugar donde el mundo se perdió».

—Empecemos con el lado oeste del Mincio. Si descendes hacia el lago de Garda, es la parte menos montañosa, de modo que es la ruta de viaje más sensata.

—De acuerdo. Vamos a registrarnos en el hotel. De camino, diremos a Selma que localice el equipo que necesitaremos.

Mientras volvían al coche, Remi llamó a Selma a California y puso el altavoz.

—Hola, Remi.

—Hola, Selma. Estamos en Peschiera del Garda y creemos saber dónde hay que buscar, pero necesitaremos un magnetómetro manual y un buen detector de metales.

—Os están esperando en vuestro hotel. Encargué dos de cada.

—Caramba, gracias, Selma —dijo Remi.

—En cuanto vi las fotos de las grandes placas de hierro, supe que ibais a necesitar detectores. Si os hace falta algo más, lo que sea, me llamáis.

—No lo dudes. ¿Albrecht ha llegado ya?

—Todavía no. Su avión aterrizará dentro de unas dos horas. Pete y Wendy irán a recogerlo. Tenemos su habitación preparada, y montones de espacio y equipo informático montados.

—Gracias, Selma —dijo Sam—. Empezaremos a trabajar esta tarde.

—Te llamaremos si pasa algo —añadió Remi—. ¿Bako se ha puesto ya en acción?

—De momento estáis a salvo. Tibor dice que Bako y sus hombres continúan en Szeged. Si han descifrado el mensaje, no tendrán prisa por ir a Italia.

—Esa es la mejor noticia del día.

—Me alegra saberlo. Me pondré en contacto con vosotros si se producen cambios.

Selma colgó.

Remi guardó el teléfono y fueron en coche al hotel, un edificio blanco erigido en la playa con una hilera de parasoles de color rojo vivo que le daban el aspecto de estar situado unos kilómetros más al este, en el Adriático. Después de registrarse en el hotel y de examinar su equipo, Remi y Sam fueron a ver a la conserje, una mujer de unos cincuenta años vestida con un traje gris a medida que llevaba el logo del hotel en la solapa izquierda.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó, y sus gafas ligeramente tintadas destellaron.

—Tengo entendido que esta zona está llena de senderos para bicicletas —dijo Sam—. ¿Hay alguno que siga el curso del río Mincio?

—Oh, sí. Empieza donde el río sale del puerto, atraviesa Mantua y continúa. Yo lo he recorrido muchas veces. Tiene unos cuarenta kilómetros.

—Cuando dice «continúa», ¿qué quiere decir? ¿Hasta dónde llega?

—Hay un punto de parada natural en Mantua, donde el río se transforma en tres lagos. Pero usted podría continuar doce kilómetros hasta el punto donde el Mincio sigue hasta el Po. —Abrió un cajón del escritorio y entregó un plano a Sam—. El sendero de bici está marcado y le muestra adónde ir.

—Gracias. —Sam hizo una leve inclinación—. *Grazie mille*.

La conserje sonrió.

—Habla bien el italiano. En cuanto llegue a conocer este lugar, no querrá volver a casa.

—Procuraré ser un buen huésped. Vamos a por unas bicicletas —dijo Sam a Remi.

Siguieron un canal antiguo, guiándose por el plano, hasta una tienda de bicicletas. Al principio todas les parecieron del tipo utilizado por corredores profesionales, pero cuando el propietario vio que Remi pasaba de largo de una bicicleta de tres mil euros y pedía algo más cómodo para ir de excursión, les enseñó unas bicicletas de montaña robustas y prácticas provistas de cubiertas gruesas y con los tacos muy marcados, además de asientos con bastante relleno. Eligieron un par, siguiendo sus consejos, y compraron mochilas y unas viseras para proteger los ojos del sol. Sam también adquirió diversos accesorios: luces, reflectores y demás artículos para acoplar a bicicletas, y un estuche portátil de herramientas.

Volvieron en sus nuevas bicicletas al hotel, las introdujeron en el ascensor y subieron a su planta. Cuando tuvieron las bicis en la habitación, Sam acopló en ellas los magnetómetros de tal forma que nadie que las mirara se diera cuenta de que tenían algo raro. Las antenas telescópicas del magnetómetro parecían barras de bicicleta reforzadas y los sensores solo se extendían unos centímetros por delante de los manillares.

Sacó los dos detectores de metales de sus cajas, pero los guardó sin ensamblar en las mochilas.

Mientras estaban preparando las cosas, el móvil de Sam zumbó. Conectó el altavoz.

—¿Sí?

—¿Sam? Soy yo, Albrecht.

—¿Ya has llegado a California?

—Sí. Estoy en tu casa, con Selma. Desde que nos separamos, he dedicado cierto tiempo a mirar detenidamente las fotografías por satélite disponibles y la cartografía aérea del lugar donde estáis buscando, y he releído algunas fuentes escritas.

—¿Qué puedes decirnos?

—Existen diversas versiones de la historia, pero algunas cosas las sabemos con certeza. Una es que Atila dejó un rastro de destrucción en la parte norte de Italia y que bajó por el lado oeste. No hubo carreteras en el lado este hasta la década de 1930, lo cual nos indica cómo era el paisaje.

—Remi ya lo había deducido. Y como los hunos no dejaron crónicas escritas, suponemos que las mejores fuentes son las personas que documentaron las peripecias del papa León I. Confeccionaron una lista de las ciudades saqueadas y destruidas por Atila. Mantua fue la última.

—León I se reunió con él en el punto donde el Mincio desemboca en el Po. El papa había llegado del sudeste, y como él era quien había solicitado la reunión, acudió al campamento de Atila.

—¿Cómo sabremos dónde estaba el campamento?

—Vuestras coordenadas son 45° 4' 17,91" norte, 10° 58' 01" este. Lo cual significa, como mínimo, cien mil caballos e innumerables vacas, ovejas y cabras. Estarían alineados a lo largo del río, donde beberían y pastarían. Debieron de instalar el campamento en una extensión de tierra llana, pero elevada para librarse de las inundaciones.

—Calculamos que las tiendas del campamento se encontraban a unos doscientos metros de la confluencia —dijo Selma—, y que se extendían en dirección oeste a lo largo del lado norte del Po.

—¿Por qué el lado norte? —preguntó Remi.

—Atila acababa de llegar del norte y sabía que no quedaba ninguna fuerza enemiga a sus espaldas. La única amenaza posible habría sido un ejército romano apostado hacia el sur, de manera que decidieron mantener el río al sur de su posición a modo de barrera.

—Vale —dijo Remi—. Lado norte del Po, lado oeste del Mincio. Terreno llano, buscar el punto más elevado.

—Exacto —confirmó Albrecht—. Aún estamos intentando dilucidar cómo pudieron los hombres de Atila enterrar en secreto el tesoro.

—Tenemos un par de ideas —dijo Sam—. Os informaremos si estamos en lo cierto. ¿Cuáles son las últimas noticias sobre Arpad Bako?

—Aún no ha reaccionado. Tibor lo vio entrar en su despacho esta mañana, como de costumbre, y volvió de comer por la tarde. Lo acompañaban cuatro escoltas.

—Estupendo. Informadnos si se produce algún cambio, por favor. A estas alturas, Bako ya tendría que haber leído la inscripción de la tumba falsa y haber entrado en acción.

—Tal vez no sea tan bueno como nosotros —dijo Selma.

—Solo espero que no sea mejor.

—Deberíamos irnos —dijo Remi.

—Oído cocina —dijo Selma—. Esperaremos vuestras noticias.

A la mañana siguiente, temprano, Sam y Remi se vistieron de turista: pantalones cortos, camisetas y zapatillas de deporte, con sus viseras y gafas de sol. Al cabo de cinco minutos se encontraban en la carretera, en dirección al río Mincio.

Un antiguo camino de sirga bordeaba el río y lo convertía en un paseo frecuentado por los ciclistas. Sam y Remi pedaleaban junto a docenas de ellos a lo largo del sendero pavimentado al tiempo que admiraban la belleza de la ciudad y el hermoso paisaje de la Lombardía, los campos llanos cercanos y las colinas onduladas de escasa altitud a media distancia, con filas de árboles que crecían a lo largo de cada orilla del río. Había casas que debían de datar de la Edad Media y viejos viñedos con las vides emparradas. Se detuvieron en un agradable lugar bajo los árboles, a la orilla

del río, y comieron.

Llegaron al lago Superiore, el primero de los lagos, a la una y media y recorrieron su orilla sur hasta el centro de Mantua. Encontraron una cafetería donde pudieron descansar y tomar un expreso y pasteles a la vista del segundo lago, el di Mezzo, y después se dirigieron por el puente de la via Lagnasco hacia la SS 482, la via Ostiglia.

—Doce kilómetros más —dijo Remi—. Esto es espléndido. No me siento nada cansada.

—Se me acaba de ocurrir que estamos siguiendo el río corriente abajo —dijo Sam—. ¿Te sugiere algo eso?

—Sí. Que pedalearemos cuesta arriba todo el camino de regreso a Peschiera del Garda. O tendremos que encontrar otra ruta.

Al cabo de una hora de pedalear sin problemas, divisaron su destino. El Po corría de oeste a este y era más ancho que el Mincio. A ambos lados del Mincio había cultivos de hortalizas y cereales que se extendían hasta perderse de vista, excepto el campo que se hallaba en su confluencia, que había sido arado pero no plantado todavía. Los árboles flanqueaban el lecho de los ríos.

Sam y Remi bajaron de sus bicicletas y observaron el paisaje.

—Este es un buen lugar para pasar desapercibidos —afirmó Remi—. No veo ni un solo edificio a este lado. Albrecht dijo que nos ciñéramos al lado oeste del Mincio, al norte del Po. Lo único que hemos de encontrar ahora es un campamento de mil quinientos años de antigüedad.

—Concédeme un momento para mirar el GPS —pidió Sam—. Estamos encima —añadió al cabo de un minuto—. Sus monturas habrían abrevado en la orilla del río. Y si yo fuera un jinete nómada, cuidaría muy bien de mis caballos. —Se volvió hacia el campo—. Entre cincuenta y cien mil guerreros hunos significa algo así como doscientos mil caballos. Es difícil imaginar el aspecto de esa escena. La hilera de animales se habrá extendido a lo largo del río unos tres kilómetros.

Remi empujó la bicicleta hasta un árbol cercano, la apoyó en el tronco, se subió a la barra inferior de la misma, después al asiento, y desde él, se izó hasta la primera rama grande del árbol. Asíó la segunda rama para sujetarse y se irguió.

—¿Qué ves? —preguntó Sam.

—Desde aquí arriba, da la impresión de que la parte más elevada del campo está allí.

Señaló una zona algo elevada, a unos cien metros tierra adentro.

Sam se acercó y la ayudó a bajar. Después extendió las varillas del magnetómetro hasta que los sensores se prolongaron un metro por delante de los manillares de las bicicletas. Las cajas que albergaban los indicadores quedaron entre los manillares y su lectura resultó fácil. Entraron con las bicicletas en el campo, codo con codo, y

subieron la suave cuesta.

Estaba atardeciendo, y los rayos del sol incidían en un ángulo bajo sobre el campo. Mientras caminaban miraban los magnetómetros, al acecho de cualquier perturbación del campo magnético. Hubo pocas fluctuaciones en las lecturas hasta que cruzaron el punto más elevado del campo, que era casi una cúpula. Entonces las agujas se dispararon.

—¿Has visto eso? —preguntó Remi.

—Lo he visto —contestó Sam.

Ambos se detuvieron.

—Vamos a medirlo —dijo Sam.

Remi dejó la bicicleta en el suelo para señalar el lugar donde empezaban las perturbaciones, y caminó con su marido mientras este avanzaba con su bicicleta unos metros.

—Allí. —Sam dejó la bicicleta en el suelo.

Recorrieron la distancia juntos, y después volvieron a montar sus vehículos con las viseras caladas. Siguieron un sendero perpendicular.

—Son diez por quince pasos —dijo Remi.

—Eso he obtenido yo —contestó Sam—. Unos seis por nueve metros. Probemos un detector de metales.

Sam ensambló el de la mochila de Remi y empezó a pasarlo de un lado a otro sobre la zona que habían delimitado. El aparato emitió un tono electrónico, y después un chirrido, alto y persistente, mientras Sam recorría el lugar de un lado a otro.

—Es enorme —dijo Remi—. Mucho más grande que la primera cámara. ¿Plan A o Plan B?

—Tendremos que señalarlo para poder localizarlo de nuevo sin perder el tiempo, volver a Peschiera del Garda y hacer los preparativos para excavar mañana por la noche, después de que oscurezca.

—¿Dónde podremos guardar un cargamento de oro de veinte por treinta pasos?

—Tenemos un río navegable allí.

—Ajá, el Plan A. Un barco grande.

Sam marcó el lugar quitando el sensor de su magnetómetro y dejando la larga varilla de aluminio sobre el suelo. Después volvieron en bicicleta por el camino de sirga hasta Peschiera del Garda, al principio con los últimos rayos del sol y más tarde en la oscuridad.

En cuanto llegaron a la habitación de su hotel y se bañaron, llamaron al móvil protegido de Tibor.

—¿Tibor?

—Sí, Sam.

—Necesitamos a los tres hombres que utilizamos de tripulantes en el barco del

Tisza. Tienen que estar en nuestro hotel de Mantua mañana por la noche, al caer el sol.

—¿Tenéis un barco? —preguntó Tibor.

—No, pero mañana por la noche lo tendremos.

—Allí estarán.

—Gracias, Tibor.

—He de colgar para ir a hablar con ellos. Adiós, Sam.

Los Fargo llamaron de nuevo a la conserje, y mientras les hacía una reserva en un buen restaurante de Mantua, recorrieron en coche los cuarenta kilómetros que los separaban de la ciudad para ir a comprar a las mejores tiendas ropa adecuada para la velada. Empezaron con un traje gris de Armani para Sam, y Remi adquirió en el Folli Follie un sencillo pero impresionante vestido sin mangas Jacquard de Fendi, con un detalle dorado en el cinturón. Se pusieron la ropa que acababan de comprar, dejaron la otra en el maletero del coche que habían aparcado ante la muralla de la ciudad y se dieron un paseo a pie de diez minutos hasta Ochina Bianca, un restaurante situado al norte del centro de la ciudad.

Pidieron *risotto alla milanese*, con su aroma embriagador a azafrán, como primero, osobuco de segundo, y el vino elegido fue un Felsina Fontalloro de 2004 de la Toscana.

—Esto es maravilloso —dijo Remi—. Lancemos una moneda al aire para ver cuál de los dos va a clases de cocina y aprende a preparar cosas como estas en casa.

—Cocinar no es mi especialidad —dijo Sam—. Considérame tu dietista y entrenador. Solo estoy ayudándote a acumular energías para mañana, cuando el trabajo vuelva a empezar. De hecho, ya estoy pensando que necesitas algún postre. Hay una exquisitez local llamada *sabbiosa*, que es un bizcocho con uvas pasas empapado en cerveza Guinness. ¿Cómo puede sentar mal eso?

—No tengo ni idea. Tal vez siente bien y todo.

—De hecho, tomaré un poco contigo para asegurarme de que está a la altura de tus gustos.

—Estoy segura de que lo vas a hacer.

Después de cenar en Mantua, pasearon hasta las murallas de la ciudad, subieron al coche y tomaron la carretera rural que conducía al lago de Garda.

—Me alegro de haberlo hecho —dijo Remi.

—¿En serio?

—Sí. Mañana por la noche, a esta hora, si estamos cavando una fosa profunda con palas, podré recordarme que, si bien a veces el mundo te depara tierra y trabajo duro, también obsequia con un *risotto* perfecto.

—Y una pareja perfecta para compartirlo.

—Cada vez eres más bueno en eso. Tendré que vigilarte de cerca para asegurarme

de que no vas repartiendo cumplidos a otras mujeres.

—Como quieras. Me encanta que la gente esté pendiente de mí.

—Ya lo sé —dijo Remi, y se acercó a Sam para darle un beso en la mejilla mientras circulaban bajo la noche estrellada hasta su hotel en Peschiera del Garda.

Confluencia de los ríos Po y Mincio, Italia

Eran las diez de la noche siguiente cuando Sam y Remi entraron de nuevo en el campo. Esa vez habían llegado en coche. Sam lo aparcó bajo la hilera de árboles y matorrales, y lo cubrió con una lona para ocultarlo. Remi y él llevaban ropa oscura e iban cargados con palas, palancas, linternas, sogas y gafas nocturnas infrarrojas, todo ello guardado en sus mochilas.

Encontraron enseguida la varilla que habían dejado y empezaron a cavar. El trabajo resultó más sencillo de lo que habían imaginado porque habían arado la tierra hacía poco y los primeros treinta centímetros o más no era compacta. Debajo había rica tierra negra procedente de miles de años de inundaciones de ambos ríos, tierra cultivada por los etruscos y después por los romanos y los lombardos, hasta llegar a los italianos de la época actual.

Tardaron dos horas en llegar a una tosca superficie de piedra. Apartaron la tierra de encima y se movieron solo lo necesario para practicar un sendero hasta la abertura superior. Esa vez no se trataba de una placa de hierro, sino de tres grandes piedras colocadas muy juntas sobre la abertura y unidas con argamasa, formando una especie de barrera.

Remi la observó detenidamente.

—No creo que podamos mover esto sin ayuda.

—Pues no —dijo Sam—. Vuelvo enseguida.

—¿Qué vas a hacer?

—Traer el coche.

Unos minutos después, el coche que habían alquilado avanzaba traqueteando por los surcos arados del campo con las luces apagadas. Sam dio marcha atrás hacia la fosa que Remi y él habían cavado. Bajó, sujetó las sogas al gancho de remolque que había debajo del coche y las pasó alrededor de la primera losa de piedra. Luego sacó un martillo del maletero y una palanca para utilizarla como cincel con el fin de desprender casi toda la argamasa.

—Tú conduce —dijo cuando estuvo preparado—. Le echaré una mano a la piedra desde aquí.

Remi subió al asiento del conductor y bajó la ventanilla para poder oír a su esposo.

Sam se acercó a la primera losa, deslizó por debajo del borde el extremo doblado

de la palanca, se alejó unos metros hasta la larga varilla de aluminio del magnetómetro que había desmontado el día anterior y volvió con ella. La deslizó sobre la parte alargada de la palanca. La varilla mediría unos dos metros de longitud, y la asió cerca del extremo.

—Vale, Remi —dijo—. Despacio.

Remi aceleró poco a poco, tirando del peso con las sogas, mientras Sam levantaba la piedra para ayudarla a liberarse de la argamasa. Se oyó un ruido seco y después un chirrido cuando el coche soltó la losa. El espacio que había quedado al descubierto mediría unos sesenta centímetros de anchura por un metro veinte de longitud.

Sam dejó a un lado la palanca y se arrodilló sobre la abertura, mientras Remi volvía y se colocaba a su lado. Sam apoyó el vientre sobre el suelo y apuntó la linterna al hueco. Se veía el intenso resplandor de una superficie bruñida a unos dos metros de profundidad, el brillo suave del oro impoluto.

—¡Eureka! Lo hemos conseguido.

Remi le dio un beso en la mejilla.

—Fargo uno, Bako cero.

Sam sacó el teléfono. Pulsó un número programado y poco después oyó un «¿Sí?» con leve acento húngaro.

—Lo hemos encontrado, Tibor. Trae el barco hasta la boca del Mincio, donde confluye con el Po. Remonta el río unos cuantos metros y después amarra en la orilla oeste. Saldremos a tu encuentro. No enciendas ninguna luz.

—Estaremos ahí dentro de cinco minutos.

—Gracias.

Sam finalizó la llamada.

—¿Y bien? —dijo Remi—. Mientras jugamos a la isla del tesoro con los chicos, ¿qué quieres que haga?

—Llama a Selma y a Albrecht e infórmalos. Di al profesor que se ponga en contacto con sus colegas italianos para que nos encuentren un lugar seguro donde esconder el tesoro.

—¿Quieres que mueva el coche?

—Todavía no. Ahora vuelvo.

Sam se acercó al río y esperó en la orilla elevada hasta que la gran silueta del barco apareció recortada a la luz de la luna en el río Po. Al cabo de un momento oyó con nitidez el sonido del motor a escasa velocidad.

—¡Amarrad y lanzadme un cabo! —gritó cuando el barco llegó al punto donde él se encontraba.

El barco hendió la arena y se detuvo. Una figura apareció en la cubierta de proa, arrojó un cabo a Sam y vio que este lo ataba a un árbol. Uno tras otro, los cuatro hombres saltaron a la arena y ascendieron por la orilla. El último fue Tibor. Dio unas

palmas a Sam en la espalda.

—Me alegro de volver a verte. ¿Esta vez va en serio?

—Te lo enseñaré.

Se internó en el campo y los demás lo siguieron.

—¿Te acuerdas de mi primo Albert y de mi primo Caspar, del barco de buceo del Tisza? —dijo Tibor.

—Por supuesto. —Sam les estrechó la mano—. Gracias por venir.

—Y este es mi primo Paul. Habla italiano.

—Encantado de conocerte. Si tuviera una familia como la tuya, podría conquistar el mundo.

—En nuestra parte del mundo ya ha habido demasiada gente que ha intentado hacerlo. Los Lazar se quedan en casa, comen, beben y hacen el amor. Por eso somos tantos.

Llegaron al lugar donde Remi esperaba, y Tibor repitió las presentaciones. Todos los hombres le hicieron una reverencia.

—Los avisé de antemano de que nos esperaba una hermosa mujer —dijo Tibor—, para que no se comportaran como ermitaños que jamás hubieran visto a una chica.

—Gracias, Tibor —dijo Remi—. A trabajar.

Sam, Tibor y Paul utilizaron las sogas para bajar a la cámara. Era más grande que la de Hungría y, cuando descendieron, Sam vio que se trataba de un tesoro todavía mayor de lo que había esperado. Casi todo lo saqueado en el norte de Italia en 452 debía de estar allí.

Había miles de monedas de oro y de plata, cadenas, brazaletes, cálices y cruces de oro..., el botín de cientos de iglesias y monasterios. Había espadas y dagas con el pomo incrustado de rubíes, anillos de zafiro, collares y torques en gran abundancia. Había armaduras y cotas de malla bellamente forjadas, camafeos trabajados con sumo detalle, ornamentos de todo tipo, lámparas de aceite y candelabros, espejos de plata pulida con remates de oro. Ya solo el número y la variedad de los objetos era intimidante. Broches de oro, brazaletes, hebillas y pendientes, y un gran número de objetos que Sam no tenía tiempo de identificar y examinar, estaban esparcidos al azar.

Utilizaron cajas de madera que Tibor llevó del barco para guardar el tesoro. Llenaron el maletero del coche, y después el asiento de atrás, el asiento del pasajero y el suelo. Luego Remi condujo el vehículo hasta el río con Caspar y Albert, y trasladaron el cargamento al barco.

Cuando Remi volvió con el automóvil a la cámara del tesoro, llevaba ocho cajas de madera con asas de cuerda. Por lo general se utilizaban para transportar el pescado hasta el puerto, de modo que olían un poco, pero gracias a ellas pudieron cargar los objetos con celeridad. Sam, Tibor y Paul llenaron el coche, y mientras Remi iba al río para dejar lo que transportaba en el barco, ellos se ocuparon de tener listas las cajas

para el siguiente viaje.

Tardaron tres horas en vaciar la cámara y cargar la embarcación.

—Llévate el barco Mincio arriba —dijo Sam a Tibor, una vez trasladado por completo el tesoro—, y echa el ancla en el lago de Garda. Son cuarenta kilómetros, de modo que es probable que lleguemos a tiempo de recibirte.

—De acuerdo, pero ¿qué pasará si la policía nos detiene e inspecciona el barco?

—Di a Paul que se olvide de que habla italiano y llámame.

Cuando el botín de Atila estuvo a bordo, el peso de la embarcación había aumentado y se hundía más en el agua. Sam, Tibor y los tres primos tuvieron que empujar la proa desde la playa arenosa hasta internarlo en las aguas plácidas del Mincio.

—Espero que cada onza de oro arranque una lágrima a Arpad Bako —dijo Tibor.

—Eso me recuerda algo —dijo Sam—. ¿Quién lo vigila mientras estáis aquí?

—Mi hermano se hace cargo. Tiene vigilados a Bako y a sus cinco esbirros día y noche.

—Eso es más de lo que habría podido desear. Que tengáis un buen viaje.

El motor se puso en marcha y el barco describió un leve giro, con el fin de que Tibor pudiera subir a bordo. Enderezó el rumbo y empezó a surcar el silencioso río en dirección al lago.

Sam y Remi volvieron a la cámara desenterrada por última vez. Utilizaron la soga para descender a la oscura estancia de piedra, y entonces Sam encendió la linterna y la apuntó a cada una de las sencillas paredes de piedra. Esa vez no había ninguna placa de hierro grabada. Pero en el suelo, visible gracias a que se habían llevado el tesoro, se veía un bloque de piedra con letras talladas.

Se acercaron y Remi tomó varias fotografías con el móvil, y después las examinó para comprobar que las letras se veían con claridad. Sam se dedicó a copiarlas en una hoja de papel. Cuando vio que Remi lo miraba, se encogió de hombros.

—Si perdiéramos el teléfono, no pienso volver para leer esto. ¿Y tú?

—No estaba pensando en eso.

—¿En qué estabas pensando?

—En que esto no es como la gigantesca placa de hierro que encontramos en Hungría. Apuesto a que, si utilizamos el coche, podríamos levantarla.

Sam se arrodilló y trató de moverla, pero no pudo. Después utilizó su navaja para rascar un poco la argamasa.

—Vuelvo enseguida.

Subió con ayuda de la soga. Regresó al cabo de unos minutos con otra soga, las dos palancas y el martillo. Se pusieron a trabajar en la argamasa y al cabo de poco rato lograron soltar la piedra. La alzaron, y Sam ató la soga a su alrededor, primero por el lado corto y después por el largo. Trepó a la superficie, y Remi oyó que ponía

el coche en marcha. La piedra era más delgada y algo más pequeña que las losas similares a bloques que componían el grueso de la cámara. Se levantó con facilidad, y después se detuvo. Remi subió con la soga y se reunió con Sam en la superficie, y a continuación se encaminó hacia el coche y lo utilizó para tirar de la piedra mientras Sam usaba la palanca para subirla por encima del borde y depositarla en el suelo. Los dos se valieron de ambas palancas para levantar la piedra, con el fin de depositarla al pie del asiento trasero.

—Tenías razón —dijo Sam—. Esta vez no tendremos que dejar el mensaje para que Bako lo lea.

Utilizaron el coche para arrastrar la piedra más larga y colocarla sobre la abertura con el fin de sellar la cámara. Después, cogieron las palas y la cubrieron con la tierra que habían retirado. Una vez el que suelo estuvo nivelado, la entrada de la cámara quedó a un metro veinte de profundidad.

Remi se volvió y contempló el campo arado.

—Caramba... Mira.

Estaba empezando a amanecer, de modo que pudieron ver las profundas rodadas que iban y venían desde la cámara hasta la orilla del río.

—Ojalá pudiéramos deshacernos de esas huellas.

—No es posible. Lo único que podemos hacer es aparentar que un conductor ebrio se ha paseado por aquí.

Subieron al coche, Sam cogió la botella vacía de la comida, borró las huellas dactilares y la tiró al suelo. Después recorrió el campo de un lado a otro, dio vueltas, fue marcha atrás y dibujó una serie de formas sin concentrarse en una única parte del campo. A continuación tomó la autopista que corría paralela al río.

Cuando la aurora se hallaba próxima, Remi envió las fotos a Selma y a Albrecht. Empezó a llover.

—Me alegro de que nos hayamos librado del chaparrón —dijo Remi.

La lluvia se fue transformando poco a poco en un fuerte y prolongado aguacero, y Sam pilló cada charco del camino, de modo que el coche alquilado fue cubriéndose de barro y tierra. Cuando llegaron a un punto en el que podían aparcar cerca del Mincio sin que nadie los viera, se detuvieron y arrojaron la losa grabada al río.

—Voy a tomar una foto del lugar —dijo Remi—. Cuando ya no signifique una amenaza para nuestras vidas, volveremos para recuperarla y donarla a un museo.

Después de tomar las fotos, continuaron su camino.

Llegaron a Peschiera del Garda antes de las seis de la mañana, y esperaron en el aparcamiento cercano al puerto deportivo a que el gran barco pasara bajo el último puente y entrara en el lago. Mientras aguardaban, Remi llamó a su casa de California y Selma contestó.

—Hola, Remi. Tenemos tus fotos. ¿El tesoro es tan grande como parece?

—Más aún. ¿Albrecht y tú habéis leído el mensaje?

—Albrecht lo ha traducido, pero se ha concentrado en estudiar la situación. — Selma hizo una pausa—. Será mejor que te lo diga él.

Al cabo de un momento Remi oyó la voz de Albrecht.

—Hola.

—Hola, Albrecht. ¿Has podido descifrar la piedra?

—Sí. Solo es latín. Esto es lo que dice: «Tenéis mi quinto tesoro. El cuarto es el lugar donde los amigos se convirtieron rápidamente en enemigos. Mientras yo enterraba el tesoro con vistas al futuro, el rey Turismundo enterró objetos funerarios para el rey Teodorico».

—¿Qué deduces de ello? —preguntó Sam.

—Es una referencia a la otra posibilidad que mencioné en el caso del quinto tesoro, la batalla de los Campos Cataláunicos en 451. Flavio Aecio, el general romano, y Teodorico, el rey de los visigodos, fueron amigos de Atila pero se odiaban mutuamente. Cuando el caudillo huno invadió y saqueó la mayor parte de Francia, ambos sumaron sus fuerzas en Châlons-en-Champagne y se convirtieron en enemigos de Atila.

—¿Qué es eso de los objetos funerarios?

—Teodorico murió en la batalla, pero como sucede con frecuencia en las grandes contiendas, los principales líderes perdieron el contacto entre sí, y el cadáver de Teodorico no fue encontrado hasta el día siguiente. Su hijo, Turismundo, enterró a Teodorico, presumiblemente con su armadura, sus armas y sus pertenencias personales, y heredó la corona.

—Y esa era tu segunda elección para «donde el mundo se perdió» —dijo Remi.

—Exacto. Es el punto situado más al oeste al que Atila llegó, más o menos hasta la ciudad de Troyes, en Francia. Los hombres que habían formado una alianza para detenerlo habían sido en otro tiempo sus amigos. La batalla fue descomunal y violenta, pero terminó en tablas. Cuando se hizo demasiado oscuro para combatir, Atila se retiró a su campamento. Flavio Aecio no persiguió a los hunos cuando se marcharon. Algunos historiadores opinan que tuvo miedo de destruirlos porque en tal caso habría dejado a los visigodos sin nadie a quien oponer resistencia. Yo sospecho que la verdadera razón es que los hunos todavía eran tan fuertes como siempre, y el general romano no quiso tentar a su suerte. Fue la última gran batalla que los romanos pudieron considerar ganada, y eso porque Aecio aún seguía en el campo cuando los demás ejércitos partieron. Teodorico había muerto, y su hijo Turismundo regresó a su país con presteza para asegurar su lugar como nuevo rey de los visigodos.

—Estupendo. De modo que, más o menos, sabemos adónde hemos de ir a continuación. Pero nos encontramos todavía en Italia. ¿Te has puesto en contacto con

las autoridades italianas?

—Sí. Comprenden que es necesario proceder con celeridad y discreción. Dentro de unas horas os avisarán para tomar posesión de los objetos y trasladarlos a Roma.

—Bien —dijo Sam—. Me alegraré de que algún otro asuma la responsabilidad.

—Cuando hayáis terminado con las autoridades italianas —intervino Selma—, id al aeropuerto de Verona. Vuestros billetes para Francia os estarán esperando. Introducid una tarjeta de crédito en la máquina para identificaros y se imprimirán vuestras tarjetas de embarque. Durante el vuelo os prepararemos más información.

—Gracias, Selma.

Una hora después vieron que el barco pasaba bajo el último puente y entraba en el lago, frente al puerto deportivo. Llamaron a Tibor, le contaron el plan y fueron a su hotel.

Apenas se habían duchado y tomado el desayuno que el servicio de habitaciones les había llevado cuando alguien llamó a la puerta. En el pasillo vieron a cinco hombres con traje oscuro.

—Señor y señora Fargo —dijo el líder. Les mostró una placa y una tarjeta de identificación—. Soy Sergio Boiardi. Estamos asignados al Comando Carabinieri per la Tutela del Patrimonio Culturale. Tengo entendido que han solicitado nuestra ayuda.

—Entren, por favor —dijo Sam, y los dejó pasar—. Hemos llevado a cabo un descubrimiento de la mayor importancia, un tesoro del año 452.

—Nos dijeron que querían que nos hiciéramos cargo de él y lo inscribiéramos.

—Sí.

—¿Está informado del tratado bilateral entre Estados Unidos e Italia que abarca desde el siglo IX a. C. hasta el siglo IV d. C.?

—Sí. Técnicamente, no es preciso inscribir un hallazgo del siglo V, pero queremos solicitar de manera voluntaria permiso para transportar los objetos después de que hayan sido catalogados y fotografiados por las autoridades italianas. Para ser sincero con usted, hay otras personas que han tratado de impedir por todos los medios que lleváramos a cabo cualquier descubrimiento, y son violentas. En parte, nuestra intención es procurar que no intenten robarnos nuestro hallazgo.

Boiardi asintió.

—¿Dónde se encuentran los objetos en este momento?

—En un barco que alquilamos. Está anclado ante el puerto deportivo del lago. Nuestra idea era alquilar un remolque y transportar en él la embarcación hasta un lugar seguro donde pudiéramos descargar los objetos, y luego guardarlos en cajas y subirlos a su camión.

—Es un buen plan. Pediremos prestado durante unas cuantas horas un granero en la campiña en el que quepa un camión y un remolque cargado con un barco. Después nos marcharemos todos evitando llamar demasiado la atención.

—Pongamos manos a la obra —dijo Sam.

Fueron al puerto deportivo en un discreto camión blanco que habían llevado los *carabinieri*, y desde allí se desplazaron hasta un astillero cercano en el que alquilaron un remolque grande y un enganche. Tras introducir la parte posterior del remolque en el lago, los primos de Tibor pilotaron el barco hasta subirlo a este, y el camión lo arrastró hasta el aparcamiento.

Al cabo de pocos minutos el barco estaba amarrado y todos se hallaban a bordo del camión. Uno de los hombres de Boiardi los condujo hasta una granja situada en el lado oeste del lago de Garda, y metieron en el granero el camión y el remolque. Tras cerrar las puertas, todo el mundo se puso a trabajar.

Boiardi supervisó a sus hombres mientras trasladaban las cajas de monedas, ornamentos y piedras preciosas del barco y las metían en otras de cartón, idénticas todas ellas, que daban la impresión de haber salido de un camión de mudanzas. Cuando dispusieron en el suelo los objetos para volver a guardarlos, tanto Remi como los *carabinieri* tomaron fotografías. Las hileras de cajas fueron aumentando de altura en la parte posterior del camión.

—Es asombroso —dijo Boiardi—. Cada objeto es una maravilla arqueológica, una parte del botín de Atila. Pero buena parte de ellos son muchísimo más antiguos que Atila. Con frecuencia, lo que saqueaba eran obras maestras, piezas dignas de un museo, algunas de los principios de la época romana, otras griegas y también las hay de primitivas iglesias cristianas. Hemos tenido la gran suerte de que los excavadores, los ladrones de tumbas que recorren Italia en busca de antigüedades, no encontraran esto antes que ustedes.

—En ningún momento pensamos que sería tan increíble —dijo Remi—. Pero supongo que tendríamos que haberlo imaginado. Los hunos atravesaron Italia en dirección sur y se detuvieron en cada ciudad para despojarla de sus riquezas. Creemos que abandonaron tantos objetos valiosos aquí porque este tesoro iba a financiar su siguiente intento de invadir Roma.

Sam, Remi, Tibor y sus tres primos ayudaron a los *carabinieri* a volver a guardar y a cargar los preciosos objetos. El trabajo se realizó con eficacia.

—Devolveremos el barco al puerto deportivo —explicó Boiardi cuando terminaron— y después continuaremos nuestro camino. Iremos a Roma para poner el tesoro a buen recaudo en los Museos Capitolinos.

Todo el mundo subió al camión de nuevo, y el conductor de los *carabinieri* encendió el motor. Dos agentes abrieron las largas puertas corredizas del granero. En cuanto lo hicieron, se encontraron con sendas pistolas apuntando a sus cabezas.

Sam, Remi y Boiardi notaron que el camión se detenía con brusquedad. Boiardi abrió la puerta de atrás, saltaron al suelo y vieron a seis hombres que entraban corriendo en el granero. Llevaban ropa de calle corriente (chaquetas deportivas o

cazadoras, tejanos o pantalones caqui), pero portaban rifles de asalto SC70/90, metralletas de cañón corto con culata plegable.

Boiardi se puso delante de Sam.

—Coja mi pistola —susurró.

Sam asió la pequeña funda sujeta a la parte posterior de su cinturón. En cuanto Boiardi notó que le habían aliviado del peso del arma, se puso a gritar en italiano. Sam no entendió todas las palabras, pero captó el significado.

—¿Qué están haciendo aquí? Somos la Policía Nacional y estamos en una misión. Depongan las armas de inmediato.

La respuesta de uno de los hombres que estaban en la puerta fue disparar una ráfaga de su arma contra el techo. Cuando los dos *carabinieri* que tenían las armas apuntando a su cabeza dieron un bote involuntario al oír el inesperado estruendo, los asaltantes rieron. Empujaron a los dos hombres al interior del granero y se desplegaron para que cada uno pudiera apuntar mejor tanto al grupo de *carabinieri* y a Remi, como a Sam, a Boiardi, a Tibor y a sus primos.

El hombre que había disparado al techo era un individuo corpulento, barrigudo y de edad madura, con una espesa barba negra. Corrió hacia la puerta del compartimiento de carga del camión, subió y abrió un par de cajas. Arrastró una hasta la parte posterior del vehículo y la inclinó para que los demás pudieran ver su contenido.

—È d'oro. È tutto oro antico! —gritó.

Sam entendió las palabras sin la menor dificultad. Los demás intercambiaron rápidas miradas, y dio la impresión de que se les contagiaba la alegría del hombre como un virus. El líder saltó del camión y se acercó a Boiardi, quien dijo algo en un tono veloz y airado.

El hombre sonrió.

—*Ci avete seguito.*

Se alejó hacia el lugar donde estaban los dos *carabinieri* y, mientras sus amigos apuntaban con las armas a ambos agentes de policía, los cacheó. Descubrió que uno de ellos llevaba una segunda pistola, la cogió y golpeó al hombre en la cara con el rifle.

—Lo siento —dijo Sam—. Puede que Remi y yo hayamos llamado demasiado la atención.

—No, soy yo quien lo siente —contestó Boiardi en un susurro—. Dice que no los seguían a ustedes sino a nosotros. Sabían que los únicos casos en que actúan nuestros agentes están relacionados con hallazgos de antigüedades, así que esperaron a que saliéramos de Nápoles y fueron tras nosotros.

Los ladrones estaban ocupados utilizando las esposas de los agentes para inmovilizarlos, y después los ataron a las vigas verticales del granero. Dos de ellos y

el líder se acercaron a Boiardi.

El líder apartó la vista un momento de Sam mientras estaba cacheando a Boiardi, y Sam lo comprendió todo. Lanzó el puño izquierdo contra la cara del líder como un pistón, y con la mano derecha empuñó la pistola de Boiardi. Agarró la chaqueta del líder y lo levantó para utilizarlo como escudo, al tiempo que apoyaba la pistola contra su cabeza. Boiardi se apoderó del rifle automático SC70/90 del líder y apuntó con él a los dos hombres que lo habían acompañado.

Estos dejaron los rifles en el suelo, retrocedieron y alzaron las manos. Los dos *carabinieri* que aún no estaban esposados se arrodillaron para recoger sus pistolas del suelo del granero, y después hicieron lo mismo con las armas automáticas.

Uno de los ladrones armados comprendió el significado de lo que estaba sucediendo y decidió impedirlo.

—¡No! —gritó, y abrió fuego. Su rifle escupió una ráfaga, y el líder se desplomó delante de Sam.

Sacrificar a su jefe resultaba útil. Los demás ladrones, al verlo muerto, carecían de motivos para rendirse. Dieron media vuelta y trataron de ponerse a cubierto, cargados con sus armas. Los dos agentes de policía de Boiardi dispararon contra ellos y alcanzaron a uno en la pierna, que cayó al suelo. Los demás no ofrecieron resistencia.

El hombre que había matado a su líder no estaba dispuesto a capitular. Disparó una ráfaga en la dirección general de Sam y Boiardi, quienes se habían parapetado detrás del remolque del barco. Sam saltó por encima de la barandilla a la embarcación y reptó hacia la proa.

Mientras el hombre avanzaba en paralelo a la pared para llegar a un punto que le deparara ventaja, Sam pasó el brazo por encima de la borda y disparó. Su bala alcanzó en la clavícula al tipo y este se volvió para responder al fuego, pero su brazo quedó rígido y dejó caer el rifle. Dos *carabinieri* fueron a por él, lo esposaron y lo obligaron a sentarse a un lado del granero con su colega herido y el hombre al que había disparado. Los demás no tardaron en verse privados de sus armas y se reunieron con él.

Boiardi telefoneó a la policía local para pedir ayuda, una ambulancia y coches oficiales para transportar a los prisioneros. Mientras esperaban, los interrogó. Las respuestas fueron desafiantes y hoscas. Estaba a punto de rendirse cuando Remi dijo:

—¿Puede averiguar si los ha enviado un hombre llamado Bako?

Boiardi tradujo.

—¿Quién es Bacco? ¿Es siciliano? En los últimos tiempos, muchos sicilianos se dedican al negocio de la arqueología.

—Supongo que eso significa que no —dijo Remi—. El oro siempre causa problemas.

Al cabo de unos minutos oyeron sirenas, y varios coches de policía empezaron a alinearse en el patio de la granja. La ambulancia llegó, y el equipo de paramédicos se llevó a los dos hombres heridos, además de a un par de agentes de policía que se encargarían de custodiarlos, y se alejó. Se llevaron también a los tres ladrones ilesos en otro vehículo. Por fin una camioneta del forense llegó en busca del líder muerto.

Cuando estuvieron de vuelta en el puerto y Boiardi estaba a punto de partir hacia Roma en coche, se volvió hacia Sam y Remi.

—Este acontecimiento es muy preocupante. Los ladrones se han dado cuenta de que la forma más fácil de encontrar tesoros antiguos es seguir a los agentes de la policía nacional que deben verificar y registrar los hallazgos. Tal vez esté a punto de empezar una época en la que ningún agente nacional de antigüedades se halle a salvo. Cualquiera que no se jubile será un idiota.

—¿Piensa jubilarse? —preguntó Remi.

—¿Yo? No. En este momento no. No después de que su marido me salvara la vida. Tal vez hablemos de esto otro día, pero ahora hay mucho que hacer. *Arrivederci*, señores Fargo. Buen viaje.

Aeropuerto de Verona, Italia

La voz de Selma Wondrash se oyó por el altavoz del teléfono de Remi.

—El pueblo de Châlons-en-Champagne tiene doscientos veintisiete habitantes, y el lugar donde Albrecht y yo creemos que estuvo el campo de batalla se encuentra a unos ocho kilómetros al norte, cerca de la aldea de Cuperly, en la D994, la *route* de Reims.

—¿Qué hemos de buscar?

Albrecht se puso al teléfono.

—Cerca del centro del campo de batalla había una plataforma rocosa, un afloramiento elevado, que se alzaba del suelo en ángulo. El ejército romano, que también incluía a visigodos, a alanos y a celtas, se dirigió hacia allí a marchas forzadas para controlar el terreno elevado antes de que llegaran los hunos. Cuando estos irrumpieron a caballo desde el este, fueron recibidos con una lluvia de flechas desde las rocas. Los hunos llevaron a cabo un intento de desalojar a los defensores, pero después retrocedieron hacia el este por un terreno más bajo y llano. Se hicieron fuertes formando un círculo con sus carromatos alrededor del campamento.

—¿A qué distancia al este de la plataforma? —preguntó Remi.

—Retrocederían hasta quedar fuera del alcance de las flechas —contestó Albrecht.

—¿A qué distancia?

—Bien, supongo que podríais lanzar una flecha desde lo alto del afloramiento, en un ángulo de cuarenta y cinco grados, y calcular.

—Sería viable.

—¿Y si hacéis el cálculo? Yo diría que unos doscientos cincuenta metros.

—Aceptaremos tu cálculo —dijo Sam—. Selma, ¿podrías enviarnos otro magnetómetro y un detector de metales al hotel de Francia?

—Hecho. Deberían llegar esta noche. Os hospedáis en L'Assiette Champenoise, una antigua propiedad de una hectárea y media de terrenos e instalaciones modernas en el centro de la ciudad.

—Gracias, Selma —dijo Remi—. Me contentaré con que tenga una bonita bañera. Y creo que dormir nos sentaría bien. Trabajamos mucho de noche.

—De nada. Recogeréis vuestro coche en la terminal 1 del Charles de Gaulle. Saldréis de París hacia el este por la N44 en dirección a Reims, unos ciento noventa

kilómetros. Después tomaréis la D994, la *route* de Reims, hasta Cuperly.

—Entendido —dijo Sam.

—Albrecht, ¿qué más puedes contarnos sobre la batalla? —preguntó Remi.

—Bien, después de las escaramuzas iniciales, Atila comprendió que no iban a conquistar el afloramiento rocoso. Se dispuso a esperar novedades. En aquellos días eso significaba vigilar los movimientos de las tropas enemigas y destripar algunos pájaros para mirarles las entrañas. Atila dejó que sus enemigos se cocieran en su propia salsa durante casi todo el día. Cuando la tarde estaba a punto de dar paso a la noche, atacó. La batalla duró hasta el anochecer y dejó miles de muertos en el campo, en un número similar por ambos bandos. Los jinetes de Atila no pudieron superar la ventaja del otro bando, que estaba apostado en terreno elevado. Se retiró a su campamento fortificado. El comandante romano Aecio se extravió en la oscuridad, separado de los suyos, y encontró refugio con algunos visigodos, que no sabían dónde se hallaba su líder, Teodorico. Su hijo Turismundo encontró su cadáver al día siguiente. Atila, que por lo visto ignoraba el lamentable estado de sus enemigos, se dispuso a defender sus posiciones. Reunió una enorme pila de armazones de madera de las sillas de montar de sus hombres; si había de morir, quería que arrojaran su cuerpo sobre ella y lo quemaran. Pero entonces sus hombres repararon en que los visigodos abandonaban el campo y que volvían a casa para que Turismundo reclamara el trono de su padre. De modo que Atila se fue, y atravesó el Rin en dirección al este.

—Perfecto —dijo Remi.

—¿Perfecto? —preguntó Albrecht.

—Ahí estará el tesoro.

—¿Por qué lo dices?

—Sam y yo hemos estado pensando en esto desde que empezamos. Los tesoros siempre se entierran en un momento malo: una derrota, la muerte de alguien... ¿Cómo lo lograron? Si nos fijamos en los relatos de la muerte de Atila, erigieron una tienda enorme para él y su séquito, tan grande que podían entrar a caballo en ella.

—No sé adónde quieres ir a parar —dijo Selma.

—Las sillas de montar nunca llegaron a quemarse. Eran una distracción, una cortina de humo. Dentro de la enorme tienda de Atila, donde nadie podía verlos, había hombres cavando otra cripta, una cámara del tesoro como las dos que ya hemos encontrado. En cuanto se cavó la cámara, los trabajadores desaparecieron en el interior de la tienda para colocar las piedras. Los guardias de palacio de Atila, gente digna de toda confianza, entraron el tesoro en la cámara sin abandonar la tienda. Sellaron la cámara, la cubrieron y después desmontaron la tienda. Nadie había visto ni el agujero ni la excavación. Cuando se marcharon, probablemente recorrieron el campo con sus caballos. Nadie, salvo algunos hombres de confianza, sabía dónde

estaba el tesoro, ni siquiera que existía.

—Creo que has llegado a una sabia conclusión —dijo Albrecht—. Desde Châlons fue hasta el norte de Italia, y encontró nuevos botines en su camino hacia Roma. Ya debía de estar a punto de desviarse hacia el sur de Italia el día de la batalla. Roma era el mayor trofeo y, probablemente, siempre fue su objetivo. Todo el mundo sabe que los enemigos de Atila lo detuvieron en Châlons. Lo que olvidan es que él también los detuvo.

—Según las fuentes documentales Atila retrasó el ataque hasta que se hizo casi de noche —dijo Sam—. Tal vez lo retrasó hasta que la cámara estuvo excavada y llevaron las piedras de otra parte, seguramente desde el río Marne, que estaba muy cerca del campo de batalla.

—Creo que tienes razón —dijo Albrecht—. Si averiguas dónde se erigió la tienda de Atila, encontrarás la cámara del tesoro debajo.

Su vuelo desde Verona llegó a París al cabo de dos horas, recogieron el coche de alquiler y salieron de la congestionada ciudad. Incluso a la velocidad excesiva de Sam, tardaron tres horas en recorrer los ciento noventa kilómetros por la N44.

Sam y Remi llegaron a Châlons-en-Champagne, localizaron la carretera a Cuperly y recorrieron los ocho kilómetros que los separaban de la diminuta aldea. Al atardecer se encontraban entre campos de labranza, un mosaico de formas trapezoidales tan entrelazadas que la tierra tenía aspecto de que cada centímetro perteneciera a alguien y se hallara en pleno cultivo.

—Empezaremos a buscar desde la carretera hasta encontrar el afloramiento rocoso, o nos quedaremos sin luz diurna.

—Todo depende de encontrar ese afloramiento —dijo Remi—. No hay otra característica geográfica mencionada en el viejo relato que nos sirva de orientación.

Recorrieron durante kilómetros la D994, la *route* de Reims, después se desviaron al norte por la D977, y otra vez al norte por la D931, la denominada *voie de la Liberté*. Se encontraban al nordeste del Marne cuando divisaron el afloramiento. Se alzaba bruscamente de un campo llano, inclinado, cada vez más alto a medida que la mirada se desplazaba de oeste a este. Sam aparcó en la cuneta, Remi tomó fotos con el móvil y las envió a Selma.

—Allí —dijo—. Si no es eso, tal vez Selma, Pete y Wendy serán capaces de comparar los contornos con alguna fuente geográfica, fotos por satélite o algo por el estilo, y podrán asesorarnos.

—Estoy convencido de que lo es —dijo Sam—. De haberlo podido hacer, ya lo habrían hecho. Y no hemos visto muchos candidatos adecuados para el lugar correcto hasta ahora.

Remi se puso en pie sobre el asiento del descapotable y apoyó un pie en lo alto de la puerta para izarse más.

—Ajá —dijo.

—¿Qué pasa?

—Ojalá nos hubiéramos traído prismáticos. Creo que alguien ha estado cavando en la parte llana del campo.

—¿Al este del afloramiento?

—Sí, y me parece la distancia correcta. —Remi señaló el lugar—. ¿Crees que está más allá del alcance de las flechas disparadas desde las rocas?

—Eso diría yo. Si me estuvieran apuntando, pecaría de prudente.

Se alzó en el asiento a su lado.

—¿Lo ves? Allí y allí. Y allí.

Había montículos de tierra recién removida alrededor de agujeros practicados en el campo verde.

—Es el aspecto que presentaría si Bako hubiera llegado antes. Los agujeros pequeños serían los de prueba y el grande de allí donde suponían que estaba la cámara.

Remi pulsó un número programado en su móvil y conectó el altavoz.

—¿Tibor? Soy Remi. Sé que has llegado a casa hace tan solo unas horas. ¿Algún cambio en la vigilancia de Arpad Bako?

—No —contestó Tibor—. Él y los hombres de su equipo de seguridad siguen allí. Fue lo primero que comprobé en cuanto llegué. ¿Por qué? ¿Ha pasado algo?

—Estamos en Francia, en el yacimiento siguiente, y da la impresión de que alguien ha estado cavando.

—Eso no me gusta, pero tendríamos que haber pensado en otra posibilidad.

—¿Cuál?

—A pesar de que Bako no se ha movido de Hungría, tiene amigos y conocidos de negocios en otros lugares, clientes y proveedores, tanto legales como ilegales. Tal vez llamó a alguien de Francia. Yo de vosotros me andaría con cuidado.

—Lo haremos —dijo Remi—. Infórmanos si se producen cambios. —Se volvió hacia Sam—. Bien, ya lo has oído.

—Tibor tenía razón. Tendríamos que haberlo previsto. Si Bako cuenta con amigos en toda Europa, tenemos un problema. Mientras nosotros corremos hacia el siguiente escondite, sus amigos ya podrían estar cavando en él.

—¿Qué hacemos ahora?

—Comportarnos como si todavía pudiéramos ganar hasta que alguien demuestre lo contrario. Llegar a Reims, instalarnos en nuestro hotel y pasar el resto de la tarde preparándonos para volver aquí cuando anochezca.

En su despacho de Szeged, Arpad Bako estaba sentado a la cabecera de una larga mesa de conferencias de palisandro, mientras escrutaba a los ejecutivos acomodados

a su alrededor, que estaban escuchando un informe del director de ventas en el extranjero. Aprovechaba dichas ocasiones, cuando todos estaban prestando atención a otra cosa, para observarlos. Eran hombres inteligentes, todos ellos. Algunos eran científicos (biólogos, farmacéuticos, químicos) que trabajaban para mejorar diversos medicamentos que la empresa vendía y para descubrir productos nuevos. Otros eran doctores en medicina, llevaban a cabo los ensayos de los fármacos, y se encargaban de las relaciones con los hospitales y las universidades. También había abogados. Bako había ido a la universidad, pero no podía compararse con ellos en cultura o intelecto.

Sin embargo, era un hombre astuto. Debía de resultar evidente para aquellos hombres que el informe que estaban escuchando era imposible, una obra de ficción. Las ventas de analgésicos y tranquilizantes que poseían valor en la economía sumergida de Europa eran exageradas. Las cifras de la junta directiva demostraban que los adquirían entidades legales extranjeras en cantidades que superaban a las de cualquier mercado. Hasta en países que contaban con compañías farmacéuticas centenarias como Suiza y Alemania, todos los médicos debían de prescribir productos de Bako. Era absurdo. En un par de ejemplos, el jefe de ventas informó de operaciones mercantiles de productos Bako que debían de ser superiores al número de prescripciones recetadas para otros propósitos durante un año. No obstante, los ejecutivos de Bako lo escuchaban sin pestañear. Tenían acceso a todas las cifras. Todos los presentes en la sala se habían enriquecido gracias a ventas fantasma y se veían obligados a escuchar aquellos balances. Si, movidos por la prudencia, preferían no comparar aquellos datos comerciales con lo que sabían de la realidad ni expresar dudas era porque la situación los beneficiaba tal como estaba.

El móvil de Bako zumbó. Un par de hombres se sobresaltaron y se volvieron para mirar a los demás con expresión irónica, con la esperanza de que algún rival hubiera sido sorprendido comportándose de forma grosera y estúpida en la reunión, pero cuando vieron que Bako sacaba el teléfono del bolsillo desviaron la vista. Miró los números de la pantalla.

—Les ruego que me perdonen, caballeros —dijo—. He de atender a esta llamada.

Los doce ejecutivos se levantaron al instante, recogieron objetos como ordenadores portátiles y tabletas, bolígrafos y vasos de papel, y salieron de la sala. El último hombre fue el jefe de ventas, con cara de alivio. Cuando la puerta insonorizada se cerró, Bako pasó el pulgar para recibir la llamada.

—Hola, Étienne —dijo—. Me estaba preguntando cuándo llamarías. ¿Buenas noticias?

Étienne le Clerc soltó una risita.

—Es una noticia tan buena que casi pensarás que es mala. Encontramos la cámara del tesoro justo donde esperábamos, en mitad del antiguo campo de batalla. Es

grande. Atila debió de abandonar Alemania y Francia sin una moneda en el bolsillo. Podrías haberme dejado al margen de esto y hacerlo tú solito, y te habrías ganado cien millones de euros más.

—Tanto, ¿eh? Y tú podrías llamarme y decirme que no existe tal tesoro, que alguien se nos adelantó.

Le Clerc rio.

—Supongo que eso significa que ambos somos casi honrados.

—Casi. O quizá elegimos a nuestras víctimas con sabiduría. El tesoro es una noticia maravillosa. ¿Puedes enviarme una foto de la inscripción?

—¿La inscripción?

—El mensaje en latín. En cada cámara del tesoro hay un mensaje de Atila. ¿No lo habéis encontrado?

—Supongo que nos lo habremos llevado. Yo no lo he visto todavía.

—Es difícil pasarlo por alto.

En la voz de Le Clerc se intuía una leve advertencia; tan solo una pequeña nube estaba formándose en el horizonte.

—No has visto el contenido de la cámara —dijo, con voz lenta y clara—. Contiene literalmente toneladas de oro y plata, en su mayor parte objetos antiguos, incluso prerromanos. Si quieres inscripciones en latín, hay a montones. Libros enteros, con encuadernación de oro incrustada de gemas.

—Lo siento, amigo mío. En esta ocasión tiene que ser diferente. La primera vez estaba grabado en una losa de hierro del tamaño de una puerta.

—No hemos encontrado nada por el estilo. Lo investigaré. Ah, eso me recuerda algo. Dijiste que deberíamos estar atentos a la aparición del hombre y de la mujer que intentarían llegar primero. De hecho, fueron ellos los que me impulsaron a llamar. Están aquí. Mis hombres los vieron dirigirse en coche hacia el campo de batalla en un descapotable e inspeccionar el campo.

—Entonces todo va mejor de lo que pensaba. Si podéis matarlos, dispondremos de todo el tiempo del mundo para encontrar esa inscripción.

—No te preocupes. Esta noche habrá hombres en el yacimiento, recogiendo los últimos restos antes de volver a cubrirlo todo. Encontraremos la inscripción. Y, entretanto, haremos desaparecer a esa gente.

En cuanto llegaron a la ciudad, Sam preguntó dónde podía alquilar un camión. Localizó una agencia y alquiló uno que tenía una plataforma de dos metros y medio de anchura por casi seis de longitud, con un compartimento de carga cerrado. Remi tomó una fotografía del letrero de un colmado y fue a un impresor para que la ampliara y reprodujera como letreros magnéticos, y después los pegó a los costados del camión.

Sam y Remi fueron a su hotel, que era una especie de *château*, y durmieron unas horas. Poco después iniciaron los preparativos. Sam montó un detector de metales y un magnetómetro. Guardaron en una bolsa las palas y las palancas, las gafas de visión nocturna y las mochilas, y cenaron en el hotel pato a la naranja con Rosé des Riceys, un vino local con fama de ser uno de los favoritos de Luis XIV. El postre consistió en *crêpes suzette*.

A medianoche subieron a su camión alquilado. Sam condujo y Remi le hizo de copiloto. Siguieron la carretera rural hasta la aldea de Cuperly y después se desviaron hacia el norte. Al poco rato llegaron al campo que habían descubierto al atardecer. Sam aparcó en la cuneta.

—Bien, vamos a ver qué estaban excavando ahí —dijo Remi mientras se colgaba la mochila.

—Esperemos que haya ardillas grandes en Francia —contestó Sam.

Se subieron a una valla de piedra y entraron en el campo. Remi consultó las fotos que había tomado aquella tarde para guiarlos hasta el primer hoyo que habían visto desde la carretera. Cuando se acercaron al agujero, se pusieron las gafas de visión nocturna y se arrodillaron al lado. No se veía con nitidez, de modo que utilizaron las palas para apartar algo de tierra.

—¿Qué es eso? —preguntó Remi. Se agachó y lo tocó—. Acero. Parece un cañón.

—Tienes razón. —Sam removió la tierra alrededor del objeto con la mano, y después se detuvo en el cañón—. Creo que es un French 75.

—Eso es un combinado. Ginebra, champán, zumo de limón y azúcar, me parece.

—Bien, pues este es el cañón que le dio nombre. Algo relacionado con la resaca, supongo. Por eso también hay que ir con cuidado cuando cavas en Francia. El Marne está justo al sur y al este al otro lado de este campo. En el verano de 1918, el general Ludendorff planeó una gran ofensiva para tomar la región de la Champagne. Los aliados consiguieron una copia del plan, desplazaron un montón de artillería y, una hora antes del ataque alemán, abrieron fuego con más de tres mil cañones. A juzgar por la posición y el estado de este, debió de resultar dañado cuando devolvieron el fuego, o bien se calentó demasiado.

—Quien llegó aquí antes que nosotros sin duda obtuvo una lectura muy potente en el magnetómetro, excavó y lo encontró.

—Vamos a echar un vistazo al próximo agujero.

Se desplazaron hasta el siguiente hoyo abierto en el campo y miraron en él. Distinguieron en el fondo lo que parecían los restos de un par de cajas de madera, ambas podridas y oscurecidas por el paso del tiempo. También vieron el perfil metálico y el cubo de una rueda de carromato. Sam pinchó con cautela las cajas, blandas como cartón mojado. Vio la hilera de cinco proyectiles de cañón, en forma de

balas gigantes, los revestimientos metálicos verdes de moho a causa de haber estado enterrados durante tanto tiempo y los proyectiles de un gris uniforme.

—Aquí tenemos un hallazgo —dijo—. Artillería sin estallar. Parece un cofre de municiones enterrado. Vamos a moverlo.

—Deberíamos llamar a alguien —opinó Remi.

—Ya lo haremos. Hay tantos proyectiles, bombas y minas de artillería de ambas guerras en Francia que aún tienen equipos en nómina para desarmarlos cuando aparecen.

—Debió de suponer una gran sorpresa para los amigos franceses de Bako cuando cavaron los agujeros de prueba.

—Bien, solo hay un hoyo más en el campo, y parece más grande que los otros dos. Lo que encontraron debe de ser algo que no explota.

Caminaron hacia el tercer agujero.

Se acercaron al montículo de tierra que habían amontonado al excavar.

—Fíjate en la entrada —dijo Remi—. Es como el otro: hecho de piedras unidas con argamasa.

—Vamos a ver qué queda.

Sam sacó una soga de nailon de su mochila, hizo un lazo, lo pasó alrededor del mango de su pala y después clavó esta en la esquina de la entrada del agujero para sujetarla. Ajustaron sus gafas de visión nocturna, y bajó a Remi a la cámara. Al cabo de unos segundos la soga se aflojó. Siguieron unos instantes de silencio.

—¿Qué ves?

—No está vacía, pero creo que la han saqueado. No hay montones de oro. Ven a echar un vistazo.

Sam bajó en rapel por la pared interior de la cámara. Sus pies tocaron el suelo y se arrodilló.

—Es cemento —dijo.

—Los romanos conocían el cemento. ¿Por qué no Atila?

—Lo sé. Si quería un albañil, estoy seguro de que podía capturar a miles de ellos. Da la impresión de que hicieron la cámara de madera, y después revocaron todo con cemento, probablemente en ambos lados.

—Mira.

Remi se encontraba a unos cuatro metros de distancia, junto a una pila de metal que aún proyectaba un brillo mortecino a la luz verde amplificadora de sus gafas de visión nocturna.

Sam se reunió con ella.

—No veo oro, pero esto es sorprendente: escudos, cascos y petos romanos, espadas, jabalinas... Debía de formar parte del botín de la campaña.

—Poseen valor histórico —dijo Remi—, pero aun así, no me hace feliz saber que

los amigos franceses de Bako se nos han adelantado.

—Vamos a buscar la inscripción, a menos que se la llevaran también.

Registraron las paredes intentando encontrar los más ínfimos arañazos. Después, en la base de la pila de elementos romanos, descubrieron un escudo que no era como el *scutum* romano rectangular de un metro veinte de alto curvado hacia atrás en los lados. El que hallaron era redondo, con un tachón en el centro que se proyectaba como un agujijón. En el lado interior, grabada alrededor del borde, había una inscripción en latín.

Remi tomó una foto con la cámara del móvil, y después dijo a Sam que sujetara el escudo y tomó varias fotos más desde ángulo diferentes, para que se destacaran las letras talladas.

—Ya está —dijo—. Esto debería bastar. Espera un momento. No tendría que estar aquí. Los amigos de Bako sin duda sabían que este escudo era importante, tal vez lo más importante de la cámara. ¿Por qué lo abandonarían?

Sam se encogió de hombros.

—Debieron de entrar, ver montones de oro, plata y piedras preciosas, cogerlos y marcharse. Hemos tenido una suerte increíble.

—Pongámonos en acción —dijo Remi—. Tú sube y saca estas cosas con la soga, y yo ataré la siguiente carga.

Sam pasó la soga por las correas de mano del primer *scutum*, y después hizo un atado de jabalinas y otro de *gladius*, la típica espada corta romana. Subió a la superficie, dispuso los objetos en pilas y lanzó la soga a Remi.

—¡Álzame! —gritó ella al cabo de un par de minutos.

Esa vez, cuando tiró de la soga, había cinco cascos sin adornos pertenecientes a soldados rasos, dos *scuta* y cuatro petos. Se inclinó sobre la entrada, tocado con un casco, y asomó la cabeza.

—¿Está todo?

—Los hombres con uniforme me aceleran el corazón —dijo Remi—. ¿Qué ha sido eso?

—¿Qué?

—He visto una luz, como un haz, que surcaba el aire detrás de ti.

Sam retrocedió y examinó el campo en todas direcciones.

—No veo nada. Es probable que fueran las luces de aterrizaje de un avión en dirección a Reims. Ya no estamos en el año 451.

—En tal caso deberías actualizar tu vestuario.

—Agarra la soga y te subiré.

Afuera de Cuperly, Francia

Cuando llegaron a la superficie y respiraron de nuevo el aire nocturno, se sentaron en lo alto de la cámara rodeados por la elevada pila de tierra de la excavación.

—Deberíamos arrancar un par de barras de la valla y acercar el camión para cargarlo, como hicimos en Italia.

—No está mal pensado —contestó Sam—. No tengo ganas de ir andando de un lado a otro para recogerlo todo.

—Me encanta cuando tienes el sentido común de darme la razón.

—¿De veras? Procuraré recordarlo.

—Siempre que no intentes halagarme y manipularme para que sea amable contigo más adelante.

—Oh. ¿Tan malo es eso?

—Más o menos. No como para enfurecerme, pero tampoco es tu mejor comportamiento.

—Sin duda, pero ¿mi mejor comportamiento? Eso es poner el listón muy alto.

—Desde luego. Entonces ¿hacemos eso?

—De acuerdo. Dado que es una buena idea.

—Gracias.

Remi recogió un haz de jabalinas que había atado juntas, así como el escudo del mensaje escrito, y se ciñó a la cintura un *gladius* con su vaina. Ambos salieron de la excavación. Se oyó un fuerte chasquido cuando una bala pasó silbando sobre sus cabezas, y los dos volvieron a saltar al agujero. Un segundo después sonó otro disparo.

Remi asomó la cabeza por el borde de la trinchera y se puso las gafas de visión nocturna.

—Agáchate —ordenó Sam.

—¿Has oído el disparo? Está a unos trescientos metros de distancia. Ni siquiera ha podido dar a un blanco de tu tamaño.

—Con el primer disparo no, pero apuesto a que ha corregido ya la puntería.

Una tercera bala se alojó en el montículo de tierra que tenían detrás, y Remi se agachó.

—¿Se te ocurre alguna idea?

—Es posible que logre corregir el alcance enseguida, pero acertar a una figura

que corre resulta más difícil.

—No te he pedido elucubraciones. Quiero un plan.

Sonaron tres disparos más en rapidísima sucesión, uno de ellos muy alto, otro a un lado y el tercero en la tierra que tenían detrás. Sam miró por el borde del agujero hacia las lejanas rocas.

—Hay un coche sobre el saliente rocoso. Parece un Range Rover. Y tres o cuatro hombres con rifles nos están apuntando.

—¿Se te ha ocurrido que están utilizando la misma estrategia que los romanos y los visigodos, llegar antes al terreno elevado para después retenernos desde lejos con fuego continuado?

—Ojalá estuvieran disparando flechas. Coge esto. —Sam le puso otro casco romano en la cabeza, recogió un *scutum*, lo golpeó con los nudillos, lo dejó a un lado y eligió otro—. Este es mejor. Tiene una capa de metal por la parte exterior. —Luego cogió un tercer *scutum*.

—Eso no detendrá una bala —dijo Remi.

—No, pero les será más difícil matarnos.

—Si tú lo dices...

—Lo afirmo. Póntelo sobre la espalda, así.

—Pareces una tortuga.

—Exacto. Esa es la idea. Ya es bastante difícil alcanzar desde esa distancia a alguien que corre en la oscuridad. Si interpones esto entre tú y ellos, les resultará complicado dilucidar qué eres tú y qué no. Bien, vámonos antes de que se les ocurra avanzar.

Recogió el atado de jabalinas, el escudo redondo con el mensaje y el *scutum* que había elegido.

Sam salió de la trinchera, se alejó corriendo de la carretera como si se le hubiera ocurrido un nuevo y milagroso plan, y luego trotó hacia un lado mientras los tiradores disparaban otra vez. Remi comprendió que intentaba atraer el fuego, de modo que trepó y, sosteniendo el *scutum* a su espalda, corrió hacia el camión aparcado.

Sam dio media vuelta y corrió tras ella. Los tiradores, que aún no habían reparado en la presencia de Remi, dispararon de nuevo contra él.

Remi seguía corriendo hacia el camión, agachada y con el *scutum* de metro veinte pegado al hombro derecho, de cara a los tiradores. Pasó junto al agujero más cercano, el que estaba lleno de proyectiles de artillería. Como se temía, los tiradores disparaban una bala tras otra hacia el hoyo, con la intención de provocar una explosión. Pero, tal como esperaba, desde donde estaban no podían hacer otra cosa que impactar en la tierra apilada a su alrededor. Incluso después de dejar atrás la zona peligrosa, oyó que seguían malgastando balas en los explosivos, convencidos de que la cercanía de Sam les brindaría la oportunidad de alcanzar los viejos proyectiles.

Al cabo de un momento dio la impresión de que los tiradores distribuían sus balas a partes iguales entre Sam y Remi, lo cual la convenció de que ninguno de ellos estaba bien entrenado. El método del francotirador consistía en elegir un blanco y hacer caso omiso de todo lo demás hasta que el objetivo caía muerto. El lema de los francotiradores estadounidenses, «Una bala, un muerto», estaba fuera del alcance de la mayoría de los demás servicios, pero cualquiera de ellos era mucho mejor que aquellos hombres.

Cuando pasó como un rayo junto al siguiente agujero de prueba que había dejado al descubierto el cañón francés, un disparo de rifle alcanzó el borde derecho de su escudo romano, desplazándolo con fuerza hacia un lado. Notó que rebotaban astillas en su casco, pero pudo sujetar el *scutum* y continuar corriendo. La curvatura del escudo había sido efectiva al anular casi toda la fuerza del impacto. Corrió todavía con más ímpetu y llegó al refugio que proporcionaba el gran camión. Se agachó por el lado de la carretera, fuera del alcance de los francotiradores, subió al asiento del copiloto, se pasó al del conductor y puso en marcha el motor. Los francotiradores dispararon contra la cabina, haciendo añicos una de las ventanillas. Dieron en la caja y luego en el chasis del camión. Remi siguió agachada.

Entonces, cuando empezaba a abrigar esperanzas, uno de los francotiradores logró que una bala rebotara en algo situado en el borde del foso que contenía las municiones y se produjo una tremenda explosión en el campo. Miró y vio que su marido se arrojaba al suelo con el *scutum* sobre la espalda. Sam se arrastró hacia delante mientras disparaban tres balas más, y después toda una ráfaga.

Un momento después, cargado todavía con los dos escudos y el atado de jabalinas, apareció en el lado seguro del camión. Ante la sorpresa de Remi, subió al compartimiento de carga, cerró la puerta, corrió hasta la ventanilla que lo separaba de la cabina y gritó:

—¡Sácanos de aquí!

Remi se incorporó, soltó el freno de mano, pisó el embrague y puso la primera. A continuación soltó el embrague con excesiva vacilación y el camión brincó hacia delante. El motor no se caló, de modo que Remi fue acelerando hasta que la transmisión gimió para indicar que debía cambiar de marcha. Fue cambiando hasta poner la cuarta sin levantar el pie del acelerador. Con el camión lanzado a ochenta kilómetros por hora por la carretera rural a oscuras y con los faros apagados, se limitó a mantenerse en el centro de la calzada. Se quitó el antiguo casco, lo tiró sobre el asiento y movió la cabeza para seguir guiándose por el reflejo de la luz de la luna sobre la superficie oscura y lisa de la carretera.

En cuanto pudo mirar por el retrovisor y comprobar que no veía el afloramiento rocoso, encendió los faros y aceleró. Se mantuvo en su carril para tomar las curvas. Alcanzó los noventa kilómetros por hora y después los cien, sin dejar de subir. Confío

en que no acudieran coches en sentido contrario, pero dio la impresión de que albergar esa esperanza suponía llamar al mal tiempo. Un resplandor surgió en el cielo sobre la colina que tenía delante, y entonces un par de faros coronaron la cima y descendieron hacia ella.

Remi se pegó lo máximo posible al arcén derecho de la angosta carretera, al tiempo que procuraba no reducir la velocidad. El primer coche pareció esquivar su faro izquierdo por cinco centímetros. Cuando los faros del coche pasaron de largo y se convirtieron en un par de luces traseras rojas en la distancia, el conductor dio un bocinazo de protesta en la oscuridad. Los siguientes tres coches pasaron en silencio, tal vez aprovechando que en aquel tramo la carretera era un poco más ancha, o acaso enmudecidos por la sorpresa de ver a alguien conduciendo con tamaña imprudencia.

Remi no dejaba de mirar por el retrovisor, con la esperanza de que los francotiradores hubieran renunciado a perseguirlos. Una vez más, dio la impresión de que sus esperanzas conjuraban lo que más temía. En la carretera, detrás de ella, aparecieron un par de faros, que aceleraron con rapidez. Al tomar una curva, miró por el retrovisor lateral para ver mejor a su perseguidor. El vehículo era más grande y alto que la mayoría: el Range Rover que habían visto aparcado en el afloramiento rocoso del campo de batalla. Lo seguía otro vehículo aún mayor, un camión muy parecido al que ella conducía. Pues claro que tenía que haber un camión, pensó. La cámara del tesoro era tan grande como el compartimiento de carga de un camión. El oro y la plata que aquellos hombres se habrían llevado debían de pesar demasiado para transportarlos en el todoterreno.

El Range Rover se acercó con celeridad. Remi sabía que la siguiente maniobra sería situarse a su lado para que alguien le disparara con un rifle a través de la ventanilla.

El vehículo se acercaba cada vez más, y se dio cuenta de que el conductor intentaba iluminar sus neumáticos con los faros para que el tirador pudiera reventarlos a balazos. Oyó que Sam manipulaba las puertas traseras del compartimiento de carga. Enderezó el camión y miró por el retrovisor lateral. El Range Rover se encontraba casi pegado a ellos cuando las puertas del camión se abrieron.

Una antigua jabalina salió disparada desde la oscuridad del compartimiento de carga. Una punta pequeña, estrecha y afilada coronaba un mango de acero que abarcaba casi la mitad de su longitud, seguido de un metro de madera vieja y quebradiza. Era flexible, y dio la impresión de hender el aire, girando en espiral mientras volaba.

Remi vio por el retrovisor que los ojos del conductor se abrían como platos al ver el proyectil que se dirigía hacia él. La punta alcanzó el parabrisas con un ruido audible, y vio que la marca blanca del impacto aparecía delante del conductor y que

la punta de la jabalina se clavaba en el cristal de seguridad. El viento provocó que el mango oscilara con violencia de un lado a otro, de manera que la punta afilada giraba frente a los rostros del conductor y de su acompañante.

El Range Rover dio bandazos un momento, mientras el conductor pugnaba por recuperar el control, y después giró de costado. El camión seguía al Rover demasiado de cerca para esquivarlo, de forma que embistió el lado del conductor junto a la rueda delantera izquierda e hizo que el vehículo girase, hasta que los dos se detuvieron.

Remi siguió conduciendo. El camión entró en Reims unos diez minutos después y lo aparcó en la agencia de alquiler. Sam y ella guardaron las armas y los escudos romanos en el coche alquilado que habían dejado en la agencia y se dirigieron a su hotel.

Vestidos con ropa negra cubierta de tierra, entraron en el vestíbulo cargando los pesados pertrechos de guerra. Cuando Sam se detuvo en recepción, el empleado contempló el casco con aire inquieto.

—¿Señor? —dijo.

—Soy Samuel Fargo, de la habitación veintisiete.

—Sí, señor. ¿Todo está a su gusto?

Echó un vistazo a las jabalinas y los cascos.

—Ah, ¿esto? Fuimos a una fiesta de disfraces que se nos fue un poco de las manos.

—Cierto, señor. Hemos descubierto que toda fiesta de tema romano suele acabar mal.

—Supongo que deberíamos habernos informado antes de ir. Ahora lo que desearía es alquilar una segunda habitación. Me gustaría que estuviera en una planta y un pasillo diferentes. ¿Es eso posible?

—Sin duda. —El hombre miró la pantalla de su ordenador, sacó unos impresos para que Sam los firmara y después una llave—. Habitación trescientos quince, señor.

Sam y Remi llevaron las armas romanas a su nuevo aposento y apoyaron los escudos y las jabalinas contra la pared.

Remi negó con la cabeza.

—Demasiado fácil de encontrar. Es muy valioso.

Sam cogió de nuevo el escudo grabado, abrió la ventana y salió al empinado tejado. Caminó hasta la chimenea más cercana y encajó el escudo entre esta y las tejas de pizarra de la cúspide. Volvió a la habitación y cerró la ventana.

—Tendremos que salir a echar un vistazo —dijo Sam—. Creo que deberíamos localizar a los hombres que han intentado matarnos.

—Me gustaría que te repitieras eso, a ver si te parece una buena idea.

—No a los hombres, exactamente. Lo que me gustaría saber es dónde han escondido el tesoro.

—¿Y cómo piensas hacerlo?

—Bien, vamos a reflexionar acerca de quiénes son. Por lo visto, se trata de un grupo que no suele dedicarse al robo de antigüedades. No se fijaron en el escudo de la inscripción y dejaron numerosos objetos romanos de gran valor en la cámara solo porque no estaban hechos de oro.

—Tienes razón. ¿Quiénes serán?

—Amigos y aliados de Arpad Bako. Contactos de negocios, casi con toda seguridad. ¿En qué actividades está metido Bako?

—Según Tibor, parece ser que la principal consiste en desviar a canales ilegales medicamentos suyos que solo se venden con receta.

—Deduzco que esos hombres serán traficantes de droga locales.

—Me parece razonable.

—Vamos a llamar a Tibor.

Sam sacó el móvil y pulsó el número preprogramado de Tibor.

—¿Sí? —contestó una voz adormilada.

—Tibor, soy Sam.

—Estaba durmiendo. ¿Qué hora es? ¿Dónde estáis?

—Continuamos en Francia. Por lo visto, Bako encargó a unos ladrones franceses que llevaran a cabo la búsqueda, tal como temíamos, y se han hecho con el tesoro antes que nosotros, pero descubrimos que la inscripción seguía en la cámara.

—Empate. ¿Existe alguna forma de arrebatarles el tesoro antes de que lo trasladen?

—Conseguimos despistar a los francotiradores franceses que nos perseguían. Creemos que están relacionados con las actividades ilegales de Bako, de manera que deben de ser traficantes de droga. Me estoy preguntando si podríamos averiguar las direcciones de Francia adonde Bako envía sus medicamentos legales.

—He estado trabajando en esto desde que sospechamos que alguien más estaba en Francia. Llamé a un primo que trabaja para la empresa de fletes que Bako utiliza. No he descubierto el lugar de Francia al que envía fármacos. Creemos que una compañía belga manda a Francia sus productos legales, pero tiene un proveedor de productos químicos llamado Compagnie Le Clerc. Le envían compuestos químicos en contenedores especiales, y cuando los ha descargado se los retorna. Hay gente convencida de que no envía esos contenedores de vuelta a Francia vacíos.

—¿Tienes la dirección de la Compagnie Le Clerc?

—Sí.

Sam sacó un bolígrafo y un billete de cinco euros, y anotó la dirección: «6107 Voie de la Liberté, Troyes».

Volvieron a la agencia de alquiler, aparcaron el coche y cogieron de nuevo el camión.

—Esperaba no volver a verlo —dijo Remi—. ¿Cuánto les deberemos por los agujeros de bala?

—Aún están sumando.

—Y no olvides la ventanilla rota.

—Yo conduciré —dijo Sam.

Salieron de la ciudad, y Remi utilizó el plano de su móvil para encontrar la ruta y calcular la distancia. Unos ciento veinte kilómetros separaban ambas ciudades, de modo que tardaron algo más de hora y media por la E17.

Cuando localizaron la dirección de Troyes, su humor mejoró. La compañía consistía en un pequeño aparcamiento asfaltado, un garaje de camiones y un almacén de tamaño mediano.

—Ve más despacio para que pueda echar un vistazo al aparcamiento —dijo Remi cuando se acercaron.

En el aparcamiento, cerca del garaje, estaba el Range Rover con el parabrisas roto y, a su lado, el camión que lo había embestido. El parachoques delantero del camión había desaparecido, y la rueda delantera izquierda del todoterreno estaba torcida. Sam paró en la autopista para poder observar con detenimiento el complejo. No había ventanas ni en el almacén ni en el garaje, pero tenían sendas claraboyas en el techo. No había luces encendidas, ni hombres que patrullaran el terreno.

Sam entró en el aparcamiento. Permanecieron en el camión unos minutos con el motor en marcha, pero nadie abrió la puerta ni acudió a ver quiénes eran.

—¿Se habrán ido todos a casa? —preguntó Remi.

Sam miró el lado del almacén y se fijó en la pendiente del tejado, y acto seguido dio marcha atrás para que el compartimiento de carga del camión encajara bajo el alero.

Remi y él descendieron e intercambiaron una mirada. No fueron necesarias palabras para ejecutar el plan. Remi buscó bajo el asiento del camión, sacó la caja de herramientas y encontró una palanca para desmontar neumáticos y una cuerda. Se subieron al parachoques delantero, luego a la cabina y desde allí al tejado del almacén. Se arrodillaron junto a la claraboya más cercana y contemplaron el edificio.

Había contenedores de plástico blancos, del tamaño de latas de pintura de cuarenta litros, apilados hasta casi tocar la claraboya. A cada lado había pasillos abiertos en un suelo de hormigón. Y vieron dos carretillas elevadoras y una oficina.

—Aparta la cabeza —dijo Sam.

Golpeó la claraboya con la palanca y desprendió todos los cristales rotos que habían quedado adheridos al marco. Después ató la cuerda alrededor del puntal de acero del medio.

—Allá vamos —susurró Remi, y descendió con la cuerda hasta lo alto de una fila de contenedores de plástico. Los examinó—. Están llenos de algo. Muy estable.

Sam la siguió. Fueron bajando hasta llegar a la última pila de contenedores, que medía tan solo un metro de alto, y tocaron el suelo. Se separaron y empezaron a registrar el almacén hasta haber examinado todo el espacio abierto y la oficina, que ocupaba el extremo del edificio.

Sam se acercó a Remi.

—Era una idea prometedora, pero las ideas prometedoras no siempre dan buenos resultados. Pensaba que esconderían el tesoro donde almacenaban los medicamentos.

Remi se encogió de hombros.

—Tampoco los hemos encontrado. Todo esto parecen ser productos químicos.

Estaba mirando una pila de contenedores de plástico. Se acercó al más próximo y, tras leer la etiqueta, loladeó unos centímetros. Se desplazó a continuación a otra fila y levantó otro contenedor, y después repitió el proceso con otra fila y con otro contenedor.

Sam hizo lo mismo. Todos parecían idénticos, de unos veinte kilos cada uno. Sam y Remi se desplazaron de hilera en hilera y fueron mirando al azar contenedores de cada una. Por fin, justo cuando Remi estaba devolviendo uno a su lugar, vio que Sam utilizaba su navaja para desenroscar el aro que rodeaba la parte superior de otro a fin de quitarle la tapa. Remi se acercó y vio el brillo familiar del oro.

Los dos se pusieron a trabajar. Levantaron a toda prisa cada contenedor y dejaron aparte los que no estaban llenos de una cantidad idéntica de sustancias químicas. Algunos eran más pesados, otros más livianos, y hacían mucho ruido si los sacudían. Sam empujó un palet de madera hasta la fila y empezó a amontonar los contenedores de objetos encima. Al cabo de unos veinte minutos, el palet estaba cargado, y Sam llevó otro. Ya se habían convertido en unos expertos en identificar los contenedores que no pesaban mucho, y cargaron los palets con mayor rapidez. Cuando hubieron localizado todos los que pudieron, y comprobado que estaban llenos de productos químicos, Sam dijo:

—Busca el interruptor que abre las puertas.

Mientras él acercaba una carretilla elevadora para levantar un palet cargado con contenedores llenos de antigüedades, Remi localizó el interruptor. Cuando se acercó a la puerta, esta se elevó, Sam salió con la carretilla y Remi corrió para aproximar el camión. Lo cargaron en pocos minutos con la ayuda de la carretilla elevadora y los palets. El cargamento consistía en tres palets, cada uno de cuatro contenedores de alto y cuatro de ancho. Cuando terminaron, Sam devolvió la carretilla al interior y volvió al vehículo. Cerraron la puerta del almacén, cerraron el camión y se fueron.

Llegaron al hotel de Reims a las cuatro de la madrugada.

—Sacaré las armas y los objetos de la nueva habitación —dijo Sam—, y tú trae las pertenencias que dejamos en la antigua. Después nos iremos a París.

Corrieron al interior. Sam se dio cuenta de que algo iba mal en cuanto llegó a la

puerta de la segunda habitación. Asomaba un leve resplandor por debajo de la misma. Unos tres minutos después, Remi llegó con su maleta. Sam estaba entrando en la habitación por la ventana. Los escudos y las armas que habían dejado parecían seguir en su sitio, pero la expresión de Sam le indicó que algo no iba bien.

—Oh, no —dijo—. ¿Se lo han llevado?

Sam levantó las manos vacías y cerró la ventana.

—Mientras nosotros estábamos robándoles en Troyes, ellos nos estaban robando en Reims. Se han llevado el escudo con la inscripción de Atila.

Aeropuerto Charles de Gaulle, París

—«El tesoro más triste es el tercero. Yace en la tumba de mi hermano Bleda, quien fue elegido para morir en el río Mures, en Apulum».

—No tengo ni idea de dónde está eso —dijo Remi a Albrecht y a Selma.

—No, pero no me cabe la menor duda de que Bako lo sabrá en cuanto lea el escudo —dijo Albrecht—. Apulum es el nombre de la ciudad que los romanos convirtieron en capital de Dacia, una provincia del imperio desde los tiempos de Adriano hasta 271 d. C., la primera en ser abandonada al iniciarse la decadencia del imperio. Debió de ser un lugar conocido por los pueblos del centro de Europa durante la época de Atila, de modo que cualquiera obsesionado con el caudillo huno ha de estar enterado de su existencia. Y, por supuesto, el río Mures es el mismo que desemboca en el río Tisza en Szeged, la ciudad natal de Bako. Apulum se llama ahora Alba Iulia, y está en Transilvania, una región de Rumanía.

—De todos modos, intentaremos adelantarnos a él —dijo Sam—. Aún nos quedan unos minutos antes de subir al avión que nos lleve a Bucarest. Cuéntanos algo sobre la tumba de Bleda.

—Atila tilda de triste la historia, y lo es. En 434, Atila y su hermano mayor, Bleda, se convirtieron en reyes de los hunos cuando el último soberano, su tío Ruga, murió. Las monarquías compartidas no abundan en la historia, y esta es probable que refleje el hecho de que el hermano pequeño, Atila, era también un fenómeno extraño en cualquier pueblo: un gran guerrero, un gran líder, una personalidad carismática. Los dos hermanos gobernaron durante casi una década con inmenso éxito. Actuaban de común acuerdo, como si fueran una sola mente con dos pares de ojos y la capacidad de estar en dos lugares al mismo tiempo. Bajo su mando, los hunos se hicieron más fuertes y más numerosos mediante las conquistas, más ricos y más temidos por sus enemigos. Entonces, durante los años 444 y 445, sobrevino un período de paz. Atila y Bleda, como otros reyes entre guerra y guerra, se dedicaron a la caza. En 445, se dirigieron hacia el este, a los bosques de Transilvania, en apariencia para cazar osos y ciervos. Lo que ocurrió en el bosque es todavía motivo de especulaciones. Algunos dicen que Atila aprovechó la oportunidad para tramar un accidente de caza que acabó con la vida de su hermano mayor, con el fin de convertirse en único rey. Yo siempre he preferido la otra versión, y la inscripción grabada en el escudo parece indicar que estoy en lo cierto.

—¿Cuál es la otra versión?

—Que la excursión de caza fue un intento de Bleda de atraer a Atila a una zona selvática, acompañados tan solo por sus esbirros más leales, y matarlo. El intento fracasó, Atila se revolvió y mató a Bleda.

—¿Por qué esa versión?

—Algo acerca de psicología de los hermanos. El hermano mayor, sobre todo un heredero varón, es un pequeño rey desde su nacimiento, adorado por todos en su mundo. Cuando aparece un hermano menor, el primogénito pierde el pecho de la madre y se siente amenazado en todos los sentidos. Es el hermano mayor quien carga con los resentimientos, el que se siente usurpado y robado por su propio hermano, por la familia y la sociedad. Con lo cual tiene muchas más probabilidades de ser el agresor. El hermano menor suele ser quien ofende sin saberlo y a quien es fácil coger por sorpresa. En este caso la diferencia reside en que Atila no estaba desprevenido ni era fácil de derrotar. No encaja con lo que sabemos de él. Era un luchador nato. Había vivido en la corte del emperador en Roma como rehén cuando era adolescente, de manera que era capaz de oler una conspiración a cien kilómetros de distancia.

—¿Qué pruebas aporta la inscripción? —preguntó Remi.

—Dijo que Bleda «fue elegido» para morir, no solo que murió. El destino o el Creador eligieron a un hermano antes que al otro. Eso implica que ambos corrían peligro, como en una batalla. También es la muerte más triste de la vida de Atila hasta ese momento. Ya ha perdido a su madre, a su padre, a su tío y a dos esposas, que nosotros sepamos. Si Atila se vio obligado a matar a Bleda, dicha muerte le resultó mucho más triste.

—Es horrible —dijo Remi—, pero cuanto más pienso en ello, más probable me parece.

Llamaron a embarcar a los pasajeros del vuelo a Bucarest.

—Gracias, Albrecht. Nos pondremos en contacto contigo de nuevo en cuanto aterricemos.

Remi marcó a toda prisa el número de Tibor.

—¿Sí?

—Somos Remi y Sam —dijo—. La dirección de Francia que nos facilitaste era correcta. Todo salió bien. Hemos entregado el tesoro a las autoridades francesas para que lo custodien. El siguiente lugar es Transilvania, junto al río Mures, cerca de Alba Iulia, y estamos de camino. Pero Bako también se hizo con la inscripción. ¿Podrías...?

—Los vigilamos cada minuto. Sabemos exactamente adónde van.

—Gracias, Tibor. Hemos de embarcar ya. Te llamaremos desde Bucarest.

Remi desconectó el teléfono, y subieron a sumarse a la cola de gente que accedía a la pasarela de embarque.

El avión aceleró por la pista de despegue y se elevó en el aire. Cuando se estabilizó, Remi levantó el apoyabrazos que la separaba de Sam y, con la cabeza sobre su hombro, se quedó dormida al instante. La carrera ininterrumpida de un país a otro, el extenuante esfuerzo físico nocturno y las investigaciones diurnas la habían agotado por fin. Al cabo de un breve rato Sam también se durmió. Despertaron cuando el piloto anunció que estaban acercándose al aeropuerto de Bucarest. Después de pasar la aduana rumana, recogieron su coche de alquiler. Mientras iban en dirección a Alba Iulia, Remi leyó una historia sobre Atila y su hermano Bleda que había descargado en su teléfono en el aeropuerto de París.

—Dice aquí que Bleda tenía en su séquito un famoso enano moro llamado Zerco. Bleda le profesaba tanto afecto que ordenó fabricarle una armadura en miniatura especial, con el fin de que pudiera acompañarlo en sus campañas.

—Yo, de haber sido Zerco, habría declinado tal honor —dijo Sam—. Debía de ser como ir a una batalla en que todos los combatientes medían cinco metros de altura y pesaban cuatrocientos kilos.

—Supongo que gozar del favor y la protección del rey compensaba correr ese riesgo.

Sam guardó silencio un momento.

—¿Hay alguna mención acerca de lo que hizo Zerco cuando mataron a Bleda?

—No, pero eso no significa nada. Esto es una guía de viajes, no un libro de historia serio.

Fueron directamente a Alba Iulia sin detenerse hasta llegar a su hotel. Después de registrarse, Sam llamó a Tibor al móvil.

—¿Sí?

—Estamos en Alba Iulia. ¿Alguna noticia?

—Sí, pero todas malas. Bako no se ha movido de su casa. Está trabajando en su despacho de la fábrica en este preciso momento. No obstante, sus cinco gorilas favoritos han hecho las maletas y se han ido a Rumanía. Mi hermano y dos primos los están siguiendo, y de momento se encaminan hacia donde estáis vosotros.

—Gracias por la información.

—Viajan en dos vehículos, dos todoterrenos de fabricación estadounidense, ambos nuevos, negros y con ventanillas tintadas. Han salido esta mañana temprano, así que es probable que hayan llegado ya. Si los veis, haceos invisibles.

—Gracias, Tibor. Iremos con cuidado antes de proceder.

—Buena suerte.

Tibor cortó la comunicación.

—Podríamos instalar un cuartel general en la ciudad y esperar a que lleguen —dijo Remi.

—Esta vez no. Saben que vimos la inscripción del escudo antes que ellos, por eso

vienen con tantas prisas. Debió de llamarlos la gente de la Compagnie Le Clerc, y a buen seguro salieron al cabo de una hora o así. Si Bako no los acompaña, no irán al centro de la ciudad en busca de buenos hoteles y restaurantes. Creo que se dedicarán a buscar la tumba hasta que la encuentren, aunque eso signifique dormir en el bosque.

Volvieron a su coche, fueron hasta el río Mures y siguieron la carretera que corría paralela a él en busca de cualquier señal que pudiera indicar una obra de mampostería antigua incólume. Recorrieron la zona durante un par de horas, y después dieron media vuelta y empezaron a buscar en el otro sentido. En un momento dado, sonó el móvil de Sam.

—¿Hola?

—Sam, vuelvo a ser Tibor. Bako acaba de llegar a su casa y ha salido con dos de sus hombres. Iban vestidos como si fueran de safari. Un tercer hombre llegó en un camión. Creo que eso significa que Bako recibió una llamada que le informaba de que sus gorilas habían descubierto la cámara funeraria. Estoy siguiéndolo en un coche a cierta distancia, pero voy a cambiarme a otro para impedir que se fijen en mí.

—Esta es la segunda cámara a la que llegan antes que nosotros —se lamentó Sam.

—Hasta el momento os habéis apoderado de dos tesoros, y puede que también nos quedemos con este. Todavía es posible que vaya a parar a un museo y no acabe transformado en lingotes de oro en el banco de Bako.

—Lo intentaremos, al menos.

—Llamaré a mi hermano para averiguar qué han encontrado los hombres de Bako.

—Esperaremos tu llamada. —Sam cortó la comunicación—. Será mejor que comamos algo mientras aguardamos —dijo a Remi.

Entró en Alba Iulia y se detuvo ante una cafetería desde donde podían ver la catedral del siglo XII y dos de las siete puertas de las murallas de la ciudad. Los restos arquitectónicos más antiguos de esta denotaban cierta influencia romana, con arcos de medio punto y torres cuadradas de varios pisos. Sam dejó el móvil sobre la mesa.

Tomaron *rosól*, una sopa de pato con verduras, y vino tinto Băbeasă Neagră, y acababan de atacar el *baklava* de postre cuando sonó el teléfono de Sam. Remi y él intercambiaron una mirada, y después fijaron la vista en el teléfono. Sam lo levantó.

—Hola, Tibor.

—Se encuentran en el bosque que se halla al este de la ciudad, y da la impresión de que están cavando una fosa. Por lo visto, esperan a que Bako llegue para entrar en la cámara. Supongo que quiere ser el primero.

—¿Dónde está él ahora?

—A unos cuarenta y cinco kilómetros de distancia, y nosotros seguimos la carretera paralela al Mures. Mi hermano y los primos están vigilando al grupo de la

cámara, pero no pueden hacer gran cosa. Es demasiado tarde para impedir que Bako llegue antes que vosotros.

Sam reflexionó un momento.

—De acuerdo. Vamos a alejar nuestras fuerzas del tesoro.

—¿Alejarlas?

—Sí. Explícame dónde está y di a todos que vuelvan a Hungría. Remi y yo pensaremos qué podemos hacer por nuestra cuenta.

—¿Qué os proponéis?

—Si es demasiado tarde para impedir que Bako encuentre el tesoro, intentaremos impedir que se lo lleve a casa.

—¿Cómo?

—Me lo pensaré de camino.

—Confío en vosotros. Tengo muchos amigos, pero ninguno posee una mente como tú, una máquina de producir ideas demenciales.

—Te ha calado —dijo Remi.

—Gracias, Tibor. Di a tu hermano y a los primos que regresen a Szeged. Que cada uno tome una ruta de vuelta diferente, y que no sea directa.

—Te llamaré para indicarte el emplazamiento exacto.

—Gracias.

Sam miró a Remi.

—Los dos estamos locos.

Ella le estampó un beso en la mejilla.

El teléfono volvió a sonar, tan pronto que los sorprendió a ambos. Sam descolgó y oyó la voz de Tibor.

—Estoy cerca y veo dónde ha aparcado Bako. Se encuentra a cinco kilómetros al este de las murallas de Alba Iulia. Es una zona muy boscosa que hay justo después del comienzo de una ruta de senderismo. Hay un aparcamiento y una zona de *picnic*. Los dos todoterrenos negros y el camión han aparcado allí.

—Bien —dijo Sam—. Vamos hacia ahí.

—¿Estás seguro de que no quieres que me quede?

—Por completo. ¿Has enviado de vuelta a tu hermano y a los primos?

—Sí.

—Excelente. Ahora dirígete a la frontera por una ruta diferente.

—Me marcho ahora mismo.

—Buena suerte.

—Lo mismo digo. La vais a necesitar.

Sam y Remi pasaron de largo del lugar que Tibor les había descrito. Encontraron un segundo aparcamiento y una pista señalizada que tal vez era el final de la primera. Dieron media vuelta y volvieron a pasar delante de los vehículos aparcados, en

dirección a la frontera húngara.

Dejaron atrás Alba Iulia y, al cabo de unos kilómetros, llegaron a una zona más montañosa. Mientras conducían, la autopista se transformó en una carretera estrecha, de calzada sinuosa y paredes de cañón casi verticales, una maraña de rocas, árboles, arbustos y enredaderas. Sam continuó conduciendo mientras buscaba el lugar perfecto.

Por fin, se sintió seguro de haberlo encontrado. Había un tramo de curvas de unos cuatrocientos metros de longitud que ascendía hasta desaparecer tras una elevación. Las montañas de Transilvania conservaban la zona más grande del bosque virgen que en otro tiempo había cubierto casi toda Europa, de modo que la vegetación era espesa y salvaje. Sam detuvo el coche, y después dio marcha atrás a toda velocidad hasta llegar a un apartadero que permitía el paso a los coches. Tras apearse, abrió el maletero. Remi bajó también y recogió dos palas, soga y una palanca.

—Podemos dejar las gafas de visión nocturna —dijo Sam cuando ella fue a guardarlas.

—De acuerdo. Eso significa que habremos terminado al oscurecer.

—Pensándolo bien, será mejor que nos las llevemos.

Cogió una pala, la palanca y la soga, y empezó a ascender por la pared del lado de la carretera hacia la pendiente rocosa de arriba. Remi cogió la segunda pala y subió a su lado.

—Mientras escalamos —dijo—, ayúdame a encontrar un título para mis memorias. ¿Te gusta *Remi: Una mujer estadounidense en una prisión de Transilvania*? ¿O es demasiado revelador? Tal vez solo *Remi: una chica entre rejas*.

—¿Qué te parece *Una chica con suerte: mi vida con Sam Fargo*?

Ella rio, y después lo adelantó. A medida que iban subiendo, Remi cayó en la cuenta de que las protuberancias de la pared rocosa y la curva de la carretera les impedían ver su coche. Tras reflexionar, llegó a la conclusión de que eso también significaba que, allí arriba, no podrían verlos desde la carretera. Cualquiera que alzara la mirada solo vería rocas.

Después de ascender un poco más, Sam recorrió unos treinta metros cerca de la cima. Acto seguido cogió su pala y empezó a cavar.

—Espero que lo que estoy haciendo sea socavar esta roca. Si rueda colina abajo, como suelen hacer las cosas redondas, obtendremos un corrimiento de tierras considerable, que bloqueará la ruta de Bako hacia Hungría y nos permitirá hacer nuestra santa voluntad.

—¿Santa? ¿Estás seguro?

—Si funciona, sin duda. Solo hará falta una enorme cantidad de trabajo hecho a toda prisa y una suerte inmensa.

Volvió a concentrarse en apartar con la pala la tierra y las piedras pequeñas que

daban la impresión de sujetar la roca de un metro veinte a una altura de cuarenta y cinco metros sobre la carretera. Remi se situó al otro lado del pedrusco y se puso a trabajar con la pala.

En un momento dado, dio la impresión de que la enorme piedra había emergido de la tierra de la ladera. Habían liberado más de la mitad de su mole y la parte inferior se veía socavada. Sam caminó unos metros hasta un arbolillo, y eligió una rama muerta de unos tres metros de largo y unos ocho centímetros de grosor. A continuación hizo rodar una roca cercana hasta dejarla delante del pedrusco a fin de utilizarla como punto de apoyo.

—Muy bien, Remi. Sigue la cumbre hasta que puedas ver cualquier cosa que se acerque desde lejos. Cuando creas que podemos dejar caer la piedra y la tierra sobre la carretera sin herir a nadie, hazme una seña.

—Me voy.

Trotó sobre la cresta, deteniéndose solo para saltar un hueco entre las rocas o esquivar obstáculos. Por fin se paró sobre la carretera a cierta distancia de Sam, levantó el brazo e hizo una seña.

Sam apoyó su palanca en horizontal contra el punto de apoyo y empujó. Se hallaba a tres metros de la roca, de modo que pudo utilizar toda la palanca. Volvió a empujar, y algo detrás de la enorme piedra empezó a crujir cuando se movió.

El primer intento no logró hacer caer el pedrusco, de modo que Sam apoyó de nuevo la rama contra la roca. Alzó la vista y vio que Remi estaba agitando frenéticamente los brazos. Esperó.

Vio que un autobús avanzaba por la carretera, y el conductor redujo la marcha ruidosamente mientras ascendía a duras penas la cuesta. Al cabo de un minuto, Remi agitó el brazo de nuevo. Sam acercó más el punto de apoyo al pedrusco, colocó el hombro contra la palanca y empujó con las dos piernas. La gran piedra rodó hacia delante, se meció hacia atrás y al momento se desprendió del hueco donde había estado alojada. Al principio rodó muy despacio, dio una vuelta y luego se deslizó, pues la capa superficial del suelo estaba demasiado suelta para permitir que girara. El pedrusco arrasó la tierra y la vegetación. Llegó a una caída vertical de unos dos metros. Cuando se estrelló contra el siguiente grupo de rocas, dio la impresión de que partía el saliente donde se encontraban, al tiempo que las impulsaba hacia delante y hacia abajo. La roca dejó atrás los detritos, pero se había llevado por delante gran parte de la ladera, de modo que al principio se produjo un corrimiento de piedras y gravilla, y a continuación una capa de suelo con árboles maduros que crecían en él empezó a caer colina abajo. Los árboles permanecieron erguidos hasta que las rocas y el suelo los atraparon por las raíces y se precipitaron hacia la carretera. El corrimiento fue muy ruidoso, toneladas de roca, tierra y madera astillada en movimiento, y después se hizo un silencio casi absoluto.

Sam miró hacia abajo. El corrimiento había cubierto la carretera de una pared rocosa a la otra. Durante unos diez segundos más, pequeñas piedras redondas desprendidas continuaron cayendo sobre el montículo, y entonces el silencio fue total.

Sam cogió la pala, la soga y la palanca, y corrió por la cresta hasta llegar al lado de Remi. Sin decir ni una palabra, utilizaron las palas para evitar caer y provocar un segundo corrimiento de tierras. Cuando bajaron, se dirigieron en paralelo a toda prisa a la carretera, hacia su coche, tiraron las herramientas en el maletero, dieron media vuelta y condujeron hacia Alba Iulia. Remi tuvo la impresión de que en ese momento veía muchos más coches y camiones que antes. Todo el tráfico se dirigía hacia ellos. Al cabo de quince minutos vieron más vehículos que iban en su misma dirección.

—Espero que todos los primos logran escapar antes de que cortáramos la carretera —dijo Remi.

—Estoy seguro de que sí. Concedimos mucho tiempo a Tibor. Lo que necesitamos ahora es un nombre y un número de teléfono del grupo que controla en Rumanía el contrabando de antigüedades.

—Llamaré a Selma.

—Hola, Remi —saludó Selma—. Tibor me ha dicho que habéis decidido actuar solos de nuevo.

—El otro grupo llegó antes que nosotros al lugar donde está enterrado Bleda. Sam me subrayó, tal vez debido a nuestra experiencia en Francia, que encontrar el tesoro y llevarlo a casa son dos cosas muy diferentes. Hemos decidido convertirnos en chivatos. ¿A quién podemos llamar en Rumanía para denunciar que Bako piensa pasar antigüedades de contrabando a Hungría?

—Será mejor que Albrecht se encargue de ello a través de un intermediario. La Policía Federal de Rumanía depende de una unidad llamada General Inspectorate, en Bucarest. Llamaremos y diremos que tenemos un caso para la Interpol, y ellos enviarán a la Policía de Fronteras. Utilizaré un ordenador para hacer la llamada y enviar la señal a través de un par de servicios de correspondencia, a fin de mantenernos al margen.

—Gracias, Selma.

—De nada. Bako se meterá en un buen lío si lo pillan. Según la Ley 182 de 2000 de Rumanía, todo hallazgo ha de ser registrado y debe recibir un certificado de clasificación del gobierno. Consideran cualquier antigüedad parte del «patrimonio cultural mobiliario».

—Llamaremos en cuanto atemos algunos cabos sueltos.

—¿No habéis terminado?

—Me temo que no. Aún hemos de ver la cámara.

—Cuidaos.

Volvieron a cruzar Alba Iulia y pasaron delante de la zona boscosa donde habían

descubierto los vehículos de Bako. Dejaron el coche en el siguiente aparcamiento y regresaron a pie a través del bosque. Cuando se acercaron, oyeron una voz que gritaba en húngaro lo que parecían instrucciones. Se aproximaron un poco más, agachados detrás de los arbustos, hasta que vieron a Bako sentado en el borde de la cámara con los pies colgando en el oscuro vacío. Cuatro hombres sujetaban una cuerda atada a su alrededor por debajo de las axilas. Un cuarto individuo subió corriendo y le entregó una linterna.

Bako descendió a la cámara. Sam y Remi dedujeron, por los movimientos de la cuerda, que estaba girando, intentando iluminar la cámara con la linterna en todas las direcciones a la vez. En un par de ocasiones sus hombres, cansados de cavar y de mover piedras, parecieron a punto de soltar su presa y dejarlo caer.

Por fin llegó a la cámara. Los tipos se relajaron y se masajearon los muslos doloridos, mientras la cuerda se aflojaba. Se oyó un grito desde la cámara. Los hombres subieron el arnés vacío, y uno de los gorilas de Bako se lo puso y lo bajaron. La cuerda se aflojó de nuevo, y los hombres se arrodillaron junto a la entrada para escuchar la conversación de sus superiores. Se miraron consternados.

—Algo va mal —susurró Remi.

Se oyó otro grito procedente de abajo, y los tipos se apresuraron a subir a su colega. Habló con los demás, y después bajaron una cámara. En diversas ocasiones destellaron luces en la entrada a oscuras, que iluminaron los árboles circundantes. Cuando subieron a Bako, este dio media vuelta con expresión airada mientras mascullaba por lo bajo. De pronto gritó órdenes a sus hombres.

Los gorilas de Bako se pusieron a cargar su equipo en el camión, pero no dio la impresión de que sacaran muchos objetos de la cámara. Había algunas armas, tejidos y loza. Siguió una larga conversación en húngaro, y Bako, su jefe de seguridad y dos más subieron a un todoterreno.

—No han guardado ningún objeto en el coche de Bako —susurró Remi.

Entonces uno de los tipos del equipo de seguridad abrió la puerta posterior del todoterreno, levantó la alfombra y un panel, y dejó al descubierto la rueda de recambio y el gato. Metió en el hueco una espada con su vaina, un cinto con una daga y un casco de acero en forma de bala. Cerró la puerta.

—Gracias a Dios —susurró Remi—. Al menos, ahora es culpable de algo.

El todoterreno dio marcha atrás, giró y se alejó en paralelo al río Mures en dirección a la carretera bloqueada.

Habían dejado a dos hombres para que adecentaran el lugar, y después condujeran el otro todoterreno y el camión hasta Hungría. Remi y Sam retrocedieron a gatas a través de los arbustos y recorrieron a pie el resto del camino hasta su coche. Volvieron hacia el primer aparcamiento, con la radio del automóvil muy alta para que los hombres la oyeran. Cerraron con estrépito las puertas y empezaron a caminar por

el sendero, haciendo todo el ruido posible.

Cuando llegaron a la cámara, los dos hombres se habían ido tras apresurarse a cubrir la entrada con arbustos. Sam y Remi oyeron alejarse los dos vehículos. Sam cogió la soga que había llevado y bajó a Remi enseguida a la cámara.

—Ya veo lo que ha pasado —dijo Remi en cuanto sus pies tocaron el suelo—. Date prisa en bajar.

Sam se reunió con ella y exploraron el espacio juntos. El esqueleto de Bleda yacía sobre unas andas algo elevadas, como una cama baja. En un rincón estaba el esqueleto de Zerco, el enano, que no llegaba a medir un metro. Ambos yacían en la postura de los enterrados y tenían el cráneo roto. Era evidente que los habían golpeado con un arma pesada. Los únicos tesoros de la tumba eran la ropa podrida, los arneses de cuero de los caballos y las sillas de montar.

—Albrecht tenía razón —dijo Remi—. Bleda intentó deshacerse de Atila y perdió.

—Eso parece. No hay tesoro. Son las cosas de Bleda y las de su amigo Zerco. Si Bleda hubiera muerto en un accidente, Atila no habría ejecutado a Zerco.

—Será mejor que busquemos la inscripción.

Remi examinó cada una de las paredes, y Sam removió con los pies la tierra que lo rodeaba por si descubría algo en el suelo. No vio nada.

De vez en cuando, Sam se detenía por si oía ruidos fuera. En uno de esos momentos, alzó la vista guiado por un instinto y vio la inscripción. Las palabras estaban grabadas en el techo de piedra, encima de sus cabezas. Tocó a Remi en el brazo y señaló hacia arriba.

—Es como si quisiera que Bleda lo viera.

Remi tomó tres fotografías con el teléfono móvil, y Sam comprendió por qué habían visto los destellos cuando Bako hizo a su vez fotografías. Había apuntado hacia arriba.

Subieron con la soga y volvieron a toda prisa al coche de alquiler. Mientras conducían, se cruzaron con el todoterreno y el camión que regresaban hacia la cámara, todavía abierta. Iban a ver si podían terminar su trabajo sin que nadie los molestara.

Mientras Sam iba conduciendo, Remi envió sus fotografías a Albrecht y a Selma, a La Jolla. Continuaron hacia Bucarest durante media hora, y entonces sonó el teléfono de Remi.

—¿Hola?

—Soy Albrecht, Remi.

—¿Habéis recibido nuestras fotos?

—Sí.

—¿Has visto cómo enterraron a Bleda?

—Sí.

—Yo diría que tu teoría se ha visto confirmada. No fue un accidente. No existían motivos para matar a Zerco si Bleda murió de manera fortuita.

—Cierto. Pero eso no demuestra que el hermano fuera el agresor.

—¿Alguna noticia de Bako? —preguntó Sam.

—Algunas señales esperanzadoras. Tibor acaba de llamar para decir que los dos abogados de Bako han subido a un avión en dirección a Bucarest. Podría significar que lo han detenido. Pero no lo retendrán mucho tiempo por la acusación de robar objetos.

—¿Y la inscripción que enviamos?

—Por eso he llamado, en realidad. Dice: «La muerte de mi querido hermano fue el día más triste de mi vida. Antes de este, el peor fue cuando recogimos juntos los huesos de nuestros antepasados».

—Hemos de volver a Hungría, y de prisa —dijo Remi—. Bako vio la inscripción y trató de ir hacia allí. Creo que deberíamos hacer lo mismo. De lo contrario, Bako podría llegar antes que nosotros de nuevo.

Transilvania

—Si llegamos a tiempo, tal vez podamos pasarle la mano por la cara —dijo Sam—. Bako debería estar todavía en Rumanía, acusado de robar objetos históricos.

—Pero ha visto la inscripción, así que podría llamar a su gente de seguridad para que empiecen a excavar —contestó Remi.

—Intenta localizar a Tibor y pídele que preste atención a cualquier actividad inusual de los hombres de Bako —indicó Sam. Y añadió—: Y solicítele que nos consiga un helicóptero.

—Le encantará —dijo Remi, mientras marcaba el número—. Hola, Tibor.

—Hola, Remi. ¿Voy a lamentar haber contestado a esta llamada?

—Es probable, pero solo por poco tiempo. Lo único que necesitamos de momento es que mantengáis vigilados a los hombres de Bako, a todos, no únicamente a los cinco peores. Y necesitamos un helicóptero.

—¿Un helicóptero?

—Sí. Dime que tienes un primo, por favor.

—Tengo un amigo. ¿Dónde queréis que os recoja?

—¿Puede volar a Rumanía?

—Sí.

—Pues que nos recoja en el aeropuerto de Timisoara; es el más cercano. Y pídele que lleve consigo un par de prismáticos.

—Me pondré en contacto con él ahora mismo.

—Gracias, Tibor. —Remi finalizó la llamada, y entonces vio algo en su teléfono—. Selma nos ha enviado un correo electrónico.

—Léemelo mientras conduzco.

—Vale. Dice así: «El siguiente tesoro fue enterrado en 441 en la orilla norte del río Danubio. Era la frontera entre las tierras controladas por el Imperio romano de Oriente y las de los hunos. Estos últimos estuvieron ausentes de la zona durante dos años, desde 438 hasta 440, y los romanos, o mejor dicho, los romanos optimistas, pensaron que se habían ido para siempre».

—Una de las peores suposiciones jamás asumidas.

—La peor que podían hacer. —Remi continuó—. «Los hunos habían ido a Oriente para unirse a los armenios en su guerra contra los persas sasánidas. Cuando volvieron a sus enclaves situados al norte del Danubio en 440, descubrieron que

durante su ausencia el obispo de Marga había cruzado el Danubio para saquear algunas tumbas reales de los hunos».

—¿Un obispo hizo eso?

—La Iglesia debía de tener problemas personales. Sea como sea, sigo leyendo: «Los hunos volvieron y no se sintieron contentos. Atila y Bleda exigieron que el emperador romano de Oriente les entregara al obispo. Este era un personaje muy escurridizo. Se dio cuenta de inmediato de que el emperador ordenaría entregarlo a los hunos. De modo que, en secreto, acudió a ellos, traicionando a la ciudad, y los hunos la destruyeron. Después conquistaron todas las ciudades ilirianas de la orilla del Danubio, además de Belgrado y Sofía».

—No puedo culparlos por enfadarse, pero ¿qué fue del obispo?

—No tengo ni idea. Es posible que accedieran a perdonarle la vida, o quizá lo mataron... o ambas cosas. Volvieron a enterrar los restos de su gente. Se supone que como artículos funerarios utilizaron los objetos robados por el obispo, así como algunas de las riquezas saqueadas en las demás ciudades.

—No dice quién descansaba en las tumbas reales —explicó Remi—, pero en el mensaje de la tumba, Atila los llamaba «antepasados».

—¿Qué pasó después de volver a enterrar a los muertos?

—Por lo visto, los hunos no estaban de mejor humor. En 443 saquearon Plovdiv y Sofía otra vez, y continuaron adelante. Llegaron hasta Constantinopla, donde el emperador Teodosio tuvo que entregarles mil novecientos sesenta y tres kilos de oro para que se marcharan, y se vio obligado a elevar el tributo anual que pagaba a dos mil cien libras de oro.

—Espero que Bako esté esperando a salir de la cárcel y no pueda hacer nada.

Sam y Remi llegaron a Timisoara y descubrieron que era bella. La arquitectura de la era de los Habsburgo les recordó Viena. Los letreros del aeropuerto los guiaron hacia el Internacional de Traian Vuia, donde pudieron devolver su coche de alquiler a la agencia de Bucarest. Se dirigieron hacia el helipuerto.

El aparato ya estaba preparado en la pista, y un individuo de edad madura, con el bigote de color arena y una chaqueta de cuero a juego con él, los recibió en la puerta.

—¿Los señores Fargo?

—Sí —contestó Sam.

Pese a la sonrisa del hombre, Sam no descartaba la posibilidad de que lo hubiera enviado Arpad Bako. Este ya habría mandado hombres en todas direcciones para buscarlos. Pero no podía saber que querían alquilar un helicóptero. Esperó a que aquel tipo dijera algo convincente.

—Tibor dijo que tenían prisa, de modo que he venido enseguida. Soy Emil.

—Habla un inglés perfecto —observó Remi.

—El inglés es el idioma universal de los pilotos de aviación —contestó Emil—.

Aunque un piloto sea sueco y el controlador aéreo de Bután también lo sea, hablan en inglés por radio. Tibor y yo estudiamos inglés para presentarnos a pilotos.

—¿Tibor es piloto? —preguntó Remi.

—Mucho mejor que yo. Era piloto de aerolíneas. Se jubiló hace solo un par de años y fundó su empresa de taxis.

—Me pregunto por qué no nos lo ha contado nunca.

Emil soltó una risita.

—Tibor es una de esas personas a las que le gusta saber cosas de los demás, pero considera que es una pérdida de tiempo hablar de sí mismo. —Abrió la puerta del costado del helicóptero—. Ocupen esos dos asientos. —Señaló dos pares de micrófonos—. Pueden escuchar, pero no hablen hasta que yo se lo diga, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —contestó Sam.

Remi y él subieron a sus asientos, se abrocharon el cinturón de seguridad y se pusieron los auriculares.

Emil contactó por radio con la torre de control y facilitó su ruta, y los motores empezaron a moverse de inmediato. Cuando los rotores giraron a más velocidad, el ruido aumentó, y entonces se elevaron en el aire, ladeados y un tanto inclinados hacia delante, y se alejaron del aeropuerto y de su red de pistas. Emil se dirigió hacia el sudoeste, al tiempo que iba ascendiendo poco a poco. Al cabo de un rato alcanzó la cota máxima, voló bajo y con velocidad constante, pero cuando se encontraba a unos tres kilómetros del aeropuerto volvió a ascender.

—Ahora nos hemos alejado de las trayectorias de vuelo. Ya pueden hablar.

—¿Puede dirigirse hacia el lado norte del río, siguiendo la orilla? —preguntó Remi.

—Estamos buscando un lugar donde alguien esté excavando.

—¿Excavando?

—Sí —dijo Sam—. Será probablemente un grupo de cinco o seis hombres, cavando agujeros con palas. Si llegamos con suficiente antelación, es posible que los descubramos explorando todavía el suelo con equipo electrónico. Nos gustaría echarles un buen vistazo, pero sin dar la impresión de que estamos interesados en ellos.

—Ah, eso me recuerda algo. Tibor dijo que querían prismáticos.

Abrió un compartimiento, levantó las correas de ambos pares y se los dio.

—Gracias, Emil —dijo Remi—. Nos alegramos mucho de que estuviera disponible.

—Y yo también. Nunca suelo hacer cosas tan interesantes. Casi siempre llevo a turistas a ver los mismos monumentos que vieron desde el suelo el día anterior. De vez en cuando aparece algún hombre de negocios que necesita ir con rapidez a Budapest o a donde sea.

—Confiamos en que esto no se vuelva demasiado interesante.

—Estamos a punto de llegar a la frontera húngara —dijo Emil al cabo de un rato, al tiempo que señalaba el río—. Ahora seguiremos el curso del Danubio.

El Danubio era ancho y curvo, y discurría con regularidad alrededor de zonas elevadas de tierra. Había mucho tráfico fluvial, y el río atravesaba zonas muy pobladas, con altos edificios que llegaban casi al borde del agua.

—El Danubio es una frontera internacional, pero en el lado norte sobrevolaremos Hungría.

—Manténgase sobre tierra, si es posible —indicó Sam—. Estamos buscando unas tumbas antiguas. Creemos que se hallarán sobre suelo un poco más elevado y algo apartadas del río para no quedar inundadas.

—Entendido.

Siguieron el Danubio de este a oeste. Donde veían una zona que daba la impresión de haber sido excavada, o había una serie de camiones y equipo, Sam y Remi pedían a Emil que la sobrevolara para observarla mejor.

Pasaron cerca de una zona de aspecto peculiar y volaron sobre ella unos minutos. A unos cien metros al norte del río había un edificio anticuado, pintado de un amarillo mantequilla, con tejados altos y una extensa red de senderos que atravesaban jardines de diseño. Había al menos una docena de hombres cavando agujeros en el césped con palas, en mitad de los macizos de flores y en los senderos. Había otra docena más de hombres recorriendo el lugar con detectores de metales, y un par de tipos empujaban magnetómetros montados sobre ruedas, como si fueran cortadoras de césped.

Emil hizo una segunda pasada sobre la propiedad, y lo que Sam y Remi vieron era impresionante. Los hombres de Bako ya habían descubierto y abierto varias tumbas. Había grandes piedras al lado de las fosas abiertas, y junto a ellas esqueletos arrojados a un lado y pilas de metal que estaban cargando en cajas. Sam sacó el teléfono.

—¿Hola?

—Albrecht, tenemos malas noticias. No sé cómo lo ha conseguido Bako esta vez, pero mis tácticas disuasorias no han servido de nada. Tiene a veinte o treinta hombres en una propiedad que hay en la orilla norte del Danubio. Están abriendo tumbas y saqueándolas. Hasta el momento han descubierto cuatro o cinco.

—Hemos de proceder con celeridad. Llamaré a nuestros amigos de la Universidad de Szeged para que avisen a las autoridades y pongan fin a eso. ¿Puedes facilitarme el emplazamiento exacto?

—Es probable que nuestro amigo Emil pueda hacerlo.

—Dígale que es la propiedad del conde Vrathy, en el extremo sur de Szeged. Ahora es un museo. Debe de estar cerrado a esta hora del día, y habrán reducido al

vigilante.

—Ya lo tengo —dijo Albrecht—. Gracias.

Colgó.

Sam volvió a hablar por teléfono.

—Tibor, vamos con Emil en el helicóptero.

—Tendría que estar sordo para no oír los rotores.

—Los hombres de Bako han descubierto las tumbas reales de los hunos en la orilla norte del Danubio, en la propiedad Vrathy. ¿Qué puedes decirme sobre Bako y el grupo que se llevó a Rumanía?

—Aún no han vuelto a Transilvania.

—Por lo visto, está sustituyendo calidad por cantidad, y utiliza a veinte o treinta hombres de su empresa para encargarse de cavar. Hemos de impedir que escondan el tesoro.

—¡Sam! —dijo Remi.

—Espera, Tibor. —Se volvió hacia Remi—. ¿Qué pasa?

—Han acercado a la orilla un barco grande.

—¿Tibor? Van a cargar el tesoro en una embarcación. Desde aquí arriba, parece un yate de quince metros de eslora. Aún siguen cavando, de modo que tardarán un rato, pero hemos de averiguar ya de dónde es ese barco.

—Enviaré unos cuantos hombres al río, a ambos lados de la propiedad Vrathy, para que vigilen adónde va.

—Bien. Gracias. A Remi y a mí nos haría falta el equipo que dejamos en el barco anclado en el Tisza. Necesitaremos nuestros equipos de buceo, el estuche de las herramientas y un camión cubierto.

—Llamaré a mi primo.

—Dile que se asegure de que las botellas de aire comprimido estén llenas.

—Os informaré en cuanto estemos preparados.

Sam, Remi y Emil volvieron una y otra vez al espacio aéreo de la propiedad, para luego alejarse como si estuvieran transportando algo por una ruta que sobrevolaba la propiedad. Al cabo de una hora y media, el barco estaba cargado y los hombres provistos de palas y demás equipo habían empezado a subir a camiones para marcharse.

Sam se inclinó hacia delante para hablar con el piloto.

—Emil, ha hecho un trabajo excelente. Es posible que lo necesitemos otra vez. ¿Puede dejarnos en algún lugar alejado unos tres kilómetros de aquí sin que nos vean?

—Sí. Hay un espacio para aterrizar cerca de la universidad. Los dejaré allí.

Los condujo a cierta distancia de la ciudad y posó el helicóptero sobre una X grande situada al final del aparcamiento.

—Ya está —dijo.

—¿Qué le debemos? —preguntó Sam.

—Nada. Tibor ya me ha pagado todo el día.

Sam le entregó quinientos dólares.

—En ese caso, haga el favor de aceptar un pequeño obsequio con nuestro agradecimiento.

Emil entregó a Sam su tarjeta.

—Ya sé que no entienden el húngaro, pero sí el número del teléfono. Llamen en cualquier momento del día o de la noche. Si no puedo ayudarlos, encontraré a alguien que pueda.

Se estrecharon la mano, Sam y Remi bajaron, y el helicóptero se elevó y desapareció en la distancia.

—¿Sabes? No puedo dejar de preguntarme qué fue del obispo que violó esas tumbas por primera vez —dijo Remi.

—Creo que su reputación de astuto tal vez sea exagerada.

—¿Crees que Atila y Bleda lo mataron?

—Para su pueblo era un traidor; para los hunos, un ladrón desalmado. Me sorprendería que muriera en la cama.

—Vamos a ver si repetir la jugada le trae mala suerte a Bako.

El teléfono de Sam zumbó.

—¿Hola?

—Soy yo, Tibor. ¿Dónde estáis?

—En el helipuerto de la Universidad de Szeged.

—Quedaos ahí.

Cinco minutos después, un camión de color blanco con un compartimiento de carga cubierto apareció en la entrada más alejada del aparcamiento y atravesó todos los carriles en su dirección. Cuando frenó, Sam y Remi subieron a la cabina con Tibor.

—Mis primos me han dicho que el yate está anclado cerca de la orilla. Los hombres de Bako cargaron quince cajas de madera en el bote salvavidas, y después las condujeron al yate y las descargaron en la cubierta. Así pues, creemos que se están preparando para llevar los objetos a algún sitio por el río. El Danubio atraviesa Alemania, Austria, Hungría y Rumanía, hasta llegar al mar Negro. Muchos ríos lo alimentan. Podrían ir a cualquier sitio sin pisar tierra.

—¿Ha llegado la policía?

—Nadie los ha visto todavía.

—De acuerdo. Intentemos dar un disgusto a Bako.

Tibor aferró el hombro de Sam.

—Me alegro de haber vivido para conoceros. Nadie me ha hecho reír tanto desde

que era niño.

Sam se masajeó el hombro.

—En marcha. Vamos a algún lugar desde el que podamos ver el yate.

Tibor los condujo hasta la carretera que bordeaba el Danubio y giró al este. Al cabo de unos minutos observaron que la carretera se internaba tierra adentro un poco para evitar una hilera de propiedades antiguas situadas en la orilla del río. Cuando regresaron hacia el río, Tibor señaló:

—Allí. ¿Lo veis?

—¿El del puente alto?

—Ese.

El yate mediría unos diecinueve metros de eslora, con un bote salvavidas de aluminio que colgaba de pescantes sujetos a la popa.

—De acuerdo —dijo Sam—. Remi y yo hemos de ponernos el equipo de buceo.

—Llevo unos sobrinos en la parte posterior del camión. Les diré que bajen para que os podáis cambiar.

Detuvo el camión en la cuneta y abrió la parte trasera. Ordenó a los dos jóvenes que bajaran, y dejó que Sam y Remi se pusieran sus trajes de neopreno y organizaran su equipo.

Sam probó el foco submarino y examinó las herramientas que había solicitado. Las puso en una bolsa de malla que sujetó a su cinturón.

—Derivaremos con la corriente del río. Cuando lleguemos, tendrás que sujetar el foco para que pueda ver en qué estoy trabajando. Intentaré darme prisa.

Remi lo miró con aire suspicaz.

—¿No me dices en qué vas a trabajar?

—Sé lo mucho que te gustan las sorpresas, pero no emerjas pase lo que pase. Quédate a la mayor profundidad posible.

Los sobrinos de Tibor ayudaron a Sam y a Remi a bajar por un sendero hasta el agua, al otro lado del camión, donde no era fácil que los vieran desde el yate. Se pusieron las aletas y entraron en las aguas negras del Danubio. En cuanto hubo agua suficiente para cubrirlos, se sumergieron.

El gran yate blanco se hallaba a cien metros de la orilla, como mínimo, anclado en el borde del canal por el que circulaban embarcaciones mucho más grandes y pequeños cargueros. Sam y Remi se dirigieron hacia el barco, sumergidos en las profundidades de las aguas turbias, al tiempo que iban examinando el lecho del río con la luz de la linterna.

Por fin, el foco de Remi descubrió la cadena del ancla más o menos donde habían esperado, una línea recta que ascendía en diagonal hasta la forma oscura que se destacaba en la superficie plateada del río.

Sam hizo un gesto a Remi y ascendió poco a poco, hasta situarse bajo el casco

pero sin tocarlo. Nadó alrededor de la quilla hasta la popa y contempló la hélice que se proyectaba alrededor de su eje desde la parte más baja de la popa.

Remi aferró el brazo de Sam, y a la luz del foco que sostenía él vio que negaba con la cabeza. Percibió la angustia que delataban sus ojos a través de la máscara. Apoyó una mano sobre su hombro, le dio unas palmaditas, cogió su mano y apuntó la luz a la hélice. Ambos sabían que, si los hombres del barco ponían en marcha el motor, él quedaría despedazado en cuestión de segundos.

Sam procedió de manera metódica. En primer lugar, localizó la clavija y la extrajo de su tuerca con un par de tenazas. Asimismo las utilizó para levantar las anillas que sujetaban la abrazadera y luego las devolvió a la bolsa de malla. Encajó una llave inglesa entre una pala de la hélice y la popa con el fin de impedir que la hélice girara mientras él se valía de una llave inglesa regulable para extraer la tuerca. Apoyó los pies en la popa y extrajo la hélice de bronce de su eje, para después internarse en lo más profundo del canal y tirarla.

Regresó a la popa del yate y emergió con cautela. Se quitó las aletas, las botellas y la máscara, y lo colgó todo del eje desnudo. Después subió a bordo por la escalerilla de popa.

Justo cuando llegó a la cubierta trasera, observó un repentino movimiento a su izquierda. Al volverse vio a un individuo junto a su hombro izquierdo que iba a golpearlo con algo similar a un tubo. Se agachó para que el tubo no lo alcanzara, propinó un veloz golpe de jiu-jitsu al hombre en la mandíbula y lo sostuvo hasta que perdió la conciencia. Descubrió un rollo de cuerda sobre una cornamusa, que utilizó para atarlo, y rasgó la camisa del individuo para improvisar una mordaza.

Sam vio las cajas de madera en la cubierta posterior, cubiertas con una lona. Tiró de ella y fue depositando con sigilo diez cajas en el bote salvavidas de popa. Eran pesadas, y le llevó una hora de trabajo fatigoso. A continuación lanzó al agua el cabo de proa y soltó dos pernos de los pescantes para bajar la barca al río. El bote salvavidas emitió un inesperado estruendo cuando tocó el agua. Sam oyó a su espalda unos pasos a la carrera.

—¿Stashu? —gritó alguien.

Sam saltó desde la popa, descolgó las botellas, la máscara y las aletas del eje de la hélice, se las puso y se ajustó las gafas cuando se sumergió a mayor profundidad.

Remi, que había visto el cabo de proa, lo extendió, y ambos lo aferraron y tiraron de él. Nadaron, a mayor profundidad todavía, y remolcaron el barco. Sam no dejaba de mirar hacia atrás para comprobar que ningún miembro de la tripulación se había tirado al agua para perseguirlos.

Primero se oyó el sonido ahogado de disparos desde el yate, pero con cada impacto oyeron el ruido de las balas al hundirse, que dejaban un rastro de agua agitada y burbujas detrás de ellas. Cada una hendía el agua hasta que agotaban su

impulso más o menos a un metro veinte de profundidad, para después perderse en el agua oscura bajo ellos.

A continuación Sam y Remi oyeron el ruido del motor al ponerse en marcha, conscientes de que el eje estaba girando libremente. Sin la hélice, el motor solo producía ruido. Al principio dio la impresión de que el timonel no entendía nada, porque se limitó a acelerar el motor mientras la tripulación de proa utilizaba un cabrestante eléctrico para levar el ancla.

En cuanto esta se desprendió del fondo, el yate empezó a derivar corriente abajo, impotente para hacer frente a la corriente o navegar. No obstante, el ancla continuaba subiendo, y el barco derivaba cada vez más lejos de Sam, de Remi y del bote salvavidas. En un momento dado el motor se detuvo, pero para entonces el ruido se oía tan lejos que los Fargo ya no lo diferenciaban de los numerosos motores que pasaban por encima de ellos en el Danubio. Sam supuso que volverían a echar el ancla, pero el yate se hallaba demasiado lejos para distinguirlo en las aguas turbias.

Sam y Remi llegaron a la orilla y depositaron el bote salvavidas sobre el barro. Casi al instante, los dos fornidos primos se materializaron a su lado y, con la ayuda de Sam y de Tibor, cogieron las pesadas cajas y las pusieron en la parte posterior del camión. Las cajas estaban llenas de metales preciosos, pero no tardaron más de unos minutos en cargar las diez cajas. Sam y Remi subieron al compartimiento trasero y los chicos a la cabina con Tibor, y el camión se encaminó traqueteante hasta la enorme y bulliciosa ciudad.

Cuando Remi se quitó el traje de neopreno y dejó su equipo a un lado para ponerse ropa de calle, dijo:

—Todavía no hemos terminado, ¿sabes? Aún hemos de encontrar el mensaje de Atila. Estará en alguna de las tumbas.

—Confiemos en que quienes nos esperan allí sean los amigos del profesor Fischer y no los de Arpad Bako.

Ribera norte del Danubio

Cuando el agente de policía ayudó a Remi a subir de la tumba abierta, ella sonrió y saludó a Sam. Cruzó corriendo el jardín lleno de hoyos y se plantó a su lado.

—Estaba grabado en la pared. Voy a enviar las fotos a Albrecht y a Selma.

—Lo malo es que los hombres de Bako lo habrán leído hace varias horas.

—Eso me temo.

—Si lo sabe —dijo Tibor—, no ha debido de causarle una gran impresión, o no lo ha entendido. Está de regreso en su despacho de la fábrica de píldoras, todo inocencia.

—Si lo detienen —repuso Sam—, no podremos demostrar nada, a menos que alguien viera a sus hombres excavando aquí. Y si termina en los tribunales, nosotros lo seguiremos. Tal vez ha enviado a sus gorilas al siguiente lugar, sea cual sea.

—Será mejor que me vaya —dijo Tibor—. Me toca a mí encargarme del equipo de vigilancia. Cuando descifréis el mensaje, informadme de qué dice.

Tibor se dirigió por el camino de grava a la autopista.

Sam y Remi regresaron a las tumbas abiertas, mientras contemplaban la devastación que habían dejado los hombres de Bako. Por lo visto, les habían ordenado buscar solo el oro, y habían arrojado todo lo demás a un lado. Había huesos humanos y telas, vasijas, herramientas y armas de hacía mil quinientos años diseminados por los jardines de la propiedad.

El teléfono de Sam zumbó.

—¿Hola?

—Hola, Sam. Soy Selma.

—¿Qué habéis averiguado?

—Te paso a Albrecht.

—Hola, queridos Fargo —dijo Albrecht—. Os leeré el mensaje de Atila: «Enterramos a nuestro padre, Mundzuk, en la orilla del río, a las afueras de Talas. Está encarado hacia el oeste, la dirección hacia la cual conducía a nuestro ejército. Su hermano Ruga gobierna ahora en su lugar».

—¿Dónde está Talas? —preguntó Sam.

—Talas era la ciudad más antigua de Kazajistán. Un huno llamado Zhizhi Chanyu la fundó, y fue el escenario de una batalla en el año 36 a. C. Era una parada importante en la Ruta de la Seda que atravesaba China, India, Persia y Bizancio. Fue

destruida en 1209, pero ahora es una ciudad moderna llamada Taraz. Está situada a 42° 54' norte y 71° 22' este, al norte de Kirguistán y al este de Uzbekistán.

—No parece demasiado difícil de encontrar —declaró Remi—. Supongo que podremos ir en avión.

—Como puedes ver, a medida que vamos siguiendo al revés la vida de Atila con cada uno de los tesoros que enterró, también nos estamos desplazando hacia el este. Kazajistán debió de ser donde los hunos se convirtieron en el poder nómada que fueron, siempre a lomos de sus caballos. También parece ser el lugar desde donde se lanzaron a la conquista del mundo romano. El nombre Kazaj significa «Espíritu libre», en referencia a los nómadas de las llanuras. Una tercera parte del país es estepa seca, y las distancias son enormes. Kazajistán abarca más territorio que toda la Europa Occidental. Selma te informará sobre las disposiciones para el viaje.

—Hola, pareja. Os he reservado un vuelo desde el aeropuerto de Budapest hasta Moscú esta noche. Desde la capital rusa, volaréis a la capital de Kazajistán, Astaná. Recogeréis vuestros visados y cartas de presentación allí. De Astaná volaréis a Almaty, la ciudad más grande, y luego a Taraz.

—Suen a viaje largo —comentó Remi.

—Tardaréis un poco, pero, después de todos vuestros desplazamientos de un lado a otro, tal vez os proporcione una oportunidad de descansar. Al menos, ir sentados en un avión os ayudará a recuperar el sueño atrasado antes de llegar a Taraz.

A unos cuantos kilómetros de distancia, Arpad Bako estaba sentado en su despacho, rabioso. Acababa de enterarse de que la diligencia y el cuidado invertidos, y el riesgo que había afrontado al excavar las tumbas reales de los hunos habían sido en vano. Sus débiles y estúpidos hombres del equipo de seguridad habían permitido que dos personas, un matrimonio estadounidense, le robaran diez cajas de oro y piedras preciosas, en su mayor parte ornamentos, cálices y cruces finamente labrados de las guarniciones desplegadas a lo largo del Danubio. Era el botín que los hunos habían arrebatado a toda la región balcánica. Algunas piezas procedían de mucho más lejos y eran más antiguas, quizá adornos que llevaban en las muñecas, los cuellos y los dedos guerreros de Asia Central y sus esposas, enterradas con sus descendientes después de llegar a Hungría.

Habían sido necesarios años de estudio y una suerte considerable para localizar ese tesoro, pero él lo había conseguido. Y ahora se lo habían robado, tal como había sucedido en Francia. Ni siquiera podía ordenar que detuvieran a los culpables porque no tenía derecho a excavar en los terrenos del museo. Sus estúpidos secuaces habían disparado incluso contra los Fargo y el bote salvavidas robado, de modo que habían tenido que arrojar las armas al río antes de que los detuvieran.

El teléfono emitió un timbrazo abreviado al otro extremo, después unos

misteriosos chasquidos y sonidos de desconexión, como puertas que se abrieran y cerraran. Por fin, una voz femenina de tono cantarín dijo en húngaro: «Las oficinas de Poliakoff Company han cerrado ya. Si desea dejar un mensaje, espere la señal». Bako sabía que el aparato estaba programado para hablar en húngaro a un número de teléfono de Hungría.

—Soy Arpad Bako —dijo—. Haga el favor de devolverme la llamada.

Dejó el móvil sobre su gran escritorio de palisandro pulido y lo miró expectante. El teléfono sonó casi de inmediato y lo descolgó.

—Hola, Sergei.

—Me ha sorprendido oír tu voz, Arpad. Solo un plutócrata obeso y perezoso como tú sería capaz de llamarme a estas horas de la noche.

—Las ideas acuden a mí como pájaros a mi ventana. Cuando veo una, me apodero de ella sin hacer caso de la hora.

—Me gustan las ideas. Cuéntame las tuyas. La línea es segura.

—De acuerdo. He encontrado un tesoro oculto por Atila.

—Un tesoro. ¿Ahora utilizamos metáforas?

—Utilizo la palabra «tesoro» como lo habría hecho Atila. Se trata de una colección de monedas y joyas, obras de arte y adornos hechos de oro y piedras preciosas. Estarán en una cámara funeraria.

—¿La de Atila?

—La del padre de Atila. Recibirás una tercera parte si me ayudas.

—¿Una tercera parte de qué?

—Una tercera parte de lo que encontremos. Estoy en condiciones de informarte de que ya hemos hallado algunos tesoros. Había uno en Italia. Había otro en Francia, con tanto oro que necesitamos un camión para transportarlo. Había uno más pequeño en un bosque de Transilvania, y uno en la orilla norte del Danubio que equivale a diez cajas de oro y piedras preciosas.

—¿Tienes todo ese oro y esas joyas? Envíame fotos de ti parado al lado, además de una pequeña muestra, con tu próximo cargamento de comprimidos. Un anillo, un collar, cualquier cosa. Espero recibirlo mañana por avión.

—Puedo enviarte una muestra. Poco más. Mientras mis recursos estaban volcados en registrar Francia, unos competidores encontraron uno de los tesoros en Italia; jamás llegué a verlo. Sólo leí acerca de él en los periódicos. Nuestro amigo Étienne le Clerc desenterró el de Francia. Tomó fotos, pero los competidores se lo robaron del almacén donde lo guardaba. Mis hombres han desenterrado hoy el del Danubio, y han tomado fotos. El tesoro se halla en este momento en manos del gobierno húngaro.

—O sea, que sabes que esos tesoros existen, pero no obran en tu poder. ¿Quiénes son esos competidores que te arrebatan los tesoros?

—Una pareja estadounidense, Samuel y Remi Fargo. Son buscadores de tesoros

adinerados, y han descubierto magníficas riquezas en otras partes del mundo, pero nada parecido a esto. No pueden existir muchos tesoros semejantes. Atila asoló Asia atravesando el Ural y el Volga hasta llegar a Francia, y saqueó numerosas ciudades. Y yo he descubierto dónde ocultó casi todas esas riquezas.

—¿Tan solo dos personas, y una de ellas una mujer, te han robado a ti y a Le Clerc un tesoro valorado en millones y millones de dólares?

—Miles de millones. Pero no son solo dos personas. Cuando Fargo necesita hombres, los contrata. Si no, desaparecen como el humo. También cuenta con la ayuda de Albrecht Fischer, uno de los principales especialistas mundiales en los últimos tiempos del Imperio romano. Y cuando Fargo cree que está a punto de ser superado, llama a la policía internacional para que se haga cargo del tesoro.

—Arpad, no debes contar esta historia a nadie más. Si cualquiera de las personas con las que tratamos se enterara, pensaría que eres débil. Se revolverían contra ti como lobos y te devorarían.

—¿Te interesa mi oferta o no?

—Oh, lo haré por ti. ¿Dónde se encuentra en este momento tu maravilloso tesoro?

—Está enterrado en una cámara de la ciudad de Taraz, en Kazajistán. Te enviaré un plano.

—¿Y dónde están los Fargo? ¿Lo sabes?

—Esta tarde estaban en Szeged, pero han contado con varias horas para averiguar el siguiente emplazamiento, y estoy seguro de que irán hacia allí lo antes posible.

—Averigua cómo piensan ir a Kazajistán desde Hungría e infórmame de inmediato. ¿Tienes fotografías de ellos?

—Tengo hombres vigilando los aeropuertos y las estaciones de tren, al acecho de los Fargo. Te envío las fotos ahora mismo.

—Llámame en cuanto sepas su número de vuelo y el destino. Minutos y segundos son de vital importancia.

Poliakoff colgó.

Desde las torres de la propiedad de Sergei Poliakoff en las afueras de Nizhny Novgorod podía verse el Volga y a lo largo de sus orillas las luces de la urbe, que contaba con más de un millón de habitantes; eran como una galaxia de estrellas que se extendía durante kilómetros. La ciudad era enorme y moderna, y desde hacía mucho tiempo era un centro de investigaciones aeroespaciales, pero en la calma y el silencio de su propiedad Poliakoff podría haber pensado que vivía en la década de 1850. Cuando se sentaba en los jardines podía escuchar el viento, cuyo susurro solo interrumpían los gorjeos de los pájaros que habían ido a comer de sus groselleros.

En el exterior, un Hummer de fabricación estadounidense con puertas de paneles blindados esperaba con dos guardaespaldas de Poliakoff dentro. A continuación se

hallaba el gran Mercedes negro de la familia, con ventanillas tintadas, así como un Cadillac Escalade blanco. Su esposa, Irena, y los niños pasaron de largo del Mercedes y entraron en el Escalade. Si alguno de los detractores de Poliakov intentaba causar problemas, atacaría el Hummer blindado con sus guardias o el elegante Mercedes, que daba la impresión de ir ocupado por la familia. Los hombres que iban sentados delante del Escalade continuarían su camino.

Sergei los vio marchar, y en cuanto salieron la puerta principal se cerró con un estruendo y los cerrojos de acero quedaron encajados. Poliakov era un buen partido para Irena. Los padres de ella habían sido intelectuales importantes durante la era comunista y, al contrario que muchos otros, nunca habían caído en desgracia.

Levantó el teléfono móvil y examinó las fotos que Bako le había enviado de brazaletes y otros chismes de oro. Después pasó revista a las fotos de los Fargo. La mujer no solo era atractiva, era una auténtica belleza, pensó. Por su experiencia con Irena, sabía que vivir con un bombón así significaba un acontecimiento maravilloso en la vida cotidiana. En una pelea, no era tan positivo. Era algo precioso para un hombre, pero también lo convertía en un ser frágil y vulnerable porque sin duda amaría mucho a su esposa y no querría arriesgarse a perderla en una pelea.

En esencia, Bako era un mercachifle: codicioso y avaricioso, pero no le gustaba luchar. Consideraba enemigos a sus competidores. Y Le Clerc, en el fondo de su alma, era igual. Como Bako, era capaz de contratar a varios hombres sin escrúpulos, pero lo único que le importaba eran los informes de sus contables. Se trataba de hombres de negocios deshonestos, no tipos duros que perseguían el éxito de verdad. Poliakov había vivido en un mundo más duro que el de los demás. Solo él daba la impresión de ver esa situación con claridad y de un único vistazo. La mujer era el tesoro.

Aeropuerto de Ferihegy, Budapest

Sam y Remi estaban en el aeropuerto de Budapest, caminando en dirección a la pasarela de acceso a su vuelo a Moscú.

—Se supone que Astaná es toda nueva y reluciente —dijo Remi—. Eso debería ser interesante. La ciudad ha sido reconstruida por completo durante estos últimos quince años.

—Es probable que pasemos unos días en Astaná, entrevistándonos con la gente responsable de las antigüedades. Esta vez me gustaría informarles de todo antes de empezar a excavar.

—¿Crees que Bako volverá a ganarnos la mano?

—No puedo predecirlo. En algunos momentos da la impresión de que empieza antes que nosotros. Ya está pensando en todos los sitios donde estuvo Atila, y elige el que considera adecuado. En otros, parece que confía la situación a gente que no sabe lo que hace.

—Estamos retrocediendo en el tiempo hacia la juventud de Atila y hacia la parte de Asia de la que procedían los hunos.

—Ya veremos.

El vuelo de Ferihegy al aeropuerto de Sheremetyevo duró tan solo una hora y cuarenta y cinco minutos. Desde allí, el vuelo más rápido de Moscú a Astaná, la capital de Kazajistán, les llevaría ocho horas y cinco minutos. Mientras el avión aceleraba hacia el final de la pista, Remi apoyó la mano sobre la de Sam, como hacía siempre hasta que el avión despegaba. Cuando el aparato se estabilizó, retiró la mano y empezó a leer un libro sobre Kazajistán que había comprado.

Estuvieron sentados juntos en un silencio casi absoluto durante el resto del breve viaje. Como no podían saber si gente de Bako infiltrada en el avión los vigilaba, se comunicaban sobre todo mediante roces y susurros. Cuando desembarcaron, miraron los tableros electrónicos para localizar su vuelo a Astaná.

Vieron que su avión debía despegar al cabo de tres horas. Fueron a sentarse en la zona de espera, no lejos de su puerta, y Sam sacó el teléfono para echar un vistazo al plano de su ruta.

—Pareces un poco nervioso —dijo Remi tras observar a Sam durante unos minutos—. ¿Qué pasa?

—Oh, no lo sé. —Contempló a un pequeño grupo de hombres al otro lado de la

cavernosa sala que hablaban en voz baja entre sí—. A lo largo de los años he observado que cuando uno se siente inquieto es que tiene buenos motivos para ello.

—Eso suena demasiado a percepción extrasensorial.

—No creo en cosas carentes de causas. Solo pienso que no paramos de recoger diminutas pistas a montones y, de vez en cuando, se convierten en problemas que aún no hemos acabado de comprender.

—Tienes razón. Pero nos encontramos en un aeropuerto diseñado y construido por... digamos un gobierno muy controlador en plena Guerra Fría. Es prácticamente una máquina de espiar a la gente. Estarás percibiendo características de dicho diseño.

—Es posible, pero hazme un favor y ponte un poco paranoica.

—Si te sirve de algo, he estado observando. Y no he visto a ningún hombre de aspecto sospechoso. Voy al lavabo.

Remi atravesó el vestíbulo en dirección al letrero con el símbolo universal del baño de señoras. Mientras andaba, oyó el repiqueteo de tacones altos sobre el duro suelo y reparó en dos mujeres que también se dirigían al aseo detrás de ella. Miró con disimulo a cada lado mientras caminaba y se quedó tranquila, pues solo eran un par de chicas con bolsas de mano. Empujó la puerta para entrar y vio a dos mujeres gruesas de edad madura con uniformes y delantales frente a ella. Una se encontraba ante una hilera de lavabos y distribuía toallas. La otra, con un mocho embutido en un cubo sobre ruedas, se estaba acercando a la puerta. En cuanto Remi entró, la mujer del mocho dejó entrar a las dos chicas, depositó un letrero colocado sobre un cono de plástico delante de la puerta, giró el pomo para cerrarla y volvió a sus quehaceres.

Remi entró en un cubículo vacío. Cuando salió, todo pareció suceder al mismo tiempo. Al abrir la puerta, las dos mujeres uniformadas se le acercaron, una por cada lado. La del mocho la rodeó con los brazos y la inmovilizó, mientras la otra introducía la mano entre dos de sus toallas, sacaba una aguja hipodérmica y aplicaba una inyección a Remi en el brazo.

Remi cogió aire, dispuesta a gritar, pero la mujer apretó la toalla contra su cara. El sonido empezó como un chillido ahogado, pero no tardó en apagarse por falta de aire. Para entonces Remi ya había empezado a sentirse débil e impotente debido a la droga, y al cabo de un momento perdió la conciencia.

Sam continuaba sentado en la zona de espera. Tras observar un rato a la gente que pasaba, cogió el libro que Remi había estado leyendo sobre Kazajistán y leyó unas cuantas páginas, pero como no podía concentrarse volvió a mirar a los transeúntes. El aeropuerto de Moscú era un lugar despejado, donde siempre había numerosos viajeros de todos los continentes. Volvió a coger el libro, pero al cabo de un rato se dio cuenta de que, más que leer el libro, había adoptado una postura de lector. El libro no era más que una muda explicación de cómo estaba matando el tiempo y de que era inofensivo. ¿Dónde estaba Remi? Había transcurrido demasiado rato. Sacó el móvil y

la llamó, pero su teléfono estaba apagado, tal vez desde que habían subido al avión en Budapest.

Sam sabía que los lavabos de señoras de lugares públicos exigían con frecuencia cierta espera, pero tanta no le parecía normal. Se levantó, se colgó al hombro la bolsa de Remi junto con la suya y caminó en la dirección que la había visto tomar. Al fondo del vestíbulo divisó los aseos y se encaminó hacia allí, sin dejar de observar las tiendas y los grupos de personas cercanos en busca de Remi.

Vio a una mujer corpulenta con uniforme de señora de la limpieza que salía del lavabo, empujando un carrito provisto de ruedas con un par de barriles grandes encima. Levantó el letrero del cono que bloqueaba la puerta. Otra mujer con uniforme de conserje salió y la ayudó a empujar el carro. Se alejaron y desaparecieron por un hueco que, supuso Sam, conducía a alguna de las innumerables puertas cuyo acceso estaba prohibido a los pasajeros.

El hecho de que aquellas mujeres hubieran cerrado el lavabo durante unos minutos tranquilizó a Sam, pero no del todo. Se detuvo ante una puerta y esperó, pero siguió mirando a uno y otro lado por si Remi había elegido otros aseos y regresaba.

Recordó unos aseos del aeropuerto O'Hare de Chicago que tenían dos puertas, una que se abría al vestíbulo, por donde había entrado él, y la otra, en la pared opuesta, que daba a un vestíbulo diferente. ¿Era posible que ese lavabo de señoras tuviera dos puertas? Vio que salía una mujer, mientras hablaba por el móvil.

—Perdón —dijo Sam.

La mujer se detuvo, con el teléfono pegado a la oreja.

—¿El lavabo tiene dos salidas?

La mujer miró hacia atrás y luego a él, como si se preguntara a qué se refería.

—Supongo que no —contestó Sam por ella.

Continuó andando a toda prisa. Había perdido demasiado tiempo. Llamó de nuevo al móvil de Remi, pero seguía desconectado. Escuchó parte del mensaje del buzón de voz y colgó. Llegó a una puerta en la que había dos mujeres con uniformes de línea aérea, hablando en ruso frente a un mostrador.

—Hola —dijo—. ¿Hablan inglés?

—Sí, señor —dijo una—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Mi esposa ha ido al lavabo, pero no ha vuelto. Eso no es propio de ella. Me habría llamado al móvil si hubiera ido a otro sitio. He intentado hablar con ella, pero su teléfono está apagado. Estoy muy preocupado porque mi mujer nunca haría algo así.

—¿Está... enferma?

—No lo estaba hace un rato, cuando llegamos de Budapest. ¿Puede ponerse en contacto con la policía del aeropuerto?

Las dos mujeres se miraron, incómodas.

—Sí —contestó una—. ¿Cuánto hace que se ha ido?

Sam consultó su reloj.

—Una media hora. Sé que no parece mucho, pero les juro que nunca haría algo semejante sin avisarme.

—El aeropuerto es muy grande. ¿Podría haberse extraviado?

—Cualquiera podría extraviarse. Pero en ese caso, me habría telefonado con más motivo todavía.

—Deje que la llame por megafonía.

—Claro, pero haga el favor de avisar también a la policía.

La mujer descolgó un teléfono, apretó un botón y sujetó el receptor contra el brazo.

—¿Cuál es el nombre de su mujer?

—Remi Fargo.

—Señora Remi Fargo, haga el favor de descolgar un teléfono blanco de cortesía o ir al mostrador de Aeroflot. Señora Remi Fargo haga el favor de descolgar un teléfono blanco de cortesía. —La mujer colgó el teléfono y le dirigió una sonrisa tranquilizadora—. Debería llamarnos de un momento a otro.

—Avisé a la policía, por favor.

—Es mejor esperar unos minutos para darle tiempo de llamar.

—Ha tenido mucho tiempo para utilizar el móvil y llamar —dijo Sam, cada vez más nervioso—. Informe a la policía, se lo ruego. —Divisó a dos agentes uniformados que paseaban por el vestíbulo—. Perdón.

Se volvió y corrió hacia ellos.

Cuando se acercaba a los dos policías, vio que volvían la cabeza para mirarlo con el cuerpo en tensión para repeler cualquier ataque. Sonrió lo mejor que pudo.

—¿Hablan inglés?

Parecían confusos, de modo que se encaminó de nuevo hacia el mostrador de la aerolínea y les hizo gestos de que lo siguieran.

—Cuéntele mi problema, por favor —dijo a la mujer cuando llegaron.

Ella les habló en un ruso muy veloz, un rápido intercambio durante el cual señaló a Sam, el teléfono y el vestíbulo, y que incluyó encogimientos de hombros, meneos de cabeza y disculpas. Ambos policías hablaban con la monótona formalidad de los policías de todo el mundo.

—¿Tiene una foto de la señora Fargo? —preguntó la mujer a Sam.

Él sacó su móvil y lo alzó para que todos vieran una fotografía de Remi. El policía que hablaba más utilizó la radio de su cinturón y después la devolvió a su sitio.

—Nos gustaría que nos acompañara. Intentaremos ayudarlo.

Sam dio las gracias a la mujer y se alejó a toda prisa con los agentes de policía.

Entraron por otras puertas sin marcas características que daban al vestíbulo. Los agentes condujeron a Sam a un despacho con varios policías sentados a mesas y otros que contemplaban monitores de televisión. Uno de ellos, un joven rubio con pinta de intelectual, le habló.

—¿Señor? Haga el favor de sentarse, y le tomaré declaración.

Sam se sintió aliviado a ver que un agente de policía hablaba inglés.

—No pienso presentar una reclamación al seguro ni nada por el estilo. Mi mujer ha desaparecido, y eso significa que algo le ha sucedido.

—Hemos de empezar con el informe, y después la ayuda.

Sam dedicó los siguientes dos minutos a referir lo sucedido, describió a Remi, y luego enseñó al policía y a sus compañeros la foto del teléfono.

—Tomé esta fotografía hace muy pocas horas, antes de subir al avión en Budapest.

El joven pidió a Sam que le enviara la foto por correo electrónico y enseguida la descargó. Explicó lo que estaba haciendo mientras la enviaba a diversas subcomisaría de policía del aeropuerto, y a continuación a los móviles de los agentes que patrullaban las instalaciones y a los policías de paisano.

Sam sintió renacer sus esperanzas. Sabían lo que hacían. Sabían cómo encontrar a alguien. Existían muchas probabilidades de que la localizaran. Se sintió un poco estúpido por haber sido tan pesimista con respecto a ellos al principio.

El policía le formuló más preguntas, sobre su vuelo a Moscú, qué puerta habían utilizado Remi y él para desembarcar y cuándo había ido ella al lavabo exactamente. Estaba transmitiendo información a alguien. Daba la impresión de leer la mente de Sam.

—Hay investigadores examinando las cintas de vigilancia de esas zonas para localizar a su esposa y ver adónde ha ido.

Sam estuvo sentado media hora en el despacho, esperando. Los policías entraban y salían, contestaban llamadas telefónicas y cambiaban impresiones entre sí. Nadie le dirigía la palabra, pero de vez en cuando se daba cuenta de que alguno lo miraba con disimulo. Era terrible y dolorosamente consciente de que, en aquel tipo de emergencias, los segundos contaban. No quería conversar, quería que encontraran a Remi, de modo que guardó silencio y observó. Después la media hora se convirtió en una, y luego en dos. Llamó a su casa de La Jolla y dejó un mensaje en el que explicaba lo que estaba sucediendo.

Cuando hubieron transcurrido dos horas y media, entraron varios policías con uniformes diferentes, de maniobras y campaña. La tela, las botas, los cinturones y las gorras eran negros. Esos hombres portaban más armas que la policía del aeropuerto.

Cuando Sam había entrado la primera vez, los agentes le habían sonreído.

—No se preocupe. Este es el aeropuerto más importante de Rusia. Es como una

cámara acorazada. Nadie puede secuestrar a una mujer y sacarla de aquí.

Más tarde, otro agente había dicho:

—Este aeropuerto está más vigilado que cualquiera de su país. Aunque una mujer fuera secuestrada, jamás podrían sacarla del edificio.

Más tarde, eso se convirtió en:

—Jamás podrían atravesar las puertas del aeropuerto.

Cuando llegó la hora de subir al avión rumbo a Kazajistán, Sam y los dos agentes de policía recién llegados fueron a la puerta y examinaron la zona de espera. Mostraron fotos de Remi al personal de la aerolínea, pero la respuesta consistió en negativas con la cabeza y fruncimientos de labios. Se quedaron hasta que cerraron la puerta de la pasarela de acceso, retiraron esta última y el aparato ocupó la pista.

Sam miró en todas direcciones, con la esperanza de ver la silueta esbelta y elegante de una mujer en la lejanía, corriendo para alcanzar el avión. Solo vio miles de ocupados y preocupados pasajeros, que intentaban no perder de vista sus pertenencias y a sus hijos, mientras se encaminaban hacia otras puertas de embarque.

Nizhny Novgorod, Rusia

Remi Fargo no estaba despierta del todo, sino pugnando por recobrar la conciencia, del mismo modo que un practicante del buceo libre pugna por ascender hacia la superficie, ávido por aspirar la primera bocanada de aire.

Se hallaba en un lugar oscuro. A su alrededor todo era tan blando que no notaba sus músculos apretados contra nada sólido, y tenía la impresión de haberse hundido en el material. Después de un enorme esfuerzo mental, comprendió que se encontraba dentro de un gran barril de cartón, encima de un montón de trapos o trozos de telas, y de que habían tirado más encima de ella y cerrado el barril. Se dijo que sin duda habría agujeros para respirar, pero no veía ninguno, y esos escasos minutos de esfuerzo hicieron que volviera a perder la conciencia.

Transcurrió un número indeterminado de horas antes de que Remi abriera otra vez los ojos. En esa ocasión supo que estaba dentro del gran barril de toallas de mano que aquella mujer había manipulado en el lavabo del aeropuerto. Se enderezó con cautela hasta quedar arrodillada sobre una capa de toallas, empujó hacia arriba con las manos y notó que la tapa del barril cedía un poco aunque sin moverse del borde. Lo recorrió con las manos y empujó, pero la tapa estaba firmemente asegurada.

—¿Hola? —gritó.

No hubo respuesta.

—¿Hola? Abran, los de fuera.

Pensó en lo que le había sucedido. La habían secuestrado en un lavabo de señoras del aeropuerto de Moscú. La audacia de la jugada era impresionante, pero su mente no estaba interesada en los detalles. Las dos mujeres corpulentas la habían arrastrado y metido en un barril que habían sacado del aeropuerto para, finalmente, cargarlo en algún camión de aprovisionamiento de ropa blanca.

Debía de estar en la carretera incluso antes de que Sam hubiera empezado a preocuparse por ella. Pobre Sam, estaría loco de preocupación en esos momentos. Se lo imaginaba paseando en aquella zona de espera, viendo a la gente que subía al avión de Kazajistán mientras se preguntaba qué habría sido de ella. Ya estaría volviendo locas a las autoridades. Eso era bueno. No permitiría que se olvidaran de ella, una mujer extranjera cualquiera que se había metido en líos y carecía de contactos poderosos que les hicieran la vida incómoda.

Remi pensó en gritar de nuevo, pero decidió esperar. La hora de gritar llegaría

cuando oyera voces o notara que movían el barril. Existiría alguna forma de lograr que alguien la oyera, si se encontraban en alguna especie de almacén. Una hora después el camión salió de la superficie lisa por la que circulaba y traqueteó un poco cuando se desvió por otra superficie, que Remi notó algo más rugosa, tal vez de grava o tierra.

Sentada en la oscuridad, empezó a barajar posibilidades. Lo más probable era que alguien los hubiera visto a Sam y a ella enseñando sus pasaportes de Estados Unidos, y habría decidido que tener un rehén norteamericano sería estupendo.

El camión se detuvo. Oyó que unas puertas dobles se abrían con un chirrido. Su mente invirtió un segundo en barajar varias posibilidades, hasta que finalmente decidió que quizá podría saltar del vehículo, ya que era mucho más atlética de lo que ellos sospechaban, además de una esgrimista y tiradora de primera. Pero luego ¿qué? Conseguiría que le dispararan. Podía fingir que seguía inconsciente y escuchar lo que decían en un idioma que no entendería. Optó por ser racional y abierta, y por tratar de aparentar que no tenía miedo. Puede que esto último no le resultase fácil, pero era una actriz consumada.

Oyó que abrían un cierre, soltaban un aro de aluminio y levantaban la tapa del barril. Unas manos la retiraron y después sacaron las toallas que le habían tirado encima. Remi se levantó.

Reconoció a las dos mujeres corpulentas del aeropuerto. Ambas vestían monos en ese momento, en lugar de los uniformes de trabajo holgados, y llevaban el pelo retirado de la frente y recogido. Detrás de ellas había dos hombres. Quizá eran quienes conducían el camión, y tal vez los que habían ayudado a subir y bajar el barril. Pero uno de ellos esgrimía una metralleta corta Stechkin APS de aspecto amenazador, como las utilizadas por las unidades Spetsnaz del antiguo ejército soviético. Sabía que la policía todavía las usaba porque disparaban municiones baratas y fáciles de conseguir, y porque además tenían poco retroceso. Vio que el arma iba provista de silenciador. No habían sido fabricadas con precisión de competición, pero con seiscientos disparos por minuto sin duda acertarían a una chica en un barril de cartón.

Había otros dos hombres con tejanos y cazadoras. Ambos portaban metralletas Škorpion checas. Alejado unos pasos de esos individuos había otro sujeto con un traje gris hecho a medida que le sentaba de maravilla. No cabía duda de que era el hombre al que había que prestar atención. Asintió y sonrió a las cuatro personas vestidas con mono, y después dijo algo en ruso a todo el grupo. Procedieron con celeridad; primero ayudaron a Remi a salir del barril y a bajar del camión, y acto seguido rodearon sus muñecas con unas abrazaderas de plástico para inmovilizarle las manos a la espalda.

El hombre del traje conservó una sonrisa risueña durante todos aquellos

procedimientos, además de un porte desenvuelto que desmentía la obediencia y la disciplina militares de sus secuaces. Miraba a Remi como un aristócrata prerrevolucionario que pasara el verano en su mansión del campo. Llevaba una impecable camisa blanca y una corbata de seda azul, y mientras la miraba encendió un cigarrillo y centró en ella la atención.

—Parece usted salida de *El nacimiento de Venus* de Botticelli, emergiendo de las aguas en la concha, señora Fargo.

Esperó un momento.

—¿No piensa dirigirme la palabra? —preguntó después.

—No quiero animarlo a decir algo que lo lleve a pensar que ha de matarme.

El hombre asintió.

—Muy inteligente, en general. Pero el secuestro en Rusia es como en Estados Unidos: si me cogen, soy hombre muerto. Le diré lo que debe saber. Será tratada bien y con respeto, pero estará encerrada en su habitación. Cada día irá alguien, le pedirá que sujete el periódico del día y le hará una foto. Nos pondremos en contacto con su marido. Cuando él cumpla mis peticiones, será puesta en libertad.

—¿Cuáles son sus peticiones?

—Ah... De modo que está interesada.

—Por supuesto.

—Sé lo de la búsqueda de los cinco tesoros de Atila. Usted y su marido descubrieron el cercano a Mantua, en Italia. Robaron el de Châlons-en-Champagne, en Francia. Lograron que detuvieran a Arpad Bako por encontrar los objetos de la tumba de Bleda. Sustrajeron el tesoro enterrado a la orilla del Danubio. Estaban a punto de encontrar el último tesoro cuando se lo impedí. —La miró—. ¿Va a negar todo esto?

—¿Me creería?

—De modo que ahora usted y su marido poseen el control de, como mínimo, tres tesoros muy grandes consistentes en piezas antiguas, los de Italia, Francia y Hungría. Todo ello amasado tras prolongadas campañas de conquistas y saqueos por parte de los hunos. Me han dicho que ustedes tuvieron que utilizar camiones para transportarlos. —Estaba estudiando las reacciones de Remi detenidamente—. Creo que su esposo intercambiará esos tres tesoros por usted. Se trata de un simple trueque.

—No nos encontramos en posesión de esos tesoros ya. Hemos llevado a cabo otros hallazgos. Puede investigarlo. Siempre nos atenemos a los tratados internacionales y a las leyes nacionales de los países donde encontramos piezas de valor. Por lo general, la legislación prohíbe sacar tesoros arqueológicos de los mismos. En los casos en que los gobiernos aprueban la venta de objetos, donamos los porcentajes que nos corresponden a nuestras fundaciones. No nos quedamos nada. Los tres hallazgos de los que ha hablado se hallan bajo la tutela de los gobiernos de

Italia, Francia y Hungría, respectivamente. Podrían pasar años antes de saber qué harán con los objetos.

—En ese caso, su esposo tendrá que recabar la ayuda de las autoridades de esos gobiernos, supongo. —Sonrió—. Ambos gozarán de la interesante oportunidad de comprobar cuánta gratitud les ha granjeado su generosidad con esos gobernantes a lo largo de los años.

—¿Qué pasará si mi marido no puede entregarle todos esos objetos que forman parte de la historia de los citados países? ¿Me matará usted?

—¿Yo? Por supuesto que no. Tengo gente que se ocupa de esa clase de trabajos en mi lugar. Y le aseguro que no soy un lunático ni un estúpido. Si su esposo entrega determinada parte de esos tesoros a fin de demostrarme que ha hecho todo cuanto ha podido, la dejaré en libertad.

—No me parece un hombre a quien le interesen demasiado los museos. ¿Por qué no pide a mi marido un simple rescate? Estoy segura de que le pagaría un millón de dólares por mí. —Captó su mirada burlona—. Bien, pues que sean cinco. Le supondría muchos menos problemas y riesgos. Podría transferir electrónicamente el dinero a su cuenta, que usted transferiría al instante a otra de un país que no permitiría seguirle el rastro. Ni camiones, ni registros en las fronteras, ningún peligro, nada de vender antigüedades robadas por una centésima parte de su valor.

—Gracias, pero ya he oído bastante. Mis amigos la acompañarán a sus aposentos. Pase lo que pase, no creo que volvamos a vernos. Pero espero, por su bien, que su marido ceda.

El hombre del traje dio media vuelta y se alejó. Remi vio que se encaminaba hacia un vasto jardín que se hallaba a unas decenas de metros de una gran mansión.

Uno de los tipos armados con metralletas Škorpion abrió la marcha. Las dos mujeres asieron a Remi de los brazos, y los demás hombres los siguieron a unos pasos de distancia, con las pistolas Stechkin preparadas. La condujeron a través de la opulenta casa, que daba la impresión de haber sido construida entre 1850 y 1870. Había pinturas antiguas y oscuras en las paredes, dramáticos paisajes marinos en plena tormenta, algunas batallas, retratos de hombres barbudos y mujeres enjoyadas.

Los muebles eran elegantes, casi con toda seguridad franceses, con tapizado de seda y madera muy pulida. Entraron en una amplia cocina y dejaron atrás la despensa. Remi supuso que la estaban conduciendo a una especie de mazmorra en el sótano, pero en cambio subieron en fila india por una estrecha escalera posterior hasta una cuarta planta, la última. Era una ruta diseñada y construida para la servidumbre, y conducía a un pasillo de diminutas habitaciones que probablemente habría alojado a doncellas y a pinches de cocina.

Llegaron a una estancia carente de ventanas que se hallaba en mitad del pasillo, en el lado derecho. Solo contaba con una enorme y recia puerta de madera. Tenía una

cama individual, una mesa con una silla y un pequeño tocador. Había una segunda puerta que daba acceso a un cuarto de baño. Por su experiencia con casas antiguas, Remi sospechaba que el dormitorio sin ventanas habría pertenecido a un criado de más categoría y que el cuarto de baño habría sido el dormitorio de otro criado. El remodelamiento había dado lugar a una celda relativamente cómoda, sin posibilidad de entrar ni salir, y sin forma de saber si era de día o de noche.

Las dos mujeres apoyaron a Remi en una pared desnuda, levantaron un periódico con caracteres cirílicos y se lo pusieron en las manos, y después uno de los hombres le tomó una foto. Tras comprobar que la fotografía había salido clara, se fueron.

Remi oyó que la puerta se cerraba. Era maciza, no hueca. Oyó que la llave giraba en la cerradura, pero no el chasquido del cerrojo. Buena noticia.

Remi se sentó en la cama. Sabía que tenía derecho a llorar, pero se negó. Lo que sí debía hacer era registrar la habitación en busca de aparatos de vigilancia: cámaras estenopeicas, mirillas, cualquier lugar que pudiera ocultar una cámara. No había ninguna. A continuación, empezó a examinar los muebles, en especial la cama y las tuberías, por ver si hallaba piezas metálicas que pudiera utilizar como herramientas.

Esa gente no tenía ni idea, pensó. Aquel hombre, ese personaje salido de la era de los Romanov, consideraba a Sam y a ella víctimas, personas a las que podía robar, retener como rehenes o matar a su capricho. Pero como el negocio de los Fargo se había visto coronado con el éxito hacía más de diez años, se habían convertido en objetivos potenciales de un secuestro. Eran conscientes de que, en algún momento dado, cualquiera de los dos podía ser secuestrado, y habían planeado la estrategia con todo cuidado, acordando lo que cada uno haría en cuanto estuvieran separados. El prisionero nunca dejaría de averiguar cosas sobre el lugar y los captores, siempre preparado para señalar su emplazamiento cuando llegara el momento y facilitar el rescate. Y el otro, Sam en ese caso, nunca dejaría de buscar. Aunque la oportunidad tardara en presentarse, continuaría buscando, ya fuera un año o veinte.

Sam nunca tiraría la toalla, jamás dejaría sin investigar una pista ni dejaría pasar un día sin hacer progresos. Pensó en su marido y las lágrimas se agolparon en sus ojos. En ese momento permitiría en apariencia que las autoridades moscovitas se encargaran del problema, pero en realidad estaría presionando, con discreción pero de manera firme, a las autoridades estadounidenses para que lo ayudaran.

Moscú

Sam estaba sentado pacientemente en la antesala del consulado, sin pasear de un lado a otro, tamborilear con los dedos o demostrar irritación. A la deslumbrante luz del anochecer, la habitación parecía la sala de espera de un médico del Medio Oeste, con butacas de cuero, un sofá y montones de revistas sobre una mesa, aunque el consulado situado en Bolshoy Deviatinsky Pereulok era un bloque de ocho plantas, agresivamente moderno y de aspecto eficiente.

Sabía que lo estaban observando, llevando a cabo una chapucera investigación de sus antecedentes para averiguar quién era en realidad, y necesitaban tiempo. Justo cuando estaba empezando a preguntarse si el resultado habría sido negativo, la puerta que tenía frente a él se abrió. Entró un hombre con traje oscuro y una expresión ambigua en el rostro que, si bien no iba acompañada de una sonrisa, no dejaba de ser cordial.

—Hola, señor Fargo. Soy Carl Hagar, Seguridad Diplomática. Lamento haberlo hecho esperar.

—Gracias por recibirme —contestó Sam.

—Me han informado de lo sucedido. Lo lamento mucho, y me siento muy preocupado. No habíamos vivido un incidente como este en Moscú desde los tiempos de la Guerra Fría. La sola idea de que un ciudadano estadounidense pudiera ser secuestrado en el aeropuerto de Sheremetyevo era inconcebible. Se han producido ataques terroristas en él, y en ocasiones han detenido en la aduana a gente que acababa de llegar, pero nunca se habían producido secuestros.

—No creo que haya sido el gobierno ruso. Lo más probable es que se trate de algún grupo clandestino enterado de nuestros intentos de encontrar una serie de tesoros del siglo v.

—Eso es lo que nosotros creemos también.

—¿Están investigando ya la desaparición de mi esposa?

—En cuanto nos enteramos. Siempre investigamos la desaparición de cualquier ciudadano estadounidense en Moscú. Pero cuando empezamos a hacer preguntas sobre quiénes eran ustedes, nos topamos con sus años en la Agencia de Proyectos de Investigación Avanzados de Defensa. Consiguen que su historia sea más creíble y lo convierte en una herramienta militar en potencia. Rube Hayward ha hecho hincapié en su historial, y ha pedido que lo avisáramos si se metía en líos. Estoy seguro de que

ya imagina lo que eso significa para nosotros.

—Estoy seguro de que no. Hace veinte años que conozco a Rube, pero, haga lo que haga, no habla de ello con civiles.

—Digamos que tienen ustedes amigos en las altas esferas. Nos hemos puesto en comunicación con nuestros contactos de las fuerzas de la ley rusas, y les hemos informado de que estamos extremadamente interesados y no cejaremos en nuestro empeño si no nos hacen caso. Estoy convencido de que nos han informado de lo que saben hasta el momento.

Carl Hagar dejó una carpeta sobre la mesa, la abrió y empujó cinco fotografías hacia Sam.

Sam vio que eran cinco tomas borrosas en blanco y negro de las cámaras de vigilancia instaladas en el aeropuerto.

Hagar señaló la primera.

—Aquí está la señora Fargo entrando en el lavabo de señoras del aeropuerto. A continuación, se ve que las dos mujeres de la limpieza dejan entrar a otras dos después de ella y luego ponen un letrero que dice «Cerrado por limpieza».

La fotografía plasmaba a las trabajadoras empujando un carrito de plataforma provisto de ruedas, con dos grandes barriles de cartón encima.

—Vi a esas mujeres —dijo Sam.

—¿Qué vio?

—Salieron, empujaron el carro hasta doblar la primera esquina y atravesaron una entrada sin letreros.

—La policía rusa no sabe quiénes son esas dos mujeres. Han ampliado sus fotografías y no coinciden con las fotos de identificación de nadie que trabaje en el aeropuerto. Han pasado ocho horas de cinta en avance rápido, y la señora Fargo no sale en ningún momento por esa puerta. Creemos que su esposa iba en uno de esos barriles.

—Esto es espantoso. Aún no estaba preocupado de verdad cuando las vi. No me pareció advertir nada raro en ellas, porque no sabía lo que era raro o no.

—Por supuesto.

El hombre sacó otra fotografía. Mostraba a las mujeres delante del edificio de la terminal, haciendo rodar los barriles hasta un elevador hidráulico situado en la parte posterior de un camión manipulado por un hombre vestido con un mono. Había una inscripción en cirílico en el lado.

—¿Qué pone?

—*Len Sluzhby*. Servicios de Lavandería. Subieron al camión, dejaron el otro barril y el carrito, y se fueron. Existe una empresa real con camiones como ese que se encarga de lavar la ropa blanca del aeropuerto. La policía dice que ese camión no es de ellos.

—Voy a hacerle una sugerencia. Creo que la gente responsable del secuestro estará conectada con un hombre llamado Arpad Bako, propietario de una empresa farmacéutica de Szeged, en Hungría. Ha tratado de encontrar los tesoros antes que nosotros, y ha demostrado ser capaz de cualquier cosa con tal de vencer. La gente que se encargó de la búsqueda y nos disparó en Francia trabajaba para un hombre llamado Le Clerc, quien, de manera ilegal, ha estado comprando a Bako fármacos que solo se venden con receta. Alguien de aquí estará importando a Rusia medicamentos de Bako o le suministrará materias primas.

—Lo averiguaré y le informaré de los resultados.

—Gracias.

—Una cosa más...

—El rescate.

—Exacto. Si raptaron a la señora Fargo para intercambiarla por los objetos que ustedes encontraron en esos tesoros y tumbas repartidos por toda Europa, se pondrán en contacto con usted. Es posible que ya lo estén vigilando, de modo que sabrán que acudió a la policía del aeropuerto y probablemente que ha estado aquí también. Amenazarán con matarla si vuelve a tratar con nosotros. Deberá aparentar que cede a sus exigencias.

—Ya lo he pensado.

Hagar introdujo la mano en el bolsillo y entregó a Sam un teléfono móvil.

—Le vamos a dar un teléfono nuevo. En algún momento querrán que se desprenda de su móvil, de modo que cuando lo hagan deles el antiguo. Utilizaremos el GPS de este para seguirle el rastro. También procuraremos vigilarlo de otras formas, para que si se queda sin teléfono no lo perdamos.

—De acuerdo. —Sam se guardó el teléfono nuevo en el bolsillo—. Debería encontrar un hotel y esperar a que me llamen. No habíamos previsto hacer escala en Rusia, salvo para cambiar de aviones.

—Lo alojaremos en el hotel Hilton Moscú Leningradskaya. Es un edificio que Stalin erigió cerca del Kremlin en 1954, y es grande, con mucho espacio despejado a su alrededor. Cuando vaya a registrarse, veremos quién lo sigue. Es probable que eso no sirva de nada, pero cualquier cosa puede sernos útil.

—Estoy seguro. —Sam se levantó y estrechó la mano de Hagar—. Gracias.

—Habrá taxis fuera. Coja el primero que pare. Ojalá nos hubiéramos conocido en circunstancias más felices. Él dijo que no perdía usted la cabeza y que no tenía miedo a nada.

—Agradezco el cumplido de Rube, pero se equivoca. Esa gente ha descubierto mi punto débil a las primeras de cambio.

Sam salió por la puerta principal del consulado y vio una hilera de taxis. Caminó hasta el bordillo y el primero se acercó.

—¿Hotel Hilton Leningradskaya?

—*Da, da* —dijo el conductor, e indicó a Sam con un gesto que subiera. Aquel tipo parecía un poco impaciente, como si tuviera otros compromisos.

Sam subió y el hombre se internó en el tráfico. Sam tuvo que reprimir el instinto de mirar por la ventanilla trasera para intentar localizar a sus perseguidores. Había estado despierto toda la noche y todo el día. El agotamiento estaba empezando a entumecer su cerebro, y le costaba concentrarse en los retos que se avecinaban.

Mientras recorrían las calles de la ciudad, el sol del anochecer lo molestaba y le recordaba que Moscú estaba mucho más al norte que las principales ciudades de Estados Unidos. Aún tardaría en oscurecer. Tal vez podría aprovechar ese tiempo.

El taxista paró delante del altísimo hotel.

—Seiscientos rublos.

Sam sabía que equivalían a unos veinte dólares. Contó los rublos que había cambiado en el aeropuerto y le entregó setecientos, mientras cogía su equipaje de mano y el de Remi y bajaba. El taxista aceptó el dinero y le dio un pequeño envoltorio.

—¿Qué es esto?

—Cójalo —dijo el taxista.

Sam lo aceptó, y después se volvió para mirar hacia atrás. Si algún coche los estaba siguiendo, no pudo localizarlo, pero sabía que descubrirlo tampoco serviría de nada. Oyó que el taxista pisaba el acelerador y se volvió de nuevo para mirar la matrícula. Estaba cubierta de tierra. Al cabo de un segundo cayó en la cuenta de que debía de ser pintura en spray o una mezcla de cemento de caucho y polvo aplicada una hora antes.

Se registró en el hotel, subió a su habitación y se sentó en la cama. Dejó el paquete sobre la mesa a su lado y lo miró. Marcó el número de su casa en La Jolla.

—Hola, Sam —dijo Selma—. ¿Te han llamado ya?

—Creo que están a punto. Voy a dejar conectado este móvil mientras abro el paquete que me acaban de dar. Te agradecería que escucharas lo que suceda, pero no hables hasta que yo te lo diga.

—De acuerdo.

Sam retiró el papel que cubría la caja, mientras examinaba con mucha atención los lados por si había algún cable conectado con un detonador. Cuando levantó la tapa, la estudió de costado, pero no vio nada extraño.

—Es una caja de cartón, sencilla, como de caramelos. No hay cables detonadores ni explosivos. Me la ha dado el taxista hace unos minutos. Hay un móvil. También una foto de Remi sosteniendo un periódico ruso. Los números de la fecha indican que es de hoy. Lleva la misma ropa que anoche, y no parece que le hayan hecho daño. No hay nada más.

El teléfono móvil de la caja sonó. Sam lo descolgó.

—Hola.

—Hola, señor Fargo. Dado que está en posesión de este teléfono, también habrá visto la foto y sabrá que tenemos a su mujer. Es muy guapa, y he de decir que parece muy inteligente. Debe de echarla muchísimo de menos.

—¿Qué es lo que desea tan terriblemente?

—Al grano. De acuerdo. Usted ha recuperado tres partes del botín que Atila robó a ciudades europeas cuando las conquistó en el siglo v. Tiene una encontrada en Italia, cerca de Mantua; una hallada en Francia, en Châlons-en-Champagne; y una localizada en Hungría, a orillas del Danubio.

—Yo no...

—No me interrumpa y no discuta. Sé que ustedes han cogido esos tesoros, y ahora me los dará a mí. Quiero esos hallazgos.

—Los tres han sido devueltos a los archivos nacionales de sus respectivos países. Existen tratados y leyes que impiden a la gente...

—Le he dicho que no discutiera conmigo. ¿Acaso le parezco preocupado por los tratados entre políticos extranjeros? Conseguir el rescate es su problema. En cuanto los tres tesoros se hallen en su posesión, llámeme pulsando el número programado en su teléfono nuevo que tiene el nombre de Remi.

—¿Qué pasará si no puedo conseguir esos tesoros?

—¿Por qué sufrir y pasar miedo? No necesito pensar en cosas terribles que hacer. No quiero prometerle una última y horripilante cinta de vídeo de su esposa si fracasa. Haga lo que le pido. Lo prefiero enérgico y confiado, centrado tan solo en recoger mi oro y entregármelo.

—Aunque pueda hacerlo, tardaré cierto tiempo.

—El tiempo no me preocupa. Si quiere tardar una semana en recuperarla, tarde una semana. ¿Un mes? Tómese un mes. Tómese seis meses.

—¿Dónde puedo...?

Sam comprendió que había prolongado la conversación el máximo tiempo posible. El secuestrador había colgado. Desconectó el móvil nuevo, se lo llevó al cuarto de baño y lo envolvió en una toalla, cerró la puerta y recuperó su teléfono.

—¿Selma?

—Estoy aquí. Lo he grabado. Pero no he averiguado nada, salvo que es ruso, habla bien inglés y no está asustado.

—Y ustedes, los del consulado, ¿han averiguado algo? —preguntó Sam.

La voz que le respondió era serena, queda y con acento estadounidense. No era Hagar, sino alguien que se le parecía mucho.

—Hemos determinado que un socio comercial ruso de Arpad Bako es un hombre llamado Sergei Poliakov. La policía rusa nos está preparando un informe sobre él.

—¿Dónde vive?

—En Nizhny Novgorod. Tiene una empresa de importación-exportación y una propiedad al oeste de la ciudad. Los rusos no nos han adelantado lo que saben, pero el agente que me pasó la información insinuó que es un personaje muy desagradable. Cuenta con gente en montones de lugares, puede que hasta en Estados Unidos.

—Gracias. Tendré que ponerme en acción ahora mismo. Voy a dejar los dos teléfonos móviles en mi habitación. Si pueden, encarguen a alguien que se mueva en coche con el teléfono de contacto con el secuestrador, y que lo envíen a amigos de Italia o Francia. Poliakov seguirá el GPS para saber dónde estoy.

—Pero ¿dónde estará usted? No puede ir solo por este país. Ni siquiera habla el idioma. No puede colaborar con la policía rusa, lo cual quiere decir que ha de tratar con ella a través de nosotros. Quiero que me prometa que no hará nada por el estilo.

El hombre, llamado Owens, dejó de hablar y escuchó. No había nadie en la línea. Cambió a una línea interna.

—Estamos a punto de perder el rastro de Sam Fargo. Se ha ido del hotel. Es probable que aparezca en las cercanías de Nizhny Novgorod dentro de una o dos semanas. Ha dejado nuestro móvil y el del secuestrador en su habitación. Manden a alguien a recogerlos. Después, envíen el teléfono del secuestrador de vacaciones a Roma, a París y a Budapest. Mantendrá con vida al pobre tipo durante un tiempo.

Nizhny Novgorod, Rusia

«Sam vendrá —se decía Remi—. Sam vendrá a por mí cueste lo que cueste. Ya está cerca. Habrá descubierto mi rastro».

Estaba tumbada en la cama aunque sospechaba que la mañana ya estaba avanzada. Había leído en algún sitio algo acerca de experimentos con sujetos que vivían en cuevas, sin luz del sol ni relojes, que alargaban poco a poco sus ciclos de sueño hasta un día de veintiséis horas. Oyó la leve llamada a la puerta de la chica que le llevaba el desayuno. Era sensible a los sentimientos de Remi. Llamaba aunque Remi estuviera encerrada y ella tuviera la llave.

La chica se llamaba Sasha, un nombre masculino, por lo general, pero tal vez era un mote, o incluso un nombre que había asumido porque trabajaba para un criminal y no quería que la identificaran. Tendría unos dieciocho años, y era esbelta y rubia, con los ojos verdes claros. Había aparecido en cinco ocasiones ya. Cada vez que entraba, Remi hablaba con ella.

—Buenos días, Sasha. Me has preparado un estupendo desayuno. Muchísimas gracias.

Sasha dejó el desayuno sobre la mesita y apartó la silla para que Remi se sentara, como hacía siempre. La chica nunca había dejado entrever durante las primeras visitas que hablaba inglés, pero Remi la había puesto a prueba dirigiéndose a ella en ese idioma en cada una de las visitas como si fueran amigas, y había hecho comentarios que la hicieran pensar.

En una ocasión había dicho que echaba de menos estar al aire libre y ver el sol, y sobre todo le encantaría admirar de nuevo las flores que había visto en la propiedad cuando llegó. En la siguiente visita, Sasha se presentó con un jarrón en la bandeja que contenía una pequeña flor amarilla. Remi le había expresado inmensa gratitud, y le repitió las gracias con idéntico entusiasmo la siguiente vez que le llevó una flor. Le gustaba el té ruso tan fuerte que Sasha le llevaba en un vaso con azúcar. Pero la segunda vez, decidió sacrificarlo. Había dicho: «Es demasiado intenso para mí. ¿Te apetece?», y con una expresión tranquilizadora se lo ofreció a Sasha. Remi dijo que lo que más le gustaba era el café endulzado con un poco de miel. Al día siguiente, Sasha le llevó el té fuerte como de costumbre y se lo tomó, pero también llevó café y miel. La joven se sentó en la cama con su té y se quedó con Remi mientras esta desayunaba.

Cada desayuno incluía café y té, y cada comida incluía una flor. Cuando Remi hablaba, formulaba preguntas a Sasha sobre el mundo exterior. Un día le llevó un tulipán púrpura y blanco particularmente hermoso, y Remi le preguntó dónde crecía. Sasha utilizó entonces tazas, el mantel, los platos y la cubertería para componer un pequeño plano de la propiedad. Mientras disponía las piezas, las iba describiendo en inglés: «Casa... jardín... carretera... establos... pastizal... garaje».

A cada visita, Remi intentaba fortalecer la amistad y averiguar todo lo posible acerca de la casa, los terrenos y sus ocupantes. Sasha no revelaba muchos datos. Escuchaba a Remi, tardaba uno o dos minutos en preguntarse a sí misma si la información podía ser peligrosa, y después se las ingeniaba siempre para contestar sin decir nada que pudiera meterla en líos.

Así pasaron cuatro días (doce comidas). Al final, Remi conocía, en parte por lo que había observado la mañana de su llegada y en parte por Sasha, la distribución aproximada de la casa y los terrenos. Sabía que había veinte hombres en la propiedad que no solían residir en ella, lo cual obligaba a Sasha a trabajar mucho más, pues eso significaba cocinar, limpiar, lavar ropa y platos para mucha más gente de la habitual. Y eran el tipo de individuos que ponían la piel de gallina a Sasha.

Lo que Sasha ignoraba era que se había guardado un tenedor en la manga el segundo día. La joven jamás habría sospechado que Remi, gracias a Sam, sabía abrir cerraduras con una ganzúa y que, pensando en ello, había utilizado un agujero practicado en el armazón de acero de la cama para doblar todos los dientes del tenedor salvo uno, el cual rompió para utilizarlo como llave de tensión.

Durante el sexto día de cautividad, Remi desenroscó un pequeño puntal metálico que mantenía enderezada la esquina del armarito del cuarto de baño y comprobó su utilidad golpeando las tuberías para hacer ruido. De esa forma, después de usarlo, podría dejarlo en su sitio y nunca lo encontrarían si registraban la habitación.

Se ganó todavía más el afecto de Sasha a base de dividir en dos partes iguales su primer postre y compartirlo, sin dejar de hablar acerca de qué ciudad estaba cerca y en qué dirección se encontraba Moscú. Cuando estuvo segura de que el silencio se había impuesto en la casa aquella noche, utilizó su diminuta ganzúa y la llave de tensión para alinear las clavijas de tope sobre la gacheta del fiador y abrir la cerradura. Practicó una y otra vez hasta que pudo hacerlo con facilidad y rapidez. Mientras ensayaba, se le ocurrió que Sam se quedaría asombrado al ver su maña en abrir cerraduras, ahora que era importante.

Salió y dedicó cinco minutos a explorar el pasillo oscuro y silencioso hasta encontrar la escalera trasera por la que había subido al llegar. Miró por dos ventanas diferentes la extensa propiedad y el río de aguas negras que corría al otro lado y descubrió la habitación que había en lo alto de la escalera, donde oyó roncar a dos guardias. Después intuyó que ya se había aventurado lo máximo que se atrevía y

regresó a su habitación, volvió a cerrar la puerta y se durmió.

El séptimo día practicó el código Morse que Sam había insistido en que aprendiera para ocasiones como aquella, a pesar de sus protestas de que ninguna organización militar lo enseñaba ya. Abrevió su mensaje a «Remi planta 4» y empezó a practicarlo en la tubería que alimentaba su lavabo. Los golpes debían ser suaves y quedos, y era preciso prolongarlos durante largos períodos para que los ocupantes habituales de la casa se acostumbraran a ellos y no les prestaran atención. Sasha y ella habían sostenido una conversación en inglés sobre el tiempo despejado y templado que hacía fuera, y la bonita vista del Volga desde la habitación de Sasha. Cuando las luces de la casa se apagaron de nuevo, Remi forzó la cerradura de su habitación y salió una vez más al pasillo a oscuras.

Su cuerpo era delgado y ágil, y Sam le había enseñado algunos trucos para caminar por un edificio a oscuras. Uno era que las tablas del suelo tendían a crujir más cerca del centro de un pasillo, y por eso caminar con sigilo consistía en avanzar un poco, detenerse al primer crujido y esperar, para que si alguien escuchaba no lo asociara con el siguiente crujido y decidiera que no estaban relacionados. Casi todos los ruidos producidos de esa manera no se consideraban de procedencia humana, tan solo parecían los habituales de una casa antigua que recibía una ráfaga de viento repentina o el azote de una rama en el exterior.

Cada día, mientras hacía sus ejercicios para mantenerse fuerte y ágil, Remi pasaba revista a todas las tareas que había realizado. Se aseguró de que no había descuidado ninguno de los preparativos que Sam la había obligado a practicar por si acaso. Durante las largas y felices temporadas en la casa de La Jolla, le había resultado difícil tomarse en serio dichos ejercicios, y Sam había bromeado y la había adulado para que aprendiera las partes aburridas. En ese momento, sin embargo, Remi reconoció que todo aquello la había ayudado a mantener alejado de sí el terror que acechaba dispuesto a paralizarla. El ejercicio le había proporcionado un objetivo y la había mantenido ocupada de una forma constructiva desde el primer momento de su cautiverio. Todo cuanto hacía le recordaba que no debía perder la esperanza, pero también le recordaba a Sam y lograba que las lágrimas amenazaran con desbordarse si lo permitía. «Sam va a venir, cada vez está más cerca —se repetía—. He de estar preparada».

Moscú

Sam cruzaba Moscú a pie solo a las ocho de la noche. Era inidentificable, una sombra, indistinguible de los cientos de miles de rusos que finalizaban su jornada laboral y volvían a casa. A algunos se los veía felices, hablaban entre sí y reían a carcajadas. Tal vez algunos habían estado bebiendo juntos un rato. Otros eran como Sam: hombres solitarios y cansados que guardaban cola para subir al autobús a fin de dirigirse a los lejanos suburbios donde vivía la gente corriente. Sam aguardó hasta ser el último, y cuando estuvo en el autobús, observó cuánto pagaban los demás y entregó el mismo importe.

Había dejado los dos teléfonos en su hotel para la CIA, con la esperanza de que sus secuestradores siguieran el desplazamiento de su móvil por toda Europa. Fue en dirección este hasta el final de trayecto del autobús y después siguió a unos cuantos pasajeros a cierta distancia. Entraron en altos edificios de apartamentos amontonados, como en los barrios de viviendas protegidas de las grandes ciudades estadounidenses.

La noche de verano era calurosa, y Sam consiguió encontrar un lugar donde dormir al raso, en una obra. Habían excavado los cimientos, y había un alto montón de tierra tapado con una lona, con varias cuerdas sujetas a argollas metálicas. Sam supuso que era para impedir que se acumulara el polvo o que la lluvia convirtiera la capa superficial en una pirámide de barro. Trepó hasta la mitad de la lona, para que no lo vieran desde la calle, y se tumbó. Hacía dos días que no conciliaba el sueño y se durmió de inmediato, y solo despertó cuando el sol estuvo lo bastante alto para darle en la cara.

Sam bajó y se encaminó hacia el este, siguiendo calles que parecían comerciales. Mientras andaba, apareció un ejército de hombres corrientes que iban al trabajo, y procuró mezclarse con ellos. Más adelantada la mañana encontró un mercado callejero que abarcaba toda una manzana. Había numerosas tiendas pequeñas con mesas delante que ocupaban la acera. Compró una gorra de *tweed* chata de ala corta, como las que llevaban los obreros estadounidenses durante la Depresión. Había visto algunas en las calles de Moscú, sobre todo utilizadas por ancianos; él la necesitaba para impedir que sus perseguidores le vieran la cara. Compró una chaqueta deportiva de poliéster y lana que imitaba el *tweed*, porque había visto que era de uso común. Le iba demasiado corta y holgada, de modo que parecía tener la espalda más ancha y ser más musculoso. Compró un par de pantalones a juego con la chaqueta, también

amplios, así como una camisa azul claro igual que las que había visto en el autobús. Sus últimas adquisiciones fueron un par de zapatos de puntera ancha, muy cómodos para caminar, y una bolsa de bandolera como las utilizadas por los estudiantes europeos para cargar con sus libros. Se cambió en un puesto protegido por cortinas. Y poco después, al pasar por delante de otra tienda, vio un montón de libros de segunda mano en un cajón.

Sam examinó las pilas de libros, fingiendo que los estudiaba, pero en realidad buscaba con desesperación un volumen escrito en algún idioma que no fuera el ruso. Cogió e incluso fingió hojear varios escritos en cirílico, hasta que al final vio algo diferente, una guía turística en francés. Se apoderó de ella de inmediato y se acercó al cajero.

Al cabo de pocos minutos de hojear su libro en francés, descubrió un plano que daba la impresión de plasmar la zona en la que se encontraba. Se alejó del mercado y continuó andando, hasta que encontró un pequeño parque público donde pudo sentarse en un banco y examinar los planos de la zona de Moscú. Después de estudiarlos un poco, descubrió que de las diversas estaciones de la ciudad salían trenes que solo iban a destinos concretos. El de Nizhny Novgorod salía de la estación Kursky, que se encontraba en el lado este.

Dobló la esquina de la página de la guía para poder localizar con facilidad el plano, guardó el libro en la bolsa junto con la ropa extra y empezó a andar en dirección a la estación. Caminó con paso seguro, y se detuvo a comer y beber en el tipo de establecimiento donde uno podía indicar por señas lo que quería, para a continuación entregar un billete a alguien con la razonable esperanza de recibir el cambio correcto.

Tardó todo el día en llegar al barrio que deseaba, y después tuvo que abordar a una familia en la calle, enseñarle el plano en francés y decir: «*Où est la gare Kursky?*». Eligió a una familia porque le parecía más seguro que abordar a una mujer, a la que quizá intimidara, o a un hombre, que podría ser un policía. Le señalaron la dirección correcta, con muchas palabras cordiales en ruso que no entendió.

Sam llegó a la estación Kursky por la noche, pero aún seguía atestada de gente y bulliciosa. Partían trenes a intervalos regulares en dirección a ciudades lejanas. Localizó un tablón de horarios y lo examinó durante largo tiempo. Aliviado, vio que las palabras estaban escritas en alfabeto latino, además del cirílico. Reconoció casi todos los nombres (San Petersburgo, Odessa, Vladivostok), pero no distinguió en ningún momento Nizhny Novgorod. Al principio, supuso que el agotamiento y la ansiedad se habían combinado para que no distinguiera el nombre. Miró una y otra vez, pero no lo vio. Siguió la hilera de mostradores y taquillas donde los empleados de la estación atendían a los clientes, y estudió sus rostros. ¿Debería probar con una mujer dado que las mujeres eran de natural compasivo?, se preguntó. ¿O quizá le

molestaría que la abordara? Las más atractivas lo interpretarían como un intento de seducción, y quién sabía lo que opinarían las demás.

Entonces oyó que alguien hablaba en inglés. Había un hombre detrás de un mostrador, con un uniforme que recordaba al de un revisor de tren. Estaba diciendo a una pareja de aspecto norteamericano que el importe era de novecientos rublos. Sam miró hacia atrás para comprobar que no se estaba colando delante de nadie y se plantó ante el hombre.

El individuo lo miró, a la espera de que hablara.

—Señor, soy incapaz de localizar Nizhny Novgorod en el tablón de horarios — dijo Sam.

—Gorky —replicó el hombre—. La ciudad se llamaba Gorky, y la línea férrea no cambió el nombre. Todos los rusos lo sabemos, así que no nosotros no tenemos problemas. Solo los extranjeros.

—Oh, muchísimas gracias.

Se sentía muy aliviado. Había imaginado un día más de trasladarse de estación a estación, todas muy alejadas entre sí.

—Yo lo ayudaré. ¿Cuándo quiere partir?

—Lo antes posible.

—Muy bien. Sale un tren a las 22.04. ¿Desea un billete?

—Sí, por favor.

—Serán novecientos rublos. Ciento once dólares y cincuenta centavos estadounidenses por un billete de ida de segunda clase, o cincuenta y cinco dólares por un billete de tercera.

—¿Y primera clase?

—Lo lamento, pero esos asientos ya están todos reservados. Son setecientos cincuenta kilómetros y el viaje dura ocho horas y diez minutos, de modo que la gente reserva asientos con mucha anticipación.

—Segunda clase, pues. Dos billetes —añadió, pensando que no debía desperdiciar la oportunidad de despistar. Las parejas eran menos sospechosas que los hombres que viajaban solos.

—Muy bien, señor.

Sam contó doscientos cuarenta dólares.

—Muchísimas gracias.

El hombre le devolvió el cambio en rublos.

—¿Puedo ver sus pasaportes?

Sam llevaba el pasaporte en la chaqueta, pero pensó que no debía dejar constancia de su nombre, porque la policía rusa se aprestaría a detenerlo, y los hombres de Poliakov lo matarían. Se palpó los bolsillos y compuso una expresión aterrorizada.

—Oh, no. Mi esposa lleva nuestros pasaportes.

Se volvió y torció el cuello, en busca de la imaginaria esposa. También había comprobado que la cola había aumentado a quince personas, muchas de las cuales parecían impacientes.

—Da igual —dijo el hombre—. Tome. —Le entregó los dos billetes—. Si alguien les pregunta en el tren, enséñele los pasaportes.

—Gracias otra vez.

Sam se fue corriendo.

Solo quedaban veinte minutos para que el tren partiera, de modo que Sam fue al andén y vio el nombre de Gorky en un letrero en cirílico. Ardía en deseos de subir al tren. Vio parejas de policías que caminaban arriba y abajo del andén, se detenían de vez en cuando para hablar con algún pasajero y en ocasiones pedían ver el billete. Se recordó que se trataba de un comportamiento perfectamente normal. Cuando había viajado en el metro de Los Ángeles, era habitual que parejas de ayudantes del sheriff, vestidos con sus pantalones y camisetas de color caqui, detuvieran a gente con el mismo porte autoritario semicordial: «No habrá olvidado comprar el billete, ¿verdad?». Lo principal era no levantar sospechas ni aparentar temor.

Cuando las puertas del tren se abrieron, sujetó el billete en la mano y subió. Pasó de vagón en vagón hasta encontrar uno con la inscripción «2me», con la esperanza de que significara segunda clase. Encontró un asiento libre junto a una ventanilla, casi al final del vagón. Se sentó a su lado un hombre de su misma edad, tan corpulento que invadía el asiento contiguo; su aliento delataba cierta ingesta alcohólica. Sam pensó en cambiar de sitio, pero no quería llamar la atención, y los asientos fueron llenándose uno a uno. Esperó unos minutos a que las puertas del tren se cerraran y la gente que lo rodeaba se acomodara. Apoyó la cabeza contra la ventanilla un rato, mirando el paisaje mientras el tren salía poco a poco de la estación, dejaba atrás los andenes, y después la estación de clasificación al aire libre, con sus docenas de vías paralelas, bajo el sol del anochecer. Hubo un momento de desorientación cuando un tren entró traqueteando en la estación por la vía de su izquierda, lo cual le produjo la inquietante sensación de que iba lanzado a gran velocidad.

Su tren aceleró a partir de aquel momento en dirección a la zona este de la ciudad. Confió en que al hombre sentado a su lado no le diera por charlar para matar el tiempo. En ese caso, Sam decidió que sonreiría como un estúpido, sacaría su pasaporte estadounidense y diría que solo hablaba inglés. Pero no hubo charla. El hombre cruzó los brazos, se reclinó en el asiento y cayó dormido. Al cabo de unos minutos, su respiración profunda se convirtió en un ronquido cuando inspiraba y en un silbido cuando espiraba. Sam estuvo mirando por la ventanilla una hora, hasta que los edificios grises que pasaban flotando fueron haciéndose cada vez más oscuros, más distanciados entre sí, y luego desaparecieron en la noche.

Había caminado durante casi todo el día, padecido muchos momentos de tensión

que debió superar, y había acabado por fin en un lugar cómodo y seguro, un tren que lo estaba llevando hacia Remi. El sonido repetitivo de las ruedas sobre las vías, la suave oscilación del vagón, hasta el leve sonido de dos mujeres que hablaban en voz baja resultaba tranquilizador. Al cabo de un rato, sucumbió al sueño.

Durmió durante siete horas y despertó en un vagón todavía a oscuras, lleno de gente dormida. Recordó haber visto en los horarios que el tren llegaría a Gorky a las cinco y cuarenta y cinco minutos. Consultó su reloj y vio que eran las cinco. Hacia el horizonte, el cielo se había oscurecido más que la noche, en preparación para la primera luz del amanecer. Aún no podía ver el sol, solo presentir su energía. Tenía tiempo para pensar en su siguiente maniobra. Comprendió que había sido un acto desesperado y estúpido subir a un tren que lo conduciría sin remedio a la estación de la ciudad natal de su enemigo. ¿Cómo era posible que Poliakov no tuviera fotografías de él para distribuir las entre las figuras escurridizas a las que contrataría para vigilarlo y avisarlo cuando bajara del convoy?

Sam se había abandonado a una postura pasiva y dejaba que el tren lo condujera hasta un lugar donde sus enemigos lo estarían esperando. Desde el momento en que había comprado el billete, había sido como una res camino del matadero. Cada giro que daba cerraba otra ruta alternativa y lo acercaba más al final. Veía desfilar los campos inmensos y los postes del teléfono. El aspecto de los campos de alfalfa lo tentaba a saltar en marcha, pero sabía que el tren iba demasiado deprisa. Tal vez si apareciera una curva, o una colina, el convoy aminoraría la velocidad, pero aquella zona era tan plana como las llanuras estadounidenses. No existían motivos para que el tren hiciera otra cosa que ir como una bala hacia la brillante mañana. Y entonces notó que moderaba la marcha.

Se palpó el bolsillo interior en el que llevaba el billete y se sentó en el borde del asiento para ver lo que pasaba. Todos iban despertando a su alrededor, se sacudían mutuamente, susurraban. Entonces la velocidad disminuyó de forma más manifiesta, y una voz grabada anunció una parada. Unos la interpretaron como la señal para levantarse y recoger sus pertenencias del portaequipajes, y otros para ponerse la chaqueta a fin de protegerse del frío matutino.

El tren entró en una estación que consistía solamente en un par de andenes exteriores, uno a cada lado de las vías, y un modesto edificio de ladrillo. No tenía ni idea de lo que ponía en el letrero. El convoy se detuvo, las puertas se abrieron, y los pasajeros tuvieron que bregar con sus pesados equipajes, sus hijos y el entumecimiento de llevar ocho horas sentados. Bajaron al andén y echaron a andar.

En un primer momento Sam tenía la intención de pegarse a la multitud, pero no había tal multitud. Una hilera de personas de aspecto muy diferente al suyo cruzaron el andén en dirección a una carretera rural que parecía desierta. Había llegado el momento, se dijo. Tenía que ser entonces. Se puso de pie, cruzó la puerta con su

bolsa y su gorra de estudiante y echó a andar. Oyó que las puertas se cerraban a su espalda, después un anuncio amortiguado en ruso a bordo del tren, y el gran motor diesel se puso en movimiento. Prosiguió su camino. Tras consultar su reloj, vio que eran las cinco y ocho minutos. Si el tren era puntual, faltaban treinta y siete minutos para Nizhny Novgorod.

Sabía que lo esperaba una larga caminata, pero también que quizá había salvado la vida. Pensó en la ruta que se disponía a tomar. El tren había corrido hacia el este durante horas, y no existían motivos para suponer que no fuera a seguir en esa dirección durante el resto del trayecto. Vio que el sol se alzaba en el extremo oriental de la carretera, de modo que se dirigió hacia allí. Se bajó la visera de la gorra para protegerse los ojos y clavó la vista en el suelo, abarcando unos tres metros por delante de él. Iba a liberar a Remi.

Sabía que tardaría en llegar, pero decidió que era mejor así. No quería atraer la atención, destacar entre la masa. Una vez llegado a su destino, quería ser como una gota de agua en una tormenta. Otro obrero ruso más que luchaba por ganarse el sustento.

Nizhny Novgorod, Rusia

Fue entrada la noche siguiente cuando Sam vio la enorme granja que una mujer le había señalado en la carretera. Había grandes campos rodeados de vallas, pero no parecía haber otra cosa que hierba. A un kilómetro de distancia de la carretera vio la gran mansión antigua y cierto número de edificios blancos, al otro lado de lo que debían de ser graneros y establos. Supuso que había un río que corría en la parte de atrás de la granja, por debajo de la carretera y en dirección al Volga. En casi todos los campos crecía vegetación herbácea que no pudo identificar de noche, pero en las orillas crecían altas cañas, y el curso fluvial estaba marcado por una larga hilera de arbustos y árboles que prosperaban debido a la abundancia de agua.

Bajó al río y lo siguió en dirección a la gran mansión. Sabía que si alguien miraba hacia allí desde la casa solo lo vería parcialmente debido a la hondonada del cauce; además, la vegetación dificultaría que alguien distinguiera su silueta. También supuso que los guardias apostados esperarían que los problemas llegaran desde la carretera, no del riachuelo.

Sam caminaba con paciencia, el oído atento y el ojo avizor. En una ocasión se quedó petrificado y notó que el corazón le martilleaba en el pecho, porque había oído un ruido delante, pero después se dio cuenta de que solo era el sonido de una rana toro saltando de una roca al agua, río arriba. Escuchó la llamada de las aves nocturnas, con la intención de detectar cualquier nota de alarma indicadora de que se estuvieran acercando hombres.

Y entonces llegó a un puente de madera arqueado de escasa altura que conducía desde el campo vallado hasta el jardín de la mansión. Subió por la orilla y se sentó al lado del puente para mantenerse oculto mientras estudiaba el edificio. Tenía cuatro plantas y una mansarda, pero no vio ni rastro de luces en la parte delantera. Buscó las entradas. Mientras tanto, un par de hombres aparecieron a su derecha, caminando en dirección a la mansión desde una zona que le pareció un jardín de diseño. Pasaron de largo de la casa, y Sam observó que ambos iban armados con metralletas colgadas al hombro. También portaban poderosas linternas LED, y uno de ellos sacó la suya y pasó el haz brillante sobre los matorrales que crecían delante del edificio mientras caminaban. Iluminó el costado de la casa hasta la segunda planta, y Sam observó que había una ventana abierta en lo que debía de ser el final de un pasillo.

Los dos hombres doblaron la esquina y continuaron patrullando. Sam esperó tan

solo un par de segundos para estar seguro de que se habían ido y corrió a través del césped hacia el final de la mansión por donde aquellos acababan de pasar. Comprobó que la cañería que corría cerca de la ventana abierta podía aguantar el peso de un hombre y empezó a trepar. Llegó a la segunda planta, apoyó la mano sobre el marco de la ventana y se izó sobre el antepecho. Se agachó cerca del cristal y escuchó. No oyó sonidos de pasos.

Creyó oír algo totalmente diferente en el silencio, un tenue golpeteo de metal sobre metal. A su lado había una puerta abierta. Avanzó hacia ella y vio que era un dormitorio. Continuó hasta la puerta siguiente, que era un cuarto de baño. En ese momento oyó el golpeteo con claridad y, al cabo de un momento, comprendió lo que era.

Remi planta 4

.-. . — ...—. .-...- -. -.--

Remi planta 4

.-. . — ...—. .-...- -. -.--

Remi utilizaba el puntal metálico que había cogido del armarito para golpear la tubería por lo que creía la enésima vez. Cada noche, cuando la casa se recogía en el silencio y estaba segura de que los demás estaban dormidos, empezaba a enviar señales de nuevo. En primer lugar abría la cerradura de la puerta de la habitación, dejando el diente suelto del tenedor dentro para poder cerrarla, arrastrando las clavijas de tope sobre la gacheta de manera que ocultara el diente. Abría la puerta, escuchaba con detenimiento y recorría el pasillo hasta la ventana para asegurarse de que era de noche y todos estaban dormidos. Después volvía y empezaba a enviar las señales.

Siempre dejaba la puerta cerrada sin llave para estar preparada por si Sam aparecía. Le costaría mucho encontrarla, pero ella sabía que lo haría. Era un hombre brillante, y la quería tanto como el aire que respiraba. Nada lo detendría mientras siguiera con vida. Remi no tenía ni idea de cuándo llegaría a aquella remota mansión rusa, pero sabía que estaba de camino.

Casi todas las noches enviaba las señales mediante la tubería hasta que calculaba que eran las cinco de la mañana y estaba a punto de amanecer. Entonces examinaba el pasillo para confirmar la hora, cerraba la puerta con llave y dormía. Hacía una semana que se había convertido en un ser nocturno que dormía durante largos períodos entre comida y comida, salvo cuando hacía ejercicio, se bañaba o interrogaba a Sasha sobre el mundo exterior.

Y entonces llegó él. Remi estaba dando golpecitos sobre la tubería como de

costumbre, cuando tomó conciencia de que algo había cambiado. Había estado en aquel espacio confinado durante tanto rato que la intrusión de otro ser humano lo cambió todo: el aire, los sonidos y una nueva vibración en el suelo cuando él entró.

Remi se puso en pie al instante como impulsada por un resorte, corrió hacia Sam y lo rodeó con los brazos. Lo apretó contra sí con todas sus fuerzas durante diez segundos al tiempo que las lágrimas anegaban sus ojos. Reconoció el contorno familiar de los hombros debajo de la abultada chaqueta. Después lo miró y susurró:

—¿Por qué has tardado tanto? ¿Te gustaba la soltería?

—No. Pero olvidaste avisarme de que te ibas.

—Ah. Lo siento.

—¿Preparada para marchar?

—Casi. —Se sentó en la cama y se puso los zapatos—. Hemos de seguir por ahí y bajar la escalera trasera hasta la segunda planta, y así pasaremos de largo el piso de la familia y de los guardaespaldas. Después utilizaremos la escalera principal para llegar a la primera planta, y de ese modo no pisaremos la cocina, donde los guardias descansan de noche.

—¿Cómo lo sabes?

—Hice una amiga, una chica que trabaja en la cocina. ¿Cómo has entrado en la casa?

—He visto que habían dejado abierta una ventana de la segunda planta. Resultó que daba a un pasillo. He oído tu señal, y desde allí he subido por la escalera de atrás.

—Pura chiripa. Era la única forma de entrar. —Remi se puso en pie—. Estoy preparada.

Abrió la puerta y salió, esperó a Sam y cerró con llave.

Lo guio por la escalera de caracol durante dos plantas, y después avanzó con sigilo y cautela por el pasillo. Se detuvo a escuchar los ronquidos de los dos guardias en su habitación y se dirigió a la amplia escalera. Los peldaños estaban alfombrados, y eso amortiguaba sus pasos. Descendieron a la planta baja, donde había un enorme vestíbulo con suelo de mármol y un mosaico redondo con un escudo de armas en el centro. Cuando pisaron su superficie, dio la impresión de que tres hombres se materializaban de una entrada en sombras que había al lado de la escalera.

Uno de los tipos tiró hacia atrás la corredera de su metralleta Škorpion, pero el que estaba a su espalda le aferró el hombro y dijo algo en ruso que lo impulsó a bajar el arma.

—Nos necesitan vivos —dijo Sam a Remi—, para entregarles el tesoro.

—¿Me lo prometes?

Los tres se precipitaron hacia Sam y Remi, quienes se separaron y los esquivaron. Sam hizo una finta a un lado y aprovechó el impulso del primer hombre para arrojarlo hacia la barandilla de la escalera y después propinó al segundo un puñetazo en la

cabeza cuando pasó junto a él.

Remi retrocedió hacia la gran chimenea que dominaba el vestíbulo. Cuando el tercer hombre se abalanzó sobre ella, cogió el atizador. El individuo dio un paso vacilante hacia ella, pero Remi ni se inmutó.

—Me has elegido a mí porque soy la única chica.

El hombre sonrió.

—Mala elección.

Remi remedó una estocada con el atizador, que se extendía treinta centímetros más, como mínimo, de lo que el hombre había calculado, y lo golpeó con fuerza sobre el estómago. El tipo se dobló en dos y se llevó las manos al vientre, y Remi lo golpeó en la cabeza. Él se enderezó y cargó hacia ella, convencido de que en un espacio reducido podría dominarla. Pero Remi saltó a un lado y lo golpeó en la nuca con el atizador. El hombre quedó inconsciente en el suelo.

Vio que los otros dos se habían recuperado y corrían hacia Sam, de modo que arrojó el atizador hacia los tobillos del más cercano. Cuando el individuo tropezó, Remi recuperó el atizador y le dio con él en la cabeza. El tercer hombre, el que llevaba colgada la metralleta Škorpion al hombro, empezó a alzar el arma hacia ella, pero Sam le propinó una patada en la rodilla y se dispuso a arrebatarse la metralleta en cuanto el tipo cayó.

El arma se disparó y escupió todos los proyectiles contra el suelo, la pared del otro lado y la escalera. Sam le dio un puñetazo en la cara al hombre, cuya cabeza rebotó en el suelo. Cogió el arma y sacó un cargador lleno del estuche de cuero sujeto a la correa, expulsó el vacío e introdujo el nuevo.

Remi ya había recorrido la mitad del vestíbulo en dirección al comedor. Ambos oyeron el estruendo de muchos pies calzados con botas que bajaban la escalera desde la segunda y la tercera planta.

Sam alcanzó a su mujer y atravesaron juntos a toda velocidad el enorme comedor, con su mesa de nueve metros, y luego entraron en la cocina.

—¿Sabes adónde vamos? —preguntó Sam en un susurro.

—Hemos de salir, pero no podemos hacerlo ahora porque seremos un blanco claro.

—Tendremos que armar un cirio con lo que haya aquí.

Sam atrancó con el pestillo la puerta que daba al comedor y corrió al otro lado de la cocina, donde cerró la puerta que daba a la escalera de atrás. Después echó la llave a la puerta que conducía al exterior. Oyeron pies que corrían mientras los hombres tomaban posiciones.

Sam se acercó a la gran cocina de gas similar a las de los restaurantes y encendió los fogones. Solo se oyó el chasquido repetido de las bujías de encendido cuando produjeron chispas.

—Han apagado el gas —explicó—, pero no la electricidad porque necesitan luz para cazarnos.

Sam abrió la puerta de la despensa, pulsó el interruptor para iluminarla y miró en el interior. Había un barril de un metro y medio de profundidad y noventa centímetros de diámetro.

—Harina —dijo.

Lo inclinó y lo hizo rodar hasta el centro del suelo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Remi.

—Necesito unos sesenta gramos de harina por cada metro cúbico de aire. Ayúdame.

Inclinó el barril, cogió la harina con ambas manos y la arrojó al aire. Remi lo imitó. Corrió hasta el lado opuesto de la cocina, donde había un gran ventilador sobre una base de metro y medio de altura. Después de conectarlo, lo apuntó hacia el gran montón de harina que, al cabo de unos segundos, se convirtió en una nube.

—Entra en la despensa —dijo Sam, al tiempo que cogía dos sartenes de la encimera, se arrodillaba en el suelo y, tras llenarlas de harina, iba arrojando su contenido lo más deprisa posible.

Miró a su alrededor, y tras asegurarse de que todo estaba saliendo como él quería, corrió hacia la despensa para reunirse con Remi. Cerró la puerta, se arrodilló a su lado con la luz todavía encendida, embutió unas cuantas bayetas bajo la puerta y la rodeó con el brazo.

—¿Una bomba de harina, Sam? —preguntó ella.

—Casi todo explota si lo manipulas como es debido. Una vez haya suficiente harina en el aire, las bujías de encendido de la cocina deberían inflamarla. Cierra los ojos, tápate los oídos y abre la boca. No levantes la cabeza.

Permanecieron inmóviles. Se produjo un momento terrible cuando la luz de la despensa se apagó. Ya no se oía el ruido del ventilador ni el chasquido de las bujías de encendido de la cocina.

—Bien, se acabó —dijo Sam.

—¿El qué?

—Han desconectado el conmutador principal. No hay encendedor que valga.

Con una única avalancha de sonidos, las puertas de ambos lados de la cocina empezaron a resonar, atacadas por hombres que utilizaban objetos pesados a modo de arietes. Oyeron muchos pasos fuera, hombres que corrían hacia la parte posterior de la cocina. Sam se valió de la corredera para introducir la primera bala en la recámara de la Škorpion que había requisado al guardia. Giró el pomo de la puerta de la despensa y la abrió unos centímetros. Los ventiladores se habían detenido y la blanca harina estaba suspendida en el aire perfectamente inmóvil, tan espesa que era difícil ver el otro lado de la cocina y costaba respirar. En un instante, Sam supo lo que iba a

suceder. Cerró la puerta, empujó a Remi hacia el suelo y la protegió con su cuerpo.

—No te levantes.

Una ventana de la cocina cayó sobre el suelo en mil pedazos, y una metralleta empezó a escupir balas y chispas de pólvora encendida hacia el interior de la habitación (¡PUM!), y eso bastó.

La harina suspendida en el aire estalló en una enorme y feroz llamarada. Impulsó las puertas de la cocina hacia fuera, una hacia el comedor y la otra contra la escalera de atrás, arrancó la madera de sus goznes y dejó sin sentido a los seis o siete hombres que habían intentado derribar las puertas. Los que se hallaban en la parte posterior de la cocina se llevaron la peor parte, porque en el instante en que la explosión pulverizó los cristales de las ventanas casi toda la pared saltó por los aires también, envuelta en llamas. Las partes de la cocina que todavía se tenían en pie estaban asimismo ardiendo.

Sam se levantó y alzó la puerta de la despensa, que había caído sobre su espalda. Remi se sentó con un esfuerzo. Ambos estaban blancos como fantasmas, cubiertos de harina de pies a cabeza. Sam contempló el desastre.

—¿Puedes correr?

—Como un conejo asustado.

Huyeron a toda velocidad de la despensa en dirección al agujero abierto en la pared de atrás y salieron a la noche. El fuego ya estaba propagándose por la mansión, y mientras corrían oyeron que se disparaban las alarmas contra incendios que funcionaban con baterías, en un coro cada vez más ruidoso. Atravesaron el jardín en dirección a la oscuridad.

Remi agarró la mano de Sam.

—El establo está allí —dijo, al tiempo que se desviaba hacia un edificio largo y bajo. Sam aceleró.

Detrás de ellos estaban sacando a rastras del edificio invadido por el humo a los hombres heridos, muchos de los cuales tosían, y a otros que habían sido alcanzados y sufrían heridas y contusiones a causa de las puertas y las ventanas que volaban.

Remi y Sam entraron en el establo, donde vieron una fila de diez casillas con caballos dentro. El estruendo había alarmado a los animales, que agitaron la cabeza y miraron a los dos intrusos con ojos desorbitados de miedo. Al final de la fila había un caballo que pateaba la puerta de su casilla y producía un ruido semejante a disparos.

Remi recorrió las casillas y habló con los caballos.

—Hola, muchacho. Eres un chico grande y listo. Y bonito también.

Palmeó las ancas de cada caballo, mientras les murmuraba dulces palabras. Al poco, dio la impresión de que se habían calmado algo, pero fuera continuaban los inquietantes ruidos humanos, gritos, pies que corrían y alarmas contra incendios.

Sam sujetó la Škorpion en la mano y miró por la puerta entreabierta.

—No van a conectar la electricidad.

—¿Tú lo harías?

—Probablemente no. La oscuridad debería ayudarnos a salir por la parte posterior de este edificio a los campos.

—Lo mejor será que ensilles tu caballo.

—¿Caballo?

—No podemos correr más que ellos porque no tenemos coche, y es imposible que consigamos uno sin que nos peguen un tiro. Un caballo es capaz de correr a campo traviesa donde no hay carreteras. Sasha dice que las vías del ferrocarril están por ese lado y que conducen a la estación. —Remi pasó una silla inglesa sobre el caballo y sujetó la cincha—. Sé bueno, muchachote. Cálmate.

—Haré lo que pueda —dijo Sam.

—No estaba hablando contigo, pero cálmate de todos modos.

Sam caminó hasta la pared del establo donde colgaban los arreos, y eligió una silla, una manta, un bocado y una brida. Se acercó a un caballo, que se encabritó y pateó la pared.

—Ven aquí —dijo Remi—. Este me da buenas vibraciones.

Sam fue a la otra casilla.

—De acuerdo, hermoso monstruo. Tú yo vamos a ser los mejores amigos del mundo. —Ensiló el caballo y le puso la brida—. Ahora huiremos de unos mil rusos antes de que maten a tus simpáticos amigos nuevos.

Sam y Remi guiaron a sus monturas hasta el final del establo, lejos de la casa, el fuego y el estruendo. Remi salió con su caballo, lo montó y esperó. Sam, un jinete mucho menos avezado, se aupó a la silla, pero el animal giró en redondo y tuvo que sujetar las riendas con ambas manos para controlarlo, de modo que tiró el arma a un lado.

—Tranquilo, colega. Soy tu amigo, ¿recuerdas?

El caballo pareció decidir que prefería alejarse de la casa y se puso a medio galope.

Se hallaban en un amplio prado donde los caballos debían de correr libremente durante el día, de modo que en ese momento el caballo se mostraba calmado. Sam palmeó al animal y habló con él. En el siguiente paddock, Sam vio barreras para carreras de obstáculos, y presintió que las cosas no iban a mejorar en su caso. Por lo visto, eran caballos de carreras de obstáculos, y si bien Remi había sido una entusiasta amazona de niña, Sam no tenía ni idea de lo que estaba haciendo.

Oyó gritos, pero esa vez parecía que sonaban cerca de la zona de los caballos. Oyó varias veces el silbido de una bala que pasaba cerca y después el tableteo de metralletas. Vio que la montura de Remi aceleraba y galopaba hacia la blanca valla situada al final del campo.

Mientras su mujer la saltaba, Sam dedicó un segundo a observar que la blancura de la valla, en la que se reflejaba el resplandor del incendio, conseguía que todo cuanto se hallaba al otro lado pareciera negro. No podía distinguir muy bien ni a Remi ni a su caballo. El de Sam continuó adelante, y él deseó que el animal creyera, sin el menor motivo para ello, que su jinete tenía una gran experiencia y que estaba seguro de sí mismo. Ante su asombro, el caballo corrió hacia la valla y saltó en el aire. Mientras Sam volaba, oyó que Remi le gritaba que se inclinara hacia delante, así que obedeció, y entonces el caballo se posó en tierra, primero las patas delanteras y después las traseras, y Sam consiguió mantener el equilibrio.

Los caballos continuaron corriendo, no tan raudos como al principio, pero todavía a una velocidad que Sam podía tolerar. El campo se le antojaba un mar de negrura infinito. Los animales continuaron al galope durante unos tres kilómetros sin toparse con ningún obstáculo. A lo lejos, y hacia su derecha, Sam y Remi vieron luces en una carretera. Era difícil saber si los destellos ocasionales estaban relacionados con ellos, pero no se acercaron más a la carretera y las luces no se desviaron en ningún momento hacia ellos o se detuvieron. Los Fargo aminoraron la velocidad, y después desmontaron y caminaron un rato en la oscuridad con los caballos para que descansaran y se refrescaran. Cuando Remi notó que los animales estaban preparados, montó en el de ella y empezó a cabalgar hacia delante, acelerando poco a poco. Sam la siguió.

Sergei Poliakov caminaba delante de la mansión incendiada, alejado unos nueve metros de las llamas que lamían sus costados y parpadeaban en lo alto del tejado. Daba la impresión de que la parte posterior de la casa había estallado hacia fuera debido a una explosión. Qué había estallado, no tenía ni idea. Desde el inicio del incendio, habían detonado un par de alijos de municiones, pero habían sido descargas veloces como ristas de petardos, no grandes explosiones. Tal vez no habían apagado el gas por completo. Probablemente nunca lo sabría.

La explosión era un ultraje, un insulto tan monumental que aún no había encontrado la forma de reaccionar a él. Su pelotón de guardaespaldas y esbirros, elegidos en persona, muy bien entrenados y muy bien pagados, había fracasado estrepitosamente contra un solo hombre que actuaba en un país extranjero y que había llegado a pie para rescatar a su esposa.

La palabra «esposa» desató toda una nueva serie de preocupaciones. Su esposa, Irena, y sus hijos estaban en Moscú, adonde habían ido para ver a los padres de ella. Eso lo tranquilizaba, pero dentro de pocos días regresarían a casa, a aquel horripilante y terriblemente estragado edificio.

Sus estúpidos hombres habían formado pelotones y empezado a combatir el incendio con mangueras. Los vio imitar a tropas bien entrenadas y se sintió ofendido

por su tardía e inútil disciplina, así como por su falta de profesionalidad.

A continuación, primero muy tenues, y después cada vez más altos, oyó los aullidos de las sirenas. Sus hombres se miraron entre sí, sonrientes al darse cuenta de que llegaba ayuda y siguieron rociando las llamas con agua. Poliakovoff atravesó corriendo el patio y aferró el brazo de Kotzov, el jefe de sus guardaespaldas.

—¿Has oído esas sirenas?

—Sí. En cuestión de minutos habrán apagado estos incendios.

—No, estúpido. ¿No te acuerdas de lo que hay almacenado en el sótano? Di a tus hombres que dejen de tirar agua. Ordénales que empapen de gasolina lo que queda de la planta baja. Bloquea la carretera que viene de la autopista para retrasar a los bomberos. Hemos de conceder tiempo a la casa para que arda, antes de que los bomberos y la policía lleguen y echen un vistazo a esas drogas.

Poliakovoff permaneció alejado mientras sus hombres dejaban de combatir el fuego y corrían a extraer el combustible de los coches y los camiones para alimentarlo. Aquello también formaba parte del ultraje. Esos Fargo lo habían obligado a quemar su propia casa. Qué humillación. Tendría que haber matado a aquella mujer en cuanto la vio.

En la estepa, a kilómetros de distancia, Sam y Remi vieron vías de tren al otro lado de la carretera que destellaban bajo la luz de la luna.

—Sasha tenía razón —dijo Remi—. Aquí están las vías.

—Sí, pero ¿en qué dirección se encuentra la estación?

—En ambas, tonto. El tren funciona así.

—Me refiero a la estación más próxima. De todos modos, supongo que da igual. Nizhny Novgorod está por ahí, así que hemos de ir en el sentido contrario.

Mientras empezaban a cruzar la carretera con los caballos, vieron los primeros faros delanteros desde hacía horas. El coche apareció muy lejos, pero fue acercándose cada vez más. Se dieron cuenta enseguida de que jamás habían visto un automóvil semejante. Tenía tres faros delanteros, el par de costumbre y un tercero entre ambos, en el morro. Cuando el coche dobló la curva y se pegó al lado para tomarla, el faro central se movió y apuntó en la dirección que seguía.

El vehículo aminoró la velocidad y se detuvo delante de Sam y de Remi. Era de un color bronce oscuro, largo y bajo, con un chasis que se estrechaba en la parte de atrás, tan aerodinámico como una nave espacial de fantasía. Parecía nuevo, pero de alguna manera uno se daba cuenta de que era de época. Era un diseño futurista del pasado.

Al volante del coche iba un hombre de cabello canoso y barba blanca cortada con esmero. Llevaba una colorida camisa hawaiana iluminada por la luz del salpicadero en la oscura noche rusa. Bajó del coche y se acercó a Sam y a Remi. Vieron que era

alto y que caminaba muy erguido.

—¿Puedo ayudarlos? —preguntó en ruso con voz queda.

—Somos estadounidenses —contestó Sam en inglés, vacilante.

—Si no le importa que se lo diga, da la impresión de que necesitan que alguien les eche una mano —contestó el conductor en inglés. Eso recordó a Sam y a Remi que tenían la cara y la ropa cubierta de harina, hollín y polvo, pegados a su piel debido al sudor.

La puerta del pasajero se abrió y bajó del vehículo una mujer alta y bella, con el cabello rubio platino tan claro como el de su acompañante.

—Qué caballos tan bonitos —dijo—. ¿Dónde los han comprado?

—Los robamos —contestó Remi—. Estamos huyendo de un gángster ruso y de sus hombres. Me secuestraron.

—Pobrecitos —dijo la mujer—. Los sacaremos de aquí, pero antes hay que hacer algo con los caballos.

—A Janet le encantan los animales —explicó el hombre—. Ese prado de ahí está vallado, y veo que hay agua porque la luna se refleja en ella. Podríamos soltarlos dentro.

El hombre los ayudó a quitar las dos estacas de arriba. Condujeron a los cansados caballos al interior y volvieron a colocar las estacas en su sitio. Sacaron las sillas y las bridas y las colgaron de la valla. Sam y Remi dieron a los animales una palmada y un abrazo, y después Remi les habló en susurros un momento.

Sam y Remi volvieron a la carretera, y el hombre les abrió la puerta para que subieran al asiento trasero. Se puso al volante y se alejaron.

—¿Qué clase de coche es este? —preguntó Remi.

—Es un Tucker —contestó el hombre, muy satisfecho.

—Le gustan los coches —explicó la mujer.

—Sí, y a los dos nos gusta viajar. Cuando me enteré de que estaba en venta, decidimos venir en persona a recogerlo. Será un valioso elemento nuevo de mi colección.

—¿Cómo llegó un Tucker de 1948 al interior de Rusia? —preguntó Sam.

—Así que conoce la marca.

—Sé que solo lo fabricaron durante un año. Nunca había visto ninguno.

—Tucker fabricó cincuenta y uno. Hasta ahora únicamente quedaban cuarenta y cuatro. Este va a ser el cuarenta y cinco. Un astuto funcionario ruso se dio cuenta en 1948 de que el Tucker era algo especial y pidió a alguien que le comprara uno en Estados Unidos. Creo que quería ocultarlo y copiarlo, pero cuando el coche llegó aquí el hombre se había metido en problemas y fue enviado a Siberia. Este Tucker ha estado guardado en un almacén todos estos años.

—¿Cómo va a llevarlo a casa?

—Por tren desde aquí hasta Vladivostok, por barco hasta Los Ángeles, y de allí lo conduciré a casa. Están invitados a acompañarnos durante todo el trayecto que quieran.

—Es un honor y un placer —dijo Remi—. Nos dirigimos hacia el extremo este de Kazajistán.

—Sé que esto les va a parecer raro —intervino Sam—, pero ¿les suenan nuestras caras? Creo que nos encontramos una vez en África.

El hombre los miró a ambos por el retrovisor.

—No que yo recuerde. A mucha gente le suena mi cara, pero me parece que se debe a mi barba. Cualquiera puede dejarse barba.

—Siéntense y disfruten del viaje —dijo la mujer—. Si les apetece un aperitivo o algo de beber, solo díganlo.

—Muchísimas gracias, pero creo que intentaré dormir un poco —dijo Remi—. Suelo acostarme al amanecer.

Mientras el sol se alzaba, el Tucker de 1948 corría hacia él suavemente, impulsado por su motor de avión transformado. Sam se sentía maravillado de haber recuperado a Remi, quien tenía apoyada la cabeza en su pecho mientras dormía. Al cabo de poco, él también se quedaría dormido, pero todavía no. Un momento como aquel era demasiado bueno para interrumpirlo.

Estepa rusa

Por la mañana arribaron a una pequeña estación situada al este del Volga, lo bastante lejos de Nizhny Novgorod para que el revuelo causado por el Tucker no llegara a los oídos de sus enemigos. El hombre alto de la camisa hawaiana abrió el maletero de la parte delantera del coche y les enseñó dos maletas de piel.

—No los dejarán subir a un tren con ese aspecto. Será mejor que se lleven algo de ropa al lavabo, se asean y se cambien.

Abrió la maleta que llevaba las iniciales C C, y Sam eligió unas cuantas prendas masculinas. La marcada como J C contenía ropa de mujer para Remi. El señor C. cerró las maletas y el maletero, mientras Sam y Remi iban a la estación a cambiarse. La ropa les iba larga, pero se subieron un poco las perneras de los pantalones y salieron con un aspecto casi normal, a tiempo de ver que el señor C. supervisaba la carga de su Tucker en un vagón especial utilizado para mover equipos pesados. A continuación lo inmovilizaron con cadenas y lo cubrieron con una lona para protegerlo del polvo y la lluvia, y después cerraron el vagón a cal y canto.

Los Fargo y los C, sus rescatadores, esperaron unas horas en la terminal a un tren llamado *Rossiya* n.º 2, que hacía la ruta Moscú-Vladivostok. Tardaría siete días y recorrería 9900 kilómetros. Sus nuevos amigos, quienes daban la impresión de conocer cualquier punto de la Tierra, pero no decían cuándo habían viajado allí, inspeccionaron cómo enganchaban el vagón especial al convoy y después ayudaron a Sam a comprar dos literas en el *Spliny*, coche-cama de primera clase, hasta la ciudad rusa de Omsk.

En cuanto estuvieron en el tren, atravesando la estepa rusa, Sam pidió a C. C. que le prestara su teléfono móvil. Fue a su sala de estar privada, se sentó al lado de Remi y conectó el altavoz. Llamó al número que el hombre del consulado de Estados Unidos en Moscú le había dado.

—Soy Sam Fargo —dijo.

La operadora le pasó de inmediato a otra línea.

—Hola, Sam. Soy Hagar.

—Hola. Gracias por aceptar mi llamada.

—¿Dónde estás?

—En el Transiberiano con mi esposa, que está sana y salva. También creo que deberías saber que el caballero que era su anfitrión, el señor Poliakoff, ha tenido mala

suerte. Se le incendió la casa, y algunos de sus empleados han resultado heridos.

—Tengo entendido que ardió hasta los cimientos y que la policía está investigando ciertas sustancias misteriosas almacenadas en su sótano.

—Muy interesante. Bien, muchísimas gracias por ayudarme cuando lo necesitaba.

—Nos habría gustado hacer más, pero supongo que el señor P. no era tan malo como él creía. Nuestro amigo mutuo de Langley te envía sus felicitaciones y sus respetos a la señora Fargo.

—Gracias.

Sam finalizó la llamada y después marcó el número de su casa de La Jolla.

—¡Sam! ¿Eres tú?

—Pues sí. Y Remi está conmigo, en un tren.

—Gracias a Dios. ¿Adónde vais?

—A la siguiente parada. A donde íbamos cuando ocurrió todo esto.

—¿Estás seguro de que quieres...?

—No nos apetece abandonar solo porque el otro bando se haya puesto desagradable. Por lo tanto, seguimos en la dirección correcta. Puede que nuestra ruta sea un poco menos predecible.

—¿Puedo enviar a Pete y a Wendy para que os ayuden?

—Solo envía algo de equipo, de momento. Consíguenos un hotel en Taraz, en Kazajistán, y mándalo todo allí. Necesitaremos un boroscopio de inspección industrial de fibra óptica con tubos metálicos rígidos telescópicos. También una cámara y una luz, cuya anchura no exceda de los seis milímetros. Es posible que precisemos unos cinco metros de extensión. Además, añade un ordenador portátil y un magnetómetro.

—Dalo por hecho.

—Y descarga en el ordenador cualquier información que consigas sobre la ciudad de Taraz, el padre de Atila o la arqueología en esa parte del mundo. Tendremos que hacer un cursillo intensivo para obtener resultados.

—Nos pondremos a trabajar en ello ahora mismo. Cuando Remi desapareció, dejamos paralizada la búsqueda del tesoro.

—Gracias —dijo Remi—. Ahora ya estoy libre, y los dos nos encontramos bien, así que podemos reemprender lo que estábamos haciendo.

—Estupendo. Deja que dé a Albrecht y a los demás la buena noticia, y nos pondremos en contacto lo antes posible.

Sam devolvió el teléfono a C. C. Al cabo de poco, los Fargo estaban sentados viendo desfilar la estepa ante la ventanilla, aunque lo que se veía a lo lejos no cambiaba nunca. La llanura siempre estaba en movimiento, los vientos azotaban los mares de hierba y la ondulaban como si fuesen olas. Las distancias eran enormes. Sam y Remi se durmieron, y cuando despertaron vieron la misma panorámica: las

llanuras cubiertas de hierba, el cielo y lo que parecía una cantidad interminable de raíles y traviesas que hacían resonar las ruedas bajo su vagón.

Al cabo de unas horas, sin previo aviso, el tren redujo la velocidad y llegó a una pequeña estación. Había lugareños en el andén, todos ellos congregados para vender alimentos y artículos de primera necesidad locales: fruta fresca, pan, té caliente y diversos tipos de pasteles.

La primera vez que eso sucedió, sus nuevos amigos, los C., acudieron a su sala de estar.

—Dejad que elijamos cosas para vosotros —dijo la mujer—. Os prometo que os gustarán todas.

—Quédate aquí —susurró el hombre a Sam—. Apóstate junto a la ventanilla, a ver si reconoces a alguien que hayas visto antes.

A través de la ventanilla protegida por una cortina, Remi y Sam observaron las transacciones que tenían lugar en el andén de la primera parada. Había familias campesinas con sus productos recién horneados y fruta, y muchos alimentos preparados entre los que poder elegir. Los nuevos amigos de los Fargo regresaron con un *picnic* para ellos. Hicieron lo mismo unas horas después en la segunda parada, donde Sam y Remi escudriñaron asimismo los rostros, pero no vieron a nadie conocido, ni tampoco a nadie que estuviera estudiando a los pasajeros.

Después de la cena, cuando ya llevaban diecinueve horas en el tren, C. C. fue a su sala de estar y sacó el teléfono.

—Es una mujer llamada Selma —explicó.

Remi cogió el teléfono.

—Hola, Selma.

—Hola, Remi. Recoged todas vuestras cosas porque tendréis que bajar en Ekaterimburgo.

—¿Algún problema?

—No. La oportunidad de dar un salto adelante. Sam no dijo nada sobre tu pasaporte. ¿Aún lo conservas?

—Sí. Lo llevaba en mi bolsa de mano cuando me raptaron. Lo único que perdí fue mi teléfono. Sam también perdió el suyo.

—Es fácil sustituirlos. Os enviaré uno nuevo a cada uno a vuestro siguiente hotel. En Ekaterimburgo tenéis un avión reservado para ir a Astaná. Queremos que lleguéis a la capital de Kazajistán lo antes posible.

—¿Qué hay en Astaná?

—Vuestros papeles os esperan allí. También queremos que salgáis de Rusia. Será más difícil para Poliakoff operar en ese país, le costará más localizaros y hacer cualquier cosa, si es que hace algo. Allí será tan extranjero como vosotros. Llamad cuando lleguéis al aeropuerto de Ekaterimburgo.

Sam y Remi tenían poco equipaje que preparar, y siguieron las instrucciones de Selma. Fueron al camarote de sus amigos y les dijeron que bajarían en Ekaterimburgo, y les dieron las gracias por su ayuda. Justo antes de entrar en la estación, Sam dijo al hombre alto de la barba blanca:

—C.C., para ser sincero, no creo que la próxima vez que me meta en algún lío aparezcan un par de bondadosos desconocidos que nos recojan en un coche de época.

El hombre de la barba blanca le dirigió una mirada sagaz.

—Creo que tienes razón, habida cuenta de las probabilidades.

—¿Eres de la CIA?

El otro negó con la cabeza.

—Soy un hombre que estaba llevando un coche a Vladivostok cuando alguien a quien conocí en la embajada de Estados Unidos de Moscú llamó para decirme que dos estadounidenses que tal vez seguirían esa ruta podrían necesitar ayuda.

—¿Solo eso?

—Solo eso. —Miró por la ventana—. Será mejor que os vayáis. La gente invadirá el andén dentro de un momento, y quizá queráis confundiros entre ella.

—Eso haremos. Gracias por el viaje, señor C.

Remi se puso de puntillas y dio un beso al hombre de la barba blanca. Después bajaron al andén y se mezclaron con la muchedumbre. Llegaron a una parada situada frente a la terminal en la que había un letrero con la foto de un avión, y subieron al autobús que paró allí. Sam observó cuánto dinero pagaba la gente al conductor y le dio el mismo importe.

Al cabo de poco tiempo llegaron al aeropuerto. Sin hablarlo ni hacer planes, habían cambiado su método de transporte. Procedían con mucha más cautela que antes. Fueron juntos al mostrador, donde vieron los nombres de los destinos impresos tanto en alfabeto cirílico como en latino, compraron juntos los billetes y después se encaminaron a las puertas de salida. Si uno de ellos tenía que ir al lavabo, el otro esperaba delante de la puerta, observaría a cada persona que entrara y estaría atento a cualquier señal de refriega.

Su avión a Astaná, la capital de Kazajistán, despegó al cabo de cinco horas. Ambos se sintieron aliviados de volar hacia aquel país. Experimentaban la sensación de ir un paso por delante de la conspiración de los criminales que se habían empeñado en ponerles trabas desde que habían llegado a Berlín semanas antes.

La ciudad de Astaná era tan nueva como bulliciosa. El aeropuerto tenía dos terminales, una internacional y otra local, de modo que atravesaron la aduana, recogieron su invitación escrita a entrar en el país y sus visados, y después reservaron plazas en Air Astaná para Almaty, la antigua capital, situada al sudeste del enorme país.

Cuando dijeron al representante de la aerolínea, el cual hablaba inglés, cuál era su

destino final, descubrieron que llegar a Almaty era sencillo, pero solo había un vuelo a la semana desde allí hasta Taraz. El vuelo de Scat Air desde Almaty hasta el aeropuerto de Zhambyl, en Taraz, duraba únicamente un par de horas, de las 17.50 a las 19.50 horas pero tan solo los jueves. Subieron a su primer vuelo, que debía recorrer los novecientos kilómetros que los separaban de Almaty, y más tarde se registraron en el hotel para esperar a que llegara el jueves.

Llamaron a Selma desde su habitación para informarle de que se hospedaban en el Worldhotel Saltanat Almaty.

—Lamento el retraso —dijo la mujer—. Pero hasta el momento esto es lo que hay. Estoy trabajando con un servicio de aviones chárter para intentar conseguir un vuelo antes, pero me preocupa atraer demasiado la atención cuando lleguéis a Taraz. Tal vez os encontremos un vuelo nocturno.

—Acabamos de decidir que alquilaremos un coche para ir allí —dijo Sam—. Son solo novecientos kilómetros más. Dos días.

—A ver qué podéis encontrar. Pero no contratéis a alguien que os lleve al desierto y os rebane el pescuezo.

—Procuraremos que no sea así —dijo Remi—. Miraremos si hay manchas en su cuchillo.

—Veremos qué podrá hacer por nosotros el conserje del hotel —dijo Sam—. Si eso no sale bien, habrá que esperar al jueves.

—Muy estoico —repuso Selma—. Buena suerte. Yo me pondré a trabajar en la búsqueda del avión. Y compraré móviles nuevos para que os los entreguen en el hotel cuanto antes.

Remi y Sam tardaron una hora en conseguir que el conserje del Worldhotel Saltanat Almaty les buscara un chófer. Se llamaba Nurin Temirzhan, y el conserje dijo que tenía veintitrés años y estaba ansioso por llevarlos a Taraz. Pero como la mayoría de kazakos, no hablaba inglés.

—¿Está seguro de que entenderá lo que queremos que haga? —preguntó Sam al conserje.

—Sí, señor. Es posible que mi inglés no sea perfecto, pero mi kazako es impecable. Los llevará a Taraz y esperará a que vuelvan durante una semana. Si ha de aguardar más, les aplicará un incremento diario en la factura de una séptima parte del total.

—¿Y estamos de acuerdo en el pago?

—Sí, señor. Setecientos dólares estadounidenses por toda la semana.

El conserje parecía un poco inquieto.

Sam le dirigió una sonrisa tranquilizadora y se inclinó hacia él.

—¿Está preocupado por algo? —Hizo una pausa—. Si me lo cuenta, no le echaré la culpa por ello.

—Bien, sí, señor. Se han producido varios incidentes en Taraz. Los fundamentalistas islámicos han disparado contra personas, y uno de ellos se autoinmoló. El Cuerpo de Paz de Estados Unidos ha abandonado la zona por motivos de seguridad.

—Gracias por su sinceridad y su ayuda.

Sam le dio una propina de doscientos dólares y le dejó su nuevo número de móvil y el de Remi, por si alguien no podía ponerse en contacto directo con ellos por algún motivo.

Los Fargo cambiaron dólares por tenges kazakos en un banco y fueron de compras por Almaty. Un dólar estadounidense equivalía a ciento cuarenta y siete tenges. Se orientaron hasta la calle Arbat, donde el Centralniy Universalniy Magasin vendía una amplia gama de productos. Compraron ropa que los kazakos no considerarían extranjera o demasiado cara. Pusieron especial cuidado en que las prendas de Remi no se ciñeran a su silueta ni fueran de manga corta; además, compraron pañuelos para que se cubriera la cabeza, tanto para evitar ofender a los musulmanes como para que pasara inadvertida si los agentes de Poliakoff habían llegado hasta allí en su busca.

Compraron comida en un moderno supermercado de Almaty, sobre todo alimentos que su conductor, Nurin, también pudiera tomar (fruta, nueces, pan, queso curado, agua embotellada y té) y que no fuera preciso guardar en una nevera durante el viaje de dos días.

A la mañana siguiente, Nurin llegó a su hotel en coche con una sonrisa en la cara y, mediante gestos y un constante monólogo en kazako, los invitó a subir con las mochilas y la comida al vehículo, un sedán Toyota de un extraño color dorado, que tendría unos diez años. Sam escuchó el motor durante unos diez segundos, y después dijo a Remi que se hallaba en buen estado y que aguantaría como mínimo un par de días. Mientras Nurin guardaba el equipaje en el maletero, Sam abrió el capó por si acaso, echó un vistazo y comprobó que las correas y los manguitos estaban en su sitio.

Nurin salió de la abarrotada ciudad y se dirigió hacia el oeste. Para alivio de Sam y de Remi, mantuvo el coche a una velocidad sensata pero eficaz, sin levantar las ruedas de la calzada ni abandonar su carril. Prestaba atención al tráfico que entraba en el sentido contrario en Almaty, que aún era la ciudad más grande y bulliciosa del país, pese al hecho de que ya no era la capital.

Nurin paraba cada tres horas en ciudades pequeñas, ponía gasolina cuando podía y daba un paseo alrededor del mercado central durante unos minutos. Le gustaba conservar lleno el depósito, conceder a sus pasajeros la oportunidad de utilizar los lavabos públicos y comprar pequeños platos de comida. Era moreno y apuesto, con el cuerpo delgado y fuerte de un hombre acostumbrado al trabajo físico, pero su

expresión y sus maneras eran prematuramente serias, como las de un hombre que le doblara en edad.

Cuando la gente veía a Sam y a Remi con Nurin les hablaban en ruso, pero era inútil. Durante los dos días siguientes, Sam y Remi fueron los personajes en que Nurin los convertía en el idioma kazako.

En una parada, Sam enseñó a Nurin su permiso internacional de conducir y su permiso de California. Nurin los miró con curiosidad; sin embargo, insistió en continuar conduciendo él.

La primera noche después de abandonar Almaty, Nurin paró en un pequeño hostel de estilo occidental, pero se negó a entrar con Sam y Remi. Durmió en el coche.

—¿Por qué crees que lo hace? —preguntó Remi.

—Me parece que tiene miedo de que alguien le robe los neumáticos o algo así —contestó Sam.

Durmieron bien en su habitación de arriba, y Nurin apareció descansado y preparado cuando despertaron a la mañana siguiente y salieron a su encuentro. Durante el segundo día, Nurin aprovechó que la campiña era llana para aumentar la velocidad. Condujo sin descanso hasta el atardecer, cuando el sol estaba bajo hacia el oeste y dificultaba la visibilidad. Y después pasaron ante hileras de casas más alargadas que las que habían visto antes, y pronto aparecieron calles con bordillos y aceras. Por fin, vieron una señal que decía «Тapa3» y supieron que habían llegado a la ciudad.

Nurin los condujo hasta el hotel Zhambyl en la calle Tole Bi. Era un edificio de cuatro plantas con el aspecto de un instituto estadounidense, pero cuando entraron descubrieron que era muy bonito y estaba bien decorado, con suelos de mármol con dibujos y alfombras kazakas azules y doradas. Había un empleado en recepción que hablaba francés, y les dijo que contaba con piscina, restaurante, bar, salón de belleza y lavandería.

Sam alquiló una habitación para Nurin, además de la suya. Pidió al empleado que explicara al chófer en kazako que gozaba de permiso para cargar sus comidas y cualquier servicio que necesitara a la cuenta de los Fargo, mientras estos ultimaban sus asuntos. También preguntó si había una plaza de aparcamiento segura para el coche.

La transacción satisfizo a Nurin. Abrazó a Sam y dedicó una profunda reverencia a Remi, y después salió para dejar el vehículo en el aparcamiento cerrado situado en la parte posterior del edificio. El recepcionista anunció que el equipaje de los señores Fargo había llegado y que lo estaban subiendo a la habitación.

Eran las cinco, lo bastante pronto para que todavía quedaran tres horas de luz, de modo que Sam y Remi preguntaron al empleado si podía decirles cómo llegar al mercado, o *kolkhoz*. El hombre lo señaló en el plano, y los Fargo le dieron las gracias

y se fueron a pie para poder echar un vistazo a la ciudad antes de que oscureciera. Sam se puso un sombrero y gafas de sol, y Remi añadió a las gafas de sol un pañuelo sobre la cabeza. Cuando llegaron al mercado, pasearon entre las mesas y los cajones con hortalizas y frutas, platos preparados y vinos, fingiendo mirar las mercancías mientras todo el rato se dedicaban a observar a la gente y a fijarse en la distribución del lugar.

—Sam, ¿crees que el antiguo fuerte estaba situado aquí? —preguntó Remi.

—Lo dudo. El terreno es demasiado bajo. Si construyes un fuerte, te interesa utilizar todo cuanto te conceda ventaja: altitud, pendientes pronunciadas, agua... Creo que los arqueólogos de la década de 1930 descubrieron algo aquí, pero no un fuerte.

—Eso pensaba. Será mejor que llamemos a Albrecht y a Selma.

Continuaron caminando al mismo paso, rodeando el mercado de regreso al punto por donde habían empezado el recorrido. Seguían vigilando protegidos por las gafas de sol.

—Malas noticias a las dos —dijo Remi de repente.

Sam miró en esa dirección y vio a cuatro hombres, vestidos con pantalones de color caqui, camisetas de trabajo, botas y gorras de béisbol, sentados en una terraza y bebiendo en vasos altos. Parecían trabajadores de plataformas petrolíferas u operadores de equipos pesados.

—¿Quiénes son?

—Hombres de seguridad de Poliakoff. El rubio bajito es una de las cuatro personas que me llevaron a Nizhny dentro de un barril. Tanto él como otro tipo ayudaron a las dos mujeres. El más alto es el que vi la noche que escapamos de la mansión.

—Supongo que era inevitable que llegaran aquí primero. ¿Nos han descubierto?

—Lo dudo. No lo han demostrado, y no creo que sean de los que disimularían. De habernos reconocido, se habrían lanzado sobre nosotros sin más preámbulos.

Dieron un rodeo para llegar a su hotel, deteniéndose de vez en cuando para ver si los seguían. Cuando llegaron a su habitación, abrieron el paquete que contenía el teléfono móvil nuevo de Remi. Tras aguardar a que se cargara, llamaron a La Jolla.

—¿Hola? —dijo una voz inesperada.

—Hola, Albrecht. Somos nosotros.

—¿Estáis en el hotel de Taraz?

—Sí. Hemos contratado a un conductor que nos ha traído aquí, pero no habla inglés.

—¿Qué habla?

—Kazako y un poco de ruso.

—Parece apropiado. Cuéntame qué ha sucedido.

—Acabamos de llegar del mercado que los historiadores consideran el lugar donde se hallaba la antigua Taraz. Hemos visto a cuatro matones de Poliakoff en un café. Creemos que no nos han descubierto. También creemos que el mercado no parece el sitio correcto. Es demasiado bajo para ser un fuerte. Tampoco está junto al río. Tal vez haya riachuelos o pozos en la ciudad, pero no los hemos visto.

Oyeron que Albrecht tecleaba en el ordenador.

—Concededme un momento para lograr una perspectiva mejor en este plano informático. Ya está. No, creo que tienes razón. Las antiguas fuentes chinas dicen que quinientos hombres trabajaron durante dos años para construir el fuerte. Estaban en plena guerra sino-xiongnu. Xiongnu era el nombre chino de los hunos. Zhizhi, líder de los hunos, estaba esperando que un ejército han compuesto por trescientos mil hombres llegara de un momento a otro, de modo que el fuerte tendría que ser resistente. Fue construido sobre un promontorio, y debía contar con suministro de agua. Sabemos que las murallas eran altas porque, cuando los chinos llegaron, la única forma de tomarlo por asalto fue apilar tierra al lado hasta lo alto de las murallas. El combate fue encarnizado, e incluso las esposas de Zhizhi dispararon flechas desde las almenas. Los chinos los aplastaron y los vencieron. No creo que el fuerte estuviera en el mercado moderno. Las ruinas que hay debajo de él deben de pertenecer a viviendas o a un cementerio.

—¿En qué consistirá la tumba de Mundzuk? —preguntó Remi—. ¿Qué hemos de buscar?

—Os envió fotos de los cementerios conocidos de los primitivos hunos en Mongolia. Estaban enterrados bajo túmulos. Hay una cámara funeraria hecha de piedra, y encima capas de piedra, tierra y troncos de alerce siberiano.

—Eso recuerda a la que encontramos en Francia. Estaba hecha de troncos cubiertos con argamasa.

—Buscad cualquier característica natural que hubiera podido ser un túmulo. Lo más probable es que fuera allanada aposta, o por el tiempo, el viento y el río. Pero Mundzuk no estuvo nunca en ese fuerte, que fue destruido trescientos años antes con la derrota de Zhizhi. Estaba en ruinas con anterioridad a la época de Mundzuk. Recuerda que estamos buscando a un rey que murió durante la emigración a Europa. Si el mercado está encima de un complejo funerario, la tumba de Mundzuk sería una de las últimas.

—¿Existe alguna forma de saber cómo afectó a Atila la muerte de su padre?

—Conocemos algunos hechos. Mundzuk fue enterrado en 418. Atila nació en 406, de modo que tenía doce años cuando su padre murió y su tío Ruga se convirtió en rey. He pensado a veces que incluso en esa generación pudo haber reyes que compartieran el trono, que Mundzuk y Ruga tal vez gobernaron a la vez como Bleda y Atila hicieron después. En la época de la muerte de Mundzuk, los hunos estaban

dando un notable salto histórico. La gran emigración, la conquista de buena parte de Asia y Europa, ya se estaba gestando. Sabemos que entraron en contacto con los romanos cerca del Danubio alrededor del año 370, de modo que es casi seguro que el cuerpo de Mundzuk fue devuelto a las tierras orientales únicamente para enterrarlo. Atila asistió al entierro y después regresó a Occidente. En aquellos días, jóvenes príncipes de todo el Imperio romano y de otras tierras eran retenidos en Roma durante años seguidos para animar a sus familias a cumplir sus tratados, y los romanos eran enviados como rehenes a los reinos cercanos. Una vez muerto el padre de Atila, este se convirtió en un rehén muy conveniente. Lo enviaron a Roma.

—Debió de ser una experiencia única para un niño de doce años —dijo Remi.

—Sí, estoy seguro de que lo fue. Antes del viaje, o durante la travesía, aprendió latín, que los hunos y otros grupos consideraban un idioma de soldados, algo que sin duda era útil para los miembros de una familia gobernante. Más adelante, el latín lo ayudaría a comunicarse con los aliados y los súbditos de cientos de tribus y con emisarios del Imperio. Atila conocía a muchos aristócratas de Roma, sabía cómo se gobernaba allí y obtuvo gran cantidad de información sobre sus ejércitos. —Albrecht hizo una pausa—. Pero me estoy poniendo pesado, ¿verdad? Lo que hemos de encontrar es la tumba de Mundzuk. ¿Tenéis alguna idea de cómo vais a proceder?

—Con precaución —contestó Sam—. Estamos en una ciudad cuyo idioma no hablamos, y muy poca gente habla el nuestro. Sabemos que aquí hay operativos grupos antiestadounidenses. Acabamos de ir al sitio teórico, que es el mercado central de una gran ciudad, de modo que hay poco espacio para remolonear, y mucho menos para ponernos a excavar. El problema reside en que cuando hayamos terminado el tesoro habrá desaparecido, Poliakoff y sus amigos se lo habrán repartido, y el oro se habrá fundido y convertido en dinero contante y sonante. Esto es como arqueología de salvamento. O lo hacemos ahora o no volveremos a disponer de otra oportunidad. Y este es el último tesoro, el que según el mensaje de Atila debíamos encontrar para llegar a su tumba.

—Lo sé, pero ningún tesoro vale una vida.

—Estoy de acuerdo —dijo Sam—. Ya hemos forzado nuestra suerte hasta el límite. Aun así, es posible que exista una forma de rebasarlo.

Taraz, Kazajistán

Aquella noche Sam fue a la habitación de Nurin y lo invitó a cenar con él y con Remi. Se lo comunicó mediante una combinación de pantomima y gestualidad, para al final caminar hasta el ascensor e indicar por señas a Nurin que lo siguiera. Cuando lo condujo hasta su habitación, los Fargo le entregaron la carta del servicio de habitaciones.

Le pidieron que utilizara el teléfono para encargar la cena. Habían hecho dibujos de animales de granja y de hortalizas en una hoja de papel, y Nurin captó la idea y pidió lo que cada uno quiso. Mientras esperaban la cena, Remi levantó una revista de la mesita auxiliar y le enseñó fotos de una elegante mujer kazaka con unos zapatos de tacón bajo, un vestido suelto y un *hijab* que le cubría el cabello. Señaló lo que debía de ser la dirección de una tienda de Taraz. También le enseñó un anuncio de muebles, ropa y artículos para bebés, y señaló aquella dirección. Más avanzada la velada, después de cenar, Remi cogió una libreta y mostró a Nurin una serie de dibujos que Sam había hecho. Sam era ingeniero, de modo que sus trazos eran claros y precisos, e incluían números que explicaban las dimensiones de los objetos.

Los primeros dibujos de Sam eran los de un operario de una fresadora que recibía una serie de tubos y roscaba ambos extremos para poder unirlos entre sí. Sacó los tubos metálicos y se los enseñó a Nurin. A continuación, había un diagrama de una caja de madera grande con las dimensiones escritas encima, y un hombre que la pintaba de negro. Nurin estudió los dibujos y el diagrama. A continuación Remi señaló los dos y le entregó varios miles de tenges. Nurin, que ya estaba ansioso por hacer algo que aliviara el aburrimiento de llevar una semana inactivo en un hotel a la espera de conducirlos de vuelta, aceptó complacido la misión. Solo podían esperar que el chófer comprara lo que deseaban y que encontrara un operario que se encargara de las modificaciones.

Dos días después, por la mañana, una mujer elegante y su marido, vestidos con trajes hechos en Kazajistán, caminaban por las calles de la ciudad empujando un cochecito de niño anticuado de buen tamaño. Como era un soleado día de verano, el cochecito iba provisto de un chal de seda sobre el toldo y sujeto al pie para que el niño estuviera a la sombra y protegido del polvo de las calles. La pareja atravesó el mercado y se esforzó en pasar por delante de todas las mesas y los cajones de una manera muy sistemática. Fueron hasta el final de cada pasillo, volvieron y subieron

por el siguiente, sin descuidar ninguna parte del mercado.

El bebé del cochecito guardaba un silencio desacostumbrado. Solo lloró una vez, cuando la madre introdujo la mano por debajo del chal de seda para ajustar la manta. La mujer le dio unas palmaditas, y al cabo de un minuto o poco más el llanto cesó, y después de unos cuantos balbuceos el niño volvió a dormirse.

Cuando la pareja hablaba entre sí, lo hacía en voz baja en francés o alemán. Tras explorar todo el mercado, continuaron su paseo. Recorrieron algunas manzanas alrededor del mercado y regresaron al hotel Zhambyl. Unos minutos después su chófer, Nurin, salió al aparcamiento cerrado, dobló el cochecito y lo guardó en el maletero del coche. Al mismo tiempo, si alguien hubiera estado interesado, habría visto a la mujer cargada con un ordenador portátil y al marido con un aparato menos conocido llamado magnetómetro, que subió a su habitación envuelto en la manta del bebé.

Una vez en sus aposentos, los Fargo utilizaron el ordenador para convertir todos los datos del magnetómetro en un plano magnético del mercado central de Taraz. Lo enviaron a Selma y a Albrecht a su casa de La Jolla. Después, bajaron a comer al restaurante del hotel.

La dieta kazaka dependía sobre todo de la carne. Sam y Remi consiguieron evitar la que provenía del caballo, incluidas las salchichas, así como los sesos de cordero y el *kuyrdak*, un plato que combinaba las entrañas de diversos animales. En su lugar pidieron kebabs, con piezas de carne que creyeron reconocer como de ave, y *tandry nan*, una especie de pan, y quedaron muy complacidos.

Cuando volvieron a su habitación, el móvil nuevo de Remi zumbó.

—¿Hola?

—Hola, Remi, soy Selma. ¿Estáis los dos ahí?

—Hola, Selma. Sí, Sam está conmigo.

—Me encantó lo del bebé llorando. ¿De dónde lo sacaste?

—Lo encontré en YouTube y lo grabé en un disco. Introduje la mano en el carrito, lo reproduce una vez y luego lo apagué.

—Albrecht está conmigo, y se está poniendo un poco impaciente.

—Vale —dijo Remi—. Hola, Albrecht.

—Hola, Remi. Hola, Sam. Vuestro éxito ha sido admirable. Habéis trazado el plano de todo el mercado central, o de lo que hay debajo. —Soltó una carcajada—. No os lo había dicho antes, pero tenía miedo de que Atila tal vez se estuviera refiriendo a algún cementerio de las afueras de la ciudad. Los primitivos hunos de Asia solían elegir un valle remoto y enterrar a su gente bajo túmulos en él. Si ese hubiera sido el caso, nunca la habríamos encontrado. Pero, por suerte, esto es diferente.

—¿Crees que el gran rectángulo cercano al centro es la tumba?

—Distingo varias características subterráneas notables: una pared larga, que en algún momento dado quedó reducida a una hilera de rocas sobre las que un hombre habría podido caminar, los contornos de algunos edificios primitivos y un sólido bloque de piedra rectangular. Comparé su firma magnética con la del río Po, en Italia, y con la que encontramos en el viñedo de Kiskunhalas, en Hungría. También comprobé las dimensiones de las tumbas de la orilla del Danubio y las cotejé. No tenemos lecturas de la cámara de Francia ni de la de Transilvania. Pero esta posee la misma forma y presenta una anomalía magnética idéntica, la misma alteración del campo magnético de la tierra, de las que tenemos. Como las demás, se trata en apariencia de una habitación vacía, ya que de lo contrario la firma sería mucho más potente.

—¿Has llegado a medir el lugar exacto?

—Sí. Está en la zona que inspeccionasteis. En vuestro tercer desplazamiento, fuisteis de izquierda a derecha. A los cuatrocientos diecisiete metros de ese pasillo, pasasteis por encima de la primera pared de la cripta. Se halla a unos dos metros por debajo de la actual superficie. A los cuatrocientos veintidós metros, llegasteis al final de la cámara.

—Albrecht, ¿sabes si era una cámara enterrada, para empezar? —preguntó Remi.

—A partir de estos datos no podemos saberlo, pero se encuentra por debajo de los elementos que la rodean, como si ya fuera subterránea antes de que los construyeran. Y es la única estructura de la zona que concuerda con lo que sabemos de una cripta huna del siglo v.

—¿Quieres hacernos alguna pregunta?

—Cuando estabais paseando por la zona, ¿observasteis alguna indicación de que hubieran alterado el terreno cercano a la misma? ¿Alguna señal de que hubieran excavado?

—No vimos ninguna —contestó Sam—. Ni siquiera sabemos si los hombres de Poliakoff están aquí buscando la tumba de Mundzuk o solo siguiendo nuestra pista.

—¿Ya sabes qué vais a hacer?

—Estamos en ello. Llamaremos si logramos algo. Buenas noches.

Sam y Remi fueron a la habitación de Nurin y examinaron la caja de madera grande que había hecho. Medía un metro y medio de lado y tenía una sección inferior provista de goznes que estaba ensamblada mediante clavijas encajadas en agujeros, lo cual permitía separarla.

Sam explicó, con la ayuda de gestos y del reloj, su deseo de que Nurin los llevara a Remi y a él al mercado, y los ayudara a montar la caja para que estuviera dispuesta a la una y media de la madrugada. Conectó su equipo electrónico para cargarlo y se fue a dormir.

Despertaron a la una, se vistieron, guardaron sus aparatos, todos recargados (el

ordenador, el taladro que funcionaba con baterías, las brocas de acero del taladro, linternas, unidades y tubos de fibra óptica), en las mochilas y fueron a la habitación de Nurin. Estaba despierto y preparado, y la caja de cinco piezas ya se hallaba en el maletero del coche. Los condujo hasta el mercado y los ayudó a trasladar las piezas hasta el lugar desierto.

Los toldos de los puestos aún seguían levantados, pero las mesas y los cajones estaban vacíos. Las tiendas que bordeaban el mercado estaban todas cerradas, con puertas correderas sobre la fachada para impedir robos. Había luces encendidas en algunas calles situadas al otro lado de las tiendas, pero el contraste lograba que el mercado estuviera sumido en una oscuridad más intensa bajo sus toldos y tejados.

Nurin ayudó a Sam y a Remi a montar la caja negra, y después Sam palmeó el brazo del chófer y señaló en dirección a su coche. Nurin se alejó.

En cuanto se fue, Sam sacó el magnetómetro y Remi lo conectó con el ordenador portátil. Avanzaron unos metros por el pasillo y volvieron sobre sus pasos para comprobar de nuevo el lugar exacto donde la alteración en el campo magnético empezaba y terminaba. Colocaron otra vez la caja negra en un espacio situado directamente encima de la anomalía. Era idéntica a cualquier puesto del mercado. Después Sam levantó la sección provista de goznes de la caja para dejar que Remi se metiera en ella, mientras él guardaba el magnetómetro en la mochila, sacaba otros aparatos y se reunía con su mujer en el interior de la caja.

El espacio era angosto, pero lo había diseñado para disponer del espacio suficiente que le permitiría efectuar los movimientos que necesitaba realizar. Acopló una broca con un mango de metro veinte diseñada para taladrar troncos y vigas gruesos. Después apoyó la broca en el suelo y empezó a taladrar. Casi todo el suelo del mercado estaba compuesto de tierra fina y arenosa, apisonada por el paso de multitud de personas. Tardó poco en horadar toda la profundidad del largo de la broca. Cuando el taladro casi tocó el suelo, aflojó las cuñas para expulsar el mango, cogió otro, al que un operario pagado por Nurin había fijado un tornillo y lo acopló al primero. Acto seguido, encajó el mango extendido en el taladro y continuó taladrando. A unos dos metros de profundidad, tocó superficie dura.

Sam extrajo el taladro y retiró con cuidado la extensión y la broca original. Introdujo el visor de perforación rígido de fibra óptica en el hueco y lo empujó hacia abajo. La imagen de lo que estaba captando apareció en la pantalla del ordenador portátil de Remi. Era clara y precisa ya que el extremo del visor era una cámara de vídeo en color provista de un foco luminoso. Después de que Remi conectara el visor y recibiera la imagen, lo movió un poco de arriba abajo.

—Creo que estamos de suerte —dijo—. Has llegado hasta la parte superior del rectángulo, y o bien has perforado la superficie de piedra con el taladro o lo has encajado entre dos piedras. La siguiente capa parece de madera. Posee una textura

rugosa.

Volvió la pantalla hacia él.

—A mí también me parece madera —dijo Sam—. No tiene corteza, de modo que puede que sean tablones gruesos en lugar de troncos de árboles.

—Pues vuelve al trabajo.

Sam introdujo otra vez la broca, le acopló la extensión y se puso a taladrar. La madera era dura y la fibra gruesa, pero sabía que no estaba taladrando piedra. Procedía con cautela para no romper el taladro; no tenía otro. Al cabo de unos diez minutos se hundió de repente unos cuantos centímetros.

—Hemos atravesado la madera —anunció—. Ya hemos llegado.

Extrajo el taladro y su extensión y los dejó a un lado. Los Fargo introdujeron el aparato de fibra óptica en el nuevo mango, mientras Remi miraba la imagen en la pantalla. Cuando el foco del extremo y la cámara llegaron al lugar donde el taladro se había hundido de repente, el espacio ganó amplitud y la imagen del ordenador cambió.

Mientras bajaban y giraban el aparato, vieron con claridad el interior del cubículo rectangular.

—Es la tumba —dijo Remi—. Lo estoy grabando.

Con dificultad, Sam se movió en el estrecho espacio de la caja para reunirse con ella delante de la pantalla del ordenador. Vieron un cuerpo, un esqueleto, tendido sobre una esterilla en la parte posterior de la tumba. Iba ataviado con ricas vestiduras de color rojo, una capa, un par de botas altas y un fragmento de casco que no reconocieron. El gorro, o casco, mediría como mínimo sesenta centímetros de largo, tenía forma de cono estrecho, con un complicado trabajo de orfebrería que sobresalía unos cinco centímetros por encima de la frente. Llevaba un cinturón con una larga espada recta dentro de su funda, así como una daga la mitad de larga. Botones de oro sujetaban la chaqueta, y el conjunto estaba tachonado de más botones de oro. La cámara abundaba en armas, incluido un escudo redondo de superficie chapada en plata, arcos y carcajes llenos de flechas. Vieron joyas de jade y oro, estuches de ébano tallado, sillas de montar y bridas adornadas con más oro.

Manipularon la fibra óptica, el tamaño y brillo de la imagen en el ordenador, y buscaron la parte más importante del tesoro, el mensaje de Atila. Alrededor de veinte minutos después habían grabado todos los objetos de la tumba.

—No he visto nada que pudiera ser el mensaje de Atila, ¿y tú? —susurró Remi.

—No. Voy a intentar otra cosa.

Sam recuperó el aparato rígido y se puso a trabajar en él. Quitó los tubos metálicos que alojaban el cable y después la extensión. Le quedó en las manos una fibra óptica larga, negra y aislada. En un extremo estaba la punta redondeada con el foco y la cámara diminuta. Lenta y cautelosamente introdujo el cable flexible en el

agujero practicado por el taladro. Tuvo que subirlo cuatro o cinco centímetros muchas veces para enderezarlo o hacerlo girar con el fin de sortear algún obstáculo. Por fin, transcurridos largos minutos, consiguió introducirlo y lo torció un poco para poder ver los lados de la cámara de piedra.

—Espera. Veo algo.

—Allí —dijo Remi—. Allí está.

Cogió el cable de fibra óptica y le dio vueltas con los dedos para poder dirigirlo. La imagen era un conjunto de profundos arañazos grabados con un cuchillo en la pared. *Ego Attila filius Munzuci*. Continuaba, y Remi lo grabó todo entero, lo envió al ordenador de Selma y después lo copió en el disco, que quitó y guardó en el bolsillo de los pantalones de Sam. Empezaron a desmontar el equipo y a ponerlo en las mochilas. Cuando empezaban a abrir el fondo provisto de goznes de la caja, Sam se detuvo.

—Espera —susurró—. He oído algo. Pasos.

Remi cerró el ordenador, apagó la luz de la fibra óptica y la sacó del agujero. Sam la guardó en una mochila, junto con el taladro y la broca, mientras Remi embutía el ordenador en otra mochila.

Escucharon. Remi apoyó la cabeza en el suelo y miró a través de la abertura del borde.

—Son hombres. Cinco... No, seis. Vienen hacia aquí, nada más y nada menos.

Los pasos fueron aumentando de intensidad, así como las voces de los hombres. Se oyeron risas. Eran fuertes y joviales. Se oyó el ruido metálico de una botella que caía en el interior de un bidón de acero vacío utilizado como cubo de basura. Sam y Remi permanecieron inmóviles, casi sin respirar.

Los pasos sonaban tan cerca que Remi creyó poder distinguir a cada hombre de los demás. Había uno que daba la impresión de llevar una piedra en el zapato, porque era como si arañara el suelo para quitársela de debajo del pie. El tipo llamó a sus amigos cuando se alejaron.

A continuación se oyó un crujido. El hombre se había sentado encima de su caja. Se quitó un zapato, y cuando lo sacudió para quitarse la piedra, oyeron el chirrido de las clavijas en los agujeros. Se calzó de nuevo y se ató los cordones, y poco más tarde oyeron que corría en pos de sus amigos.

Remi soltó el aire contenido y se apoyó en Sam. Estuvieron sentados inmóviles unos minutos más, y después ella miró fuera de nuevo.

—Despejado.

Abrieron la sección provista de goznes de la caja, salieron a gatas, se colgaron las mochilas a la espalda, desengancharon tanto los lados de la caja como la parte superior y los amontonaron. Sam sacó un casquete del extremo del aparato de fibra óptica, lo introdujo unos cinco centímetros en el interior del agujero que había

taladrado, vertió tierra encima y lo pisoteó un par de veces.

Empezaron a alejarse del lugar hacia el borde del mercado, cargados con las piezas de sus cajas. Entonces oyeron el ruido de un coche que se ponía en marcha. Se apretaron contra una pared en sombras y esperaron a que el automóvil frenara, con los faros apagados, y se detuviera. Nurin bajó y abrió el maletero. Guardaron en el interior la caja doblada, así como las mochilas. Subieron al coche y Nurin se dirigió hacia el hotel Zhambyl.

Sam sacó su teléfono y llamó a Selma.

—¿Sam?

—Sí. Ahí son las cinco de la tarde, más o menos, ¿no?

—Exacto. Y las cinco de la mañana para vosotros.

—Remi acaba de enviarte el vídeo del interior de la tumba, incluido el mensaje.

—Lo tenemos y es increíble. Aquí está Albrecht.

—Sam. ¿El otro bando sabe dónde está la tumba?

—No. Cuando los vimos, daba la impresión de que estaban esperando a alguien, no buscando con equipo arqueológico. Estaban sentados a una mesa en una terraza.

—En ese caso, te imploro que no intentéis excavar. No es esencial que seamos nosotros quienes excavemos la tumba de Mundzuk, y tratar de hacerlo podría suponer vuestra muerte. En cuanto lleguemos, enviaré una carta, junto con el plano magnético y la posición exacta marcada, a la Universidad Estatal de Taraz y al gobierno nacional, en Astaná. El país se enorgullece muchísimo de su patrimonio, y tiene más derecho al sepulcro que habéis descubierto que nosotros.

—¿En cuanto lleguéis? ¿Aquí?

—A Roma, Sam. ¡A Roma!

—¿Qué?

—Así es. No has leído el mensaje. Dice: «Yo soy Atila, hijo de Mundzuk. Mi padre ha muerto y van a enviarme a Roma para asegurar la paz, pero un día conquistaré Roma. Has encontrado a mi padre aquí, pero yo seré enterrado en Roma, invitado por la hija de los emperadores Flavios».

—¿Te sugiere eso algún lugar?

—Sé exactamente dónde está. He estado allí.

Selma intervino.

—¿Sam? Ya he reservado vuestro avión. Os estará esperando en el aeropuerto de Taraz a mediodía de hoy. Es increíblemente caro, pero os llevará a Roma, donde os estaremos esperando. Nos alojaremos en el Gran Hotel Saint Regis.

—Intentaremos hacer un hueco en nuestra agitada agenda social. Adiós, Selma. Hasta la vista.

Nurin paró delante del hotel y después de que los Fargo bajaran fue a aparcar el coche detrás del edificio. Cuando Sam y Remi se dirigieron a su habitación y abrieron

la puerta se quedaron petrificados.

Habían registrado sus aposentos de cabo a rabo. Los colchones y sus soportes estaban apoyados en la pared, todos los cajones de las cómodas se encontraban apilados en dos pulcros montones y habían volcado las sillas para mirar debajo de los asientos. Habían sacado las almohadas de sus fundas. Las toallas que habían estado apiladas en el armario de la ropa blanca colgaban sobre la cortina de la ducha. La alfombra persa estaba enrollada.

—La expresión «tener la habitación desordenada» no es de aplicación en este caso, ¿verdad? Es el allanamiento más pulcro que he padecido en mi vida.

—Son profesionales. Lo hicieron con sigilo, para que ni los huéspedes ni los empleados del hotel oyeran nada.

—¿Qué vamos a hacer al respecto?

—Nurin —dijo Sam. Se volvió hacia la puerta.

—Oh, no.

—Coge el ordenador portátil y deja todo lo demás.

Cerraron la puerta y corrieron a la habitación de Nurin. Llamaron con los nudillos, pero no hubo respuesta. Salieron corriendo a la calle y rodearon el edificio. Allí estaba Nurin, echado sobre el coche. Dos de los hombres de Poliakoff, a los que habían reconocido por haberlos visto en su mansión, se encontraban con él. Uno de ellos lo apuntaba con una pistola mientras el otro le propinaba puñetazos. Nurin estaba doblado en dos, incapaz de hacer otra cosa que utilizar los brazos para intentar proteger sus órganos vitales.

Sam y Remi se fueron acercando poco a poco con sigilo, con la esperanza de que los gemidos de Nurin ahogarían sus pasos. En casa, ambos se habían entrenado durante años para hacer frente a cualquier situación desagradable que se les pudo ocurrir. Ambos sabían que solo debían temer al hombre de la pistola y que los dos tendrían que atacarlo al mismo tiempo.

En cuanto estuvo lo bastante cerca, Remi dio dos zancadas rápidas y saltó. Llevaba el ordenador portátil alzado sobre la cabeza con ambas manos, y lo inclinó para golpear con el delgado borde la nuca del pistolero.

En el último medio segundo, el hombre oyó o presintió la presencia de los Fargo. Se volvió a tiempo de que el ordenador se estrellara contra su ceja. El impulso que imprimió Remi al portátil le fracturó la nariz, al tiempo que el lado plano le tapaba la vista un instante.

Cuando el hombre osciló hacia atrás, el potente puñetazo de Sam bajo el esternón le rompió dos costillas e hizo que se doblara en dos. Sam le agarró la mano y la muñeca con la que empuñaba la pistola, lo obligó a volverse y le retorció el brazo a la espalda, para luego empujarlo de cabeza contra el coche mientras le arrebatava el arma.

El hombre que había estado golpeando a Nurin levantó las manos y retrocedió, pero Nurin utilizó los pies para impulsarse desde el coche y propinarle un cabezazo en el plexo solar, como un *linebacker*, hasta mandarlo contra el costado del edificio. Era difícil saber qué heridas había recibido aquel tipo, pero se quedó tendido sobre el asfalto, mientras se agarraba el tórax y jadeaba en busca de aire. Nurin le propinó una patada en la cara digna de un futbolista.

Sam se apresuró a interponerse entre Nurin y su enemigo, al tiempo que negaba con la cabeza.

—No, Nurin. Por favor. No queremos matar a nadie.

El tono tranquilizador de Sam refrenó a Nurin y pareció devolverlo a su calma habitual. Asintió y se apoyó en su coche, se tocó la boca y contempló la sangre de sus dedos.

Sam señaló a los dos hombres y acto seguido alzó las manos como si las tuviera esposadas. Nurin abrió el maletero del coche y sacó un rollo de cuerda de nailon con la que Sam los ató; además, utilizó cinta aislante guardada en el maletero para amordazarlos. A continuación abrió la puerta del conductor y empujó a Nurin hacia ella.

—Hemos de irnos ya. Llévanos, por favor.

Fingió manejar el volante.

Nurin subió y puso en marcha el coche, y después los miró, medio atontado por la paliza y sin comprender muy bien qué quería Sam. Cuando salió del aparcamiento, Remi abrió el ordenador portátil.

—Es asombroso lo resistentes que son estos trastos —murmuró, mientras tecleaba la palabra «aeropuerto» en el buscador de internet.

Había una imagen en color de un aeropuerto importante que parecía Heathrow, con un grupo de aviones congregados en la terminal. Dio unos golpecitos a Nurin en el hombro e inclinó la pantalla hacia él.

Después de eso, el joven condujo veloz y confiado en dirección al aeropuerto de Taraz, que se hallaba al otro lado del límite sudoeste de la ciudad. Casi todo el tráfico iba en esa misma dirección, trabajadores, comerciantes y campesinos que acudían a la gran urbe mientras el día se desperezaba.

Mientras Nurin conducía, Remi tecleó un poco más. Bajó un plano del sur de Kazajistán, y después ajustó la pantalla hasta que quedó centrada la ruta de Taraz a Almaty. Cuando Nurin llegó al aeropuerto, ella levantó el portátil para que pudiera verla. Señaló a Nurin y luego el plano.

—Vuelve a Almaty, Nurin. —Se señaló a sí misma, a Sam y la terminal—. Nos vamos.

Utilizó la mano para imitar un avión que despegaba.

Sam sacó todos los tenges del billeteo así como casi todos sus dólares

estadounidenses en metálico, los entregó a Nurin y le dio una palmada en el hombro.

—Gracias, Nurin. Eres un hombre valiente. Vete a Almaty antes de que alguien encuentre a los dos rusos.

Alzó el ordenador y recorrió con el dedo la ruta desde Taraz hasta Almaty.

Remi y él bajaron del coche, se despidieron dando la mano a Nurin y entraron en la terminal. Remi se detuvo cuando Sam se acercó al mostrador de los billetes y se volvió para mirar. Nurin se estaba alejando de la terminal. Cuando llegó a la curva que daba acceso a la autopista, vio que se calaba las gafas de sol y giraba hacia el este en dirección a Almaty.

A media tarde, Sergei Poliakov bajó de su avión en el aeropuerto de Taraz. Detestaba abandonar Nizhny Novgorod ahora que ya era un hombre maduro y sin problemas económicos. No le habría importado ir con Irena a París, Barcelona o Milán, pero ir a aquel lugar olvidado de la mano de Dios le había costado todo un día y una noche, y allí estaba, sobre un montón de arena y rocas. Lo único que había averiguado antes de salir de casa era que Sam y Remi Fargo habían sido vistos en Taraz. Apenas podía creer que continuaran su búsqueda de los tesoros hunos, como si nada grave les hubiera sucedido.

Poliakov era consciente de que los Fargo solicitaban ayuda con frecuencia, o incluso apoyo, a diversos aliados y autoridades. Pero ir allí era de locos. Fargo acababa de rescatar a su esposa y había obligado a Poliakov a quemar su propia casa. ¿Acaso nunca había oído hablar de la palabra «venganza»?

Los agentes de policía que habían estado excavando alrededor de las ruinas humeantes de la casa de Poliakov opinaban que el contenido químico de la ceniza y los escombros del sótano era único en sus archivos. No tenían ni idea de cuál era su composición, y Poliakov confiaba en que no tuvieran suficiente paciencia para analizarla. Había nacido en Rusia y sabía que una «sustancia química desconocida» documentada en un informe de la policía podía pasar algún día por cualquier cosa, incluso algo peor que la verdad. En consecuencia, no había permitido que la sustancia continuara constituyendo un misterio. Había afirmado en su declaración que la mezcla consistía en los residuos de diversos compuestos químicos, porque había estado trabajando en un laboratorio químico en su sótano con el fin de preparar fármacos que salvarían vidas.

Los dos caballos de carreras que pertenecían a sus hijas habían sido encontrados sanos y salvos en el campo de un granjero, a unos treinta kilómetros de su casa, de modo que eso no le había planteado ningún problema. Pero detestaba que aquella pareja, causante de su desgracia, diera muestras de no tener miedo de caer en sus manos por segunda vez. Era un error que los Fargo no tuvieran miedo. Hacía días que había enviado a cuatro hombres a Taraz para vigilarlos. También tenía a un grupo de

trabajadores de plataformas petrolíferas de Atyrau buscando la tumba del padre de Atila en las colinas.

Cuando llegó a la zona de recogida de equipajes, vio que dos de sus hombres estaban esperándolo. Uno de ellos, el rubio, había colaborado en el secuestro de Remi Fargo, lo último que había hecho bien.

—Dime qué ha pasado ahora —le espetó cuando se acercó.

—Estuvieron aquí —dijo el rubio.

—¿Estuvieron aquí? ¿Dónde están ahora?

—Despegaron hace un par de horas.

—¿En dirección a...?

—Presentaron un plan de vuelo con destino a Odessa.

—¿Odessa? Ese no es su destino. Es una escala para repostar.

Alzó la vista hacia el edificio de la terminal. Tendría que imaginar una forma de descubrir el plan de vuelo que presentarían en Odessa.

—¡Allí! —El rubio señaló—. Danil y Leo. Fueron a su hotel a registrar la habitación. Habrán encontrado algo.

Poliakoff vio que los dos hombres bajaban de un taxi y corrían hacia él. Uno de ellos tenía la cara amoratada, y el otro apenas podía hablar. No necesitó preguntarles qué había pasado. Ya lo sabía.

Volar significó un alivio para Sam y Remi. Estaban tumbados, con los respaldos de los asientos echados hacia atrás y las piernas levantadas, en grandes asientos de cuero similares a butacas mullidas en exceso. Después de que el avión privado aterrizara en Odessa, Sam miró por la ventanilla y vio que la tripulación de tierra calzaba el aparato, y después enganchara mangueras y empezaba a repostar. Oprimió el botón del número de Tibor Lazar en Hungría. Sonó una vez y enseguida oyó la voz de Tibor.

—¿Sam?

—Sí.

—¿Cómo va la búsqueda hasta el momento?

—Ha terminado. Dejémoslo así. ¿Recuerdas la mañana en que íbamos en tu coche a Budapest y todos accedimos a ser socios en este proyecto?

—Por supuesto.

—Bien, ha llegado el momento de volver a reunirnos todos una vez más. Hemos leído el quinto mensaje. Vamos a localizar y a abrir la tumba de Atila.

—¡Yujú! —exclamó Tibor. Era un grito gutural, una celebración.

—Id a Roma. Tendréis una habitación en el Gran Hotel Saint Regis. Puedes llevar a János y a todos los que quieran. Aseguraos tan solo de que los hombres de Bako no os siguen y de que nadie sepa vuestro destino.

—Iré con János, pero dejaremos a los demás aquí para que nos avisen de cualquier movimiento de Bako y sus hombres.

—De acuerdo. Id lo antes posible.

—Partiremos esta noche. No me perdería esto ni que tuviera que ir a pie a Roma.

Sam colgó.

—Bien, parece entusiasmado.

—Sin ese entusiasmo, los demás estaríamos muertos. Albrecht, tú, yo.

—Cierto. —Sam vio que los dos hombres de mantenimiento desenganchaban las mangueras del avión privado—. Da la impresión de que estamos a punto de dirigirnos hacia nuestra última escala.

—Yo sí. Quiero una buena vista de Roma, un hotel bonito, un baño y un vestido que demuestre lo poco que he comido desde Moscú. Y quiero dormir en una cama una noche seguida como mínimo, en lugar de ir por ahí cavando agujeros.

—Parece que todo eso se halla a nuestro alcance. Una última excavación y habremos terminado.

Roma

El avión de Sam y Remi no tomó tierra en el enorme aeropuerto internacional Leonardo da Vinci-Fiumicino, que recibía cuarenta millones de visitantes al año. En lugar de eso, volaron hasta el aeropuerto de Ciampino, situado quince kilómetros al sudeste de Roma. No llevaban equipaje, salvo un ordenador portátil, de modo que pasaron la aduana con celeridad. Tardaron mucho más en abrirse paso entre el tráfico de Roma para llegar al Gran Hotel Saint Regis. El establecimiento era sobrio y elegante por fuera, pero lujoso por dentro, y disponía de espacios públicos adornados con jarrones con flores. En recepción había un mensaje del profesor Albrecht Fischer, invitándolos a su suite de la décima planta.

—Voy a comprar ropa —dijo Remi— y a tomar un baño; después me sentiré preparada para ver a gente.

Miró a Sam, quien no dijo nada.

—Y será mejor que te compre ropa a ti también —continuó Remi—. Parece que hayas estado escarbando en la tierra en busca de huesos como un perro.

—Una noble bestia dedicada a una noble profesión, pero será mejor que te acompañe.

Tras registrarse, pidieron al conserje que les consiguiera un chófer para llevarlos a las tiendas adecuadas con el fin de comprar ropa *pret-à-porter* de la mejor calidad. Ambos compraron diversas prendas informales, y Sam adquirió un traje, mientras Remi se proveía de un vestido de fiesta, un par de zapatos y un bolso. Volvieron en taxi al hotel y se retiraron a su suite durante una hora, antes de subir a la habitación de Albrecht y llamar con los nudillos.

Cuando la puerta se abrió, daba la impresión de que se celebraba una fiesta. Estaba Albrecht, y Selma Wondrash, al otro lado de la habitación, iba pasando con una bandeja de canapés. Pete Jeffcoat y su novia y compañera de investigaciones, Wendy Corden, actuaban de camareros. Tibor Lazar y su hermano János estaban sentados en un sofá. Había una mesa grande puesta para cenar.

—¡Sam! ¡Remi! —exclamó Albrecht como si anunciara su llegada—. Bienvenidos a nuestro humilde hogar.

Todos los rodearon y les pusieron una copa de vino en la mano.

—Esto es como un sueño —susurró Remi al oído de Sam.

—En efecto. —Se sentaron a la gran mesa—. Lamentamos llegar tarde.

Seguíamos llevando la ropa con la que habíamos disputado una pelea a puñetazos.

—Estamos ansiosos por hablar de la tumba —dijo Selma—. Albrecht ha querido esperaros.

El aludido se puso en pie.

—De acuerdo —dijo Sam—. Adelante.

—Bien —empezó Albrecht—, lo que creo que vamos a encontrar es la cámara que contiene los restos de Atila. El mensaje que envía a la gente que halle los cinco tesoros, sean quienes sean, resulta muy claro. Deseaba que lo enterrasen como huésped de una hija de los emperadores Flavios.

—¿Quiénes fueron los emperadores Flavios? —preguntó Sam.

—Vespasiano, Tito y Domiciano, un padre y sus dos hijos, que gobernaron Roma desde el año 69 hasta 96. Construyeron el Coliseo. Vespasiano era un general al mando de las fuerzas orientales, que en esencia se apoderó del trono al aparecer en Roma al frente de su ejército. Eso lo convirtió en un hombre con el que era difícil discutir. Tito y Domiciano fueron los herederos.

—¿Por qué le preocupaban a Atila?

—No estoy seguro. Gozaron de mucho poder y de importantes relaciones en Roma. Fueron los primeros emperadores que intentaron convertir Dacia, en el Danubio, en una colonia, y esa región estaba cerca del territorio de los hunos, pero la anexión no tuvo lugar hasta cierto tiempo después de la muerte de los Flavios.

—Lo cual no parece suficiente —adujo Remi.

—Las conexiones resultan engañosas. Como todo el mundo sabe, el romano que combatió contra Atila en Châlons, en Francia, se llamaba Flavio Aecio. No se trataba de un ciudadano romano, había nacido en lo que ahora es Bulgaria. Fue enviado de joven como rehén de los hunos a la corte de Ruga, el tío de Atila, y ambos se hicieron amigos. Puede que su nombre fuera un motivo de atracción. Tal vez Atila vio en él el modelo de gobernante de Roma.

—Y has dicho que Atila también fue rehén —intervino Remi.

—Sí. Fue enviado a Roma por el rey Ruga a la edad de doce años, en 418. Vivió allí dos años como mínimo, según creo. Lo que vio fue una gran riqueza, junto con una corrupción extrema y conspiraciones criminales. Se dio cuenta de que Roma suponía el trofeo máximo para un conquistador. También observó y estudió las prácticas y las estrategias del ejército romano, el mejor del mundo: sus puntos fuertes, sus métodos y también sus flaquezas. Como procedía de un pueblo guerrero, eso debió de ser lo más interesante para él.

—¿Y por eso quiso que lo enterraran en Roma?

—Lo llevó a constatar que constituía el imperio más grande de su tiempo, y que era vulnerable a él. Deseaba conquistarlo. El sepulcro debía de ser algo secundario, una señal de que él había ganado.

—Y según has dicho, sabías exactamente dónde quería que lo enterraran en Roma.

—Un punto crucial es que ninguno de los primeros emperadores romanos fue enterrado. La costumbre era incinerarlos. Si Atila quería que lo enterraran, como a su padre, su tío, su hermano y otros parientes, sus posibilidades eran limitadas porque prácticamente durante toda la historia de Roma fue ilegal dar sepultura a un cuerpo dentro de los límites de la ciudad.

—¿Qué pasó? —preguntó Tibor.

—Lo que pasó fueron las catacumbas. Los cristianos primitivos creían en la resurrección del cuerpo, de manera que deseaban ser enterrados, al igual que los hunos. Empezaron a excavar túneles en los límites de la ciudad para sepultar a su gente. La primera catacumba fue la de Domitila, una hija de los Flavios, sobrina de Vespasiano y prima hermana de Tito y de Domiciano. El terreno era de su propiedad. Al igual que las otras cuarenta catacumbas posteriores, esa fue cavada junto a una de las carreteras principales.

—¿Cuánto tiempo nos costará encontrar la tumba de Domitila? —quiso saber Tibor.

—No mucho. La dirección es via delle Sette Chiese, 282. Se encuentra al oeste de la vía Ardeatina y la vía Apia.

—¿De modo que es así de sencillo? ¿Está al aire libre?

—No exactamente. En el caso de Atila nada parece ser sencillo. La catacumba de Domitila albergaba ciento cincuenta mil sepulcros. Son quince kilómetros de pasadizos subterráneos en cuatro niveles. Cada túnel mide unos dos metros de anchura y más de dos metros de altura, con plataformas, o depresiones en forma de plataforma, que contenían los cadáveres. Hay derivaciones y habitaciones, cada una de las cuales contiene más nichos rectangulares excavados en la roca, llamada toba, una piedra volcánica blanda que se endurece tras exponerse al aire. Es la que se encuentra en el subsuelo de toda Roma. Si deseabas enterrar a alguien, buscabas un lugar no utilizado o prolongabas un túnel para crear uno, y después excavabas una especie de nicho en la pared y depositabas en él al difunto. A continuación sellabas el espacio con una lápida, en la que tallabas el nombre del difunto, su edad y la fecha de su fallecimiento.

—Pero ¿por qué Atila eligió una catacumba? —preguntó Remi—. ¿Y cómo llegó a saber de su existencia?

—Estoy seguro de que dilucidar y explicar lo que Atila hizo me ocupará el resto de mi vida profesional. Roma era el lugar más famoso del mundo. La gente hablaba de ella. Es probable que Atila fuera educado para admirar a los Flavios, dos de los cuales se hallan incluidos en el grupo que los historiadores llaman «los cinco buenos emperadores». Muchos miembros de la familia Flavia fueron enterrados en las partes

más antiguas de esa catacumba. También sabía que la profanación y el saqueo de las tumbas de los monarcas constituía un motivo de preocupación. Nos consta que dejó instrucciones muy detalladas para ocultar su tumba, no hay duda de que Atila era muy astuto. Como Roma estaba llena de gente de todos los países del imperio, es probable que contara con el hecho de que no resultaría sospechoso que un reducido cortejo fúnebre de hunos entrase en una catacumba situada fuera de los límites de la ciudad. Ocultar su sepultura entre las de ciento cincuenta mil personas, en su mayoría cristianos propietarios de escasos bienes que pudieran dejarse en la tumba, parece algo muy propio de Atila. Y, por supuesto, tenemos su palabra de que así se hizo.

—¿La palabra de un niño de doce años?

—Una de las cosas que sabemos con certeza es que la gente que subestimaba a ese hombre solía morir. Y existe otro motivo para tener fe en el joven Atila.

—¿Cuál?

—Aquel año, Atila fue uno de los elegidos como rehenes, no su hermano mayor, Bleda, ni ningún otro. Era la mejor ocasión que se le brindaba a Ruga para infiltrar a un espía en la corte más importante de la Tierra. Para Roma suponía asimismo la oportunidad de entablar una relación con el joven al que consideraban futuro líder de los hunos. Ambos bandos coincidían en quién iba a ser: Atila, de doce años de edad.

—De acuerdo —concedió Sam—. Sabemos dónde se encuentra la tumba, y todos los miembros de la sociedad se hallan presentes. Vamos a planear cómo podemos conseguirlo.

—Me gustaría que fuéramos todos a la tumba para concluir la misión —dijo Remi—. Aunque lleguemos con mil quinientos años de retraso y la tumba haya sido saqueada, todos hemos trabajado para seguir sus instrucciones al pie de la letra.

—Remi tiene razón con respecto al posible final —manifestó Albrecht—. Algunas catacumbas fueron saqueadas por los visigodos, en concreto por los lombardos, primitivos saqueadores medievales. Es posible que no encontremos nada. No obstante, la catacumba de Domitila es la que ha sufrido menos estragos.

—¿Cuáles son las circunstancias legales?

—Hemos estado investigando —intervino Selma—. Los romanos abandonaron la catacumba de Domitila hacia el siglo IX y después se olvidaron de su existencia. En 1873 se volvió a descubrir. Como la mayor parte de la catacumba era un cementerio de los primeros cristianos, fue entregada en propiedad a la Iglesia católica. En 2007 el papa nombró administradores a los Misioneros de la Divina Palabra, una organización de sacerdotes y monjes. En la actualidad unos mil seiscientos metros están abiertos al público, pero han colaborado en proyectos para explorar, cartografiar y fotografiar el resto de la catacumba con fines históricos. Es con mucho la más antigua y la más grande, y la única que todavía contiene los huesos de los cadáveres originales. Hemos llamado al capitán Boiardi, del Comando Carabinieri per la Tutela

del Patrimonio Cultural. Ha accedido no solo a proporcionar la seguridad, sino también a interceder por nosotros ante los Misioneros de la Divina Palabra. Les contará que avisasteis a las autoridades después de la excavación en Mantua.

—Maravilloso —dijo Remi—. Nos encanta tenerlo de nuestra parte.

—Llamó hace un rato, y preguntó por ti y por Sam. Le dije que trabajaba para vosotros, y entonces anunció que se presentaría aquí lo antes posible. Ha pedido al Ministerio de Cultura que apruebe este trabajo como proyecto conjunto. Cualquier objeto fechado antes del siglo IX a. C. o después del siglo IV d. C. recibirá permiso para su posible exportación a Estados Unidos. Cualquier otra cosa será negociada caso por caso.

—Se trata de unas condiciones generosas —convino Sam.

—Será positivo contar con respaldo oficial —dijo Albrecht—. Entrar en una catacumba viene a ser como una expedición a una cueva. El suelo es duro y deslizante, si bien razonablemente uniforme y seco. Pero aparte de las zonas abiertas al público, no ha cambiado mucho desde el año 300. No hay electricidad. No se ha sacado de las criptas y sepulcros ningún cadáver. Usaremos únicamente lo que llevemos, y cuando nos vayamos no dejaremos el menor rastro. Se trata de un yacimiento arqueológico de quince kilómetros. Trazaremos el plano y fotografiaremos, pero no tocaremos nada si podemos evitarlo. Tendremos que ser muy prudentes, atentos y pacientes, porque la tumba estará escondida. Vamos en pos de uno de los grandes tesoros de la Antigüedad. Atila empezó a pensar en esa tumba cuando tenía doce años de edad, y no dejó de hacerlo hasta su muerte, treinta y cinco años después. Podemos dar por sentado que encontrarla no será fácil.

—Será mejor que decidamos entre todos cómo queremos hacerlo —dijo Sam—. Sugiero que, antes de bajar a la catacumba, cada uno de nosotros piense en sus capacidades. Si creéis que no estáis en forma para caminar quince kilómetros sobre una superficie de piedra cargados con una mochila, deberíais tener presente que ir y volver supone treinta kilómetros. Si alguno sufre de claustrofobia, es mejor tenerlo claro de antemano. No hay nadie en esta habitación que no se haya ganado el derecho a bajar. Pero también necesitaremos que un equipo se quede en la superficie para vigilar los vehículos, ocuparse de cualquier objeto que subamos, tratar con las autoridades, etcétera.

Los miembros del grupo se miraron unos a otros, pero al principio nadie habló. Por fin, Selma tomó la palabra.

—Yo seré de mayor utilidad arriba.

—Yo bajaré —dijo Tibor.

—Y yo —se sumó János.

—Creo que yo también tendré que bajar —manifestó Albrecht—. Sé lo que estamos buscando.

—Yo prefiero bajar —dijo Sam.

—Y yo —dijo Remi.

—Yo me quedaré con Selma —declaró Wendy.

—Yo también me quedaré arriba —dijo Pete.

—A menos que haya entendido mal a Boiardi —comentó Sam—, creo que aportará a un par de *carabinieri* para acompañar a los que se queden arriba. Si encontramos el tesoro, nadie mejor que la policía para protegerlo. Ahora vamos a pensar en el equipo que llevaremos. Según parece bajaremos Tibor, János, Remi, Albrecht y yo. Imagino que con Boiardi y otros dos *carabinieri* seremos ocho. Cada uno deberíamos llevar una carretilla con ruedas, que tendrían que ser grandes y estar bien infladas, como los neumáticos de una bicicleta pequeña. De esa forma, nadie tendrá que cargar con una mochila de treinta kilos y, si encontramos la tumba, podremos empezar a sacar objetos en el primer viaje a la superficie.

—Si no encontramos carretillas de ese tipo, pediré que fabriquen unas cuantas —dijo Selma.

—¿Cuándo creéis que estaremos preparados? —preguntó Remi.

—Hoy es jueves —repuso Selma—. Los martes la catacumba está cerrada a los visitantes. Si podemos concluir las negociaciones con los administradores para entonces, sería el momento de empezar.

Alguien llamó a la puerta, y acto seguido varios camareros con carritos les entraron la cena. Todo el grupo se dirigió a la mesa y siguieron haciendo planes mientras comían. Selma había pedido una amplia variedad de platos y el vino adecuado para cada uno. Había marisco, rosbif, cordero, pollo, así como platos de pasta y varios tipos de ensaladas. La siguiente llamada a la puerta se produjo a los diez minutos de empezar el banquete. Sam fue a abrir.

Ante él se erguía el capitán Boiardi, que vestía un traje oscuro de civil en lugar del uniforme negro.

—Capitán, me alegra que hayas venido tan pronto.

—Si salvaras más vidas de policías, estoy seguro de que siempre contarías con un servicio excelente. —Abrazó a Sam con afecto y le palmeó la espalda—. Me alegro de verte, Sam. —Cogió la mano de Remi y la besó—. Remi, es un placer volver a verte. Confortas mis ojos después de un viaje tan largo.

—Haz el favor de entrar y unirte a la fiesta, capitán —contestó ella—. ¿Te acompaña alguno de tus hombres? Nos alegrará contar con ellos.

—No. Seguro que recuerdas los problemas que tuvimos la última vez, cuando nos vieron al salir de Nápoles. En esta ocasión nos hemos separado y nos hemos repartido las paradas que había que hacer. Yo me adjudiqué la más agradable.

—Gracias —dijo Sam—. Voy a conseguirte algo de comer y de beber. Si no hay nada que te guste, pediremos lo que sea. Al fin y al cabo, estamos en un hotel.

—Tomaré un refresco. O si no, agua. Aún me esperan otras reuniones esta noche. Sam le acercó un vaso de *ginger ale* y se sentaron a la mesa.

—El Ministerio de Cultura ha aceptado nuestra propuesta de un proyecto conjunto en la catacumba —informó Boiardi—. También nos han concedido permiso para excavar, nos han conseguido la colaboración de los Misioneros de la Divina Palabra y enviarán a mi escuadrón para ayudarnos. ¿Cuándo habéis previsto que vayamos?

—Nos gustaría empezar el martes, cuando la catacumba se cierra a los visitantes.

—Perfecto. Preferiríamos no tener que desperdiciar hombres para controlar a las multitudes.

—¿Cómo lograste que el ministerio procediera con tanta celeridad?

—Entregasteis al ministerio el primer tesoro, el de Mantua, de manera voluntaria, lo cual puso de manifiesto que sois gente responsable y legal. Luchasteis y salvasteis a los *carabinieri* de unos criminales, de tal forma que demostrasteis ser verdaderos amigos de la nación, del estudio de la historia y, dicho sea de paso, de mí, Sergio Boiardi.

—Y me alegro muchísimo de haberlo hecho —afirmó Sam—. También pensamos solicitar al ministerio la custodia física de lo que encontremos esta vez.

—Excelente. Estaremos preparados para transportar cualquier hallazgo a un espacio del Museo Archeologico Nazionale en un periquete.

—¿Bajarás a la catacumba con nosotros?

—Sí, y también os acompañarán dos de mis hombres. Asimismo, situaré a otros tres en la entrada con camiones, que estarán en contacto por radio con la policía de Roma, así como un puesto de primeros auxilios.

—Gracias —dijo Sam—. ¿Estarás preparado para bajar el martes?

—Podríamos ir mañana.

—No, el martes está bien. ¿A qué hora crees que deberíamos empezar?

—Las cuatro de la madrugada sería una buena hora. En Roma el tráfico se puso imposible el día en que asesinaron a César. Estamos esperando a que se despeje.

Subsuelo de Roma

A las cuatro de la madrugada del martes, los miembros de la expedición se reunieron entre los muros de la catacumba de Domitila, en via delle Sette Chiese, 282. Aún no era de día, pero un representante de los Misioneros de la Divina Palabra, el hermano Paolo, estaba esperándolos para dejarlos entrar. Llevaba el hábito marrón de monje, pero su rostro provisto de gafas parecía más bien el de un ejecutivo, y sus calcetines y zapatos eran más propios de un oficinista. El efecto general era el de un hombre pillado en albornoz antes de dirigirse al trabajo.

Lo siguieron por unos estrechos peldaños hasta las puertas principales de una iglesia del siglo IV. Desde la planta baja solo se veían el tejado y una hilera de ventanas, y el interior de la iglesia parecía muy antiguo. Estaba desnudo, era más una reliquia que un lugar de culto. El grupo bajó sus instrumentos, y tras enseñarles las tres naves, el hermano Paolo señaló la entrada que conducía a la catacumba para que se pusieran en movimiento.

Los exploradores tardaron una media hora en bajar las carretillas por los tres primeros tramos de escalones de piedra hasta el nivel donde empezarían la búsqueda, para después ocuparlo con su equipo y pertrechos, que iban en las mochilas. Durante los días de preparativos previos, la cantidad de dichos objetos había ido reduciéndose al mínimo: linternas, equipo fotográfico, herramientas, agua y comida. Cada uno de los exploradores se sujetó una linterna a la frente con una cinta elástica.

Mientras recorrían los primeros túneles, vieron nichos vacíos, algunos frescos romanos enlucidos y pintados sobre piedra o ladrillo, así como diversas habitaciones vacías construidas a modo de criptas. Había altares y cámaras pintadas, pero casi todos los lugares de enterramiento eran de piedra de toba brillante desprovista de todo adorno. A medida que avanzaban vieron más y más espacios que sí estaban ocupados. Grandes piedras sellaban los nichos. Albrecht empezó a pronunciar una conferencia.

—En esta sección podremos relajarnos un poco. Las tumbas son del período comprendido entre 550 y 600 d. C., mucho después de que Atila fuera enterrado. No puede estar en un túnel que no existía cuando él murió. Nos interesan las secciones con tumbas excavadas antes del año 453. Observaréis que en ninguna losa aparece la fecha en números. Durante esa era, los romanos utilizaban el calendario juliano, que empezó en 45 a. C. Los años no se expresaban en números. Se les daba el nombre de los dos cónsules que tomaron posesión del cargo el primero de enero. El año en que

Atila murió, los cónsules eran Flavio Opilio y Giovanni Vincomalo. Recordad esos nombres. Atila seguía acampado en su fortaleza del río Tisza cuando murió, lo cual significa que era una época del año demasiado temprana para ir a la guerra. De manera que debió de morir en *Januarius*, *Februarius* o *Martius*.

—¿Revelará su nombre? —preguntó Remi.

—Casi seguro que no, a menos que esté disfrazado de alguna manera. Era astuto, inteligente. No desearía que ningún romano encontrara su tumba. Pero creo que sí quería que la encontraran algún día.

—Nos dio todas las pistas, eso sí es cierto —dijo Remi.

—Nos ha obligado a trabajar hacia atrás, desde su tesoro más reciente hasta el primero. Creo que quería que algún huno encontrara los tesoros y utilizara esa riqueza para hacer algo en el mundo... después de conquistarlo. Tal vez deseaba que lo hiciera algún descendiente. Por lo visto, ninguno de sus tres hijos estaba a la altura de la tarea de gobernar el mundo, y él lo sabía con absoluta certeza.

—Ahora que estamos aquí, tengo la impresión de haber pasado algo por alto, alguna forma de distinguir su lápida de las demás —dijo Remi.

—Encontrar su tumba también forma parte de su prueba. Utilizaremos lo que tenemos, fecha y antigüedad, y veremos qué más hay. La catacumba fue utilizada entre los siglos II y VII. La de él estará entre las primeras. Y supongo que tendrá algo que los forasteros no reconocerán, tal vez una señal lingüística, algo que no aparezca en latín.

—Espero que no nos lo haya puesto demasiado difícil a los que no somos hunos.

—Confío en que no. Piensa en todo por lo que Sam y tú habéis pasado. Os está dando lecciones sobre él. Os ha obligado a ir a todos los lugares donde su vida cambió. Os ha conducido desde los últimos días, cuando se hallaba en el cénit de su poder, casado con la hermosa princesa goda Ildico en su fortaleza de la llanura húngara y rodeado de cientos de miles de fanáticos seguidores, hasta el primer momento de su carrera. Ahora sabemos que el inicio fue un triunfo. Fue el momento en que un huérfano de doce años se irguió sobre la tumba de su padre, a punto de ser enviado como rehén a un país desconocido. Y lo que hizo fue jurar que conquistaría Roma y sería enterrado en ella, aquí.

—Pero no conquistó Roma.

—Llegó a un punto en que, si bien estaba en sus manos hacerlo, prefirió reservar su poderoso ejército para otro momento.

—Y murió antes de poder regresar.

—Cierto. Su muerte supuso una tremenda sorpresa para todo el mundo. Durante el largo período en que fue enterrando sus montones de tesoros saqueados y dejando mensajes, estoy seguro de que jamás albergó la menor duda de que conquistaría Roma y se declararía emperador. Cuando volvió al río Po en 452, era consciente de

que no quedaba nadie capaz de detenerlo. Flavio Aecio, quien le había impedido extender su reino hasta la costa atlántica, ya no tenía un ejército capaz de plantarle cara. Resultó que la ajustada victoria de Aecio en Châlons-en-Champagne fue la última de cualquier ejército romano occidental, y a mi modo de ver Atila era lo bastante astuto para saberlo. Creo que en 453, a finales de la primavera o principios del verano, cuando empezaba la estación de las campañas, podría haber regresado para atacar Roma. Pero en vez de eso, murió.

Caminaban por la oscura catacumba, con la luz que llevaban en la frente como única iluminación, salvo cuando alguno de ellos apuntaba su linterna a una inscripción o se producía un destello al tomar alguien una foto.

—Leed todas las lápidas que encontréis —dijo Sam desde la retaguardia—. Sacad fotos para ayudar a documentar nuestra ruta.

Siguieron andando, galería tras galería. En un momento dado, Tibor y János se volvieron para mirar un ramal del pasadizo en el que se hallaban, y después corrieron a reunirse de nuevo con el grupo cuando la luz continuó hacia delante.

Sam se detuvo.

—¿También vosotros habéis oído algo? —susurró.

—Parecían pasos en la oscuridad, detrás de nosotros —dijo Tibor—. ¿Los has oído?

—¿Creéis que los hombres de Atila bajaron aquí para proceder a un entierro temprano? —preguntó Remi.

—Exacto —contestó Albrecht—. Suponemos que encontraron un túnel, o incluso una zona de la catacumba, lo bastante antiguo para que nadie lo visitara ya. Después debieron de retirar una losa y los restos humanos que cubría. A continuación hicieron lo que hacían muchas familias romanas: excavar a más profundidad y con mayor anchura en la piedra para crear una cámara. Hubieron de practicar una abertura muy pequeña y estrecha, a fin de que la tumba se confundiera con las miles que la rodeaban. Ahora bien, si el tesoro tiene algo que ver con lo que hemos leído, la cámara sería mucho más grande que cualquiera de las que hemos visto en las criptas.

—Deberíamos pensar más en el método para reconocerla —dijo Remi—. ¿Existe algún símbolo familiar, un juego de palabras con el nombre de Atila, o un mote?

—Hasta el propio nombre invita a la controversia —comentó Albrecht—. Algunos creen que Atila procede del godo, y significa «Padrecito», pues *atila* significa «padre» y *la* es un diminutivo. Partimos de la base de que los hunos eran asiáticos y algo más bajos que los pueblos godos de la futura Alemania. También contamos con la descripción de Prisco, quien dice que Atila no era en absoluto alto.

—¿Aceptas eso? —preguntó Tibor.

—No. Creo que contradice gran parte de lo que sabemos de él. Era un líder carismático y un gobernador absoluto, un tirano, si lo preferís, y un guerrero

implacable. En determinadas ocasiones utilizaba estrategias tendentes a proteger a su ejército, pero en otras, si convenía a sus propósitos, lanzaba a la caballería contra posiciones fortificadas y aceptaba ingentes bajas como precio de la victoria. No era el tipo de persona a la que uno llamaría «Padrecito», como tampoco el que utilizaría ese nombre.

—¿Cuál es tu teoría favorita?

—Creo que el idioma huno era muy similar al de los búlgaros del Danubio, una lengua turca extinguida en fecha más reciente. En el búlgaro del Danubio, *Attila* significa, literalmente, «Gran océano» o «Gobernante universal». Coincide con el papel de un rey de los hunos, cuyo trabajo consistía en proporcionar victorias, y por tanto prosperidad, a su pueblo. Tampoco existen indicios de que tenga su origen en algún idioma lejanamente relacionado o en un punto de vista occidental.

El grupo recorrió las tres primeras galerías candidatas a albergar la tumba de Atila. Todas habían sido excavadas y ocupadas antes del año 400. Había inscripciones talladas, pero ninguna contenía los tres elementos necesarios: los nombres correctos de los cónsules del año 453, la edad de cuarenta y siete años y la fecha de una muerte ocurrida durante los tres o cuatro primeros meses del año.

—¿Por qué damos por sentado que Atila decía la verdad en todo momento? —preguntó el capitán Boiardi—. ¿Por qué no poner un nombre, un año, un día falsos?

—Porque no encaja con el que creemos que era su propósito —replicó Albrecht—. A nuestro parecer, su deseo consistía en que la tumba fuera descubierta por el hombre adecuado, un hombre decidido, astuto y perseverante. Creemos que su intención era que los tesoros enterrados aquí y en otras partes fueran utilizados por el futuro líder de los hunos para conquistar el mundo.

Llegaron a la cuarta zona de la lista de Selma, un lugar donde se entrecruzaban galerías como las calles de una ciudad subterránea. Todas las esquinas eran ángulos rectos al final de las manzanas. Los exploradores leyeron inscripciones y tomaron fotografías, como llevaban ya muchas horas haciendo, y después, sin la menor sorpresa audible, se oyó la voz de Remi en la oscuridad casi total.

—Creo que lo hemos encontrado.

Albrecht se detuvo.

—¿Qué?

Se volvió hacia ella.

Remi se hallaba junto a un espacio donde había diversas aberturas cubiertas con losas. Señaló una.

—Creo que aquí está Atila —repitió.

Albrecht se acercó más a la gran piedra que ella estaba examinando. La luz de su frente se sumó a la de Remi para aumentar la iluminación. Los demás se congregaron a su alrededor. Albrecht leyó en voz alta.

—«*Fidelis Miles*», que significa «Leal Guerrero». «*Obit die annus Flavius Opilio et Iohannes Vincomalus vicesimo quinto Ianuarii XLVII*». —Rio en voz alta y rodeó a Remi con el brazo—. Creo que tienes razón y que detrás de esta piedra se encuentra el hombre al que estamos buscando.

Siguió una ronda de apretones de manos, palmadas en la espalda y abrazos.

—Retrocedamos un poco para poder fotografiar la losa —dijo Sam—. A partir de este momento, todo ha de ser documentado, medido y fotografiado antes de tocarlo. Albrecht dará las instrucciones.

Dedicaron las dos horas siguientes a documentar la losa y a retirarla con éxito. En el espacio de la plataforma tallada apareció el esqueleto de un guerrero huno del siglo V, muy similar a los que Albrecht había encontrado en el campo de Szeged, en Hungría, a principios del verano.

—Cabe suponer que es el leal soldado.

El hombre, convertido ahora en esqueleto, llevaba pantalones de cuero y una túnica. También portaba una daga, así como una espada larga y recta.

Sam y Albrecht colocaron una tabla debajo del esqueleto, las telas y las armas, y lo llevaron todo al exterior con sumo cuidado para poder depositarlo en un contenedor de plástico rígido y hermético, como un ataúd plano, que sostenían Tibor y János. Lo dejaron a un lado.

Albrecht y Sam empezaron a examinar la pared que había detrás de la estrecha litera tallada en la roca. Sam sacó la navaja.

—¿Puedo tomar una muestra?

—Por supuesto —contestó Albrecht—. En mi opinión, debería tratarse de una pared falsa hecha de yeso.

Sam pinchó y raspó la pared durante unos segundos, y después extrajo un fragmento de unos tres centímetros de grosor.

—Creo que es una capa de yeso que oculta una segunda piedra.

—Vamos a fotografiarla antes de retirarla.

Sam y Albrecht retrocedieron mientras Remi fotografiaba la superficie de yeso. Después fueron extrayendo trozos con cuidado, que examinaron en busca de rastros de pintura o arañazos.

Albrecht se inclinó hacia la abertura y contempló el fragmento de toba encajado detrás del yeso.

—Es una segunda losa. ¡Oh, sí, aquí está! «*Sepulcrum Summi Regis*». La Tumba del Gran Rey. «*Magnus Oceanus*». El Gran Océano. «*Rex Hunnorum*». Rey de los Hunos.

Los demás aplaudieron, produciendo sin duda el sonido más fuerte jamás oído en aquel lugar por espacio de más de mil años. Cuando el estruendo enmudeció, Sam se acercó al capitán Boiardi.

—¿Eso ha sido un eco?

Boiardi escuchó unos segundos y asintió.

—Vamos a ver.

Apagó la lámpara de su frente.

Los dos se alejaron de la tumba y volvieron sobre sus pasos, con las linternas apagadas. Mientras caminaban con sigilo, uno de ellos hacía una pausa de vez en cuando para escuchar unos segundos, y después continuaban. Cuando llegaron al segundo recodo, encontraron una abertura mayor que había sido excavada para una cripta familiar. Sam y Boiardi doblaron el recodo, y entonces encendieron sus luces para ver dónde estaban.

Bañados por la luz había cuatro hombres que habían surgido de repente de la curva y empezaron a forcejear con ellos, con la intención de reducirlos y arrojarlos al suelo de la cripta. Sam, que había practicado judo durante casi toda su vida, derribó al primero en el momento inicial de sorpresa y le asestó un puñetazo demoledor en el pecho. El segundo hombre se había arrojado sobre la espalda de Sam y se había aferrado a él. Sam corrió hacia la pared, se dio la vuelta y lo aplastó contra ella. El individuo se desplomó.

El capitán Boiardi era un agente de policía entrenado en la lucha cuerpo a cuerpo, un hombre alto y más fuerte que cualquiera de sus atacantes. Derribó al primero con una combinación de derechazos a la mandíbula y el pecho, y después puso fuera de combate al segundo mediante una llave de estrangulamiento.

Cuando Sam se agachó para recoger la linterna que Boiardi había dejado caer, vio a dos mujeres acucilladas en una esquina oscura de la cripta.

Boiardi gritó algo en italiano, y ellas parecieron asustarse. Ambas levantaron las manos.

—No le entendemos.

—No dispares todavía —dijo Sam—. Sé quiénes son.

—¿Quiénes?

—Trabajan para una empresa llamada Consolidated Enterprises, con base en Nueva York.

—¿De qué los conoces?

—Por lo visto, nos han seguido a Remi y a mí a todas partes. Se supone que son cazadores de tesoros comerciales, pero ignoro si es verdad.

—¿Para qué querrían atacar a un capitán de los *carabinieri*?

—Tendrás que preguntárselo a ellos. Ya nos seguían cuando buceamos en Luisiana, y después otra vez en Berlín. Fueron detenidos en la capital alemana, así como después en Hungría. No sé cómo salieron en libertad, pero podemos llamar al capitán Klein, de la policía berlinesa.

—Ustedes nos tendieron una trampa —dijo la joven de cabello rubio y corto que

había seguido a Sam y a Remi en Berlín—. Retiraron los cargos, por supuesto.

—¡Nos retuvieron durante dos semanas! —exclamó el hombre alto de la cabeza rapada.

—No digas nada más hasta que tengamos un abogado —aconsejó otro de los tipos.

—¿Qué les pasa a ustedes, los estadounidenses? —preguntó Boiardi—. ¿Es que solo ven películas de su país? El mundo no necesita que le lean sus derechos. Y si quieren un consejo jurídico, les daré el mejor: nunca ataquen a un agente de policía.

Sam asintió.

—He descubierto que es un consejo excelente. ¿Cómo han entrado en la catacumba?

—Los seguimos —dijo la mujer de cabello castaño—. Entramos en la iglesia en cuanto estuvimos seguros de que se encontraban en la catacumba. Cuando el monje nos vio, dijimos que formábamos parte de su grupo y que llegábamos tarde. Fue muy amable y nos indicó el camino que habían tomado.

—Muy inteligente —dijo Boiardi—. Invasión de propiedad ajena para cometer el robo de tesoros nacionales, pero aun así está muy bien.

—¿Qué van a hacer? —preguntó el hombre de la cabeza rapada.

Boiardi indicó a los seis prisioneros que se acercaran.

—Vengan por aquí si les gustan los tesoros. Van a ver el mayor hallazgo de su vida.

Sam y Boiardi caminaron detrás de los seis intrusos estadounidenses para impedirles la huida y fueron indicándoles el camino hasta llegar a la tumba de Atila.

Sam miró por la abertura. Al otro lado había un espacio mucho mayor, toda una sala tallada en la toba. Mediría unos dos metros y medio de altura por metro y medio de anchura. Vio que habían abierto el lado izquierdo de la cámara, para después taparlo con ladrillos y cerrarlo de nuevo. No le cupo duda de que se trataba de la cámara funeraria de Atila. En mitad de la sala, rodeado de pilas de monedas de oro diseminadas, antaño contenidas en cestas o sacos de cuero que se habían podrido, así como de espadas incrustadas de gemas, cinturones, cuchillos y ornamentos, se hallaba un ataúd de hierro de dos metros por uno veinte.

Los dos *carabinieri* se encargaron de vigilar a los prisioneros mientras, uno a uno, Remi, Sam, Albrecht y Boiardi atravesaban el estrecho pasaje y empezaban a fotografiar y a cartografiar cada centímetro de la tumba, además de dejar bien claro dónde se hallaba cada objeto. Al cabo de tres horas, se pusieron a recoger todo cuanto rodeaba el ataúd. Lo metieron en cajas, confeccionaron listas y lo cargaron en las ocho carretillas.

Boiardi se acercó a los prisioneros, que estaban sentados en el suelo del túnel con aspecto sombrío.

—¿Y bien? ¿Qué opinan de esto?

La chica rubia se encogió de hombros.

—Me alegra haber podido verlo.

—De modo que posee un alma curiosa y aventurera. Pues yo también. ¿Y el resto de ustedes?

Los otros cinco manifestaron su acuerdo con la cabeza al tiempo que murmuraban diversas frases de asentimiento.

—Bien, porque voy a encargarles un trabajo —prosiguió Boiardi—. Les daré la oportunidad de empezar a saldar su deuda con el pueblo italiano. Pueden ayudar a cargar estos objetos de valor incalculable hasta la superficie.

—Eso no puede ser legal —protestó el hombre de la cabeza afeitada—. No puede obligar a trabajar a unos prisioneros, a menos que hayan sido condenados.

—De acuerdo. Este caballero está excusado de trabajar. Diremos al fiscal que se negó a expiar sus crímenes. Aún no se ha arrepentido. Sargento Baldare, póngale las esposas. En cuanto a los demás, ¿qué quieren que diga al fiscal?

Se oyeron varios «Trabajaré», «Vale» o «Dígale que colaboraré».

—Espere un momento —dijo el hombre de la cabeza rapada—. Yo también colaboraré.

Boiardi hizo un gesto con la cabeza en dirección al sargento Baldare, quien le quitó las esposas.

—Ah, ante todo, una advertencia. Mis hombres no son idiotas. Serán cacheados de arriba abajo al llegar arriba, y el contenido de las cajas se comparará con las fotografías que hemos tomado. Si algo se les ha quedado pegado al bolsillo, sobre su futuro planeará una pintoresca y muy antigua prisión. ¿Entendido?

—Sí —dijeron los seis sucesivamente.

Una hora después, las primeras carretillas de oro, piedras preciosas y armas incrustadas de gemas, pertenecientes en otro tiempo a reyes conquistados, empezaron a desfilan por los largos pasadizos y las escaleras hacia el mundo de la superficie, que no habían visto desde el año 453.

Se requirieron cinco días de trabajo cuidadoso pero agotador para completar la exhumación del tesoro de Atila. En la superficie, donde Selma, Wendy, Pete y tres *carabinieri* trabajaban para verificar y cargar los objetos, todo funcionaba a las mil maravillas. El primer camión partió hacia el Museo Arqueológico Nacional de Nápoles a las tres de la madrugada de la primera noche, acompañado de dos coches de la policía camuflados, y un nuevo camión ocupó su lugar.

Los Misioneros de la Divina Palabra hicieron honor a su nombre y dijeron la verdad: se estaba llevando a cabo una investigación arqueológica en la catacumba de Domitila y estaría cerrada al público temporalmente.

El sexto día el equipo llevó cuatro cabrestantes de cadenas y levantó la tapa del

ataúd de hierro. Dentro de este hallaron otro de plata pura rodeado de más tesoros de Atila. Había coronas, cetros, dagas y ornamentos personales de cientos de reyes, príncipes, caudillos, sultanes y kanes. Tardaron todo un día en retirar y catalogar los objetos.

El octavo día el equipo levantó la tapa del ataúd de plata. Descubrieron que las antiguas crónicas estaban en lo cierto. El último estaba hecho de oro. Se hallaba rodeado de piedras preciosas de todos los colores, esmeraldas, rubíes, zafiros y granates, así como piezas de jade, coral, lapislázuli, jaspe, ópalo y ámbar; había gemas de todas partes del mundo antiguo.

El último día abrieron el ataúd de oro de Atila. Dentro apareció el esqueleto de un hombre de un metro sesenta de estatura, ataviado con una túnica de seda roja y pantalones, botas de cuero hasta la rodilla y un gorro de piel. Su mano huesuda sujetaba un arco compacto hecho de asta, y portaba una espada y una daga. En el lado interior de la tapa del ataúd de oro había una inscripción.

«Has encontrado la tumba de Atila, rey supremo de los hunos. Si te hallas ante mí, es que eres un guerrero valiente y astuto. Mi último tesoro te convertirá en un rey rico y poderoso. Solo el tiempo, el fracaso y el dolor podrán hacer de ti un rey sabio».

Gran Hotel Saint Regis, en Roma

—Por favor, formen tres filas.

El fotógrafo del *New York Times* les indicó con un ademán que ocuparan sus sitios. Sentados en la primera fila estaban Albrecht en el centro, flanqueado por Selma y Wendy. La segunda fila estaba formada por János, Tibor y Pete. En la fila de atrás se hallaban Sam y Remi Fargo, así como el capitán Boiardi del Comando Carabinieri per la Tutela del Patrimonio Culturale.

Docenas de obturadores chasquearon en una complicada descarga, con flashes que destellaban como luces estroboscópicas. El reportero de *Der Spiegel* estaba muy satisfecho porque podía tomar muchos primeros planos del célebre historiador y arqueólogo alemán Albrecht Fischer en su papel de líder. Reporteros de los periódicos italianos *Giornale di Sicilia*, *Il Gazzettino* de Venecia, *Il Mattino* de Nápoles, *Il Messaggero* de Roma, *Il Resto del Carlino* de Bolonia y *La Nazione* se empujaban mutuamente para sacar fotos de una muestra del magnífico tesoro, que había sido dispuesta sobre una sábana blanca en la alfombra, custodiada por altos y serios *carabinieri* vestidos de uniforme de gala. Los *carabinieri* miraban al techo, inmunes a la atracción de las joyas, coronas y espadas centelleantes desplegadas sobre la sábana.

Después de las fotografías, empezaron las entrevistas. Sam y Remi se desplazaron hasta el extremo más alejado de la sala de reuniones del hotel, pero los reporteros de *Le Figaro*, *Le Monde*, *Daily Telegraph* y *The Guardian* consiguieron encontrarlos.

La reportera de *The Guardian*, una mujer llamada Ann Dade-Stanton, acorraló a Sam.

—Todo el mundo con el que he hablado en privado me ha dicho que usted ha sido el líder de una serie de expediciones, y que en la mayoría de ellas quienes estaban siempre presentes eran Sam y Remi Fargo. ¿Es alguna especie de treta? ¿Una estrategia para evadir impuestos o algo por el estilo?

—Todos los presentes han viajado, corrido peligros y trabajado en un momento u otro en un agujero hondo. Algunos hemos contribuido investigando, encargándonos de los trámites de los viajes y el equipo, etcétera. Otros han pasado más tiempo en la escena. Pero yo no era el líder.

—La persona a la que Sam y yo consideramos nuestro líder y guía al mundo de la Antigüedad es nuestro amigo el profesor Albrecht Fischer —declaró Remi—. Ha

dedicado su carrera a estudiar la antigua Roma. Nos telefoneó después de haber llevado a cabo el descubrimiento inicial en un campo de Hungría y nos pidió que fuéramos a ayudarlo, cosa que hicimos.

—Pero ustedes son cazadores de tesoros y aventureros famosos en todo el mundo. Y tengo entendido que corren con todos los gastos.

—Nosotros, Albrecht Fischer y Tibor Lazar nos convertimos en socios desde la mañana en que descubrimos la primera cámara de piedra, en Hungría. Albrecht era el que más sabía de historia y arqueología del Imperio romano. Tibor nació en la parte de Hungría donde Atila había instalado su fortaleza, y logró que más gente nos ayudara, incluidas personas que aportaron vehículos y equipo. Sam y yo teníamos cierta experiencia en investigaciones históricas y donamos algo de dinero. Todos contribuimos con lo que teníamos, y todos aportamos más gente que nos fue de gran ayuda.

—Exacto —corroboró Sam—. Y mientras tanto, los ministerios de cultura de diversos países nos ayudaron y proporcionaron protección física, y depositaron nuestros hallazgos en lugares seguros para que puedan ser estudiados por eruditos de todo el mundo, sobre todo de Hungría, Italia y Francia. También hemos ayudado a las fuerzas de seguridad de Berlín y Moscú.

—¿Sam? —susurró Selma—. La web.

—Ah, claro. Les presento a Selma Wondrash, nuestra jefa de investigaciones.

Movió la cabeza en su dirección.

—Vamos a colgar una página web que contenga el catálogo completo de todos los objetos hallados en cada tesoro y en la tumba de Atila —explicó Selma—. Incluiré fotografías de todos los objetos encontrados en las cámaras, en el lugar exacto donde fueron hallados, así como primeros planos realizados tomados en condiciones ambientales de museo. De vez en cuando, a medida que vayan apareciendo artículos especializados sobre ellos, dichos escritos serán colgados en la web. También esperamos reproducir esta información en un libro, bajo la dirección editorial del profesor Albrecht Fischer.

Los reporteros anotaron con aplicación todo cuanto se les decía, y después se sumaron a la celebración. La fiesta se prolongó hasta bien entrada la noche. Cuando el capitán Boiardi y sus hombres hubieron guardado los objetos exhibidos en sus estuches, se dispusieron a marchar.

—Sam, Remi. La noticia saldrá en todos los periódicos importantes del mundo mañana por la mañana. Antes de que cuelguen las ediciones online matutinas, hemos de recoger lo que queda del tesoro y transportarlo al museo.

—¿Tienes que irte tan pronto? —preguntó Remi.

—Cuanto más esperemos, más peligroso será. Los tesoros se apoderan de la imaginación de la gente, y no siempre de una forma positiva. En la década de 1920, la

tumba de Tut constituyó una moda pasajera. ¿Y quién era Tutankamón? Un adolescente rico. Ahora estamos hablando de Atila. —El capitán sonrió, besó la mano de Remi y estrechó la de Sam—. Ha sido un inmenso placer, y el mayor éxito de mi carrera.

—En nuestro caso también —dijo Remi—. Espero que no dijeras en serio que pensabas jubilarte.

—Si vosotros no os jubiláis, yo tampoco. Quiero ver qué más vais a encontrar.

—Te llamaremos —dijo Sam.

Los *carabinieri* se fueron del hotel, y después los reporteros y los fotógrafos. Al cabo de poco, los únicos que quedaron en la sala de banquetes fueron Albrecht, Sam y Remi, Tibor y János, Selma, Pete y Wendy. Sam levantó una cuchara y dio unos golpecitos con ella en una copa de champán, produciendo un tintineo musical. Todo el mundo dejó de hablar y miró en su dirección.

—Muy bien, todos. La fiesta ha sido estupenda. Ahora Remi y yo nos iremos a dormir. Haced el favor de reuniros con nosotros en el vestíbulo a las nueve de la mañana, con las maletas hechas. Nos conducirán en varios coches al aeropuerto. Os llevaremos a casa.

Mientras caminaban con paso perezoso hacia su habitación, Remi bostezó.

—¿Vas a enviar a casa a todo el mundo en un avión alquilado?

Sam se encogió de hombros.

—Selma, Pete y Wendy viven en nuestra casa, y de todos modos tendríamos que pagarles los billetes. Tibor y János nos salvaron la vida al menos dos veces cada uno. Y Albrecht nos invitó a participar en una de las búsquedas de tesoros más grandes de todos los tiempos. Son solo dos escalas.

—No quiero parecer una ingrata y una tacaña, pero ha pasado mucho tiempo desde que estuve a solas con mi marido sin una pala en la mano y nadie que nos disparara.

Sam la rodeó con el brazo mientras caminaban hacia el ascensor.

—Tienes toda la razón. Me alegro de haberme casado con una mujer hermosa a quien le gusta mi compañía. Por otra parte, me alegro de que casi todos los criminales sean unos tiradores espantosos.

Ella se puso de puntillas para plantarle un beso en la mejilla.

—Ardo en deseos de llegar a casa.

—No conseguirás que te conteste una insolencia.

Abrió la puerta de la suite con su llave y entraron.

A las nueve de la mañana siguiente se encontraron con los demás en el vestíbulo y después subieron a sus limusinas de alquiler para recorrer los quince kilómetros que distaba el aeropuerto de Ciampino. El avión que Selma había reservado aguardaba en la pista, frente a la pequeña terminal privada. El grupo esperó a que cargaran su

equipaje y a continuación subió a bordo.

Eran solo novecientos cincuenta kilómetros de Roma a Frankfurt, donde Albrecht los dejó.

—Bien, me habéis dado algo en que pensar —dijo—. Si viviera dos veces, no conseguiría terminar mi estudio sobre lo que hemos encontrado. Os doy las gracias a todos.

Eran mil ciento diez kilómetros más hasta Szeged. Cuando aterrizaron en el aeropuerto, Tibor y János se levantaron.

—¿Vienes? —dijo Tibor a Sam.

Sam cogió a Remi de la mano.

—Volveremos dentro de unos minutos —informó a los demás.

Remi miró a Sam con curiosidad, y después vigiló dónde pisaba cuando bajaron la escalerilla del avión y se reunieron con los hermanos Lazar.

—Tibor, János —dijo Remi—, espero que nos veamos pronto. Sería un placer que nos visitarais en La Jolla. Tenéis nuestros números de teléfono y los correos electrónicos.

—Es posible, pero todavía no —contestó Tibor—. Hemos decidido quedarnos en casa una temporada y descansar. De vez en cuando nos iremos de Arpad Bako. Pero solo por eso.

—No sé qué porcentaje de los tesoros os corresponderá —dijo Sam—. La mayor parte jamás saldrá de los museos. Pero recibiréis millones de dólares de lo que se venda.

—¿Lo ves? —dijo Tibor—. Dije que era una buena idea ser amigo tuyo.

Los cuatro entraron en la terminal. Al otro lado de la zona de espera había un hombre sentado junto a un contenedor de plástico muy grande, que descansaba sobre un carrito con ruedas.

—¿Sam...? —empezó a decir Remi.

Dio la impresión de que el hombre oía su voz, y se volvió para ver a los recién llegados. Los ojos de Remi se abrieron como platos y corrió hacia él. Rodeó el contenedor, miró en su interior y se puso de rodillas. Empezó a llorar.

—*Jo fiu* —dijo en voz baja. Se puso en pie de un brinco y rodeó con los brazos a Sam—. Oh, Sam. No me lo puedo creer.

—Pensé que te merecías un regalo, pero Zoltán también se lo merecía, y me pareció que te quería a ti.

Tibor, János y el primo de la esposa de Tibor, el entrenador de perros, ayudaron a Sam a empujar el carrito hacia el avión.

—No quiero que suba la escalerilla dentro de esa caja —dijo Remi al pie de los peldaños.

Se arrodilló, abrió la puerta de la jaula y apareció Zoltán, primero el gran hocico

negro y después la ancha cabeza, el cuello de pelaje largo, los hombros y el cuerpo musculoso. Remi le rodeó el cuello con los brazos y lo retuvo un momento.

—*Jo fiu* —susurró—. Buen chico. —Se puso en pie—. *Fel*. En pie.

Empezó a subir la escalerilla y Zoltán la siguió hasta entrar en el avión.

Tibor ayudó a Sam a cargar el gran contenedor de viaje y depositarlo en el suelo, y luego utilizó sus correas para sujetarlo a una fila de asientos vacía.

—Nos veremos muy pronto —dijo después a Sam y a Remi, y bajó a toda prisa por la escalerilla para desaparecer en la terminal.

Cuando Remi y Zoltán entraron en la zona de pasajeros, Selma contempló al gran perro.

—Ah, bien. Por fin te ha regalado un poni.

—Selma, te presento a Zoltán. Acércate y deja que te huela la mano. No te hará daño...

Selma extendió la mano para que Zoltán la olfateara y acto seguido palmeó su grueso cuello.

—... a menos que yo se lo diga.

Pete y Wendy rieron cuando Selma retrocedió.

—Es ideal —dijo Pete—. Si vas a Alaska, tirará del trineo.

—Vale —dijo Remi—. Ahora, vosotros dos.

Pete y Wendy se acercaron y le dieron palmaditas. El perro permaneció inmóvil y toleró sus atenciones.

Remi fue a sentarse al lado de Sam.

—*Ül* —dijo a Zoltán. El perro se sentó a sus pies. Ella lo acarició detrás de las orejas.

Terminaron de repostar y la inspección previa al despegue, y el auxiliar de vuelo cerró la puerta de la cabina. Sam se levantó, se acercó al contenedor y volvió con una bolsa de chucherías para perros.

—Buena idea —dijo Pete—. Eso nos concederá tiempo si decide devorarnos.

—No te preocupes por él —dijo Sam—. Está mejor educado que nosotros. Lo han adiestrado para reconocer a qué gente ha de devorar y para protegernos a los demás.

Remi se agachó, abrazó de nuevo a Zoltán y le dio una chuchería.

El piloto puso en marcha los motores y los pasajeros se abrocharon los cinturones de seguridad. Cuando el avión aceleró sobre la pista, Zoltán pareció ponerse en guardia y comió su chuche. El avión llegó al final de la pista y giró a favor del viento. Mientras aceleraba de nuevo y se elevaba en el aire, Remi no dejó de apoyar la mano en el lomo de Zoltán para tranquilizarlo.

—No te preocupes, Zoltán, estoy contigo.

Su voz serena y musical pareció relajar al animal. Cuando las sacudidas y las vibraciones terminaron, y el avión se elevó del suelo, Zoltán dejó que su enorme

cabeza descansara sobre la alfombra y se acomodó para un largo vuelo.

Remi se acercó a Sam.

—Lo quiero —susurró—. Y te quiero a ti. Pero esto es de lo más extravagante. Un perro como él, con su adiestramiento, cuesta tanto como un Rolls-Royce.

—Un Rolls-Royce es una máquina estupenda. Pero no dará la vida por ti.

Sam inclinó hacia atrás su asiento y Remi lo imitó. Apoyó la cabeza sobre su pecho. Zoltán los miró una vez, inspeccionó la cabina, apoyó de nuevo la cabeza en el suelo y cerró los ojos.

Goldfish Point, La Jolla.*Primera planta*

El sol se estaba poniendo cuando Remi y Zoltán salieron a correr a la playa. Desde que habían regresado de Europa, unas semanas antes, Remi había dedicado mucho tiempo a trabajar con Zoltán. Quería que se acostumbrara a la parte del mundo que iba a ser su nuevo hogar.

Hasta el momento, daba la impresión de que a Zoltán le gustaba La Jolla. Mantenía una calma y una tranquilidad imperturbables. Cuando Remi andaba, Zoltán andaba. Cuando ella corría, él corría. Ese día habían ido a la pequeña playa protegida situada en el extremo sur de La Jolla llamada Children's Pool. Toda la playa y el rompeolas de hormigón estaban invadidos por un centenar de focas y leones marinos. Remi sabía que era imposible que Zoltán hubiera visto focas o leones marinos en Hungría, pero no parecía más inclinado a molestar a aquellos animales que a un árbol o un banco del parque.

Dieron media vuelta y corrieron por el sendero de hormigón en dirección a Goldfish Point y después por el césped verde hasta dejar atrás las palmeras del parque del hotel Valencia. Cuando miró el mar, al otro lado del inmenso jardín, pensó en que era un lugar increíble. La Jolla significaba «La Joya», y tenía el nombre adecuado. Sam y ella habían decidido construir su casa sobre Goldfish Point, en el extremo norte del pequeño barrio. La punta era la entrada a las cuevas azotadas por el oleaje de la parte rocosa de la costa, y recibía el nombre por el pez Garibaldi de color naranja chillón que nadaba en la bahía de La Jolla.

Sam y Remi diseñaron su casa tras haber dedicado seis años a erigir y dirigir su empresa, que fabricaba y vendía el escáner de láser argón que él había inventado. Les habían ofrecido una suma asombrosa de dinero por la compañía y sus patentes, y los Fargo habían aceptado la venta. Por primera vez, no solo podían permitirse construir una casa grande y cara, sino que tenían tiempo y energía para dedicarse a ella.

Cuando estuvo terminada la mansión, abarcaba tres mil setecientos metros cuadrados sobre cuatro plantas, asentada encima de Goldfish Point. El último piso albergaba la suite de Sam y Remi, dos cuartos de baño, dos vestidores, una pequeña cocina y una sala de estar con una pared de ventanales que daban al mar. El tercer

piso albergaba cuatro suites de invitados, la sala de estar principal, la cocina principal y el comedor. Habían decidido utilizar la segunda planta como gimnasio, e incluía también una piscina interminable, un rocódromo y una pista de trescientos metros cuadrados para que Remi pudiera practicar esgrima y Sam judo.

El único lugar posible para albergar la oficina era la planta baja. Tenía espacios de trabajo abiertos para Sam, Remi, Selma y hasta cuatro investigadores. Había más cuartos de invitados y un laboratorio, así como un acuario de agua salada de cuatro metros y medio de longitud con plantas y animales de la costa californiana.

Mientras Remi y Zoltán corrían hacia la casa al anochecer, ella miró al otro lado de la bahía y vio dos yates en los que ya se había fijado antes. Estaban anclados a media milla de distancia de la orilla y, desde la perspectiva que le brindaba el sendero sobre la playa, tenía la impresión de que casi se estaban tocando. Ambos eran grandes, cruceros veloces, de cuarenta metros de eslora, el tipo de yate en el que navegaban por el Mediterráneo celebridades europeas. Podían alcanzar los sesenta nudos, y algunos eran aún más rápidos. Había visto unos cuantos como esos en el puerto de San Diego durante los dos últimos años, pero eran extremadamente caros y más aptos para trasladar a gente entre las islas griegas o a lo largo de la Riviera francesa que para surcar el Pacífico.

Zoltán y ella dejaron atrás el hotel y empezaron a subir por la calle que conducía a la meseta boscosa más elevada en la que se alzaba su casa. La veía desde donde estaban, encaramada sobre la ladera de la colina, con sus paredes de ventanales encarados al mar por tres lados. Las luces de su hogar le resultaban cálidas y acogedoras. Sam había diseñado e instalado un sistema de sensores individuales que, al anochecer, encendían automáticamente algunas luces en cada piso. Como había pocas paredes interiores, eso dotaba a casi toda la casa de un resplandor dorado.

Remi continuó corriendo colina arriba, la parte más difícil de la carrera diaria, cuando observó que, de repente, Zoltán parecía muy agitado. Saltó hacia delante y se detuvo con brusquedad a sus pies, con sus ojos ámbar y negros de pastor alemán fijos y muy abiertos. Remi se detuvo a su lado, con la intención de dilucidar qué estaba mirando el animal. Algo que los aguardaba en la calle sinuosa lo tenía preocupado.

Remi también se sentía preocupada, y todavía más impaciente por llegar a casa. Conocía muy bien el olfato, el adiestramiento y la capacidad de depredador de Zoltán a la hora de detectar la presencia de seres vivos ocultos a la vista humana para saber que el perro estaba evaluando algo que consideraba inusual e importante. Pensó en ponerle la correa. Tal vez había descubierto una situación en la que no podía confiar en él. Había oído historias de pastores alemanes que habían perseguido a carteros debido al olor de líquido de limpieza en seco en su uniforme. Quizá fuera algo por el estilo. Pero no, no podía ser eso. El entrenamiento del animal había sido impecable, y utilizar la correa habría supuesto demostrar falta de confianza en él.

Mientras lo esperaba, Zoltán empezó a avanzar de nuevo. No corrió como lo había hecho anteriormente. Había agachado la cabeza, olfateaba el aire y tenía los ojos clavados en algo que Remi no veía. Sus hombros se flexionaron cuando empezó a ponerse al acecho. Todo su cuerpo descendió hacia el suelo, como a punto de saltar.

Remi no habló para calmar o refrenar a Zoltán. Ya no estaba investigando. Estaba seguro de que existía una amenaza. Remi caminó a su lado, maravillada de su concentración. El perro se detuvo de nuevo, y entonces ella oyó el sonido. Lo sintió en el cuerpo y hasta notó un leve temblor en las manos, porque había oído el mismo sonido muchas veces, el chasquido del cargador de una pistola al encajar en su sitio. Oyó que alguien retraía la corredera para que un cartucho entrara en la recámara.

Zoltán corrió cuatro pasos y saltó hacia el follaje. Se internó hasta la mitad de un seto vivo y aferró el brazo de un hombre entre los dientes. Lo sacudió hasta que el individuo soltó el arma y cayó al pavimento. Zoltán cargó hacia delante y empujó al hombre hacia atrás para que no pudiera recuperar la pistola.

Remi corrió, alejó el arma de una patada hacia la oscuridad y siguió adelante. Zoltán la precedía, en dirección a la casa. No tomó el camino de acceso, sino que atajó entre el bosque de pinos, y ella lo siguió. El animal trotaba en la oscuridad, corriendo en silencio sobre la espesa capa de pinaza. Dos veces, mientras corrían, lo vio desviarse, oyó que se lanzaba sobre algo con un gruñido, y después el chillido de una voz humana se confundió con sus ladridos. Se esforzó por alcanzarlo, y entonces vio una silueta. Era la forma de un hombre que atravesaba a toda prisa el sendero. Zoltán se abalanzó contra él a la carrera y arrojó su gran cuerpo contra el hombre, que cayó al suelo a un lado.

Después Remi y Zoltán atravesaron el bosque, cruzaron el jardín, subieron el camino de acceso de hormigón y luego la escalera. Oyó que los hombres la perseguían, y eran veloces, tan solo se hallaban a un par de pasos. Zoltán se volvió, gruñó y cargó. Remi oyó el ruido de la refriega mientras abría la puerta y Zoltán entraba corriendo con ella. Cerró la puerta de golpe y, mientras pasaba el pestillo, lanzó un grito.

—¡Sam!

Se oyó un golpe contra la puerta cuando alguien lanzó su peso sobre ella.

Zoltán ladró, y Remi volvió a gritar mientras se internaba en la casa.

—¡Sam!

En el extremo de la primera planta que daba al mar, donde se hallaba la oficina, sonó la voz de Selma.

—¡Remi! ¿Qué pasa?

—¡Hay hombres aquí! Me han perseguido y han tratado de tenderme una emboscada en el sendero del bosque.

Selma corrió hacia Remi, se detuvo y miró a Zoltán horrorizada. Remi miró

también y vio que le goteaba sangre del hocico. El animal se volvió hacia la puerta y se acuclilló, con los dientes al descubierto.

Mientras miraban, la casa quedó a oscuras. Oyó el ruido de hombres que subían corriendo los peldaños, y después un estruendo cuando golpearon la puerta de acero con algo similar a un ariete. El impacto disparó el sistema de alarma con batería, y sonó un agudo tono vibrante que se prolongó mientras el ariete se estrellaba de nuevo contra la puerta.

El generador de emergencia de la casa entró en funcionamiento, y se encendieron algunas luces de bajo consumo para poder ver. ¡Bum! Se oyó un chirrido cuando la vibración del ariete disparó el motor que bajaba los postigos de acero de la primera planta. Todo el piso quedó iluminado tan solo por unas pocas bombillas, privado de la luz de la luna y el resplandor del resto de las luces eléctricas de La Jolla.

Sam apareció en la sala. Se dirigió a la caja metálica de control empotrada en la pared, la abrió, encendió el monitor de las cámaras que había sobre la puerta y miró un segundo.

—Selma, llama a la policía.

Utilizó el intercomunicador para hablar con los hombres de fuera.

—Ustedes, los del porche. Llévense el ariete o se arrepentirán.

¡Bum! Los hombres redoblaron los esfuerzos. Retrocedieron, corrieron hacia delante y descargaron el pesado cilindro metálico. ¡Bum! Remi vio que la puerta se combaba hacia dentro, aunque sin ceder.

Sam activó un interruptor oculto en la caja de control. En el monitor, él y Remi vieron que los hombres del porche reaccionaban a un silbido. Cuando alzaron la vista, dejaron caer el ariete, se taparon los ojos y la cara con las manos, y se alejaron del porche dando tumbos, como cegados.

—¿Qué es eso? —preguntó Remi.

—Aerosol de pimienta. Es una de las cosas que añadí al sistema de seguridad.

—De esas que valen su peso en oro, ¿eh? —dijo Remi, mientras descubría que otros hombres salían corriendo del bosque para poner a los heridos a cubierto entre los pinos.

—¡Los teléfonos no funcionan! —gritó Selma.

—Utiliza tu móvil.

—Da la impresión de que interfieren los 850 megahercios. —Selma cogió otro teléfono del escritorio, que reconocieron como uno de los que habían utilizado en Europa—. Algún aparato. 1900 megahercios también. 2100 y 2500.

—Pues envía a un conocido un correo electrónico para que llame a la policía por nosotros.

—La wi-fi también está interferida. No puedo conectarme online. Es imposible utilizar la línea telefónica porque está cortada.

—De acuerdo. Por supuesto —dijo Sam. Manipuló un botón del tablero de control para alterar la dirección de las cámaras de seguridad—. Caramba. Tenemos problemas. Mirad todos esos hombres.

—¿Pete y Wendy están en casa? —preguntó Remi.

—Iré a contarles lo que está pasando —dijo Selma.

—Pídeles que abran la caja fuerte de las armas y que traigan...

—Lo haré yo —dijo Remi, que ya corría hacia la escalera. La subió de dos en dos y hasta de tres en tres escalones, pero no parecía que Zoltán tuviera problemas en adelantarla. Llegó al segundo piso y se encontró con Pete y Wendy camino del tercero—. ¡Esperad! Os necesito arriba un momento.

Pete y Wendy siguieron a Remi escaleras arriba hasta la cuarta planta. La suite matrimonial estaba enfrente de la escalera, y a la izquierda había dos vestidores. Entre ambos había un sencillo panel en la pared, en el que nadie se habría fijado a menos que conociera su existencia. Remi oprimió un punto y se abrió como una puerta. Dentro había un estrecho pasillo que albergaba dos cajas fuertes para armas y una tercera que parecía salida de un pequeño banco. Remi tecleó a toda prisa las combinaciones de las dos cajas fuertes.

—Wendy, coge cinco pistolas Glock 19, una para cada uno de nosotros, y dos cargadores extra para cada una. Después, coge toda la munición de nueve milímetros con la que puedas cargar y ve al primer piso. Puedes dejar las que utilizaremos Pete y yo.

—¿Qué está pasando? —preguntó Wendy.

—Aún no estoy segura. Me parece que es la gente que creíamos haber dejado atrás en Europa. Pete, coge fusiles y municiones, un par de escopetas recortadas y las dos semiautomáticas 308. Y montones de municiones.

Pete y Wendy corrieron desde la cuarta planta hasta la angosta escalera que bajaba al tercer piso con los brazos llenos de armas y cajas de municiones. Remi cerró las dos cajas fuertes sin llave y después el panel que las ocultaba. Entró en el dormitorio, sin mirar a Zoltán, aunque sabía que la acompañaba.

—Ül, Zoltán.

El perro se sentó. Remi palmeó su enorme cabeza. Retrocedió y cerró la puerta.

Cogió la Glock que Wendy le había dejado, liberó el cargador para asegurarse de que estaba lleno, después se ciñó dos más a la cinturilla de sus shorts y bajó corriendo la escalera hasta el tercer piso, giró para descender por el siguiente tramo de escalones hasta la segunda planta, y había llegado a la mitad cuando vio algo por la ventana que la dejó paralizada.

Descubrió una escalera apoyada en el muro de la casa cuyo extremo llegaba justo por encima de una ventana del segundo piso. Un hombre con jersey de cuello cisne negro y tejanos negros subía por la escalera a plena vista. Llegó al piso, sacó un

martillo y rompió un cristal grande, y después se dispuso a pasar de la escalera al marco vacío. Remi corrió hacia la ventana más cercana, alzó los brazos sobre la cabeza, levantó la larga barra de la cortina de madera de sus ganchos, apretó ambos extremos para dejar que la tela se soltara por ellos y corrió hacia la ventana rota. El hombre la vio llegar y trató de asir el rifle que llevaba colgado sobre el pecho, pero Remi fue más rápida. Mientras corría hacia él apuntó la barra al tórax del asaltante. Este intentó esquivarla, pero eso provocó que soltara la escalera y se olvidara de su arma. Remi lo arrojó de la escalera y a continuación utilizó la barra para empujarla.

Miró hacia abajo y vio que un hombre había corrido en auxilio del caído y que otro estaba levantando la escalera de aluminio. Cuando reparó en Remi, disparó varias veces en su dirección. Ella corrió al lado opuesto del segundo piso, sin soltar la barra de la cortina, y bajó corriendo la escalera.

Era tal como había temido. Otro tipo subía por una escalera hacia la ventana de aquel muro. Utilizó una herramienta parecida a un hacha de mano para romper el cristal. Remi ya se había puesto en movimiento, de manera que esa vez le resultó más fácil sorprenderlo antes de que estuviera preparado. Lanzó la larga barra de madera a través de la ventana, sin dejar de correr, pero el hombre aún sujetaba el hacha en la mano y la arrojó contra ella. Remi se agachó a un lado y el objeto se estrelló contra algo que había detrás de ella; aun así logró clavar la barra en el pecho del hombre y siguió corriendo hasta que él cayó hacia atrás, aferrado a la escalera.

Remi vio el panel de control de los sistemas de la segunda planta. Dejó caer la barra, corrió hacia él, abrió la tapa y accionó el interruptor de los postigos de acero de aquel piso. Las luces se atenuaron, el motor emitió un leve gemido, los postigos descendieron solo unos treinta centímetros y enseguida se detuvieron.

Oyó de nuevo el estruendo del ariete contra la puerta principal. Corrió hacia lo alto de la escalera y miró hacia abajo. Sam, Pete, Selma y Wendy habían apoyado un montón de muebles pesados en la puerta. Había un par de escritorios volcados sobre sus costados, con unos cuantos archivadores de acero colocados en horizontal sobre ellos. Los cuatro defensores formaban un círculo de seis metros y vigilaban la puerta. Pete estaba a la izquierda, armado con una escopeta, y Selma al lado de Wendy, sujetando una pistola con ambas manos. Sam se hallaba en el centro con uno de los rifles Les Baer Semi-Auto Match de Remi. La robusta puerta de acero se había combado un poco a causa de las arremetidas constantes, y Remi calculó que estaban a punto de combarla lo suficiente para que el pestillo cediera.

Mientras miraba y escuchaba, los golpes cesaron. Entonces oyeron el sonido de un motor de vehículo. Aumentó de intensidad a medida que se aproximaba, y luego todavía más. Rugió durante un par de segundos, y después, ¡bang!, el vehículo cargó contra la puerta y la derribó. Los escritorios y los archivadores salieron despedidos hacia el interior cuando una camioneta con una barrera metálica montada delante de

la rejilla apareció en el hueco.

Sam había disparado un par de veces cuando la puerta se abrió, y vio agujeros en el lado del conductor del parabrisas, pero no había conductor. No cabía duda de que habían trabado el pedal con un peso o un palo, para luego lanzar el vehículo contra la entrada.

Hombres con ropa negra aparecieron a unos metros de la puerta, ocultos tras la elevada plataforma de la camioneta, y dispararon ráfagas hacia el interior de la casa con armas automáticas.

—¡Arriba! —gritó Sam.

Pete, Wendy y Selma retrocedieron hacia la escalera cercana al centro de la casa, sin dejar de disparar contra la puerta abierta. Sam disparaba con el rifle cada vez que podía ver un brazo, una pierna o un arma sobresalir por detrás del vehículo. Al mismo tiempo, retrocedía hacia la escalera como los demás.

Remi, atenta a la aparición de más escaleras de mano, apenas podía soportar la visión de Sam solo, intentando entretener a los intrusos. Bajó hasta la mitad de la escalera y disparó con rapidez hacia el hueco con su pistola Glock. Aún estaba disparando cuando Sam la rodeó por la cintura, la levantó en vilo y la obligó a ir hacia la escalera con él. La subieron de espaldas, mientras apuntaban y disparaban con el fin de mantener alejados a los intrusos. Remi se quedó sin municiones justo cuando llegaron al segundo piso.

Mientras buscaba otro cargador, echó un último vistazo a Sam y a Pete, que estaban haciendo rodar el piano de cola escaleras abajo. Se inclinó, volcó y cayó con un gran estrépito y una vibración disonante de macillos contra cuerdas, y después se quedó encajado en la escalera. Pero antes de que se detuviera, Remi había visto que una docena de hombres armados atravesaban la puerta derribada. Mientras ella recargaba su arma, Sam y Pete corrían hacia la zona del gimnasio en busca de más objetos con los que bloquear la escalera. Habían perdido la planta baja.

Segunda planta

Sam y Pete dejaron caer por la escalera una pesada bicicleta elíptica y a continuación una cinta para correr. Eso contribuyó a bloquear la abertura y a dificultar que los intrusos alcanzaran a alguien si disparaban hacia lo alto de la escalera, y bastaría probablemente el peso para evitar que invadieran la segunda planta. Remi terminó de cargar su arma y se refugió detrás de una mesa de acero volcada, al tiempo que vigilaba la menor señal de actividad en la escalera. De repente, oyó en el piso de abajo un furioso tableteo de armas automáticas, pero no iba dirigido hacia la escalera.

—¿Qué están haciendo?

—Intentar alcanzarnos a través del pavimento —contestó Sam—. No van a tener suerte, porque todos los suelos están hechos de hormigón reforzado. De lo contrario no podríamos tener una piscina aquí.

Se produjo un estrépito ensordecedor, como si las ráfagas se hubieran convertido en una batalla militar en toda regla que se hubiera desplazado al exterior. Se oyó una explosión. Pete y Wendy echaron un vistazo por las ventanas delanteras.

—¡Mirad! —gritó Wendy.

En el cielo, sobre el mar, la atmósfera se tiñó de rojo, azul y blanco, mientras destellos luminosos flotaban poco a poco hasta hundirse en las oscuras aguas, donde se encontraban con sus propios reflejos y se extinguían.

—¡Fuegos artificiales!

Mientras miraban, un chorro de chispas doradas se elevó desde una balsa amarrada a un barco en la bahía. Cuando el proyectil alcanzó su ápice, estalló en una lluvia de estrellas que se resolvió en una cascada de estelas encendidas, como las ramas inclinadas de un sauce llorón.

—¡Están utilizando fuegos artificiales para disimular el ruido! —anunció Selma—. O para explicarlo. La gente pensará que las detonaciones forman parte de la celebración.

—Exacto —dijo Sam—. Gran fiesta en casa de los Fargo.

Dispararon al aire otro proyectil, y la explosión fue verde. La siguiente fue de un rojo brillante y luego hubo otra amarilla. Cada cambio iba puntuado por un estallido inicial y lo seguía una descarga cerrada de detonaciones, como el ruido de armas automáticas.

—¡La ventana! —gritó Selma—. ¡No lo conseguirás!

Había otro hombre en una escalera de mano ante la ventana rota donde Remi había empujado al primer hombre. Selma sujetó la pistola con ambas manos y disparó cuatro veces antes de alcanzarlo. El asaltante se precipitó al vacío. Pete recogió la barra de la cortina que Remi había utilizado y empujó la escalera.

—Hemos de conseguir desplegar los postigos de acero en este piso —dijo Sam—. Wendy, apaga las luces. Remi, si ves algo al pie de la escalera que parezca parte de un cuerpo humano, dispara. Pete, tú vigila las ventanas. Si alguien aparece, haz lo mismo que Selma. Selma, cúbreme la espalda.

Sam abrió una pequeña puerta de acero que había en la pared, junto a las ventanas delanteras. Esperó a que las luces se apagaran y después activó el interruptor. El motor eléctrico chirrió, pero los postigos solo descendieron unos cinco centímetros más. Sam sacó de la caja una pequeña manivela, se arrodilló para introducirla en un hueco que había justo encima del antepecho de la ventana y empezó a girarla hasta que el postigo descendió poco a poco. Sam se desplazó a la siguiente ventana y repitió la operación. Justo en ese momento, una escalera de mano apareció en ella.

Un hombre subió por la escalera, golpeó la ventana con un martillo e introdujo el brazo con el que sujetaba una pistola automática Škorpion. Remi le disparó antes de que pudiera utilizarla. El tipo dejó caer el arma y bajó unos peldaños, con el brazo colgando a un costado, y Pete empujó la escalera con la barra de madera.

Sam bajó el postigo y pasó a la siguiente ventana. Mientras giraba la manivela, esta estalló en mil pedazos cuando los hombres de fuera dispararon contra ella. Sam agitó la cabeza para sacudirse las esquirlas de cristal y siguió dándole a la manivela. Levantó la vista un segundo, y después corrió al otro lado de la casa y empezó a bajar los postigos.

En las ventanas de aquel lado, aparecieron escaleras de aluminio. Dos de los asaltantes que subían pudieron incluso disparar sus armas contra el segundo piso antes de que Remi o Wendy les dispararan. Pete empujó las escaleras. Sam continuó bajando postigos.

Se oyó un chirrido de madera contra metal, y el piano encajado en la escalera se movió un poco.

—¡Id a buscar la nevera! —gritó Sam.

Pete, Wendy y Selma corrieron a la cocina abierta y empujaron con todas sus fuerzas el gran frigorífico de acero inoxidable provisto de ruedas sobre el suelo de madera noble, en dirección a la escalera. Sam recuperó el rifle 308 que había dejado en el suelo para cerrar los postigos y corrió hacia la escalera. Se asomó al hueco por detrás del equipo de gimnasia en busca de algún blanco, pero no vio a nadie. Detectó movimiento en el piano, como si alguien estuviera intentando empujarlo. Apuntó el rifle a lo que, en su opinión, se hallaba cerca de la pata del piano y disparó a través de la madera. Se hizo un silencio tal que supuso que había hombres escondidos. Disparó

dos veces más a través del piano.

Se volvió justo cuando otro individuo subido a una escalera de mano rompía una ventana y se disponía a pisar el antepecho. Disparó al asaltante, y entonces vio a otro en una escalera que subía por el lado opuesto de la casa. También disparó a este, antes de que pudiera romper la ventana, y vio que se precipitaba al vacío. Disparó dos veces más a través del hermoso acabado del piano, resplandeciente como un espejo.

Los demás habían llegado con el frigorífico a lo alto de la escalera. Sam les indicó que esperaran, de modo que se apostaron detrás y aguardaron. Sam aprovechó ese tiempo para cerrar más postigos e impedir el fuego cruzado desde fuera. Todos oyeron el estruendo del camión en la puerta principal. Sam se puso en pie como impulsado por un resorte, corrió hacia el borde de la escalera y metió un nuevo cargador en el rifle.

El motor rugió, el piano chirrió y después se precipitó escaleras abajo, arrastrado por el camión, mientras sus cuerdas emitían ruidos horriblos. Había inmovilizado el equipo de gimnasia, que empezó a caer detrás de él. Sam hizo una señal y los demás arrojaron la nevera. Dio una vuelta de campana y se estrelló, para después deslizarse hacia abajo, cada vez más rápido, como un trineo de acero. Dio la impresión de que derribaba a varios hombres a su paso, pero resultaba difícil valorar el alcance de los daños.

—Sofás —dijo Sam.

Empujaron dos grandes sofás hacia el hueco. Bloquearon la escalera, pero una andanada de disparos los atravesó, y no contaban con nada capaz de detener una bala.

—Selma, sube al tercer piso, ve a la cocina y pon agua a hervir —ordenó Sam—. Tanta como puedas, y lo más deprisa posible. Llévate una escopeta y una pistola, y comprueba que estén cargadas.

—¿Para qué? —preguntó Remi.

—Vamos a evacuar esta planta también cuando despejen la escalera. Les costará caro, pero tendremos que trasladarnos arriba. Esas escaleras extensibles no llegarán al tercer piso.

Étienne le Clerc, Sergei Poliakov y Arpad Bako estaban sentados en cómodas butacas en la cubierta del yate *Ibiza*, con los pies en alto mientras fumaban puros cubanos Cohiba. La cálida brisa que soplaba desde la orilla empujaba el humo de los habanos hacia el mar.

El segundo yate, el *Mazatlán*, estaba anclado a unos mil metros a su izquierda, porque la tripulación estaba lanzando fuegos artificiales desde una balsa que habían cargado durante la tarde.

Bako observaba la lejana casa situada sobre Goldfish Point con unos potentes prismáticos.

—Así debía de tomar una ciudad un conquistador como Atila: escaleras de mano contra defensores armados con palos, luego invadían los niveles inferiores de la fortaleza y obligaban a los defensores a ir subiendo hasta su rendición o muerte.

Poliakoff consultó su reloj.

—Será mejor que los nuestros se den prisa, o la distracción de los fuegos artificiales dejará de ser efectiva y alguien que viva cerca se dará cuenta de lo que está sucediendo.

Le Clerc se encogió de hombros.

—Cortamos la corriente eléctrica y el teléfono en las cajas que hay al final de la calle, y los aparatos de interferencia inutilizarán todo tipo de teléfonos o wi-fi en metros a la redonda.

—También hemos desplegado hombres en los cruces para advertir a nuestras fuerzas si llega la policía. En caso necesario, cerrarán las carreteras unos minutos —explicó Bako.

—Solo espero que Sam Fargo esté empezando a sentir mi poder —dijo Poliakoff—. Lo que hizo a mi casa de Nizhny Novgorod es lo mismo que yo estoy haciendo a la de él. Y cuando haya terminado, si ambos no han muerto, me los llevaré conmigo y obligaré a Fargo a que reanude lo que empezó: reclamar los tesoros de los museos y depositarlos a mis pies para mantener con vida a su esposa.

—No olvides que no estás solo en esto —dijo Le Clerc—. Eres un socio más.

—Estaba a punto de decir eso —intervino Bako—. Para empezar, los tesoros eran míos. Únicamente los compartía con mis socios.

Poliakoff sonrió y dio una calada al puro.

—Solicitasteis mi ayuda solo después de fracasar y ser derrotados —replicó—. Yo os sustituí cuando habíais hecho todo lo posible y habíais perdido.

Bako soltó una risita nerviosa.

—Bien, todos nos hemos comprometido, y serán nuestros dentro de unos minutos.

Se oyó otra ráfaga de disparos en la casa, y al momento otro cohete salió lanzado de la balsa y estalló en una bola de franjas azules y estrellas doradas. Cada una de las diminutas estrellas explotó ruidosamente y envió un ramillete de chispas hacia el cielo.

—¿Quién creería que los disparos no forman parte del espectáculo? —dijo Bako.

Sam y Remi empujaron una máquina de entrenamiento con pesas hacia la escalera, mientras Selma, Wendy y Pete cargaban con cuidado las grandes ollas de agua en ebullición hacia la barandilla de arriba.

Esperaron a que los atacantes hubieran apartado casi todos los muebles y los primeros hombres hubieran subido la escalera desde la planta baja para trepar por

encima de la máquina de pesas.

Sam hizo un solo movimiento con el brazo hacia abajo, y Selma, Pete y Wendy vertieron las grandes ollas de agua sobre ellos. Los hombres gritaron, dieron media vuelta y toparon contra aquellos que subían la escalera. El impulso de los demás los precipitó hacia delante, y algunos se tiraron al suelo para evitar la abrasadora cascada. Mientras los atacantes se debatían en la escalera, Sam les disparó con el rifle, lo cual redobló los esfuerzos de los que huían.

—¡Marchaos! —gritó.

Remi, Pete, Selma y Wendy subieron corriendo la escalera hasta el tercer piso. Al llegar arriba, Remi se echó al suelo y esperó. Mientras Sam subía la escalera de espaldas, ella disparaba contra el hueco de la segunda planta para que los invasores mantuvieran la cabeza agachada.

En cuanto Sam llegó al tercer piso, los demás empujaron un gran aparador de madera que cayó sobre la escalera como una trampilla. Quedaron fuera de la línea de fuego durante unos segundos, pero oyeron los pasos enérgicos del enemigo, que se apresuraba a ocupar la segunda planta.

Tercera planta

Sam se volvió hacia Pete.

—No podemos enfrentarnos a ellos en esta escalera. Hemos de sabotear la que conduce desde aquí hasta el cuarto piso, y hacernos fuertes allí. Está sujeta al perfil doble T de acero mediante tornillos, seis, me parece, pero compruébalo. Antes de que hagas nada, consigue una soga y átala a algo sólido de allí arriba, y después tráela aquí.

—Comprendido.

Se encontraban en la tercera planta, donde estaban las habitaciones de Pete y de Wendy. Pete corrió hacia su dormitorio, después fue a la cocina, recogió herramientas y equipo, y luego subió la escalera.

Remi pasó al lado de Sam y él la sujetó por el brazo.

—¿Dónde está Zoltán?

—Lo encerré en el dormitorio de arriba. Abajo lo habrían matado. No comprende las retiradas estratégicas. Arriba, cree que está custodiando algo importante.

—Y es cierto. —Sam se volvió hacia Selma—. Vamos a ver si lo del agua en ebullición funciona otra vez. Ponla a hervir en la cocina del cuarto piso. Wendy, sube y trae más municiones. Vuelve a cargar todos los cargadores vacíos. Y haz lo mismo con estas escopetas.

Remi estaba al lado de Sam, y ambos contemplaron el gran aparador que bloqueaba la escalera, a la espera de que se moviera.

—¿Qué están haciendo? —susurró ella.

—Les hemos hecho mucha pupa en la última escalera. Creo que están atendiendo a los que se han quemado y a los heridos de bala. Es probable que los estén evacuando.

—¿Cuál es nuestra nueva estrategia?

—Ganar tiempo. No podemos llamar a la policía ni enviar correos electrónicos a nadie, pero alguien tendrá que darse cuenta de que este estruendo no se debe solo a los fuegos artificiales. Es probable que las casas más cercanas también se hayan quedado sin teléfono, pero las más alejadas no.

Remi cogió uno de los rifles 308 y se acercó a las ventanas del lado sur. Miró el hotel Valencia, asentado sobre la ladera de la colina. Ajustó la retícula táctica Mil-Dot a mil metros, ajustó la desviación causada por el viento a una brisa de unos ocho

kilómetros por hora que soplara de izquierda a derecha, alzó el pestillo de la ventana y la abrió unos cuantos centímetros. Apoyó el rifle en el hombro y lo apuntó al gran rectángulo iluminado de la ventana del comedor del Valencia. Esperó, comprobó que no había gente detrás y apretó el gatillo. ¡Pum!

No se movió, y se limitó a mirar la ventana a través del poderoso visor. Dos comensales ocultos por la ventana de la izquierda corrieron hacia la puerta. Vio que la boca de la mujer se abría en un chillido silencioso. Un camarero y una señora con vestido de fiesta aparecieron, miraron la ventana rota con suma preocupación y desaparecieron de la vista de Remi.

—¿Qué mirabas? —preguntó Sam.

—El Valencia. Estoy convencida de que están llamando a la policía para denunciarnos tan deprisa como puedan pulsar los números.

—Tendría que haber pensado en eso.

—No podíamos ver los hoteles desde las ventanas de los pisos de abajo. Los árboles los tapaban. Ahora ya no.

Eligió un restaurante que estaba un poco más cerca, pero muy bien iluminado. Al cabo de unos segundos, volvió a disparar.

—Que sean dos llamadas. Así será más creíble.

—Remi —susurró Sam—, oigo movimientos.

Ella se volvió y vio que su marido estaba mirando el gran aparador que bloqueaba la escalera, con el rifle apoyado en el hombro. Remi se acercó y eligió un punto al que apuntar.

—¿No deberíamos disparar a su través?

Sam negó con la cabeza.

—Estamos ganando tiempo, de modo que cualquier retraso nos servirá de ayuda. Además, no tenemos suficientes municiones para disparar a esa gente solo porque se lo merece.

—Por si no ganamos bastante tiempo, espero haberme acordado de darte las gracias cuando me rescataste en Rusia.

—Lo hiciste. Tus muestras de agradecimiento fueron más que adecuadas.

—Y por Zoltán.

—Por él también. En cualquier caso, te me has adelantado. Gracias por cualquier cosa que olvidé agradecerte. He estado un poco preocupado por la gente que intenta matarnos.

—Muy comprensible. Creo que lo de Rusia fue muy romántico, y si morimos esta noche, no quiero haberme mostrado desdeñosa al respecto. Deberías saber que fue de lo más excitante.

—Si morimos, no te lo tendré en cuenta. Rescatarte fue muy agradable también.

—Gracias.

—Por supuesto, no pienso morir esta noche.

—Ni yo.

Remi se acercó a Sam y lo besó.

Wendy y Selma bajaron la escalera con cargadores para las pistolas y los dos rifles.

—Vosotros no perdáis de vista a la gente que no os gusta —dijo Selma—. Y por cierto, todo está cargado, pero las municiones se han agotado.

Pete bajó la escalera, agarrado a la barandilla.

—Si hemos de retroceder al cuarto piso, id con cuidado y sujetad la soga. Está casi preparado. Solo un giro por tornillo. —Wendy le entregó una escopeta cargada y un cargador para la pistola—. Gracias.

—Utilízala con prudencia. Es lo único que nos queda.

Selma se acercó a la pared de ventanas del lado sur de la casa.

—¿Oís algo? —Escuchó—. Parecen coches. —Se asomó y retiró la cabeza al instante—. Oh, no. Traen esos trastos para subir que utiliza la compañía eléctrica.

—¿Qué? —preguntó Wendy.

Sam se volvió hacia Selma. En ese momento, se oyó un estrépito de fuegos artificiales que iluminaron el cielo y lo tiñeron de colores.

—Algo se acerca —dijo—. Recordad: utilizad las balas con prudencia.

No había duda de que habían lanzado los cohetes para disimular el nuevo ataque. El aparador empezó a levantarse, y Sam disparó contra el hueco que los hombres habían abierto al alzarlo. El aparador cayó con un golpe sordo.

Dos segundos después, Selma disparó tres veces con la pistola a algo que había ante la ventana abierta.

Wendy y Peter corrieron hacia ella cuando se arrojó al suelo, y dos ventanas estallaron hacia dentro debido al fuego de armas automáticas. Pete se acuclilló detrás de la escalera y levantó la escopeta.

Frente a la ventana, un tirador se hallaba de pie en el cangilón situado en el extremo del brazo hidráulico de una plataforma elevadora. Pete disparó, el tirador se derrumbó y tiró su arma, y alguien tomó los controles de la plataforma y la bajó.

Pete recargó la escopeta y corrió hacia la ventana. Apuntó al patio y disparó, y volvió a recargar el arma. Se refugió dentro y se agachó. Una ráfaga de pistola automática roció el techo sobre su cabeza.

Selma estaba corriendo al otro lado de la casa. Miró fuera.

—¡Tienen otra!

Wendy y ella abrieron las ventanas del lado norte y dispararon las pistolas contra el hombre que subía en la plataforma elevadora hasta el tercer piso. No vieron si lo habían alcanzado, pero el brazo hidráulico descendió a toda prisa.

En la escalera, los intrusos estaban ensayando una nueva táctica. Uno de ellos

disparó una andanada de balas a través de la parte posterior del aparador de madera con el fin de abrir un hueco, y otro pasó una pistola Škorpion a través del agujero y disparó frenéticas ráfagas al nivel del suelo con la esperanza de alcanzar a cualquiera que se encontrara junto a la escalera. Sam, que se hallaba muy cerca, golpeó la mano con la culata del rifle; esta se retiró enseguida, dejando la pistola sobre el aparador. Otra Škorpion apareció a cierta distancia, y Sam le propinó una patada con fuerza suficiente para que la pistola saliera volando al otro lado de la habitación. Después se apartó del aparador justo cuando una docena de balas atravesaban el mueble de abajo arriba.

La tercera vez, Sam y Remi estaban preparados. Tres Škorpion aparecieron juntas. Los Fargo estaban bastante separados, los dos echados en el suelo, apuntando sus rifles desde detrás de columnas de acero. Cada uno disparó a una mano, y después Remi alcanzó a la última.

—Recoge las Škorpion y ve arriba —dijo Sam a Remi. Disparó una bala contra el aparador, y luego una más hacia un punto donde sospechaba que había hombres al acecho.

Se volvió para mirar a Selma y a Wendy, y vio que otro individuo aparecía ante una ventana montado en la plataforma elevadora. Disparó y comprobó que el hombre se derrumbaba en el suelo de la plataforma.

—¡Selma, Wendy! Arriba, de una en una. Recordad que los peldaños están sueltos.

Corrieron hacia la escalera, y primero Selma y después Wendy asieron la sogas y subieron al cuarto piso sobre los peldaños inseguros.

Sam continuaba dirigiendo disparos ocasionales a través del aparador para mantener alejados a los hombres agazapados detrás, y entonces oyó que Pete disparaba de nuevo la escopeta. Sam se volvió hacia él y vio que disparaba por la ventana.

—¡Pete! Sube y prepárate para dejar caer la escalera.

Intuyó movimiento y se volvió hacia la escalera de la planta de abajo. El borde principal del aparador se alzó y dos manos se extendieron bajo el mueble, armadas con Škorpion que empezaron a disparar frenéticas ráfagas contra el tercer piso.

Sam se puso en pie de un salto, corrió y saltó sobre el aparador. El repentino impacto de su peso logró que el gran mueble cayera sobre los dos brazos, de forma que las manos no pudieron sujetar las pistolas. Sam utilizó su impulso para efectuar un segundo salto hacia el extremo más alejado del aparador, disparó tres veces al azar, recogió las dos armas automáticas por la correa y subió la escalera.

Notó que esta temblaba y se tambaleaba a cada paso que daba, y supo que los tornillos estarían saliéndose de las tuercas que los sujetaban al perfil doble T, pero también sabía que debía continuar disparando con el fin de repeler a los asaltantes e

impedir que atacaran.

Cuando llegó a lo alto, Remi se arrodilló junto a él y disparó una vez, dos veces, para mantener a raya a los hombres de abajo. Sam dejó el rifle a un lado en el suelo y sacó la pistola.

—¡Pete!

El joven, tendido en el cuarto piso, pasó por debajo de la estrecha escalera una llave de tubo y empezó a aflojar tornillos. A medida que salían iba tirándolos, y después pasaba al siguiente. Sam, desde el otro lado, empezó también a desenroscar tornillos con la mano.

El aparador se alzó de repente y se deslizó a un costado. Salieron hombres de debajo y corrieron a ambos lados para que no los vieran desde arriba. Justo cuando uno de ellos apoyó el pie en el primer peldaño de la cuarta planta, Pete soltó el tornillo final y la escalera cayó con gran estruendo. La tercera planta había caído en poder del enemigo.

Cuarta planta

Sam agarró a Pete por los tobillos y tiró de él desde el borde de la entrada, justo cuando los hombres de abajo empezaban a disparar hacia arriba a través del agujero rectangular del suelo que había albergado la escalera.

La abertura era mucho más estrecha que el hueco de la escalera de las plantas inferiores, porque la escalera era mucho más estrecha en el piso de Sam y Remi.

—Ahora traerán las escaleras de mano de aluminio. ¿Qué tenemos para cerrar esa abertura?

—¿Las cajas fuertes? —dijo Remi.

—Brillante —contestó Sam—. ¿Te encuentras bien, Pete?

—Todavía estoy vivo.

—Pues ayúdame con las cajas. Están sujetas con tornillos a la pared desde dentro. Vosotras manteneos alejadas de la abertura, pero no le quitéis el ojo de encima. Disparad de vez en cuando para recordarles que aún seguimos aquí.

Sam se acercó a la pared, apretó el punto que revelaba el pasillo oculto, entró y abrió las cajas fuertes. Pete y él desatornillaron las dos que habían contenido las armas, ya vacías, y Sam abrió la tercera, en la que había documentos. Pete quitó los tornillos de esta última, y después Sam y él empujaron las tres de una en una sobre el suelo de madera noble hasta el borde de la escalera. Cuando empujaron la última y más grande, un profundo arañazo apareció en el suelo.

—Vaya —dijo Sam a Remi—. Lo siento.

—Es demasiado tarde para el interiorismo de *Architectural Digest*, Sam. Toda la casa está decorada al estilo Kalashnikoff.

Empujaron una a una las cajas fuertes hasta bloquear la escalera. Habían sellado la abertura por completo.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Wendy.

—Por lo visto, nos hemos quedado sin pisos que pudieran conquistar. De momento siéntate sobre esa caja fuerte. No han traído nada capaz de mellarla, pero en cuanto se mueva quiero oírte lanzar un chillido y disparar contra cualquier hueco que se abra.

—Vale.

Sam recorrió los alrededores con la mirada.

—Selma, ¿estás familiarizada con el funcionamiento de una pistola automática

checa Škorpion?

—Leí online el manual después del problema de Remi en Rusia.

—Bien. Me parece que contamos con cinco. Comprueba los cargadores y mira cuánta munición queda, y luego concéntrala. Necesitamos dos pistolas con los cargadores llenos. Tal vez nos consigan un poco más de tiempo.

—¿Y el agua?

—De momento apaga los fogones para que las ollas sigan calientes sin que el agua hierva. La pondremos a hervir de nuevo si empiezan a mover las cajas fuertes.

Sam se volvió hacia Pete.

—Coge mi rifle y vigila las ventanas. Esas plataformas elevadoras podrían llegar hasta aquí.

—¿Dónde estarás tú?

—Remi y yo vamos al tejado. ¿Hay cerillas por ahí, Selma?

—En la cocina de abajo.

—Fantástico.

—Llevo en mi mochila —dijo Remi.

Fue a su armario y salió con un pequeño contenedor hermético de cerillas, dos botellas de champán de la pequeña nevera del armario y dos tops de algodón sin espalda ni mangas.

—Lo has adivinado —dijo Sam.

—Por supuesto. Tendremos que tirar el Dom Perignon.

Remi entregó a su marido las dos botellas.

Sam fue al lavabo de su cuarto de baño, sacó los dos tapones y vertió el champán en la nevera.

—Odio hacer esto.

—Si salimos de esta, todavía quedan cinco botellas en la nevera, y creo que tres son Cristal.

Fueron al fondo del vestidor de Sam. Había una serie de travesaños planos como los de una escalerilla que subían por la pared de atrás, y encima, una pequeña ventana redonda cerrada con una palanca.

Sam subió, abrió el ojo de buey y examinó el tejado.

—Despejado.

Remi le dio las cerillas, las dos botellas de champán y los dos tops de algodón. Sam dejó todo sobre el tejado y salió. Se agachó bajo el toldo que cubría el generador que había entrado en funcionamiento desde que los asaltantes habían cortado la corriente eléctrica.

Cogió el embudo que utilizaba cuando llenaba el depósito del generador, lo embutió en el cuello de la primera botella de champán y utilizó una de las latas rojas de veinte litros que guardaba allí para llenar la botella de gasolina. Después llenó la

otra.

Remi apareció a su lado cargada con el segundo rifle de calibre 308.

—¿Necesitas que te cubra?

—Tal vez. Espera un momento mientras echo un vistazo.

Embutió un top en el cuello de la botella y la inclinó ligeramente para que la gasolina lo empapara, y acto seguido repitió el procedimiento con la otra. Llevó una de las botellas al lado sur de la casa cercano a la puerta principal, se asomó por el borde y retrocedió para no ser descubierto. Tenía una imagen clara de lo que había abajo. Un hombre había subido a la plataforma elevadora y estaba utilizando los controles para alzarse.

Sam encendió una cerilla y la aplicó a la tela empapada, se inclinó sobre el borde del tejado y arrojó el cóctel Molotov. La llama de la mecha se alargó y se hizo más brillante a medida que la botella caía. Aterrizó sobre el techo del camión que aguantaba la plataforma elevadora y se rompió, provocando un charco de llamas que se propagó de inmediato a los lados de la cabina y la envolvió.

Sam corrió hacia el lado opuesto del tejado. Tras detenerse un momento para recoger la segunda botella, encendió una cerilla para prender la mecha, y después arrojó el cóctel contra el segundo camión. La botella se estrelló contra el capó y las llamas se elevaron a gran altura. Casi toda la gasolina en llamas bajó por los costados, envolvió los neumáticos delanteros y formó un charco en el suelo debajo del motor.

Desde ambos lados de la casa dispararon ráfagas de armas automáticas contra el borde superior del tejado. Solo eran ruido y munición desperdiciada, porque Sam y Remi en ese momento estaban sentados en mitad del tejado, donde no podían alcanzarlos. Al cabo de un minuto el fuego cesó, sustituido por el estrépito de más fuegos artificiales en la bahía.

—¿Podemos hacer algo más? —preguntó Remi.

—¿Sabes dónde está el depósito de gasolina de esos camiones?

—No.

—Es un gran cilindro que se encuentra justo debajo del asiento del conductor.

—Estás de broma, Sam. Es lo más estúpido...

—Yo no los diseñé. Si atravesamos de un balazo el depósito para que el combustible empiece a caer al suelo, podríamos provocarles un poco de angustia, cuando menos.

—Prender fuego a nuestra casa me produciría una gran angustia.

—Lo sé. Solo era una idea.

Remi suspiró, cogió el rifle y se desplazó con cautela hacia el extremo posterior del tejado, el lugar donde los hombres de abajo menos podrían anticipar su aparición. Se levantó, apoyó el arma contra el hombro y avanzó de costado hacia el borde. En cuanto pudo ver el suelo, disparó y desapareció de la vista al instante. Al cabo de uno

o dos segundos, se oyeron gritos y ráfagas lanzadas al cielo.

—Lo habrás alcanzado.

—Eso espero. Es del tamaño de un barril de cerveza.

Remi caminó hacia el lado opuesto del tejado, adoptó una postura similar a la de antes, avanzó de costado, y disparó y retrocedió de igual manera. En el aire vibraron más gritos de consternación y disparos al azar.

Después, desde el otro lado, dio la impresión de que brillantes llamas alimentadas por la gasolina impregnaban la atmósfera cuando el depósito del camión se vació en el fuego. Se oyó un potente estruendo cuando se produjo la explosión.

—¡No! —En la cubierta del *Ibiza*, Arpad Bako se levantó de la silla como impulsado por un resorte, derribó su bebida y el vaso rodó hacia los imbornales—. ¡No! ¿Qué están haciendo? ¿En qué estarán pensando?

Le Clerc miró hacia Goldfish Point con calma.

—Tal vez hayan prendido fuego a la casa de los Fargo para obligarlos a salir. Es chapucero, pero suele funcionar. No veo muy bien qué está ardiendo.

—¡Podría haber un tesoro en esa casa! —gritó Bako—. Preciosos objetos podrían estar convirtiéndose en un charco de oro fundido mientras nosotros estamos sentados aquí. Joyas antiguas utilizadas por los césares podrían acabar destruidas.

Poliakoff siguió sentado con tranquilidad.

—Por lo que sabemos, los tesoros se encuentran en los museos. La única forma de hacernos con ellos es cambiarlos por Remi Fargo. Esta vez enviaré a su marido una caja de regalos con uno de los dedos de Remi dentro. Sam Fargo me obligó a quemar mi propia casa, ¿lo sabías? Una vez que supe que la policía y los bomberos estaban de camino, no podía permitir que descubrieran un sótano lleno de drogas. Dos días después, mi esposa llegó al patio con los niños, vio la pila de escombros y ordenó al conductor que diera media vuelta y volviera a Moscú. Solo por haberme obligado a vivir aquel momento, a Fargo no se le debería ahorrar ningún dolor. Espero que su casa se esté quemando hasta los cimientos.

Le Clerc sonrió con astucia.

—¿Ella no te dirige la palabra todavía, Sergei? Dormir solo no es muy propio de ti.

—Eso no es asunto tuyo —replicó Poliakoff. Dio una profunda bocanada al puro—. Están acelerando el procedimiento. Si no logran que los Fargo salgan de esa casa pronto, la policía y los bomberos acudirán enseguida allí y los barcos patrulla vendrán a por nosotros.

Bako se había apartado ante la barandilla y apuntaba los poderosos prismáticos hacia la casa.

—Las llamas salen de las dos plataformas elevadoras. Los camiones arden y uno

de ellos acaba de estallar. —Mientras miraba, el depósito de gasolina del segundo vehículo se inflamó y volcó el camión entre llamas. El estampido de la explosión llegó al barco un segundo después—. Ambos han estallado.

—Fuiste perspicaz, Arpad —dijo Le Clerc—. Es como Atila atacando un castillo. Esta vez, los defensores prenden fuego a las armas de asedio.

—¡Es una locura! —exclamó Bako—. ¿Qué hace gente como esa con un arsenal en su propia casa?

—Supongo que si una persona encuentra montones de tesoros, otros se ponen celosos y tratan de secuestrarlos.

Poliakoff se levantó también, cogió la radio que estaba sobre la mesa al lado de su bebida, oprimió un botón y dijo algo en ruso por encima de la estática.

Bako se volvió en redondo y fue en busca de la radio.

—¡No! —gritó—. No digas a nuestros hombres que huyan. ¡Estamos muy cerca! Los Fargo y sus empleados están acorralados en el último piso, muertos de miedo.

Poliakoff detuvo en seco a Bako golpeándolo con una mano abierta bajo el cuello, y este se dobló en dos mientras intentaba recuperar el aliento.

—Solo quiero ponerme en contacto con mi lugarteniente para que me explique las causas del retraso. Tendrían que haber resuelto el problema en cinco minutos.

Una voz apagada por la estática dijo algo al otro extremo.

—¡Koztov! ¿Qué ha provocado el retraso? —preguntó Poliakoff en ruso.

—Están en el cuarto piso, pero hemos tenido que conquistar cada centímetro a balazos. Algunos hombres han muerto y tenemos unos cuantos heridos.

—¿Qué me aconsejas?

—Preferiría no decirlo, señor.

—Eso me dice todo cuanto necesitaba saber. Recoged a los muertos y a los heridos. No dejéis a nadie. Los subiremos a todos a las barcas. Llévalos a la playa. Nos dirigimos a ella para echar el ancla.

Poliakoff cambió de canal.

—Detened los fuegos artificiales. Soltad la balsa y dirigíos a la orilla. Vamos a recoger a nuestros hombres con las lanchas. Marchaos ya.

Gritó al hombre del timón.

—Leva anclas y dirígete a la playa. Nos llevaremos a todos nuestros hombres a México.

—¡No! —gritó Bako—. No hagas eso. No seas cobarde.

Poliakoff se volvió hacia Bako y se quedó parado muy cerca de él. Dio la impresión de que sus ojos destellaban a las luces parpadeantes de la orilla.

Bako desvió la vista, tiró su puro al agua y se sentó en el extremo de su silla. Se sostuvo la cabeza entre las manos. La cadena del ancla se izó, y todos sintieron la vibración cuando los enormes motores del yate lo impulsaron hacia delante, primero

despacio y después a mayor velocidad cuando se dirigió hacia la orilla.

El silencio en la casa era casi tan impresionante como el ruido de antes. Sam y Remi avanzaron hacia el borde del tejado y miraron su jardín. Hombres con ropa negra desaparecían corriendo en la noche, transportando a los heridos en camillas improvisadas que consistían en mantas envueltas alrededor de secciones de escaleras extensibles, o atravesados sobre la espalda. El camión que había sostenido la plataforma elevadora estaba volcado de lado, carbonizado y humeante.

—Parece que se marchan —dijo Remi.

—Pues sí. Pero ya veremos.

Remi lo miró.

—Eres tan cauteloso...

Sam se encogió de hombros y la rodeó con el brazo.

—Tal vez hayas oído hablar del famoso asedio. Cuando los atacantes se hartaron de no poder abrir una brecha en las murallas, alguien muy listo dijo: «¿Por qué no fingimos que volvemos a nuestros barcos? Dejaremos un...».

—... «gran caballo de madera lleno de soldados». ¿Me estás diciendo que esto es como la guerra de Troya? ¿No nos estamos tomando demasiado en serio?

—Solo estoy diciendo que no pienso bajar hasta que vea como mínimo cinco coches de policía. Pongamos veinte.

Remi miró hacia los hoteles y las principales calles comerciales situadas hacia el sur, y después tiró del brazo de Sam para obligarlo a volverse en aquella dirección. Señaló. Había una larga hilera de coches de la policía que subían a toda velocidad por La Jolla Boulevard en dirección a Prospect Street, con luces azules, rojas y blancas destellando. Al cabo de un momento, el lejano aullido de las sirenas llegó al tejado.

Fueron hacia el lado de la casa que daba al mar. En la bahía, vieron que los dos yates se habían acercado mucho más a la orilla. Se habían situado lejos de los rompientes, mientras enviaban barcas hacia la playa.

Desde el norte, al otro lado de la bahía, llegaron tres embarcaciones de la policía que rastrearon el agua con sus focos, hasta que localizaron los dos yates. Desde el sur, la dirección del puerto de San Diego, aparecieron dos barcos de la Guardia Costera, cada uno de unos cuarenta y cinco metros de eslora, con tripulantes apostados junto a los cañones de cubierta. Los barcos de la Guardia Costera tomaron posiciones a unos veinte metros de la orilla y se quedaron inmóviles formando una especie de bloqueo.

—No van a huir —dijo Remi.

—No. Sería una locura intentarlo.

—Podrían dejar atrás con facilidad a los barcos de la policía. Y también a los de la Guardia Costera.

—No pueden correr más que los proyectiles de los cañones.

—Así pues, parece que vamos a averiguar cuál de nuestros competidores europeos es un mal perdedor.

—Malo o no, lo que importa es que sea perdedor.

Los dos guardacostas continuaban situados lejos de los rompientes, donde los dos yates habían fondeado. Las lanchas de estos últimos estaban regresando contra el oleaje con los asaltantes que habían atacado la casa de los Fargo. Cuando volvieron, los primeros hombres ilesos empezaron a subir las escalerillas de los yates. Algunos tripulantes ayudaron a llegar a cubierta a aquellos que habían sufrido heridas debido a caídas, quemaduras o balazos. Los yates levaron anclas, pero mantuvieron la proa encarada hacia el mar y hendieron las olas.

Los barcos de la policía navegaron hacia los yates, y algunos agentes de la Policía Portuaria de San Diego se prepararon para subir a bordo.

En la cubierta del *Ibiza*, Arpad Bako miraba las embarcaciones de la policía y a los hombres que se aprestaban a llegar a la cubierta.

—¡Abandona a los rezagados! —gritó—. ¡No hay tiempo!

Poliakoff se volvió hacia Bako.

—¿Primero quieres quedarte y ahora deseas abandonar a nuestros hombres? ¿Quién es el cobarde aquí?

Bako sacó una pistola del bolsillo interior de la chaqueta y disparó.

Poliakoff compuso una expresión de estupor. Miró la pechera de su camisa blanca, donde una mancha de sangre estaba floreciendo con gran rapidez. El brillo de sus ojos se apagó, y la siguiente ola que llegó meció el yate y lo derribó sobre la cubierta.

Bako se apoderó de la radio de Poliakoff y oprimió el botón para hablar.

—Adopten tácticas evasivas. Vamos a salir a mar abierto.

—¿Señor? —dijo el capitán—. El señor Poliakoff dijo...

—Poliakoff ha muerto. Le han disparado. ¡Pónganse en marcha!

Cuando Bako se volvió, dio la impresión de que se fijaba de nuevo en Étienne le Clerc. Este vio su expresión y trató de huir al puente, pero Bako disparó tres veces más y Le Clerc cayó muerto. Al menos, no habría testigos.

El capitán vio desde el puente que casi todos los hombres ilesos habían subido ya, y sabía que los demás solo les acarrearían problemas. También cayó en la cuenta de que, si quería salir bien librado, tendría que hacerlo antes de que el primer barco de la policía llegara con el grupo de abordaje. Empujó el acelerador. Los grandes motores cobraron vida y el yate se lanzó hacia delante dejando atrás una estela burbujeante, pues las hélices gemelas proyectaban agua hacia el vacío que se formaba detrás de la popa. Cuando esta giró, oyó gritos de los hombres que habían salido disparados de los costados de la embarcación o habían sido despedazados por las hélices, pero ya no

podía hacer nada por ellos. El yate ganó velocidad, mientras un bote salvavidas se hundía y otro derivaba con el oleaje.

Cuando el *Ibiza* empezó a moverse, el capitán del *Mazatlán* lo vio y tuvo una visión del futuro que le aguardaba. Si la Guardia Costera y la policía habían sido lo bastante idiotas para permitir que el *Ibiza* saliera a mar abierto, no harían caso omiso del *Mazatlán*. Contarían con el doble de barcos y de hombres para impedir que el *Mazatlán* y todos los hombres a bordo escaparan. Y por ser el oficial de mayor rango al que habían capturado, lo culparían de todos los crímenes cometidos por los demás. Lanzó el barco hacia delante, como había hecho el *Ibiza*.

Se oyó una potente voz amplificada procedente de un patrullero de la Guardia Costera. El capitán del *Mazatlán* sabía que era una advertencia de «Deténgase o dispararemos», y lo agradeció. Cuanto más tiempo perdieran gritando por los megáfonos, menos margen tendrían para entrar en acción. Empujó al máximo el acelerador para incrementar la velocidad a cada segundo que pasaba. Los cúters de la Guardia Costera debían de alcanzar una velocidad máxima de veinticinco nudos. El *Mazatlán* llegaba a los sesenta.

—¡Apaga todas las luces! —gritó al timonel.

Desde el tejado de la casa de Goldfish Point, Sam y Remi miraban los yates, los barcos de la policía y los patrulleros de la Guardia Costera. Los dos yates aceleraron hacia mar abierto a una velocidad increíble, en ángulos diferentes, uno en dirección noroeste, el otro hacia el sudoeste.

—No han seguido tu consejo —dijo Remi—. Huyen.

—Craso error —contestó Sam.

Los dos barcos de la policía dispararon primero con armas automáticas de pequeño calibre. Sam y Remi vieron los destellos de las ametralladoras, al menos cuatro en cada embarcación, que acribillaban los dos yates sin dejar de perseguirlos.

Los dos cúters de la Guardia Costera continuaron en sus posiciones. Una estela de chispas rojizas se elevó hacia el cielo desde uno de ellos, como si los fuegos artificiales hubieran empezado de nuevo. Se produjo un destello, pero no un estallido. Un resplandor tiñó el cielo y bañó los barcos casi como la luz del sol.

Sam y Remi vieron que los cañones de los dos guardacostas giraban para apuntar y que luego disparaban. Los primeros dos proyectiles se llevaron parte de la proa del *Ibiza*. El tercero se hundió en su casco justo entre el centro y la popa, y dio la impresión de que alcanzaba el depósito de combustible. La cubierta se alzó en el aire, liberó una bola de fuego que se elevó hacia el cielo y formó un gran charco de combustible en llamas, que consumió incluso las partes que habían ido a parar al agua.

Un segundo después, la proa del *Mazatlán* se hundió cuando fue alcanzado

debajo del puente. El movimiento hacia delante se detuvo, y algo grande, tal vez uno de los motores, se soltó y atravesó el yate rodando hasta despedazarlo. A continuación se produjeron cinco explosiones secundarias que no dejaron nada flotando en la superficie.

—Parece que han alcanzado la santabárbara —dijo Remi.

Los barcos de la policía, más pequeños y veloces, se desplazaron a toda velocidad, mientras rastreaban las aguas con los focos. No había vida cerca de los botes salvavidas volcados. Los guardacostas enviaron lanchas a los restos del *Mazatlán* y el *Ibiza*. Sam y Remi vieron que describían círculos alrededor de los fragmentos en llamas para, acto seguido, dirigirse a la zona cruzando sus trayectorias, pero no había supervivientes que rescatar del mar. Todos habían muerto a causa de los disparos, destrozados en mil pedazos, quemados o ahogados.

Sam y Remi bajaron la escalerilla que conducía desde el techo hasta el vestidor de Sam. Vieron que Zoltán seguía en su sitio, vigilando para que nadie los persiguiera. Remi se arrodilló al lado del enorme perro y lo abrazó.

—De no ser por ti, nunca habría podido llegar a casa, Zoltán. Estaría de vuelta a Rusia dentro de un barril. Gracias por ser tan valiente y leal.

Sam dio unas palmaditas a Zoltán y susurró en su oído:

—*Jo fiu*. Buen chico.

Entonces oyeron las voces de Selma, de Pete y de Wendy, que los llamaban.

—¡Sam! ¡Remi! ¡Policía...! Los hay a centenares. Están aquí.

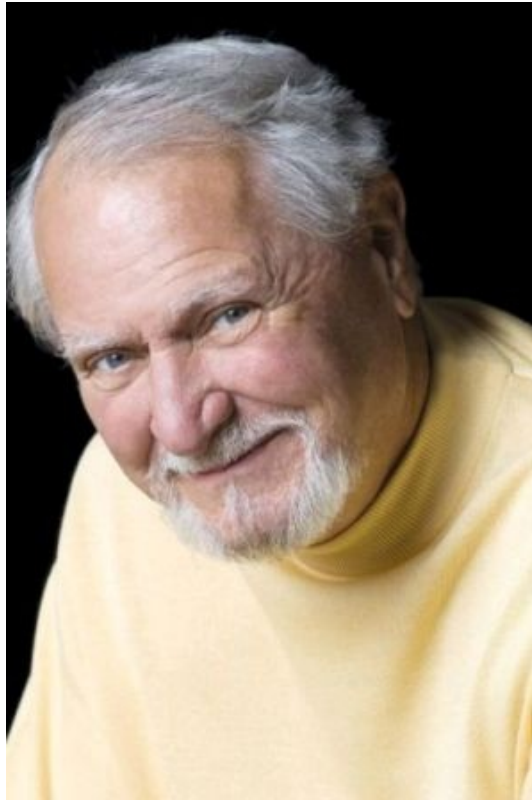
—Oh, maldición —dijo Remi—. Queríamos que la policía fuera una sorpresa.

Sam miró a su alrededor.

—Tendremos que reconstruir esta casa desde los cimientos, literalmente.

—Da una fotografía a los contratistas. Tal vez mientras estén trabajando en ello podamos conceder vacaciones a los demás, llevar a Zoltán a Luisiana con nosotros y echar una mano a Ray. Prometimos ayudarlo cuando nos fuimos.

—Claro. ¿Qué podría sucedernos en un yacimiento arqueológico?



CLIVE CUSSLER. Nació en Illinois en 1931, pero creció en Alhambra, California, donde era el típico chico que se perdía en clase para soñar que estaba navegando bajo bandera pirata, o junto al almirante Nelson. Dejó la Universidad cuando empezó la guerra de Corea para alistarse en las fuerzas aéreas, donde sirvió como mecánico de aviones e ingeniero de vuelo, en una base de Hawai, y aprovechó su tiempo libre para aprender a bucear junto a sus amigos, uno de los cuales fue la fuente del mejor amigo de su personaje estrella, el italoamericano Al Giordino. El propio autor recuerda que en esta época, principios de los años 50, no se sabía casi nada sobre el submarinismo, que no se respetaban los tiempos de descompresión, y que se jugó la vida más de una vez. Pero llegó a amar el mar con toda su alma, un amor que no le ha abandonado, y que fue clave en su vida.

Después de dejar el ejército, se dedicó a la publicidad, y llegó a ser director creativo de dos de las agencias más importantes de estados unidos. Durante este tiempo, también se dedicó a escribir y producir anuncios de radio y televisión, que le hicieron ganar varios premios, incluido uno del festival de Cannes.

Sin embargo, llegó un momento en el que se dio cuenta que lo que él realmente quería era escribir novelas de submarinismo. Apoyado por su mujer, Barbara, dejó su trabajo en la multinacional para sacarse el título de buceador profesional, y se puso a trabajar en una tienda de artículos de submarinismo, al tiempo que daba cursos a aficionados. Los tiempos libres los aprovechaba en la trastienda, escribiendo en una máquina de escribir portátil artículos submarinos para revistas. En 1973 publicó la que sería la primera novela de Dirk Pitt, *The Mediterranean Capers* (*Peligro en el*

mediterráneo). Fue con su tercera novela, *Raise the Titanic (Rescaten el Titanic)* con la que alcanzó la fama, y pudo dedicarse a su mayor afición: rescatar barcos hundidos.

Cussler invirtió los beneficios de su libro para empezar a buscar, siempre apoyado por su mujer Barbara, y sus tres hijos, Teri, Dirk y Dana, barcos sumergidos. El primero que buscó fue el barco de John Paul Jones, uno de los héroes de la historia marítima, pero a pesar de que no logró encontrarlo, la experiencia le permitió aprender mucho sobre la búsqueda de barcos hundidos. Hasta la fecha, Cussler ha encontrado más de 60 barcos, entre ellos: El *Hunley*, un submarino confederado conocido por ser el primero en hundir un barco, el *Housatonic*. El *U-20*, el submarino alemán que hundió el famoso *Lusitania*; el barco de la república de Texas *Zavala*, encontrado bajo un *parking* en Galveston; y los restos del *Carpathia*, el barco que rescató a los supervivientes del *Titanic*. Todos estos descubrimientos los ha logrado con su ONG, la *NUMA*, que se llama así porque es la organización para la que trabaja su personaje, Dirk Pitt. (Él se negó a que se llamase así, pero el resto de socios votaron por unanimidad).

Con su libro, «*The Sea Hunters*». («*Exploradores del mar*»), publicado en 1996, acerca de sus trabajos como arqueólogo marino, logró que se conocieran gran parte de sus actividades enrolado en su ONG, la *NUMA*. También logró un hecho histórico: la Facultad de Ciencias del mar de la Universidad Estatal de Nueva York aceptó su libro como una tesis doctoral, y le otorgó el título de Doctor. Fue la primera vez en los 123 años de historia de la universidad que se concedió tal privilegio.

Además, Cussler es miembro de «El club de exploradores de Nueva York», la «*Royal Geographic Society*» de Londres, y la «*American Society of Oceanographers*». También destaca por su pasión por los automóviles antiguos, y posee una colección de más de 85 vehículos fabricados antes de los años 50, y restaurados a la perfección.

Cussler también tiene la tradición, desde su décima novela, «*Dragon*», de aparecer en sus propias novelas, en ocasiones como simples cameos, y en otros casos como salvador de los protagonistas y fundamental para su desenlace. El autor confiesa que todo empezó con una broma, y que estaba seguro de que su editor lo retiraría antes de publicar el libro, pero no fue así, y ya se ha convertido en una tradición, a pesar de que los personajes nunca recuerdan a Cussler de un libro a otro.



THOMAS PERRY, es un escritor estadounidense. Nació en 1947 en Tonawanda, Nueva York.

Tras licenciarse en la Universidad de Cornell en 1969, se doctoró en Literatura Inglesa en la Universidad de Rochester en 1974.

Ha desempeñado numerosos oficios, desde encargado de mantenimiento o pescador a guionista para televisión y productor, colaborando en series tan conocidas como *Jóvenes policías* o *Star Trek: La nueva generación*.

Especializado en el género negro, Perry es conocido sobre todo por la serie de libros que tienen como protagonista a Jane Whitefield, una mujer de origen indio americano que se dedica a ayudar a personas que necesitan «desaparecer», si bien también ha cosechado éxito con novelas fuera de la serie.

Ha obtenido el *Premio Edgar* por la obra *The Butcher Boy*, y *Vanishing Act*, la primera obra de la serie de *Jane Whitefield*, fue incluida en la lista de los 100 Misterios favoritos del siglo, creada por la Asociación Independiente de Librerías de Misterio estadounidense.

Vive en el sur de California con su esposa y dos hijos.